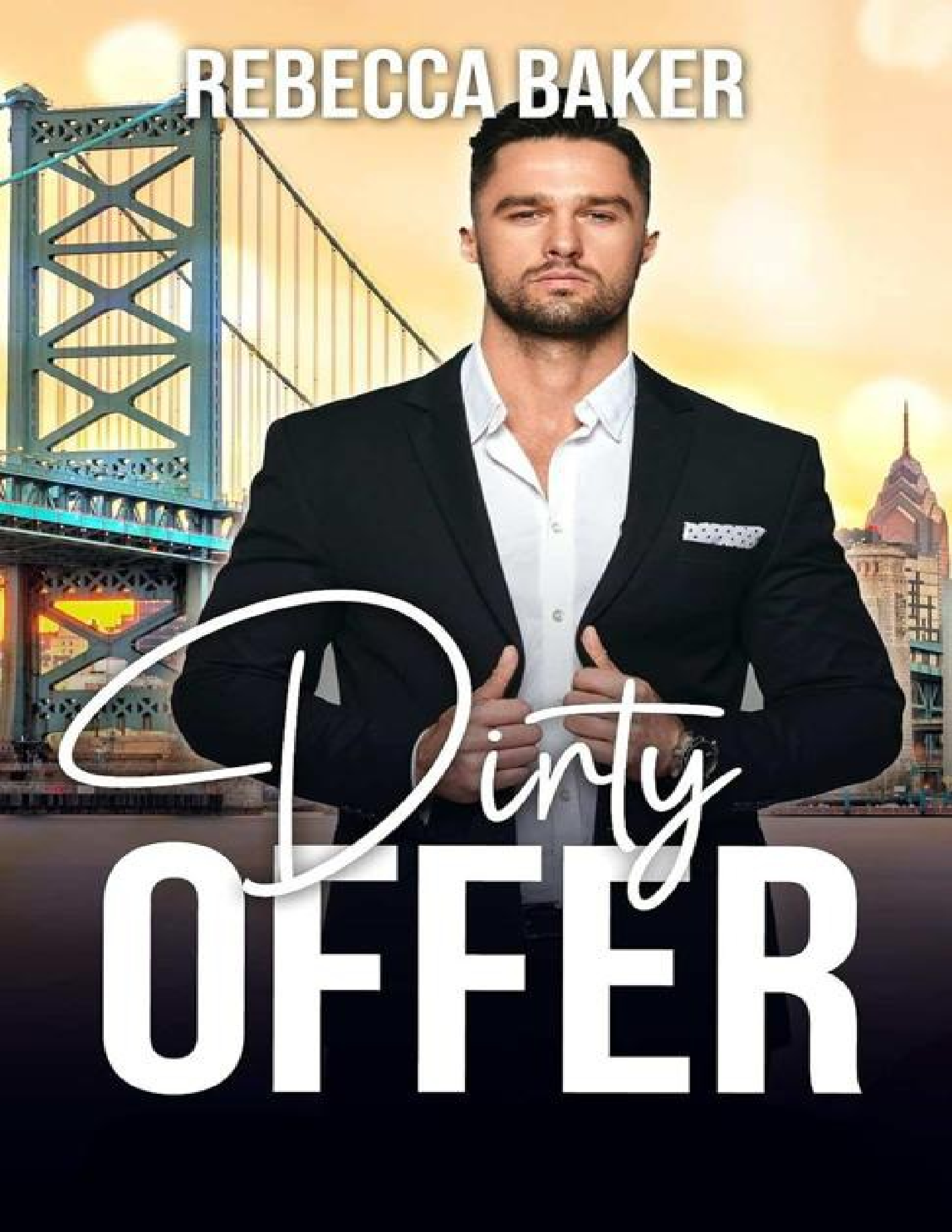


A promotional poster for Rebecca Baker's 'Dirty Offer'. The central figure is a man with short dark hair and a beard, wearing a black blazer over a white button-down shirt. He is looking directly at the camera with a serious expression. The background is a composite image of New York City, featuring the Manhattan Bridge on the left and the Chrysler Building on the right, set against a warm, golden-hued sky. The text 'REBECCA BAKER' is at the top, 'Dirty' is in a script font across the middle, and 'OFFER' is in large bold letters at the bottom.

REBECCA BAKER

Dirty

OFFER

Dirty Offer

Trato con el multimillonario

Rebecca Baker

Derechos de autor 2024 Rebecca Baker

Todos los derechos reservados

El boletín de noticias gratuito de Rebecca:

<https://www.subscribepage.com/rebecca-espanol>

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

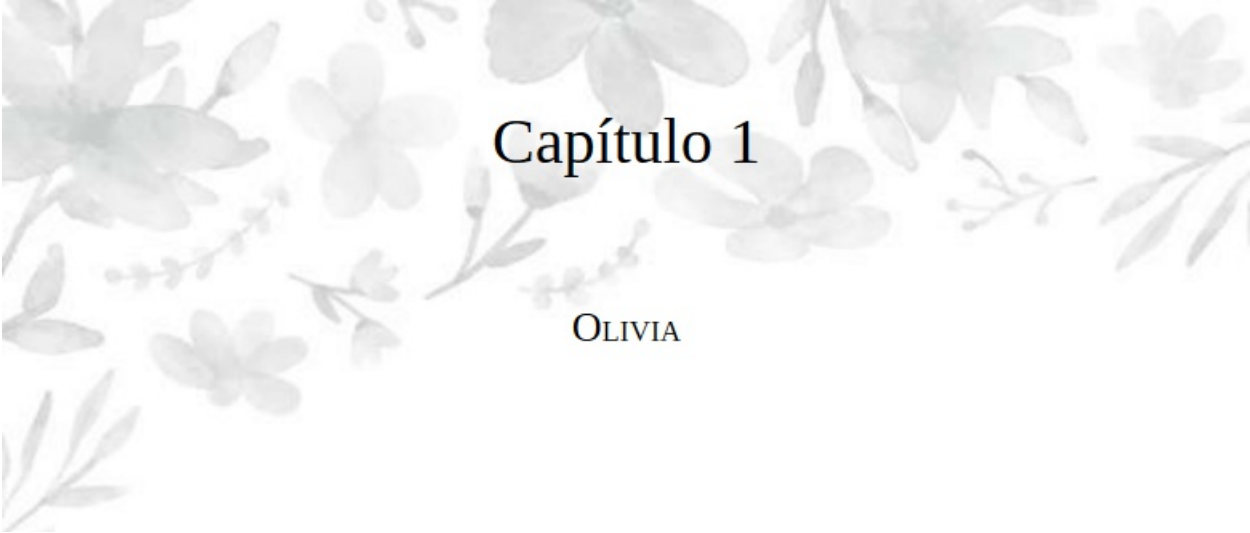
Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50



Capítulo 1

OLIVIA

"¡Oh, qué visita tan encantadora! Pasa y cierra la puerta".

¡Mi jefe Bill me saluda con estas palabras, unidas a la sonrisa asquerosamente insinuante que tiene en la cara y que conozco demasiado bien. Se arremanga la camisa blanca como si estuviera a punto de ponerse a trabajar. Y puedo adivinar lo que está tramando otra vez.

Bill es algo así como la mano derecha del jefe en esta empresa, aunque oficialmente sólo es el jefe del departamento de marketing. Debido a su amistad con el propietario de la empresa, goza de una especie de libertad, es especialmente conocido entre las empleadas por su tendencia a explotar en su beneficio las reuniones de personal.

Se dice incluso que prometió a una joven compañera un aumento de sueldo, pero sólo si le permitía correrse en su boca en ese mismo momento. La pobre chica se quedó completamente descolocada, sobre todo porque se había prometido pocos días antes, no volvió al trabajo. Se rumorea, sin embargo, que no todas las mujeres rechazan este tipo de ofertas y que él ha tenido cierto éxito, si se le puede llamar así.

Así que, para preparar esta entrevista en el pequeño despacho de la esquina de la planta 30 de este rascacielos neoyorquino, a través de cuya ventana se ve Central Park a unas manzanas de distancia, me he preparado prácticamente para todo. Sin embargo, me sorprende que vaya directo al grano, se levante de la silla y camine lentamente hacia mí.

"¡Renuncio!", le suelto y le tiendo el sobre blanco que contiene la carta con la mano derecha.

Mi corazón se acelera y me doy cuenta de lo incómoda que me siento cuando se acerca lentamente, mirándome como un depredador en un zoo al que acaban de servir un trozo de carne fresca.

No parece haberse dado cuenta en absoluto de lo que he dicho. Al menos no muestra ninguna reacción exterior reconocible.

"¿Entiendes, Bill?". Lo repito más alto y agito el sobre delante de su cara.

"Pero, pero", dice con voz suave. "Haces muy buenos eventos. ¿Por qué ibas a renunciar a tu trabajo de organizadora de eventos así como así?".

Entonces me agarra la muñeca del brazo derecho, que utilizo para tenderle el sobre. "Tienes una piel maravillosamente suave, ¿te das cuenta?". Me pasa la mano lentamente por el brazo y yo la retiro de un tirón, con lo que el sobre cae descuidadamente al suelo.

Sin pensarlo, me agacho para recoger el sobre. Justo cuando mis dedos agarran el papel, oigo un fuerte aplauso y al mismo tiempo siento un ardor en el trasero.

Sobresaltada, me enderezo e instintivamente retrocedo un poco hacia la puerta. Con los ojos muy abiertos, miro a Bill, cuyo brazo extendido sigue doblado y colgando en el aire.

"No pude resistirme. Me lo estabas pidiendo a gritos", me dice Bill con una sonrisa aún mayor en la cara. Parece estar saboreando el momento al máximo y noto mis mejillas enrojecer de rabia.

"Debes de tener el mejor culo de esta empresa y créeme, he visto unos cuantos. Si te portas bien, nos olvidaremos del despido y podrás tener un día más de vacaciones. Lo necesitarás cuando terminemos aquí, después de que acabas de repudiarme en el último evento de la empresa".

"Me tiraste los tejos delante de todo el mundo, estabas borracho y apestabas como un cerdo", le grito y doy otro paso atrás.

"¡No seas así! Muchos hombres de esta empresa se lo ganaron esa noche". Entonces pone una cara parecida a la tristeza. "Tuve que conformarme con las gemelas de contabilidad. ¿Sabes cuánto molesta cuando sólo tienes una segunda opción?".

Bill era un gilipollas. Me di cuenta de eso. Pero siempre lo había ignorado. De alguna manera pensé que podría irme después de entregar mi renuncia y él me dejaría en paz. Pero Bill no parece querer hacerme ese favor.

Da un gran paso en mi dirección y se planta delante de mí. Tengo la espalda pegada a la puerta y no puedo retroceder más. Me esfuerzo por sostenerle la mirada e intento reprimir el pánico que se apodera de mí.

"Te he esperado tanto tiempo", me susurra al oído. Huelo su aliento. Me llega a la nariz una mezcla de atún y cebolla que me hace girar involuntariamente la cabeza hacia un lado, entrecerrar los ojos y arrugar la nariz.

Bill debe tomárselo como una especie de invitación, porque unos instantes después siento su mano en mi cadera. "Esto va a ser divertido", susurra.

Entonces todo sucede muy deprisa. La palma de mi mano se levanta y le golpea en el centro de la mejilla izquierda. Bill se sobresalta y retrocede un poco, lo que yo aprovecho para alejarme de él

con ambos brazos.

No sé exactamente qué me hizo reaccionar así. Probablemente una mezcla de ira, rabia, miedo y desesperación. O tal vez algo del curso de defensa personal que hice hace años en el pequeño pueblo donde crecí se me ha quedado grabado.

Siento los latidos de mi corazón y la sangre corriendo por mis oídos. Sin embargo, me alegro de que ya no esté tan cerca de mí, frotándose la mejilla y, por un breve instante, sin saber aparentemente qué decir.

Aprovecho el momento, me dirijo a su mesa y golpeo el sobre contra su teclado más fuerte de lo que pretendía. Cae sobre un montón de documentos. Luego me doy la vuelta y decido abandonar el despacho lo antes posible.

"¿Así que eso es lo que te va?", oigo decir a Bill en un susurro, aparentemente habiendo recuperado la compostura. Su pronunciación ha cambiado y se me eriza la piel.

Aunque ya estoy sujetando el pomo de la puerta con una mano, me vuelvo de nuevo hacia él y nos miramos fijamente.

"¿Esa pequeña marca oscura que tienes en la oreja es una quemadura de cera de vela o de aguja? ¿Te gusta el dolor?", me pregunta señalándome la oreja izquierda con la mano extendida.

Mi mano izquierda se mueve instintivamente hacia arriba y toca el punto correspondiente. Ya de niña odiaba esta marca de nacimiento, que parece que llevo un pequeño pendiente negro. Las marcas de nacimiento no eran algo malo en sí mismas, pero a veces pienso que mi cuerpo no podía haber elegido un lugar más estúpido. Que a Bill le llame la atención sólo demuestra lo asqueroso que es.

"Eres un gilipollas", le contesto.

"Puedo ser mucho más para ti", dice con suficiencia y parece estar jugueteando con la cremallera de sus pantalones con la mano derecha. ¿De verdad quiere sacarse la polla?

De repente me doy cuenta de que este pervertido tergiversa cualquier conversación a su antojo. Sin decir nada más, me doy la vuelta, abro la puerta y salgo a toda prisa del pequeño despacho de la esquina.

Por primera vez, me alegro de que haya un despacho diáfano justo fuera de su oficina. Es un hervidero de actividad. La gente habla entre sí y los teléfonos suenan. No sé si alguien se ha fijado en mí, pero me siento segura en presencia de todos estos ex compañeros.

Camino por el pasillo del centro y cuanto más distancia pongo entre el despacho de Bill y yo, más colores me parece percibir de nuevo en mi entorno. Es como si se levantara un velo de gris y

me despertara de un mal sueño en el que me he librado por los pelos del monstruo de debajo de la cama.

Me detengo justo antes de que el pasillo se bifurque, miro atrás por última vez y respiro hondo al darme cuenta de que Bill no me sigue. Continúo mi camino a un ritmo algo más lento, llego al ascensor poco después y pulso el pequeño botón que hay junto a él, se enciende de inmediato.

El ascensor se encuentra en la última planta. Sin embargo, al cabo de unos segundos veo que el ascensor se mueve en mi dirección y me siento aliviada. En unos instantes, podré desaparecer del piso 30 y recoger mis cosas en mi despacho, unos pisos más abajo.

Mientras espero a que llegue el ascensor, me doy la vuelta de nuevo.

la puerta del despacho de la esquina sigue cerrada. Intento olvidarlo, porque me doy cuenta de que no volveré a verlo en mi nueva fase de mi vida.

Mi nueva fase de mi vida empieza mañana. Bueno, en realidad empezó anteayer, cuando se leyó el testamento de mis abuelos. Ambos nacieron, se criaron y vivieron en el idílico pueblecito de Harpers Ferry, en Virginia Occidental, hasta su muerte. Creo que incluso iban a la misma clase en el colegio. Mis padres también vivieron allí la mayor parte del tiempo hasta que hace unos años se mudaron a una comunidad cercana y llevan una vida completamente alternativa.

La muerte de mis abuelos hace poco más de dos meses no fue una gran conmoción. Fue más bien el final de un largo calvario. Por supuesto, me entristecí cuando me enteré de la noticia, aunque ambos tenían más de 90 años y cada vez que los llamaba me decían que sólo esperaban el final. Mi abuela solía decir que lo único que deseaba era encontrarse con su creador junto a su marido. Sin embargo, ambos vivieron hasta el final en su pequeña casa de huéspedes a las afueras de la pequeña ciudad, que no tuvo huéspedes desde el último infarto de mi abuela.

El deseo de mi abuela estuvo a punto de hacerse realidad. Una noche se acostó, se durmió plácidamente y a la mañana siguiente ya no se despertó.

Aquello debió de ser increíblemente doloroso para mi abuelo, porque tampoco se despertó por la mañana apenas dos días después. Había oído hablar de sucesos así una y otra vez, pero me parecía increíble lo fuerte que debía de ser el vínculo entre mis abuelos incluso después de tantos años. Cuanto más pensaba en ello, más se me pasaba por la cabeza la idea de que tal vez mi abuelo deseaba lo mismo y no quería estar solo en esta tierra.

Cuando vino el albacea testamentario de mis abuelos, volví a ver a mis padres. No tuvimos que decirnos ni una palabra. Pude ver por su aspecto exterior lo mucho que les había cambiado la vida en esta supuesta granja comunitaria.

"Mi madre me preguntó acariciándome la cabeza y sonriéndome como si volviera a tener siete años y me dirigiera a la escuela. Con su vestido blanco, parecía de otro mundo. Tampoco reconocí a mi padre, con el pelo largo recogido en una coleta.

"Está bien, mamá. El trabajo está bien pagado", respondí y me aparté un poco para que no me acariciara más el pelo.

Las conversaciones con mis padres, sobre todo con mi madre, eran siempre para mí como pequeños pinchazos. Ya de niña tenía la impresión de que nunca sería capaz de estar a la altura de lo que esperaban de mí. En cuanto traía buenas notas a casa, se suponía que no era una empollona. Si mi rendimiento bajaba, debía volver a esforzarme más. Nada de lo que hacía parecía estar bien.

Por supuesto, mi formación como gestora de eventos y el trabajo en Nueva York en un conglomerado sin rostro propiedad de un rico empresario tampoco eran de su gusto.

Mientras ella estaba frente a mí y esperábamos a que llegara el albacea, mi jefe de departamento, Bill, me daba vueltas en la cabeza. Ya entonces sabía qué clase de persona era. Pero nunca sería capaz de decírselo a mi madre. Volvería a despotricar del capitalismo y de todo lo que había hecho grande a este país.

Así que me callé, pero no pude evitar sonreír al pensar en lo que diría si supiera que el jefe de la empresa, Henry Thompson, tenía fama de macho guapo y mujeriego y que yo era la que le organizaba fiestas. Pero en realidad no tenía nada de divertido, yo misma lo sabía muy bien. Me sentía tan estúpida organizando semejantes "eventos" para Henry Thompson y sus jefes como Bill.

La sonrisa y la amabilidad desaparecieron de la cara de mi madre cuando el albacea anunció que yo heredaría la pequeña pensión de mis abuelos, donde habían vivido hasta el final. Mi madre debió de esperarlo y se sorprendió aún más cuando le confirmé oficialmente que yo heredaría.

"Niña, ¿qué pasará entonces con tu trabajo? No te hemos financiado los estudios para que lo tires todo por la borda y te mudes al campo, ¿verdad?", dijo con un deje de horror en la voz y se puso las manos en las caderas.

Otra vez lo mismo: hiciera lo que hiciera, no podía complacerla. "Está bien, mamá, puedo cuidar de mí misma", le contesté y me despedí poco después de la reunión, ya que aún tenía que regresar a Nueva York porque Bill no me había dado permiso.

Luché conmigo misma durante quince días e incluso esta mañana, de camino al despacho de Bill, volvió a atenazarme la incertidumbre. Pero después de lo que ha pasado, estoy más que segura de

que acabo de tomar la decisión correcta. No quiero trabajar ni un día más para un gilipollas como ese.

Miro la pantalla del ascensor e intento no pensar en la conversación con mi madre. En ese momento, suena un pling mecánico y se abren las puertas del ascensor. Se me caen los ojos y estoy a punto de entrar cuando me tropiezo con la persona que parece tener tanta prisa que ni siquiera puede esperar a que las puertas del ascensor se abran del todo.

"Disculpe, señorita. No era mi intención", dice la voz y se vuelve hacia mí. Henry Thompson está de pie frente a mí.

Nuestras miradas se cruzan. Durante un breve instante, nos miramos en silencio.

"¿Nos conocemos? Soy Henry Thompson", me explica y me tiende la mano.

Me sorprende un poco que no parezca conocerme, ya que de vez en cuando nos hemos cruzado en sus eventos. Pero ya que lo pienso, normalmente sólo le he visto de lejos y suele estar rodeado de unas cuantas mujeres.

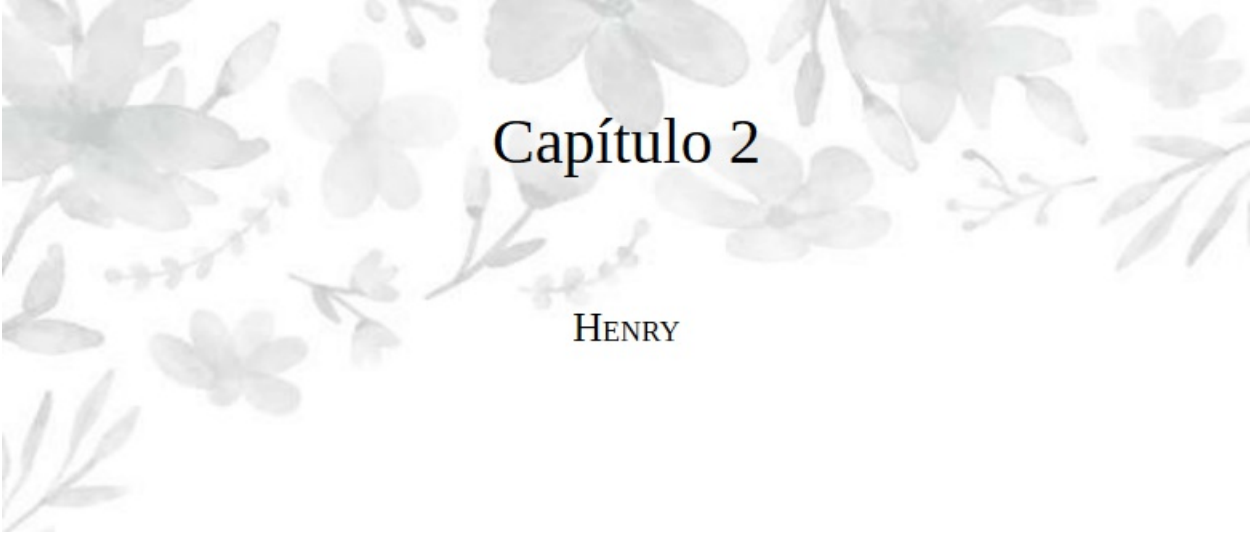
"Lo sé", le respondo, un poco sorprendida y ofendida, y le ofrezco la mano, que él retiene un poco más de lo necesario. La suelta lentamente y me dedica su carismática sonrisa, que resalta aún más sus brillantes ojos verdes.

"¿Y tú eres?", pregunta con un deje de curiosidad en la voz.

"Nadie", respondo desafiante al darme cuenta de lo que probablemente está intentando sonsacarme. Desde luego, no voy a seguirle el juego. Así que entro en el ascensor y pulso el botón que me lleva a mi planta, me doy la vuelta y veo cómo se cierran lentamente las puertas del ascensor.

Al Sr. Thompson no parece importarle, porque justo antes de que las puertas se cierren del todo, veo que ya se ha dado la vuelta y se dirige al pequeño despacho esquinero que hay al final del pasillo del que acabo de salir.

Respiro profundamente y me siento realmente aliviada de no haber caído en este truco.



Capítulo 2

HENRY

*U*nos minutos antes.

"¡Métetela hasta el fondo en la boca! Incluso más profundo", le ordeno a mi secretaria en voz baja y me reclino en la silla del despacho.

Miro hacia abajo y disfruto viéndola arrodillada entre mis muslos, sujetándome la polla con la mano derecha y metiéndosela hasta el fondo en la boca. Levanta la vista, mueve la cara lentamente de un lado a otro y juega con mis testículos con la otra mano.

Sabe lo que quiero. Después de todo, no es la primera vez que además de traerme la carpeta de firmas, también me la chupa. Todo empezó después de unas copas en la última fiesta de Navidad. Yo ya sospechaba de antemano que mi secretaria me deseaba en secreto y le había prometido descaradamente un aumento de sueldo si se ponía a mi disposición en otro sitio.

Fue el alcohol o su falta de dinero, pero aceptó enseguida. Echo la cabeza hacia atrás, me relajo y me siento orgulloso de que haya aceptado y de que me la pueda chupar cuando me apetezca.

Unos minutos más tarde, llega el momento: me corro en su boca y ella se traga todo lo que le doy. Justo cuando me vacío por completo, suena el tono metálico de mi smartphone, que está sobre la mesa a mi lado.

Giro la cara hacia un lado y veo que me llama Michael Wright, el gobernador del estado norteamericano de Virginia Occidental. Suspiro para mis adentros y me pregunto qué mierda querrá y cuándo podré adquirir por fin esta maldita propiedad para llevar a cabo el próximo proyecto que realmente pondrá mucho dinero en mis bolsillos.

"Esto es importante. Tengo que cogerlo", le explico a mi secretaria, apartándola de entre mis piernas y subiéndome de nuevo los pantalones.

Ella se limpia la boca con el exterior de la mano, se levanta y me mira, un poco desconcertada.

"¿Hay algo más?", le pregunto un poco impaciente, porque ella sigue de pie en silencio frente a mí mientras yo ya sostengo el smartphone en la mano derecha y el tono de llamada es cada vez más alto.

Entonces sacude la cabeza, coge la carpeta de firmas y se va. Me siento aliviado y ya sospechaba que estaba a punto de echarse a llorar porque le he insinuado que se retire. Es justo lo que necesito en este momento. ¿Acaso está empezando a sentir algo por mí? ¿Debería poner fin al acuerdo?

Aparto ese pensamiento y respondo a la llamada del gobernador.

"Michael. Qué bien que te hayas puesto en contacto", le saludo y espero que no se entere de que nada de lo que dice es cierto. Odio hablar con este hombre. Es un sórdido hombre de unos cincuenta años que siempre mira por sus propios intereses y que sólo ha acabado en esta posición de poder porque sobornó a las personas adecuadas.

"Henry. Me temo que no tengo mucho tiempo e iré directamente al grano...", empieza el gobernador y luego se aclara brevemente la garganta. "Es así: Tiene que ajustar un poco al alza su oferta por la propiedad de nuestro bello Estado. Hay otro postor que está dispuesto a pagar más".

"¿Qué se supone que significa eso?", exijo. "Justo la semana pasada me dijiste que era un trato cerrado y te envié un montón de mujeres hermosas para sellar el trato. ¿Te las has tirado a todas y quieres más dinero?". Tengo que esforzarme para no gritar al teléfono. Me encantaría ir a por el cuello de este vago arrogante, pero sé que no puedo pasarme de la raya. Porque sólo él es capaz de vender la propiedad, que actualmente pertenece al Estado. Y necesito absolutamente la propiedad. Es perfecta para construir uno de los mayores vertederos del país. No me interesa la basura. Pero si el dinero que se puede hacer de ella. Casi nadie se da cuenta de la enorme cantidad de dinero que se puede ganar eliminando y almacenando residuos de otros estados de EE UU. Si las cosas van bien, sin duda seré una de las personas más ricas de este país.

"Lo siento mucho, Henry. Tengo el corazón roto", responde el gobernador, aparentemente impasible. Puedo verlo literalmente delante de mí y estoy bastante seguro de que está sentado en la silla de su despacho con su sonrisa chulesca y su culo gordo. "Pero este empresario mexicano está dispuesto a pagar casi el doble. No puedo ignorarlo. Mis electores esperan que haga lo mejor para nuestro estado".

"Mierda, Michael. ¿Está involucrado el cártel mexicano de la droga? ¿Hablas en serio? Por favor, no me vengas con mierdas de tus electores. A ti te importan una mierda", le digo.

"¿Eso significa que estás fuera?", pregunta Michael con indiferencia, sin responder a ninguna de mis acusaciones porque probablemente sabe que tengo razón.

"Me lo pensaré", respondo, esforzándome por mantener la voz firme.

"No lo dudes demasiado, de lo contrario puedes despedirte de la propiedad. Y resulta que sé exactamente lo importante que es todo esto para ti", hace una pausa para que sus palabras tengan un poco más de impacto. No le contesto y me pregunto si se está tirando otro farol.

"Sí, estás asombrado, ¿verdad?", continúa y puedo oír claramente la burla en su voz.

"Ya te llamaré", le digo en voz baja y cuelgo.

Entonces estalla la ira en mi interior, porque no soporto en absoluto que alguien me ponga una pistola en la cabeza y piense que estoy bailando a su son.

Con un grito prolongado, golpeo varias veces el smartphone contra el borde de mi mesa de madera maciza. Sé que no tengo ninguna alternativa real a la propiedad en Virginia Occidental. Esto me pone de los nervios.

Mi smartphone hace un ruido chirriante y finalmente cede porque, obviamente, no está diseñado para este tipo de uso. Echo un vistazo rápido al dispositivo, que está inutilizable debido a las numerosas grietas de la pantalla.

De un movimiento, lo tiro a la papelera y respiro hondo.

Luego me levanto y decido hacer una visita a mi compañero Bill, del departamento de marketing, de camino al departamento de informática para comprar un nuevo smartphone.

Bill suele tener a su alrededor a las mujeres más atractivas de su departamento. Ni idea de cómo lo consigue. Y si los rumores son ciertos, se lo ha montado con al menos la mitad de ellas en su pequeño despacho de la esquina.

Salgo de mi despacho, saludo brevemente con la cabeza a mi secretaria, que me sonríe insegura. Realmente debería poner fin a esto y me pregunto si Bill puede recomendarme a una de sus empleadas en su lugar, que me distraiga en el futuro. Mi enfado con el gobernador se desvanece un poco al pensarlo.

Después de una breve espera, entro en el ascensor que me lleva a la planta 30. El silencio de la cabina me hace pensar de nuevo en Michael Wright y preguntarme si realmente debería pagar tanto dinero por la propiedad.

El dinero en sí no es el problema. Ya tengo suficiente. Se trata más bien de no dejar que me lo quite otro. Golpeo nerviosamente con el pie derecho el suelo metálico del ascensor y miro la esfera del reloj que me indica la planta actual. Todo va demasiado lento para mí y me pregunto si seré yo.

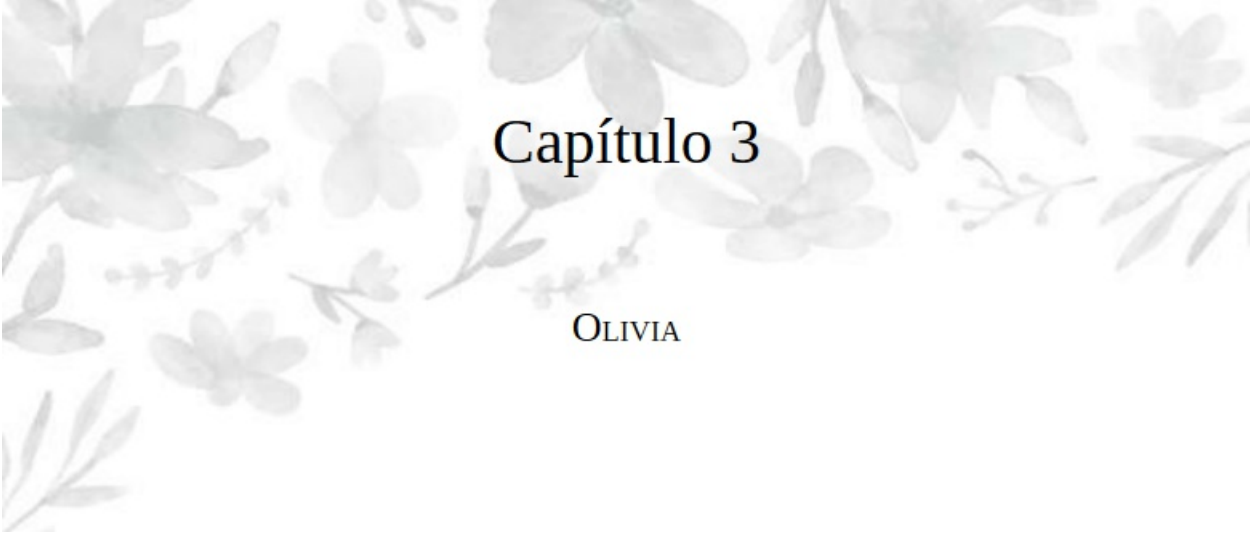
Al cabo de una eternidad, las puertas del ascensor se abren. Incluso antes de que se abran del todo, me apresuro a salir, con los ojos ya fijos en la puerta del despacho de Bill a lo lejos.

Entonces mi hombro se resiste. Sobresaltado, me doy la vuelta y noto que he tropezado con una mujer que, obviamente, estaba esperando fuera del ascensor y a la que simplemente había pasado por alto.

Nuestras miradas se cruzan y estoy seguro de que esta belleza morena también trabaja para Bill. Parece un poco agotada. Inmediatamente me siento interpelado e inicio una conversación con ella. El enfado por lo del gobernador parece olvidarse por un momento.

Sin embargo, me despide inusualmente rápido y ni siquiera me dice su nombre. Tras el apretón de manos, un poco más largo, estaba seguro de que íbamos a conocernos mejor y de que, después de todo, la tarde iba a ser un éxito.

De alguna manera me siento desafiado por esto. Cuando la cabina del ascensor se cierra, resisto brevemente el impulso de meter la mano y detener el ascensor. En lugar de eso, pienso en preguntarle a Bill por ella, pero rápidamente abandono la idea. Puede que sea atractiva, pero también parece una persona complicada. Y en este momento no necesito nada complicado.



Capítulo 3

OLIVIA

Increíble. Aquí todo es sencillamente increíble. Con dedos temblorosos, meto las pocas pertenencias personales de mi escritorio en una cajita que he encontrado en la cocina del café.

Mi mente está en otra parte y me pregunto cómo demonios he podido durar tanto tiempo en esta empresa. ¿Tenía razón mi madre? No. No es así. Si se sale con la suya, asumir la pensión también es un error. Probablemente piensa que casi todo lo que hago es un error.

Doy un gran sorbo a la taza de café que he traído de la cocina. Un poco de espuma de leche del capuchino se me pega al labio superior. Lo lamo con la lengua, sabiendo que tendré que pagar por ello a la hora de comer.

El capuchino y el cacao son mis puntos débiles. Mis calentadores del alma que me aportan una forma de paz interior cuando todo a mi alrededor empieza a temblar.

Podría no beber otra cosa en todo el día, pero al cabo de unas horas me suele perseguir un terrible estruendo y gorgoteo en el estómago. Por suerte, esta extraña forma de intolerancia a la lactosa no suele ser dolorosa, por lo que siempre me debilito y recurro a estas bebidas.

Bebo demasiado, sobre todo los fines de semana solitarios, pero al menos no molesto a nadie con el ruido de después. Aquí, en la oficina, ya he dejado el hábito. Sin embargo, después de lo ocurrido en el despacho de Bill, un capuchino parece ser lo adecuado para calmarme un poco.

Una vez más, me viene a la mente Henry Thompson, que aprovechó nuestra colisión para charlar conmigo. Fue educado y casi me lo trago. Me llena un poco de orgullo haber sido tan dura en ese momento y haberle dejado allí plantado. Si nos guiamos por su reputación, Bill y él son tal para cual, de todas formas, ¡me habría tirado como una toalla usada!

Sacudo la cabeza y me pregunto por qué estoy pensando en ello y por qué sus brillantes ojos verdes siguen apareciendo en mi mente.

Una punzada en el estómago rompe bruscamente este pensamiento e instintivamente me llevo la mano al estómago. El escozor desaparece tan rápido como ha aparecido. Mi cuerpo está a punto de relajarse de nuevo cuando recibo otra breve puñalada en la zona del estómago.

"Estabas con Bill, ¿verdad?", me pregunta una compañera en la mesa de detrás, escrutándome de arriba abajo.

"Sí, ¿por qué?".

"No serías la primera persona que tiene dolor abdominal después. No te ha penetrado analmente, ¿verdad? ¿O sí?", me pregunta en un susurro fingido y se tapa la boca con la mano.

"No. No me hizo nada", respondo horrorizada y en voz demasiado alta, lo que hace que algunos de mis compañeros se giren y me miren.

"Claro que sí. Eso es lo que dice todo el mundo aquí", dice la compañera y vuelve a sumergirse en su pantalla.

Por dentro estoy que echo humo de rabia, pero resisto la tentación de soltar un par de palabrotas a mi colega. ¿Quién sabe por lo que ha pasado? Quizá sólo sea su desesperación. ¿Adónde he llegado? Entonces me doy cuenta de que no es el momento de enfadarse. El asunto está zanjado. Cojo mi caja y me dirijo rápidamente hacia el ascensor. Por el camino, me vuelve a picar el estómago y decido no volver a tomar el capuchino.

Poco después, salgo del edificio por la puerta giratoria y me detengo con la caja bajo el brazo. Respiro hondo y miro a la multitud que, con algún destino, se desplazan de un lado a otro con prisa y mal humor.

Este ajetreo de la ciudad terminará pronto. Se me dibuja una sonrisa en la cara y estoy deseando volver al lugar donde crecí.

El vibrar de mi smartphone me saca de mis pensamientos. Con la mano libre, saco el dispositivo del bolso y me sorprendo al darme cuenta de que me llama mi vieja amiga Ally. Sigue viviendo en Harpers Ferry y, gracias a las redes sociales, hemos mantenido el contacto hasta hoy. Pasamos por lo bueno y por lo malo en el instituto, pero por desgracia nos perdimos de vista después, lo que ninguna de las dos pretendía continuar. Por desgracia, así pasa el tiempo cuando vives en dos lugares distintos.

"Hola, Ally", la saludo alegremente.

"¡Olivia! ¿Qué oigo por aquí? ¿Vas a volver?", vuelve a preguntar Ally con voz alegremente emocionada.

"La radio del pueblo sigue funcionando, ¿verdad?", respondo con una sonrisa en la voz. Sin embargo, me doy cuenta de que nunca me he acostumbrado a que en el pueblo no se pueda

guardar nada para uno mismo. La gente habla y cuchichea por todas partes.

"Hay cosas que nunca cambian", responde Ally. "¿Cuándo vienes? Tengo muchas ganas de verte. ¿Sabías que la organización de Conservación de la Naturaleza de aquí está llevando a cabo una campaña? Quizá quieras hacerte socia porque...".

El bocinazo de dos taxis a mi lado ahoga el resto de la frase de Ally, cosa que agradezco un poco. Por supuesto, estoy deseando abrir la casa de huéspedes, prepararlo todo y recibir a los viajeros. Me siento bien y creo que mi formación como organizadora de eventos va a dar sus frutos. Pero, ¿hacerme socia de un club de pueblo de inmediato? Creo que sería demasiado rápido para mí y no me sentiría cómoda.

"Puedes pensártelo antes", continúa Ally sin inmutarse. "Siento soltarte esto así. Estoy muy contenta de que vengas", me dice Ally al teléfono con su tono afectuoso.

"No pasa nada", le contesto y vuelvo a sonreír.

"Si necesitas algo... ¿Quieres que te recoja en algún sitio? ¿O ya tienes el carné de conducir? ¿O te ayudan tus padres?".

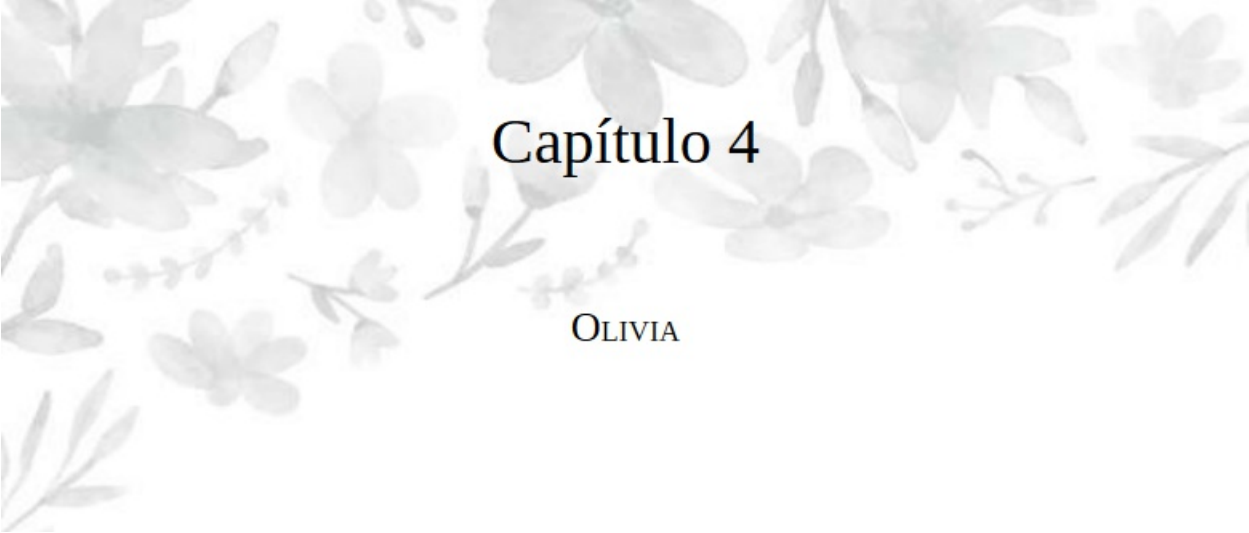
"No nos hablamos desde la lectura del testamento", respondo en tono apagado.

"Pff... Casi me lo imaginaba. Tendrías que haber visto lo a menudo que estaban aquí antes de eso, dando vueltas por la pensión. Me alegro mucho de que tus abuelos te la dejaran. La verdad es que no se oyen cosas buenas de la comunidad a la que pertenecen tus padres. Quiero decir... lo siento", tartamudea Ally.

"No pasa nada. No te preocupes", la animo. "Sería genial si pudieras recogerme. ¿Crees que podrás?".

"Por supuesto, ¿para qué está una amiga?", responde Ally, sonando genuinamente aliviada.

"Eres un encanto", le respondo y nos despedimos la una de la otra.



Capítulo 4

OLIVIA

Dos semanas después.

"Hasta luego, Olivia, tengo que irme. Los caballos tienen hambre". Con estas palabras y un beso en la mejilla izquierda y otro en la derecha, Ally se despide de mí y baja los pocos escalones del porche, que hacen un ruido chirriante bajo sus pies.

"Hasta luego, Ally", le digo alegremente y espero tener algo de tiempo para mí. Resulta que Ally vive justo al lado, en el rancho. La palabra al lado es relativa aquí, en este pequeño pueblo, porque hay un gran prado entre nuestras casas, que probablemente pertenezca al ayuntamiento. Detrás del prado se ve el campo de Ally y sólo después está el camino de entrada a su casa. No obstante, podemos saludarnos a esta distancia. Aparte de eso, Ally probablemente se ha propuesto acompañarme todo lo posible en mi nuevo comienzo aquí en Harpers Ferry.

Sé que tiene buenas intenciones y me ha sido de gran ayuda más de una vez en las últimas dos semanas. Después de que me recogiera en Nueva York, viajamos a Home Depot innumerables veces porque sentía que necesitaba algo nuevo cada día y siempre había más obras pequeñas y más grandes en la casa de huéspedes. En otras palabras, Ally conducía porque yo no tenía la oportunidad debido a mi falta de carné de conducir, lo que a estas alturas ya me pone de los nervios.

El crujido de los escalones del porche indica que pronto habrá que cambiarlos, cosa que probablemente haré yo misma por falta de presupuesto. Sin las habilidades de manitas de Ally, probablemente no habría llegado tan lejos. Por eso también me siento culpable en cuanto siento el impulso de que me deje sola un momento.

"¿Me recogerás más tarde, como habíamos hablado, para que podamos ir a Home Depot en tu camioneta?", le pregunto con voz suave y enseguida siento que me remuerde la conciencia. ¿Me estoy aprovechando demasiado de su amabilidad?

Ally hace una pausa y vuelve a girarse. "Se me había olvidado. He quedado con unos colegas de la organización para la Conservación de la Naturaleza. Hemos planeado una campaña de señalización. ¿Quieres participar?". La cara de Ally demuestra que está entusiasmada. La organización de Conservación de la Naturaleza ha sido un tema de conversación frecuente en las últimas semanas. De alguna manera, parece que medio pueblo se está implicando y que hay más gente que se une desde que se ha desbrozado el bosque del otro lado del río, que es claramente visible desde mi casa de huéspedes. Probablemente alguien ha decidido vender parte de la reserva natural. Incluso ya hay una cabaña. El pueblo echa la culpa al Estado. Nadie se siente responsable.

"Quizá en otra ocasión", respondo con evasivas, obligándome a sonreír. Comprendo que el asunto sea importante para Ally, pero no quiero meterme en esos asuntos nada más volver. Creo que tengo más que suficiente con la pensión. No obstante, estoy un poco deprimida porque no he avanzado prácticamente nada en los últimos días. En cuanto se acaba una obra, se abren dos nuevas.

¿Quizá debería aprovechar el descanso forzoso y ralentizar un poco las cosas? Podría aprovechar la hora de comer para dar un paseo por el enorme y aparentemente interminable bosque que hay detrás de la pensión, algo que aún no he tenido ocasión de hacer.

El bosque no está demasiado densamente plantado, por lo que todavía hay suficiente luz brillando entre los árboles y los prados del suelo son de un verde exuberante.

De niña me encantaba y en verano pasaba casi todas las horas del almuerzo en el bosque. Ally también estaba allí y a menudo caminábamos por el bosque hasta el río vecino. En una ocasión, intentamos encontrar el final del bosque y sólo volvimos a casa cuando ya estaba completamente oscuro. Por supuesto, mi abuela estaba muy emocionada y nos explicó que la propiedad lindaba con el río Potomac. Debido a la curva del río y a la ubicación de la pensión en las afueras de la ciudad, no había ninguna propiedad vecina a la que se pudiera llegar a través del bosque. Sin embargo, en aquel momento no me di cuenta de que el bosque pertenecía a la pensión y, por tanto, a mis abuelos. Así que puedo decir que el bosque es mío. Me siento un poco orgullosa de poseer un trozo de naturaleza tan hermoso y virgen. Es una locura si tenemos en cuenta que, a pesar de tener un trabajo bien pagado en el centro de Nueva York, no podía permitirme un piso para mí sola.

"¿Sabes qué?", dice Ally, interrumpiendo mis pensamientos. "Me ocuparé de los caballos y luego llamaré rápidamente a mis colegas. Seguro que pueden hacerlo sin mí. Nos vamos a Home Depot", me anuncia con una sonrisa radiante en la cara y dando palmas.

"Gracias", digo dócilmente y siento que mis mejillas se sonrojan de emoción ante este gesto.

"Ah, bueno, para eso están los amigos. Hasta luego", dice Ally, despidiéndose de nuevo con la mano.

La miro un momento y entro por la puerta principal. Los rayos del sol bañan la entrada con una luz maravillosa. Los paneles de madera amarillo mate y las flores frescas dan a la estancia un ambiente maravilloso.

El olor a humedad casi ha desaparecido, gracias a las numerosas actividades de limpieza de las últimas semanas. El pequeño mostrador de recepción de la pensión se integra perfectamente en este aspecto y enseguida me llama la atención el panel de roble recién barnizado de la parte superior.

Asiento con satisfacción y me sorprendo de la diferencia que puede suponer un poco de barniz fresco, un nuevo color en la pared y algunos adornos florales. Fue la primera habitación que terminé. Pero aún me queda casi todo por hacer. A las pocas habitaciones de la casa de huéspedes también les vendría bien una nueva mano de pintura. Los muebles son intemporales, encajan perfectamente en la casa y demuestran el buen gusto de mis abuelos. Cuando miré las habitaciones a mi llegada, había una gruesa capa de polvo por todas partes. Por motivos de salud, mis abuelos habían decidido dejar de recibir huéspedes en los últimos meses antes de su muerte.

Camino alrededor del mostrador y pulso pensativa el botón de la gran caja registradora. Con un sonoro tintineo, la consola se levanta, conteniendo aún algunos céntimos desperdigados. Desde niña me encanta este aparato con sus adornos galvanizados. El sonido tiene un efecto tranquilizador en mí, probablemente porque me transporta a mi infancia, cuando apenas podía apoyar la barbilla en el mostrador y veía a mi abuela sonreír feliz mientras daba la bienvenida a los nuevos huéspedes. Me doy cuenta de que este aparato seguirá aquí, pero sólo con fines decorativos. En los últimos días, me he dado cuenta de que carezco de un sistema de reservas. Ni siquiera hay conexión a Internet en esta casa, lo que, por supuesto, significa que la pensión no aparece en AirBnB ni en Booking.com.

Cierro el cajón de la caja y me pregunto una vez más si realmente seré capaz de gestionarlo todo. Siento que quiero seguir dirigiendo la casa de huéspedes con el espíritu de mis abuelos y lo feliz que me hace estar de vuelta aquí, en Harpers Ferry. Al mismo tiempo, sin embargo, me pregunto si todas estas pequeñas y grandes obras no son demasiado con el dinero del que dispongo y si no he sido demasiado ingenua en mi planteamiento. ¿Tal vez debería haber trabajado en Nueva York unos meses más para esperar a tener suficiente dinero ahorrado? No, ya es demasiado tarde para eso. Y cuando pienso en ese asqueroso Bill, debería haberme ido mucho antes.

Mi madre probablemente no es del todo inocente de mis pensamientos. No ha perdido la oportunidad de llamar aquí varias veces en las últimas semanas. Mi mirada se desliza hacia el gran y anticuado teléfono de línea, que está justo al lado de la caja registradora y es, de hecho, la única línea telefónica de la casa en este momento.

Aunque mi madre sólo vive a una hora en coche, aún no ha venido. Ally me explicó que ella y mi padre tienen mala fama en el pueblo porque se han unido a una comunidad alternativa que rechaza todo lo mundano, el capitalismo y, por tanto, la forma en que convivimos.

"Oh Dios, ¿y qué pasa conmigo entonces? ¿También me rechazan a mí?", les pregunté horrorizada.

"No. En absoluto. Claro que se mostraron escépticos. Pero les dije que te conozco y te aprecio y hablé bien de ti", me explicó Ally guiñandome un ojo. "Con eso basta. Sobre todo si eres miembro de un club".

El áspero timbre del teléfono me hace estremecer y corta el silencio de la habitación. Sólo después de que suene varias veces me doy cuenta de que realmente está sonando, que no me lo estoy imaginando porque he estado pensando en las conversaciones y acusaciones con mi madre. ¿Otra vez ella? Decido cambiar el teléfono lo antes posible para poder ver al menos el número de la llamada entrante. No sólo por mi madre. ¿Cómo voy a devolver la llamada a alguien que quiere reservar una habitación cuando no estoy en casa?

"Hola, soy Olivia. ¿Eres tú, mamá?", le digo al auricular después de coger la llamada.

"Hola, señorita... Green", oigo la voz de un hombre al otro lado e inmediatamente me arrepiento de haber saludado tan frívolamente. ¿Qué puede pensar este hombre de mí? ¿Es acaso un posible huésped?

"Oh, lo siento, es que pensaba..." Empiezo apresuradamente, pero el caballero me interrumpe.

"No pasa nada. Conozco a sus padres. Me llamo Morris Dunkan. Soy el director de la sucursal bancaria local", me explica el hombre con voz nasal.

"Encantado de conocerle", le respondo amablemente, pero al mismo tiempo me decepciona que no sea un posible huésped y noto que el corazón me late con fuerza en el pecho al no saber qué quiere este hombre de mí. Nunca es buena señal que llame el banco, ¿verdad?

"Quería preguntarle por el paradero de la cuota. Usted es la nueva propietaria de la casa de huéspedes en este momento, ¿verdad? "

"Sí, así es", respondo. "Perdone, pero ¿qué cuota?", digo, sintiendo que me acaloro y me enfrió al mismo tiempo.

"Ah, ¿no lo sabías? Bueno, puede ser, aún está bastante reciente", empieza fríamente y se aclara la garganta. "Tus abuelos pidieron un importante préstamo hace unas semanas. La cuota mensual es de 7.500 dólares. Y como no se ha recibido ninguna cuota desde hace cinco días, quería preguntarte si...".

"¿Siete mil quinientos dólares al mes?", exclamo y tengo que agarrarme al mostrador para no volcarme hacia atrás. "Debe de ser un error. No, no puede ser...", pero mi voz se interrumpe en mitad de la frase y mi mente se acelera. ¿Podría ser? Pero entonces, ¿dónde está el dinero?

"Comprendo su confusión. Estaré encantado de enviarle los documentos en los próximos días, así como una nueva factura que incluya los intereses de demora adeudados", me explica. "Que tenga un buen día".

Luego termina la llamada. Mantengo el teléfono en la mano unos instantes más y miro fijamente al aire.

Apenas puedo creer lo que acaba de decir. ¿De verdad puede ser? ¿Por qué nadie en la ejecución del testamento lo sabía? ¿Quizás porque era realmente nuevo? ¿O era una nueva estafa y no tenía ningún préstamo que devolver? Después de todo, cualquiera podría hacer una llamada así.

Me apresuro a entrar en la trastienda y saco del armario algunas de las carpetas que mis abuelos guardaban aquí. Estaban realmente ordenadas y si realmente existe tal préstamo, entonces debe haber algo aquí.

Después de hojearlo durante unos minutos, con el corazón acelerado, lo encuentro. Miro fijamente un trozo de papel que evidentemente ha sido arrugado y desgarrado antes de ser alisado de manera improvisada y pegado con cinta adhesiva para archivarlo aquí.

El membrete lleva el escudo del estado norteamericano y la carta está fechada unas semanas antes de que murieran mis abuelos. Las escasas líneas de la carta dicen algo sobre viejas deudas que mis abuelos tendrían que saldar. No se menciona ninguna suma, ya que la carta termina a la mitad y no se puede encontrar el resto de la carta.

Así que tal vez fuera cierto después de todo...

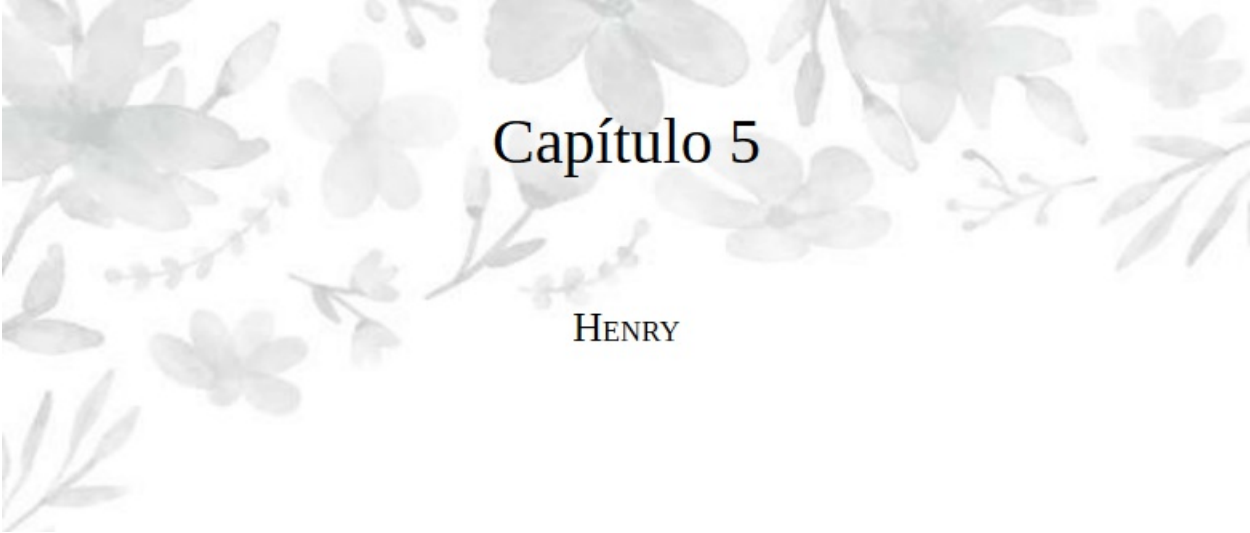
Suena el timbre y me doy la vuelta. "Sorpresa. Ha sido más rápido de lo que pensaba. Si quieres, podemos...". Ally comienza alegremente, pero entonces es interrumpida por el timbre que cae.

Al parecer, ha abierto la puerta tan bruscamente que el timbre y su soporte se han soltado y han caído al suelo.

"Vaya, lo siento. Lo arreglaré cuando volvamos, ¿vale?", se disculpa, recoge el timbre, lo deja en el mostrador junto a la caja y me mira.

"No te vas a creer lo que me ha dado la cartero...", empieza, sostiene una botella de un jugoso líquido amarillo y de repente se detiene. "Eh, ¿qué pasa? ¿Parece que hayas visto un fantasma? ¿Estás enfadada conmigo por lo de la campana? En realidad no fue intencionado. De verdad, no lo fue", dice Ally abatida.

Por un momento no puedo decir nada y prefiero volver a estar sola. Por supuesto, me importa un bledo lo que le haya dado el cartero, porque de alguna manera todo lo que he estado soñando se me está derrumbando encima como un castillo de naipes.



Capítulo 5

HENRY

Mismo día, Nueva York, 11.37 de la mañana.

Somnoliento y vestido sólo con pantalones retro, salgo de mi dormitorio y entro en el espacioso salón-comedor de mi ático neoyorquino. El sol entra por los grandes ventanales y baña el suelo de mármol, que he importado especialmente de Florencia, con una luz maravillosa que da a todo el piso un aire italiano.

Me estiro para sacudirme el sueño y estoy pensando si realmente debería ir hoy a la oficina cuando me fijo en el bol de cereales y el cartón de leche a su lado que mi ama de llaves ya ha colocado en la mesa del comedor, detrás de los adornos florales de gran tamaño.

No puedo evitar sonreír al oír la puerta de entrada cerrarse silenciosamente desde lejos. Perfecto. Está claro que acaba de terminar su trabajo y se ha escabullido sin que tengamos que mantener una conversación inútil, en la que de todos modos habría más palabras en español que en inglés.

Me siento en la silla frente al tazón, abro la tapa del cartón de leche y observo con diversión que se han formado pequeñas gotas de rocío en el lateral del cartón, lo que significa que la leche aún está fría y que no ha estado aquí demasiado tiempo. Por fin ha entendido lo que quiero. Sólo tuve que amenazar a la asistente con el despido inmediato unas tres veces y le expliqué en mi mejor español que la próxima vez que me sirviera leche demasiado caliente, le daría unos azotes. Era una chica mexicana pequeña y atractiva, con un bonito trasero, y de alguna manera se las arregló para evadirme.

En algún momento se solucionará, pero de momento mi deseo está satisfecho. Las dos prostitutas asiáticas que siguen tumbadas entre las sábanas en el fondo de mi dormitorio me han proporcionado una noche llena de pequeños clímax.

Mi sonrisa se ensancha al pensar en cómo fue todo ayer. Había una página web nueva que era casi como un menú. Podías elegir a las mujeres y ponerlas en tu cesta de la compra. Era casi

como pedir pizza. Sólo que mejor.

Les pagué a las dos en cuanto llegaron y, antes de salir de la habitación, les di una propina de 100 dólares a cada una, porque estaba completamente satisfecho con sus mimados servicios extra.

Y lo mejor de todo: en cuanto se despiertan, no hay silencios incómodos, ni charlas sin sentido, ni miradas desagradables, como con mi secretaria. Los dos me saludan amable y profesionalmente y desaparecen. Simplemente maravilloso.

Pensándolo bien, debería dejar lo de la secretaria. Pensativo, me meto en la boca la primera cucharada de copos de maíz ligeramente empapados y me lo pienso.

No. Todo puede quedar así. Me gusta la idea de que lo haga por un aumento de sueldo.

Un ruido de golpes sacude las ventanas de mi ático. Luego el ruido se hace cada vez más fuerte y unos instantes después me doy cuenta de por qué.

El helicóptero rojo y negro llega y aterriza en el helipuerto, situado justo encima de mi piso, en la azotea del edificio. Recuerdo que mi piloto dijo algo sobre unas clases de vuelo que tenía que completar para conservar su licencia.

Hay que reconocer que para mí es un juguete y que lo compré para divertirme y presumir. Lo que hacen los niños grandes cuando les sobra el dinero.

Recuerdo que tengo que ir a la oficina de todos modos porque los papeles de mi último juguete llegaron anoche. Un bonito yate de 50 millones de dólares que está amarrado en el puerto de Manhattan. ¿Por qué no volar hasta allí en helicóptero y evitar las terriblemente congestionadas calles del centro de Nueva York a estas horas?

De alguna manera, hoy parece ser un buen día: Las dos chicas asiáticas, el helicóptero, el yate. Si consigo que ninguna de las minucias de mis colegas se interponga en mi camino a la oficina, entonces nada se interpondrá en un exitoso comienzo del fin de semana.

El timbre de mi smartphone, que está a mi lado en la mesa de cristal, llama mi atención. Echo un vistazo a la pantalla y, al leer el nombre de la persona que llama, mi rostro se ensombrece de repente.

Suelto un suspiro mientras miro fijamente la pantalla del smartphone que suena y me sirvo dos cucharadas más de copos de maíz. No para. Claro que no. Esta mujer es tan insistente, pensé que se había dado por vencida tras unos meses de silencio.

"Hola, Larissa", la saludo con voz apagada, habiendo decidido sin más preámbulos coger la llamada antes de que lo intente otras 50 veces hoy y me ponga de los nervios todo el día.

"Hola, cariño", responde y yo me estremezco involuntariamente. "¿Volverás alguna vez a tus orígenes?", dice con una voz grave y artificial que probablemente pretende sonar erótica.

"No pienso hacerlo. No sé por qué", le respondo, impasible y con voz fría. Aparecen imágenes de mi pequeña ciudad natal en Carolina del Norte, donde crecí. A fin de cuentas, ni siquiera era un lugar real, sino un conjunto de familias de granjeros que se dedicaban a la cría de cerdos.

Lo que al principio parece una vida de granja romántica se fue convirtiendo cada vez más en una explotación agrícola industrial. Todos los granjeros saben que un cerdo produce unas diez veces más heces que un ser humano y, con 40.000 cerdos, eso supone un montón de mierda.

La caca simplemente se esparcía por los campos circundantes. Pero se fueron añadiendo más y más cerdos y llegó un momento en que todo olía a mierda. Sentías que te perseguía el hedor incluso cuando paseabas por el bosque o nadabas en el lago a cinco kilómetros en verano, lo que significa que todavía hoy soy un nadador miserable. Pero el yate pronto cambiará eso. Podré recorrer largas distancias y entrenar sin que nadie me mire y sin que algún estúpido de la prensa me haga una foto vergonzosa haciendo el caballito de mar.

En cualquier caso, estoy muy contento de haber escapado de la cámara de excrementos de Estados Unidos y llevar mi propia y mejor vida aquí, en una de las ciudades más hippies del mundo.

"¡Puedo chupártela! Me lo trago todo. Lo hacemos como animales. Como en el vestuario. ¿Te acuerdas?", me pregunta Larissa en tono ofensivo y me saca de mis pensamientos.

Intento reprimirlo, pero las imágenes de entonces aparecen en mi mente. Por aquel entonces, ella era animadora en el instituto de la ciudad vecina. Yo era defensa y estaba en el mismo equipo que mi hermanastro. Pero entonces Larissa y yo acabamos en el vestuario después del partido. Por aquel entonces, la consideraban un buen partido y, para su edad, ya tenía unos increíbles pechos enormes que todo el mundo en el instituto quería tocar. Era la hija del granjero con la granja de cerdos más grande. Así que si querías quedarte en el campo, no era el peor partido.

No me gusta recordar que me limité a creerla, que la relación con mi hermanastro había terminado hacía mucho tiempo. Incluso entonces, probablemente estaba pensando con la polla y quería creerlo. Esto duró unos días y entre uno de los muchos orgasmos llegué a decirle que quería casarme con ella. Qué increíblemente estúpido. Probablemente pensé que duraría para siempre. Sin embargo, el último día de la temporada, cuando ya nos habíamos graduado, nos pilló teniendo sexo mi hermanastro, que se marchó furioso en su coche.

Decidí hablar con él, pero a la mañana siguiente la policía llegó a nuestra puerta y les dijo a mis sorprendidos padres que mi hermanastro había estrellado el coche contra un árbol esa noche.

Poco después, abandoné Carolina del Norte para siempre, dejándolo todo atrás para construir una nueva vida en Nueva York. No quería admitir que había sido culpa mía. Mi padre biológico no se cansaba de decirme por teléfono que mi hermano también había resultado ser hemofílico. Igual que yo. Había sufrido un corte durante el partido, que no fue tratado. Ya estaba muerto antes de chocar contra el árbol. Desde ese punto de vista, yo no tenía la culpa. Sin embargo, no me gusta recordarlo y todavía me siento de alguna manera responsable de ello. Incluso hoy.

"Déjalo, Larissa. Hemos terminado el uno con el otro. Desde hace mucho tiempo", digo con frialdad e intento por enésima vez que se dé cuenta de que se acabó. Nunca volveré a Carolina del Norte. No por una mamada ni mucho menos para volver a respirar un aire que apesta a heces de cerdo.

"Vamos, Henry. Todavía soy un buen partido. Y si te casas conmigo, como planeaste entonces, seré toda tuya. Puedes escribirme un cheque de vez en cuando..."

Así que de eso se trataba todo de nuevo. De dinero. De alguna manera era siempre lo mismo y me preguntaba por qué escuchaba siempre la misma mierda. Su padre probablemente había jugado demasiado su mano en el póquer con los rusos y estaba en un aprieto. Ella no es una granjera nata y probablemente esté intentando ganarse unos dólares de esta manera. Patético, de verdad. Sin embargo, cedo.

"Te enviaré un cheque. Como siempre", respondo con indiferencia y cuelgo.

"Gracias, Henry. ¿Por qué no me lo traes personalmente...?", oigo que responde Larissa, pero ya he tenido bastante y pongo fin a la conversación en mitad de su frase. ¿Cuánto tardará en llamar la próxima vez?

Estoy a punto de dejar el smartphone a un lado cuando vuelve a sonar.

"¿Qué más hay? Ya va el cheque", le digo bruscamente al teléfono.

"Ya no es necesario, Henry", responde una voz masculina. "El trato se ha cancelado. Ya he esperado bastante". Tardo un momento en asimilarlo todo. Entonces me doy cuenta de que tengo al gobernador Michael Wright al teléfono. Supongo que supuse que Larissa volvería a llamarme.

"¿Qué quieres decir con eso? Fue la semana pasada cuando le prometí que pagaría", le respondo indignado y, de mala gana, recuerdo la llamada telefónica en la que, de hecho, le prometí el doble del precio. Claro, el asunto seguía siendo una mina de oro para mí. Pero lo que realmente me cabreaba era que Michael lo supiera y quisiera aprovecharse de ello.

"El otro interesado ha seguido su ejemplo y además cuida mucho mejor mis... erh... los intereses de la región", me explicó Michael con voz formal.

"¿Quieres decir que te manda más coca y putas que yo?", respondo en voz alta.

"No es así, Henry", dice con una compostura estoica que me sube por las paredes. "Los conservacionistas me están pisando los talones. Tenemos que solucionar esto lo antes posible, antes de que sea demasiado tarde".

"¿Y ahora qué? ¿Conservacionistas? ¿Otra parte interesada? ¿O ambos? Que te den, Michael".

"¡Cállate y escucha!", responde y la compostura parece desaparecer de su voz. ¿Acaba de contradecirse?

"Tenemos que darnos prisa. Sólo puedo garantizarte el trato hoy. Pero eso sólo es posible en persona. ¿Puedes venir enseguida? Te enviaré las coordenadas de donde nos encontraremos".

¿Qué clase de mierda estaba tratando de hacer? Eso apesta hasta el cielo. "Michael, no me apetece visitarte en tu pueblecito, yo...".

"Te enviaré los datos. Tengo que irme", me interrumpe y cuelga. Intento devolverle la llamada varias veces, pero mis intentos quedan sin respuesta.

Sólo con el mayor esfuerzo consigo no hacer pedazos mi nuevo smartphone. ¿Qué se cree que está haciendo este idiota?

Entonces suena mi smartphone. Michael ha enviado las coordenadas del punto de encuentro. La chincheta roja de Google Maps señala un bosque en algún lugar justo al lado de un río. Todo gira en torno a este bosque. Es una reserva natural que el gobernador quiere vender al mejor postor para uso gratuito. Le entusiasmaron mis planes de ahuecar la montaña y convertirla en un gigantesco vertedero subterráneo de residuos peligrosos. Todo debía pasar completamente desapercibido y la mayor parte de la superficie debía permanecer intacta para que los conservacionistas pudieran estar tranquilos. La idea de que los turistas siguieran paseando por la cima de la montaña y haciéndose selfies subiendo una montaña de basura nos hizo reír a carcajadas. El afán de lucro es una de las pocas cosas que ambos tenemos en común.

Al otro lado del río hay un gran prado entre dos casitas. Justo detrás de una de las casas comienza un gran bosque.

Molesto, dejo caer la cuchara en mi tazón de cereales y decido vestirme y utilizar el helicóptero para volar a Virginia Occidental. Todo el asunto apesta, pero no me importa. No voy a dejar que nadie me quite la mantequilla del pan y si descubro que Michael va de farol, le daré un puñetazo en su estúpida cara de político.

"Levántense, señoritas. Tenéis que iros", digo en voz alta mientras vuelvo a mi dormitorio y abro el armario. Por supuesto, no las vuelvo a mirar.

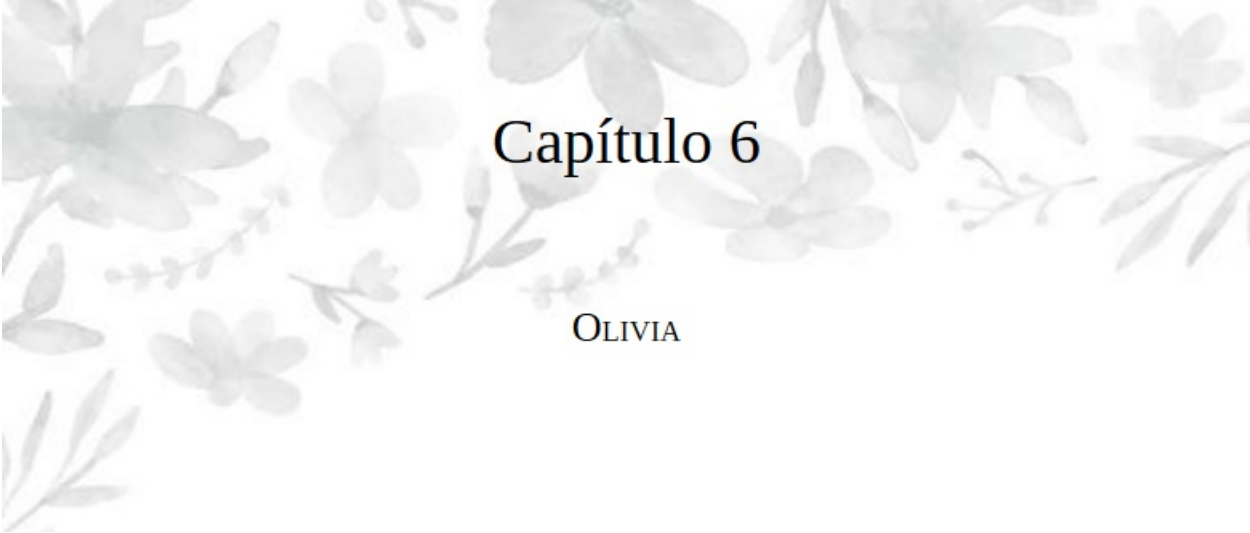
De camino al helipuerto, escribo a Bill un breve mensaje.

Tengo que arreglar algo en Virginia Occidental. Te quedas al mando hasta que vuelva.

Su respuesta no se hace esperar:

¿Me la puede chupar tu secretaria?

Tengo que sonreír y responderle con un rápido "*haz lo que quieras*" antes de subir al helicóptero y decirle al asombrado piloto que ya no tiene que preocuparse por sus clases de vuelo.



Capítulo 6

OLIVIA

Harpers Ferry, unas dos horas después.

HCon gran dificultad, consigo sujetar el pesado poste de madera de la valla, que parece podrido, con una mano, mientras con la otra quito los viejos listones de la valla con las herramientas que encontré en el desván de mi abuelo.

Con la ayuda de Ally, todo fue mucho mejor. Estaba claro que era un trabajo que requería cuatro manos en lugar de dos. La valla no era realmente necesaria, ya que justo detrás había un prado que pertenecía al pueblo y estaba entre mi propiedad y la de Ally, como ésta me explicó.

"Aparte de cortar el césped cuatro veces al año, allí no pasa nada", me dijo Ally cuando le pregunté y volvió a excusarse para ver cómo estaban los caballos. "Los potros son aún bastante jóvenes. Después de que uno de los pequeños muriera pisoteado el año pasado cuando un semental estaba tan excitado, sólo quiero comprobar cómo están de vez en cuando. En un instante vuelvo".

A estas alturas me pregunto si realmente hice lo correcto arreglando la valla. Pero he empezado y miro los listones parcialmente remendados. Si la hubiera dejado como estaba, se vería claramente la diferencia. Así que abandonar no es una opción, sobre todo porque los listones de la valla que quedan están realmente muy desgastados e incluso están envueltos en alambre de espino de bordes afilados a intervalos irregulares.

Más de una vez me enganché el brazo y el muslo en varios lugares. Afortunadamente, fui muy cuidadosa y sólo sufrí abrasiones mínimas.

Sin embargo, como no quería tentar a la suerte, me decidí rápidamente por el mono de trabajo azul de aspecto algo voluminoso que encontré junto a la caja de herramientas en el polvoriento desván. Según lo escrito en la etiqueta con las instrucciones de lavado, debió de pertenecer a mi abuelo.

Me doy cuenta con asombro de que me queda bastante ajustado a la cintura. La imagen de mi abuela reaparece en mi mente y sólo me doy cuenta de lo guapa y menuda que era cuando yo pasaba aquí los veranos de mi infancia. Aunque llevo algunos de sus genes, dudo que me vea tan bien cuando tenga su edad e instintivamente me froto la pequeña mancha oscura del lóbulo de la oreja.

Ally no se cansaba de decirme lo increíblemente sexy que me quedaba el mono y que debía subirme la cremallera del todo porque, de lo contrario, todos los hombres del pueblo no tardarían en hacer cola para mirarme el escote mientras trabajaba.

Me pareció un intento fallido de animarme, aunque estoy segura de que lo hizo con buena intención. Cuando vino corriendo y le conté lo de la llamada del banquero, casi sentí que se me hacía un nudo en la garganta. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no echarme a llorar. Sentí como si tuviera que enterrar mi sueño de tener mi propia casa de huéspedes antes de empezar. Aún no había recibido a ningún huésped y ni siquiera había abierto oficialmente. Quería tomarme mi tiempo con la reforma. Pero no tenía otra opción. Si no conseguía unos cuantos huéspedes de pago lo antes posible, la aventura se acabaría antes de lo que me hubiera gustado. Y "unos cuantos", era quedarse corto. Con esa cantidad de dinero, tendría que asegurarme de tener todo reservado si quería devolver el préstamo y ganarme la vida con ello.

"Nos las arreglaremos", me dijo Ally, mostrando un optimismo que no disminuía y que yo no entendía en absoluto. "Resulta que conozco al banquero porque...", se detuvo un momento.

"Bueno, aquí la gente se conoce. No es como Nueva York. Aquí la gente se ayuda".

"No sonaba especialmente cooperativo por teléfono", le expliqué a Ally, incapaz de compartir su optimismo rural.

"Vuelve a llamar, salúdale y dile que me conoces", continuó Ally, que parecía realmente convencida de su sugerencia.

Me pareció una tontería, pero me animé de todos modos y llamé al empleado del banco que, para mi asombro, me concedió un aplazamiento de cuatro semanas.

"¿Ves?", dijo Ally con satisfacción.

Nos abrazamos y me alegré de tener un poco más de tiempo. Pero la euforia no duró mucho y enseguida me asaltó la duda y me pregunté por qué no se me había ocurrido volver a pedirlo. ¿Qué podía hacer sin la ayuda de mi amiga? ¿Siquiera era capaz de llevar una pensión?

Brindamos con el licor de fruta de la pasión que Ally había recibido como regalo del cartero. Seguro que tiene sus propias vacas y le encanta hacer suero de fruta. Sabía increíblemente bien.

No me di cuenta de las consecuencias hasta que bebí medio vaso. Sin embargo, me lo bebí todo porque no quería ser grosera.

El poste de la valla se me cae de la mano y aterriza con un ruido sordo en la hierba medio alta que hay delante de mí. Algunos listones de la valla se sueltan y el alambre de espino que llevan roza mi mono azul, pero no me importa gracias al grueso acolchado. Suelto una maldición reprimida y arrojo el martillo a la caja de herramientas, que he arrastrado detrás de mí con el pie derecho, con una buena dosis de frustración.

Después de todo, quizá debería esperar a que vuelva Ally. Es desagradable porque estoy desesperada por demostrarme a mí misma que puedo hacerlo igual de bien sola, pero sé que no es el caso.

El tejido del mono de mi abuelo no parece transpirable porque las gotas de sudor me caen por la frente. Mientras me limpio el sudor, suena mi smartphone, lo tengo guardado en el bolsillo interior del mono.

Abro la cremallera, me abanico un poco y me pregunto si será el banquero, que tal vez ha cambiado de opinión.

Mientras busco mi smartphone, siento un desagradable tirón en el estómago e involuntariamente me encorvo hacia delante. Inmediatamente me doy cuenta de que beberme el licor de leche me hará pasar una noche desagradable. El tirón no cesa e incluso empeora. Me pregunto si no tendré una tolerancia aún peor a la leche no procesada industrialmente. Recuerdo vagamente una conversación con mi médico en Nueva York, que mencionó algo parecido. En aquel momento, sin embargo, mi mente no estaba muy puesta en el asunto.

Ayer mismo intenté comprar leche de soja aquí. Pero la dependienta de la pequeña tienda del pueblo me miró sin comprender, como si nunca hubiera oído hablar de ella. Por lo visto, cuando vives en un pueblecito, tienes pocas oportunidades.

Por fin he cogido mi smartphone del bolsillo interior y, cuando miro la pantalla, se me hunde el corazón. No es el banco el que me llama, la pequeña foto de mi madre tampoco me hace feliz.

Respiro hondo y pulso aceptar para acabar de una vez. Muchas veces dejo que suene. No es algo de lo que me enorgullezca, pero normalmente vuelvo a llamar más tarde y tengo que escuchar todo tipo de reproches. Su preocupación favorita era que estaba preocupada por si había sido víctima de uno de los muchos crímenes que ocurren cada día en esta terrible ciudad.

"Hola mamá, ¿cómo estás?", la saludo, forzándome a sonar alegre.

"¡Oh niña! Me he enterado de que aún no has abierto", da un portazo en tono quejumbroso, se detiene un momento y luego continúa impertérrita. "Ya te lo dije. Ojalá te hubieras quedado en la

ciudad. ¿Quién va a querer pasar la noche en un pueblo como éste?".

"¿Mamá...? ¿Mamá...? ¿No eras tú la que siempre me aconsejaba que no me quedara en Nueva York porque...?", respondo frunciendo el ceño. Este es exactamente el tipo de conversación que me faltaba y, una vez más, mi madre demuestra que no puedo complacerla. Aún recuerdo perfectamente lo mucho que demonizaba mi traslado a la gran ciudad y en este momento dice que ¿habría sido mejor que me hubiera quedado allí? Un zumbido y un rugido llegan a mis oídos y me tapo la oreja libre con el dedo índice.

"La pensión habría estado en buenas manos en nuestra comunidad. Me habría gustado que formaras parte de ella. ¿Lo has pensado?", me pregunta, recordándome los muchos mensajes de texto que hemos intercambiado últimamente.

"Sí", grito mientras el zumbido de fondo se hace cada vez más fuerte. Miro a mi alrededor, pero no veo nada. "Voy a arreglarlo. Gracias por tu ofrecimiento, mamá". Intento sonar tranquila y no pensar demasiado en el plazo de pago del préstamo y en las reservas que faltan. Bajo ningún concepto quería hablar de esto con mi madre, que obviamente tenía planes completamente distintos para la pensión.

"¡Pero hija! No sabes que las posesiones mundanas al final sólo te llevarán a que tu alma arda en el infierno y tú...", mi madre comienza un sermón sobre su visión del mundo, que probablemente forma parte de este tipo de comunidad a la que ella y mi padre pertenecen. Afortunadamente, el resto de la frase queda ahogada por el estruendo.

"Tengo que irme", grito al teléfono y cuelgo cuando me doy cuenta de que el ruido viene del piso de arriba. Cuando levanto la vista, el helicóptero negro y rojo me da bastante viento en la cara y me pongo las manos delante para protegerme y poder mantener los ojos abiertos.

Parte de la valla, que ya ha sido reparada, no resiste el viento y se inclina hacia un lado sin poder evitarlo. Levanto la vista con fastidio y me pregunto quién habrá aterrizado con su helicóptero en la parcela abierta y arruinado mi trabajo.

Cuando la puerta con la pequeña escalera se abre al exterior y, entrecerrando los ojos, reconozco al hombre que baja los escalones, se me hiela la sangre en las venas. Cierro los ojos brevemente y me quito las manos de la cara, sobre todo cuando las aspas del rotor se detienen lentamente y el viento amaina. No hay duda: es Henry Thompson. Mi ex jefe sale del helicóptero, se ajusta el traje y mira a su alrededor.

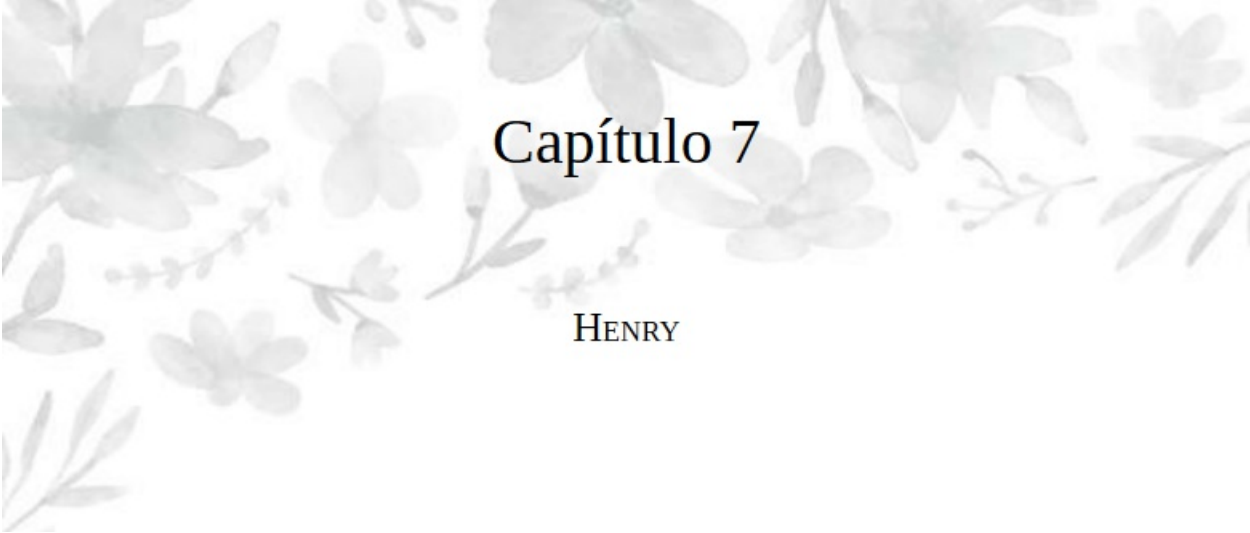
¿Me ha reconocido? Me mira durante un largo rato, pero entonces una voz femenina regañona capta mi atención.

"¿Quién te crees que eres? Mis caballos ya no entienden el mundo, grosero...", grita Ally, corriendo por su prado con la cabeza roja y brillante.

Al Sr. Thompson no parece importarle y el resto de la frase queda ahogada por el fuerte bocinazo procedente de la limusina negra que se ha acercado al helicóptero sin ser vista. El Sr. Thompson se ajusta la chaqueta, se pasa los dedos por el pelo negro, hace un gesto con la cabeza hacia el coche y vuelve a desaparecer unos instantes después.

"¿Por qué acaba aquí este capullo y por qué está espantando a mis caballos? ¿Qué hace aquí?", pregunta Ally, jadeando y poniendo las manos en las caderas.

"Eso es lo que me gustaría saber", respondo, pensando que yo quiero saber mucho más que ella.



Capítulo 7

HENRY

"¡Henry! Me alegro de que hayas podido venir", me saluda el gobernador con una sonrisa falsa, mostrando sus dientes blanqueados artificialmente. Interpreto estos dientes, junto con su tez morena, como un intento desesperado de no admitir ante sí mismo que está envejecido y gordo. Quizá ya se ha dado cuenta de que sólo se lleva a todas las jovencitas a la cama por su posición política y que ninguna mujer le mirará el trasero una vez que lo hayan echado de la presidencia.

"Hola, Michael", respondo y le aprieto la mano con más fuerza de la necesaria, haciendo que la sonrisa de sus dientes blanqueados desaparezca y dé paso a una expresión de dolor. Se lo merece, al fin y al cabo, sólo he acabado aquí, en este pueblo de mala muerte, gracias a él. Fue él quien no me dejó otra opción. Puede meter su saludo falso por donde le quepa. Espero que con mi apretón de manos se haya dado cuenta de que no he venido a jugar con él.

Entonces le suelto. Michael tiene la suficiente experiencia como para no darse cuenta y vuelve a poner su sonrisa de político. "Bienvenidos a la pequeña y bonita ciudad de Harpers Ferry", dice señalando con la mano extendida en dirección a los cristales tintados. Mi mirada sigue su mano mientras el coche se pone lentamente en marcha.

Me pregunto si debería decirle que se deje de tonterías cuando vuelvo a ver a la mujer morena del mono azul junto al Fury. Las dos mujeres parecen estar hablando con el piloto, de aspecto algo indefenso, al que he dicho que me espere en el helicóptero.

Nada más bajar del helicóptero me fijo en el sexy escote de la mujer y me pregunto si el mono deja ver sus dulces pechos, si los implantes mamarios están de moda incluso en los pueblos pequeños o si se trata simplemente de una desconocida belleza de pueblo.

Nos miramos un momento y sentí como si nos hubiéramos tropezado recientemente. Al principio no podía situarla. Pero sentí que se me ponía dura al ver el sudor que le corría por la cara desde

la frente y que luego se perdía en su escote. Me pregunto qué aspecto tendrá bajo el mono.

En una fracción de segundo, volvió a pasar por mi mente la escena de hace unos quince días, cuando una morena con un bonito trasero me dejó helado en el ascensor de la planta de Bill. ¿Podría ser ella? ¿Pero qué demonios hace aquí?

No, sacudo la cabeza y me pregunto cuándo fue la última vez que me acosté con las dos prostitutas asiáticas. ¿Será que estoy pensando con la polla otra vez? Esta noche, cuando vuelva a casa, me propongo conseguirme una morena. Porque el hecho de que los encuentros con una sola mujer me persigan durante tanto tiempo no es, desde luego, una buena señal.

La otra mujer que estaba a su lado, con su ropa y el pelo recogido en un moño, en el que se veían los restos cada vez más difuminados de su última decoloración, se parecía más a lo que uno se imagina que es una mujer de campo. Era ella la que venía corriendo, agitándose salvajemente. El piloto ya me lo había señalado durante la aproximación para el aterrizaje y me pareció oír algún quejido sobre sus caballos cuando bajé del avión. Nada más respirar, me llegó a la nariz ese desagradable olor a campo que tanto odiaba en Carolina del Norte y enseguida me di cuenta de que sin duda tenía que agradecerse a sus caballos.

"No es para ti", dijo el gobernador, que obviamente se había percatado de mi mirada en dirección a las dos mujeres. "Tiene un papel importante en la organización de conservación y sólo piensa en sus caballos", dice con una sonrisa de complicidad.

"Gracias, pero a diferencia de algunos de los caballeros de este vehículo, yo puedo elegir a mis propias parejas", le devuelvo con una sonrisa beligerante y le miro directamente a los ojos.

El gobernador me lanza una mirada despectiva. Es evidente que el comentario le ha picado y, antes de que pueda pensar en una réplica adecuada, ya hemos recorrido cierta distancia. Decide dejarlo así, sabiendo que una respuesta que tarda demasiado en llegar es sólo la mitad de eficaz.

Tras unos instantes de silencio, señala con el dedo por la ventanilla un cartel al que nos acercamos.

El Sr. (W)RIGHT está EQUIVOCADO.

La frase con el juego de palabras incorporado es claramente reconocible en letras grandes y alguien se ha tomado la molestia de representar el retrato del gobernador debajo. "Por eso estamos aquí", dice en su primer tono de voz. "Los conservacionistas sospechan algo. Tenemos que actuar con rapidez".

Me gusta que a la gente tampoco le guste el gobernador. Parece que tenemos algo en común. Pero eso es lo único que me gusta de esta operación. Por lo demás, no siento más que desprecio

por esta acción y me parece un intento desesperado de proteger algo que no puede ser más aburrido.

Las grandes macetas en el bordillo, los bancos delante de las casas donde los aldeanos mayores se reúnen para charlar y jugar al bridge, son para mí el símbolo de que la gente del campo intenta desesperadamente convencerse de que aquí se está bien, a pesar de que ni siquiera tienen oportunidades decentes para ir de compras, ofertas culturales y sólo una selección muy limitada de mujeres atractivas.

Aparte del buen aire del campo, que suele ser sólo otra palabra para las heces de los animales, no hay absolutamente nada en esos lugares. Por eso sorprende tanto que el helicóptero haya aterrizado, al parecer, junto a una casa de huéspedes algo anticuada. ¿Quién pasa la noche en un barrio así? Pero cuando se quiere hacer algo por la ciudad que realmente aporte dinero y cree puestos de trabajo, protesta. Los ciudadanos de los pueblos pequeños no suelen ser tan listos como los de las grandes ciudades. Una vez más me lo han demostrado de forma impresionante.

"¿Cómo se enteran los vecinos de nuestros planes?", pregunto, sin dejar de mirar por la ventana.

"No puedo asegurarlo", responde el gobernador y puedo ver el débil reflejo del cristal de la ventana que está mirando en mi dirección. "Aquí la gente se conoce. Mi gente aún está intentando averiguar si se trata sólo de rumores, porque talamos un trozo de bosque para colocar un barracón y realizar algunas pruebas".

Lo que más me sorprende de la respuesta de Michael es que hasta ahora no ha dicho ni una palabra sobre la supuesta cancelación del acuerdo. Elegí mis palabras con cuidado y hablé de nuestro plan. El gobernador, un hombre consciente del poder de las palabras, no replicó.

El resto del viaje transcurre en silencio. Después de pasar el pueblo, cruzamos el río Potomac y nos desviamos de la carretera nacional por un camino de tierra que nos lleva por una zona densamente arbolada durante unos minutos.

Entonces el bosque se acaba abruptamente y nos detenemos ante un barracón que se ha levantado al borde de una zona despejada del bosque. Cuando salimos y Michael me dice que le siga, reconozco mi helicóptero negro y rojo a lo lejos, aparcado entre dos casas en un campo verde. Vuelvo a pensar brevemente en la mujer del mono azul, pero entonces Michael abre la puerta del barracón de obra y entramos. Dentro hay un escritorio a un lado, delante del cual se inclina un hombre de tez sudamericana que ya mira en nuestra dirección.

"Este es Carlos", dice Michael, señalando al hombre.

"Mucho Gusto". Carlos me tiende la mano y se revuelve el bigote con la mano libre. Lo miro con los ojos entrecerrados. ¿Será que está nervioso? Claro que puede hacer calor en un barracón

como este. Pero, ¿significa eso que tienes manchas de sudor bajo las axilas como este sureño tiene bajo el brazo de su mano extendida?

Lo miro con frialdad, cuando al cabo de unos instantes se da cuenta de que no voy a devolverle el saludo, retira la mano con un poco de aprensión.

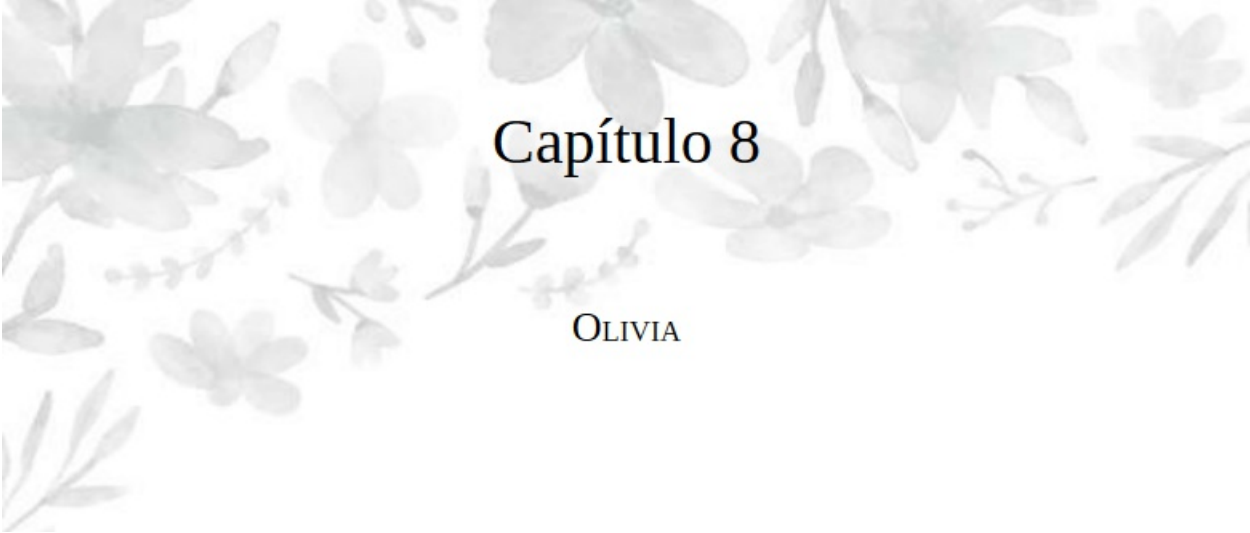
"¿Qué hace usted aquí? Este es mi proyecto", le respondo fríamente y lo miro sin pestañear.

Pero Carlos no dice nada. Sonríe cansado y mira en dirección al gobernador.

"¿No puedes hablar por ti mismo?". Lo provoco y doy un paso hacia él, con lo que retrocede sobresaltado y casi se cae de espaldas.

"¿En serio, Michael?", pregunto en tono molesto y me vuelvo hacia el gobernador. "¿Se supone que éste es tu hombre de negocios en el extranjero? ¿Qué se supone que es? Esto es ridículo", resoplo con desprecio. Pero el gobernador se limita a mirar a Carlos y asiente secamente.

"Te enseñaré lo que es ridículo", oigo resoplar a Carlos. Me vuelvo hacia él y veo cómo extiende la mano derecha y me apunta a la cara.



Capítulo 8

OLIVIA

"Vamos, Ally, déjalo estar. Creo que simplemente no quiere hablar con nosotros", le digo, poniendo suavemente la mano en el hombro de Ally, que al principio no parece darse cuenta y sigue despotricando sin cesar en dirección al piloto, que se ha quedado en el helicóptero, recostado despreocupadamente en su asiento y haciendo como si no estuviéramos aquí.

Entonces Ally hace una pausa y parece pensar en mis palabras. Se vuelve hacia mí, respira hondo y me mira. "Tienes razón. No tiene sentido. Deberíamos hablar con su jefe. El tipo que acaba de irse", continúa.

"No sé si eso servirá de algo, Ally", le respondo, pero evito decirle por qué pienso eso. "¿Me ayudas a volver a poner la valla?". Señalo los paneles de la valla que se cayeron cuando aterrizó el helicóptero y espero que Ally no quiera seguir hablando del hombre del helicóptero.

"Por supuesto", empieza Ally, frunciendo el ceño. "Realmente metimos la pata allí. Algo así no debería ocurrir, pero probablemente no clavamos los postes lo suficiente en el suelo".

Me alivia que su enfado se calme tan rápido y podamos seguir reconstruyendo la valla. Trabajamos en silencio durante unos minutos y pienso una y otra vez en el señor Thompson. ¿Qué hace aquí?

"No te preocupes, Olivia. Estará bien. Es un hombre. Lo tendrás en tus manos y hará lo que tú quieras. Créeme", dice Ally de repente. Me sobresalto, la miro con expresión confusa y noto que se me encienden las mejillas.

"¿Qué quieres decir? ¿Cómo sabes que...?", tartamudeo, preguntándome cómo sabe que estaba pensando en el señor Thompson.

Ally suelta una risita, deja caer la herramienta que tiene en la mano y me mira. "El banquero, Olivia. Me refiero al empleado del banco". Luego entrecierra los ojos y me mira un poco más de

cerca. "¿De quién creías que estaba hablando? ¿Hay alguien ahí? Vamos, dímelo", susurra en voz baja con una sonrisa en la cara y me da un codazo en la cadera con el dedo índice para animarme. "No. No hay nadie". Aunque me alivia que no quiera hablar del señor Thompson, el tema de la deuda me pesa en el estómago. Lo había bloqueado por un momento.

"No sé si realmente puedo hacer esto, Ally", empiezo y suspiro. "Claro, me ha dado una prórroga. Pero, ¿y después?", me pregunto a mí misma en lugar de a Ally. "Quiero decir, ¿no fue un error hacerme cargo de la pensión? ¿Tenían razón mis padres después de todo?".

"Tonterías, Olivia, puedes hacerlo", me dice, abrazándome para que pueda sentir los latidos de su corazón.

Ally es realmente una persona de buen corazón. A veces un poco brusca y, en mi opinión, quizá demasiado crédula. Pero de alguna manera tengo que admitir que me gustaría tener algo de su optimismo.

"Me daré otras dos semanas", le digo con un breve atisbo de determinación. "Entonces, con suerte, sabré si puedo pagar el plazo o si tendré que volver a enterrar el sueño".

"¿Por qué dos semanas?", pregunta Ally con seriedad. "¿No te dio el banco cuatro semanas?".

"Sí, es cierto. Pero no quiero que el banco decida por mí. Quiero decidir yo".

"Oh Olivia, no seas tan dura contigo. Puedes hacerlo. Date un poco más de tiempo. Y acepta a veces la ayuda de los demás. Aquí vives en un pueblo. La gente se ayuda", empieza Ally y ya puedo adivinar qué tema está a punto de salir de nuevo.

"¿Qué tal si te haces miembro de la organización para la Conservación de la Naturaleza? Allí hay mucha gente estupenda. Y estoy segura de que habrá algunos manitas que podrán arreglar tu casa de huéspedes en un santiamén. ¿Qué te parece?".

"La verdad es que no lo sé", respondo dubitativa. Por supuesto, suena tentador conseguir ayuda tan rápido y gratis. Pero, ¿no era ése exactamente el problema? Iba a buscar ayuda en este momento. ¿Y después qué? ¿No me pedirían que hiciera siempre exactamente lo mismo? Sonaba un poco como la granja comunitaria de casa de mis padres. Sólo estás ahí para los demás y te abandonas a ti misma. Suena un poco como si, al unirme a esta organización de Conservación de la Naturaleza, estuviera dando mi poco tiempo libre que tengo aparte de renovar la casa de huéspedes a otra persona de forma permanente.

"No te preocupes, no voy a seguir hablándote de ello", dice Ally, que cada vez sabe leer mejor mi expresión. Si no recuerdo mal, era así en el instituto. "Es que necesitamos toda la ayuda posible", continúa, poniendo cara de preocupación.

"El gobernador trama algo y no sabemos exactamente qué. Viene tan a menudo que no tiene explicación. ¿Qué gobernador se interesa por una pequeña ciudad de su estado?", se pregunta a sí misma, a lo que yo sólo puedo encogerme de hombros sin decir palabra. "Mira allí", continúa Ally, señalando al otro lado del río, hacia la colina boscosa. Inmediatamente me fijo en el descampado al final del cual se ha levantado algo parecido a un barracón.

"Hasta hace poco era una reserva natural. El gobernador ha cancelado el estatus de la zona y ha emitido un documento de ochenta páginas lleno de palabrería sin sentido en el que se afirma que allí deben realizarse perforaciones y muestreos del suelo porque quieren promover la minería". El rostro de Ally se ensombrece visiblemente y enseguida se percibe lo alterada que está emocionalmente por este asunto.

"¿Entiendes lo que esto significa?", me pregunta, cada vez más alto. No sé muy bien a qué se refiere Ally, así que niego ligeramente con la cabeza.

"Olivia, quieren destruir nuestro hermoso paisaje", comienza con voz firme. "Este es nuestro pueblo. Valoramos la naturaleza virgen y no queremos que se eche a perder. Por eso hay tantos carteles por todo el pueblo. No nos quedaremos de brazos cruzados", explica.

"Este tipo de aquí", empieza Ally, señalando el helicóptero que tenemos detrás. "Debe de tener algo que ver. Si supiera qué", dice frotándose la barbilla.

No estoy segura de seguir sus pensamientos, sobre todo porque creo que hay industrias peores que la minería. Si es subterránea, ¿es realmente tan dramática? Sin embargo, tengo que admitir que no lo he investigado. ¿Pero eso no crea también puestos de trabajo? ¿Y no me dijo Ally que muchos jóvenes se están marchando del pueblo porque no hay trabajo?

Decido que probablemente sea mejor ponerme de su parte y decido sin más preámbulos contarle que sé quién acaba de aterrizar aquí en helicóptero hace unos minutos.

"Lo conozco", digo con voz apagada, viendo a Henry Thompson en el ojo de mi mente mientras me sonrío encantadoramente mientras las puertas del ascensor se cierran en la planta 30 después de que ni siquiera le haya dicho mi nombre.

"¿Qué?", pregunta Ally, con cara de haber sido alcanzada por un rayo. "¿Te refieres al hombre del helicóptero?".

"Sí, exactamente", empiezo, intentando ignorar su mirada atónita. En este caso, no me siento culpable por no habérselo dicho enseguida. Unos minutos o menos no suponen ninguna diferencia desde mi punto de vista y no es que mi información vaya a ayudar mucho. Al menos, no lo creo.

"Es mi ex jefe. Dirige un conglomerado en Nueva York y es bastante rico".

"Eso es interesante. La verdad es que es muy interesante", responde Ally y parece estar aún más ensimismada que antes.

Un fuerte gorgoteo interrumpe el silencio y en ese mismo momento siento otra punzada en el estómago y me pongo la mano en el bajo vientre.

"¿Qué ha sido ESO?", pregunta Ally asombrada. "¿Ha salido de ti? ¿Estás bien?".

"Probablemente el suero de leche", respondo. "Soy intolerante a la lactosa", continúo en voz baja.

"Eso no es malo, cariño", dice Ally con una sonrisa amable. "A mi madre también le pasa. Hay pastillas para eso y no notarás nada".

"¿Ah, sí? No lo sabía", admito, porque hasta ese momento había preferido ignorarlo todo lo mejor que podía.

"No hay nada de lo que avergonzarse. Al menos todavía no", dice y su sonrisa se ensancha. "Pero si tus huéspedes se enteran, podrían hacerte una mala crítica en Tripadvisor o AirBnB", dice, reprimiendo una carcajada.

"Eres tonta". La empujo un poco lejos de mí, pero tengo que sonreír un poco yo también.

"Lo siento", responde e inmediatamente volvió a ponerse seria. "El médico de aquí del pueblo es bastante bueno. Sabe mucho y estudió en una de las mejores universidades. Quizá podrías hacerle una visita", sugiere Ally.

"Me lo pensaré. ¿Seguimos un poco más?", pregunto, señalando los paneles de la valla tirados en el suelo y cogiendo uno de la hierba a media altura. A lo mejor el médico tiene una idea de cómo quitarme el pequeño lunar del lóbulo de la oreja sin desfigurarla aún más.

"¡Ay!", jadeo y me apresuro a retirar la mano.

La sangre corre por mi pulgar y rápidamente me doy cuenta de lo que acaba de ocurrir. Parece que la suerte me ha fallado y me he cortado el pulgar con el alambre afilado.

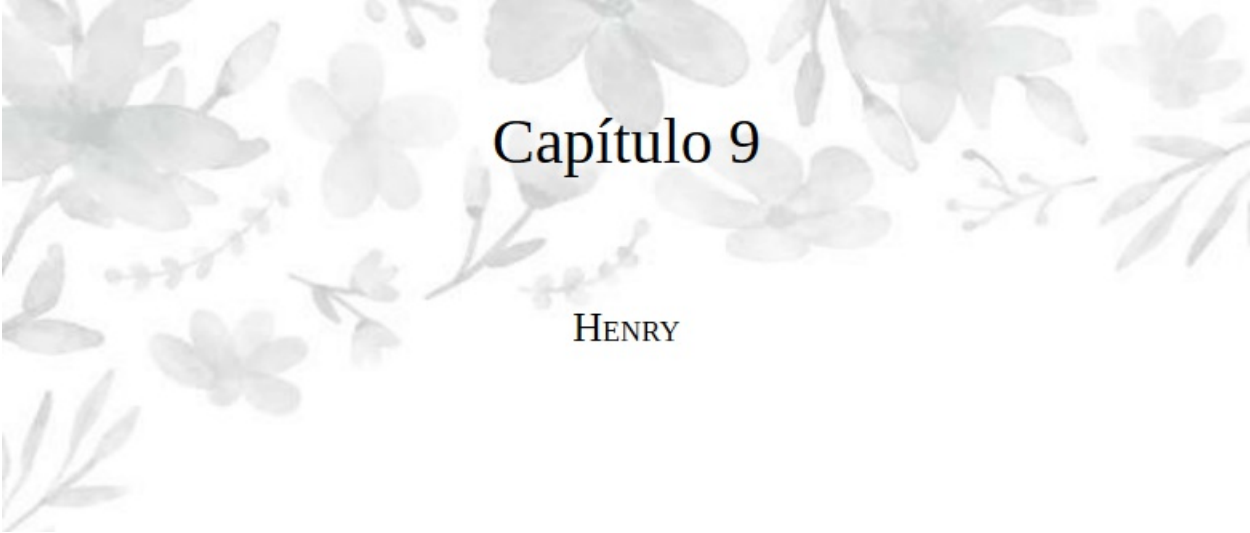
"Déjame ver", dice Ally rápidamente y me coge la mano con cuidado.

"No parece muy grave. Pero yo haría que lo viera el médico. Es sólo un pequeño corte, pero si se infecta...", Ally se interrumpe. "No querrás saber cuánta gente ha acabado aquí en el hospital por envenenamiento de la sangre", continúa en voz baja.

"No me asustes", digo, sobresaltada. "Vale, ¿dónde puedo encontrar al médico?", pregunto, limpiándome la sangre con un pañuelo que he buscado en el bolsillo lateral de mi mono.

"Tardaremos unos minutos a pie. Te llevaré rápidamente y te dejaré allí", explica Ally. "Luego tengo que volver a ver los caballos. ¿Podrás volver caminando después de que todo esté arreglado?".

"Por supuesto que sí", respondo y sonrío. "Gracias por cuidarme".



Capítulo 9

HENRY

Siento la quemadura en la mejilla donde el tal Carlos acaba de golpearme. Por la forma en que me ha golpeado, no podría pertenecer a la mafia mexicana.

Estoy seguro de que todo es una gran broma. Una rabia caliente y ardiente sube dentro de mí y sé que ya es suficiente. Ya he tenido suficiente de estos juegos.

Carlos retrocede rápidamente tras su puñetazo. ¿Qué clase de tipo es este que tiene más miedo de que le devuelvan el golpe que de concentrarse en derribar a su oponente como es debido? Está a un metro de mí y parece petrificado.

Con un salto rápido me pongo delante de él y veo el horror en sus ojos por un momento antes de darle un puñetazo en el estómago, haciendo que se encorve hacia delante para que pueda hacerle una llave en la cabeza sin tener que hacer mucho esfuerzo.

"Habla, gilipollas", siseo con rabia y le aprieto la garganta lo suficiente para que recupere el aliento. Forcejea e intenta quitarme la mano de la garganta, pero las pocas sesiones de entrenamiento de jiu-jitsu brasileño han dado sus frutos, no tiene ninguna posibilidad.

"No lo sé", gime, por lo que aprieto un poco más fuerte.

"En absoluto, Henry", interviene Michael y da un paso hacia mí. "Es un hombre de negocios y su gente va a..."

"Cállate. Luego me ocuparé de ti", interrumpo a Michael, que hace una pausa y retrocede un poco. Siempre es sorprendente que primero haya que utilizar la fuerza física para que los implicados se den cuenta de quién manda aquí. Me estoy hartando, pero ¿por qué iba a cambiar nada? Incluso en mi infancia, el más fuerte siempre ganaba cuando se trataba de arrojar a los demás a un charco de apestoso caldo de cerdo.

"Es culpa suya", oigo la voz tranquila y angustiada de Carlos y le veo señalar con el dedo índice en dirección al gobernador.

"¿Qué quieres decir?", pregunto, sin cejar en mi empeño.

"Yo trabajo para él. Me dijo que me hiciera pasar por empresario y...", explica Carlos. Ya he oído bastante. Le suelto y le empujo un poco hacia un lado, con lo que vuelve a ponerse de pie, me mira con la cabeza roja y se masajea suavemente la laringe con la mano derecha.

"¿Es verdad?", pregunto en un susurro en dirección a Michael y doy un paso hacia él. "¿Te has inventado esta mierda?". Mi voz es tranquila, pero por dentro me siento completamente diferente. Estoy hirviendo de rabia y realmente tengo que controlarme para no darle un puñetazo en la cara.

Un fuerte ruido capta mi atención y me giro hacia un lado. Carlos parece haberse armado de valor y ha cogido el primer objeto del escritorio que tiene detrás, tirando unos cuantos bolígrafos al suelo. Ha sido un error. Probablemente habría podido golpearme sin que me diera cuenta. Pero el ruido me avisa y reacciono a la velocidad del rayo.

Mi puño se balancea y golpeo a Carlos justo en la cara, haciéndole tambalearse en el suelo y sujetarse la nariz mientras gime de dolor. Le sale sangre de los dedos. Probablemente esté roto.

"¿Ya has tenido bastante?", pregunto, molesto, y veo por el rabillo del ojo que parte de la sangre de Carlos se me ha pegado a los nudillos. Carlos asiente en silencio.

"Aquí tienes". Le tiendo el botiquín, que está cerca de mí, colgado en la pared. Carlos asiente sin decir palabra, abre la caja y empieza a rebuscar en ella.

Me vuelvo hacia el gobernador, que está apoyado al lado de la puerta.

"¿Qué quieres de mí, Michael?", le pregunto y me dirijo lentamente hacia él. Intento no gritarle con todas mis fuerzas. Michael retrocede unos pasos y se tambalea. Parece que mi interacción con Carlos le ha asustado más de lo que esperaba. Su cara ya no muestra nada de la suficiencia que había mostrado anteriormente.

"Yo... no puedo darte la reserva natural, Henry", me explica en voz baja, llevándose las manos de forma protectora delante de la cara.

"¿Perdona?", le digo atronadoramente. Estamos uno frente al otro y aprovecho mi altura. El gobernador me mira impotente. Es evidente que no sabe lo que le está pasando.

Nos miramos directamente a los ojos y siento que le tiemblan las manos de nerviosismo. Está asustado. Me resisto a abofetearle. Pero decido que al menos fingiré. A ver cómo reacciona.

En silencio, golpeo con mi mano, que aún tiene sangre de Carlos. Antes de que me detenga de nuevo, Michael se agacha, agacha la cabeza y empieza a gemir.

"Por favor, Henry. Por favor, perdóname. No puedo. Los conservacionistas se han enterado. Puedo olvidarme de mi reelección si...", empieza a gimotear en esta posición. Al principio me

sorprende, pero al final tengo que controlarme para no reírme a carcajadas.

Pero entonces me doy cuenta de lo que ya me ha costado toda esta diversión y decido añadir un poco más.

"¿Y mi dinero? ¿Y todo el puto dinero que te he dado? ¿Y las mujeres? ¿Crees que estoy ahí para empolvarte el culo? Me prometiste un terreno", le digo y me acerco un poco más a él para que pueda sentir mis piernas pegadas a su cuerpo en su posición agachada.

"Ahí... Puede que haya una solución", oigo la fina voz de Michael tras unos segundos de silencio.

"¿Puedo levantarme?", pregunta con cautela.

"Se acabaron los juegos", le explico, retrocediendo un poco y mirando a Carlos, que parece haber conseguido detener de algún modo su hemorragia.

"Muy bien", dice Michael, poniéndose de pie y ajustándose el traje. "Puede que haya otra zona. Una zona mucho más adecuada", me explica con un brillo en los ojos y tengo que admitir que me sorprende lo rápido que vuelve a cambiar su humor. "No es una reserva natural, es una propiedad privada", continúa sacando su smartphone, tecleando en él y mostrándome una sección del mapa de Google Maps.

"Aquí es donde está", me explica. Veo el punto azul que indica nuestra posición. Henry pasa el dedo por una enorme zona boscosa al otro lado del río.

"¿No es ese mi lugar de aterrizaje?", pregunto.

Henry asiente. "El bosque pertenece a la casa de huéspedes. La zona es enorme. Es perfecto para tu plan", me dice y no puedo evitar la sensación de que está intentando tomarme por tonto.

"Cuéntame más. ¿Quién es el propietario?", pregunto con calma y decido escuchar lo que tiene que sugerirme.

"Pertenece a una propietaria", me corrige. "A una joven que lo ha heredado hace poco". La mujer de pelo castaño y mono azul aparece en mi mente. "Todavía no ha tenido huéspedes y parece desamparada, por lo que he oído", dice, sonriendo maliciosamente.

El hombre es realmente increíble. Hace un momento lloriqueaba como un niño y momentos después parece la confianza personificada. ¿Son así todos los políticos? ¿Es parte del juego?

Me pregunto si realmente debería volver a involucrarme en un asunto tan turbio. Pero si lo que dice Michael es cierto, quizá sea mejor comprar un terreno privado para mi proyecto en lugar de una reserva natural. Me viene a la mente la otra mujer, que llegó corriendo al helicóptero con la cabeza roja y agitándose salvajemente. Si la gente de aquí se asusta tanto sólo porque aterrice en un prado, ¿qué pasaría si profanaras su reserva natural?

"Está justo en el río Potomac", sigue explicando Michael las ventajas de su alternativa. "Aquí puedes llevar tu barco. ¿No te has comprado uno hace poco?", pregunta.

"Es un yate", respondo. "Nunca podrá navegar en este arroyo del pueblo y seguro que se queda atascado en el primer banco de arena que aparezca", le digo bruscamente. "Además, no es asunto tuyo cómo llegué aquí", añado para dar por zanjado el tema.

"Da igual", dice Michael, aclarándose la garganta. "Creo que tienes muchas posibilidades de adquirir la propiedad del bosque". Luego hace una pausa. "Y cuando llegue el momento, por supuesto, firmaré las licencias necesarias para tu... um... negocio", me dice.

"De acuerdo, pero ¿y si no quiere vender?", le respondo, después de pensarlo un momento.

"Entonces tengo otras opciones", dice Michael con tono misterioso y expresión conspiradora. "He organizado algunas cosas. Tiene algunos problemas de dinero y seguro que no rechazará una buena oferta", dice sonriéndome con sus dientes blanqueados artificialmente.

"Puedo intentarlo", digo a regañadientes. "Pero si sale mal, entonces...", añado, sin pronunciar el resto de la amenaza.

"No te preocupes. Todo saldrá bien. Vamos directamente allí", dice, abriendo la puerta y haciéndome señas para que salga.

"Llévame primero al helicóptero. Me lo pensaré", respondo, queriendo seguir sin comprometerme por un tiempo. Si acepto en este momento, Michael sabrá cuánto deseo realizar este proyecto. Quiero evitarlo a toda costa. No quiero que piense que dependo de él. "¿Y él?", pregunto, señalando a Carlos al fondo.

"Estará bien. No puedo ocuparme de todo", dice impasible, se dirige a su coche y me abre la puerta.

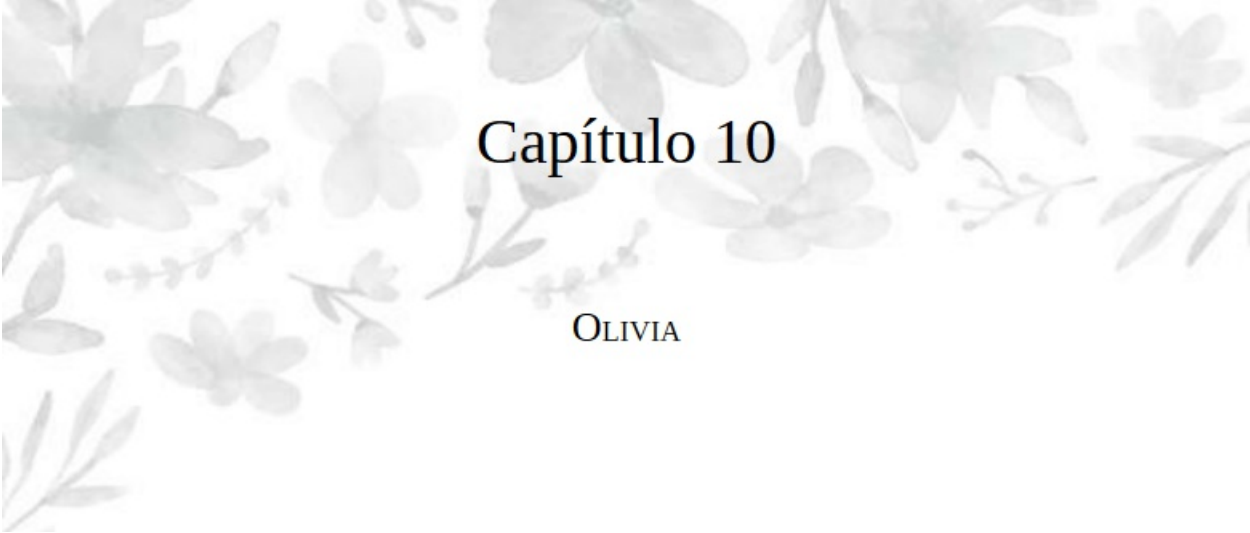
Resisto el impulso de decir algo, pero quiero volver al helicóptero lo antes posible y decido no convencerle. Puede que sea un gilipollas, pero también es quien más tarde aprobará la conversión del terreno forestal en el mayor vertedero de Estados Unidos. Así que tengo que asegurarme de que no se sienta completamente incómodo a mi lado hasta entonces.

"Creo que deberías ponerte en contacto con la propietaria lo antes posible...", empieza y luego se interrumpe. "¿Qué te pasa en la mano?", me pregunta, señalándola mientras paso a su lado.

"Oh, es que...", empiezo, miro de cerca la superficie exterior y me detengo. Mi impresión anterior no estaba equivocada, efectivamente hay más sangre. Hay un pequeño desgarró en un nudillo, del que mana constantemente un pequeño hilillo de sangre que no parece detenerse.

"¿Vamos a ver a un médico a la vuelta?", pregunto con toda la compostura posible en la voz. No le voy a decir que soy hemofílico, porque si no lo utilizará en mi contra.

"Claro", me dice. "Sube al coche. Nos vamos enseguida".



Capítulo 10

OLIVIA

"¿No tienes cita? ¿Qué puedo hacer por usted?", pregunta el médico, en cuya pequeña etiqueta con su nombre se lee Dr. Mills en letras negras.

No se ha presentado al entrar. Tampoco me ha dado la mano. Cuando le enseño mi pulgar ensangrentado, no se esfuerza mucho por reprimir una sonrisa.

"¿Vienes a mí por algo así? ¿Por eso vas al médico en la gran ciudad?", me pregunta, y resisto mi instinto de levantarme e irme enseguida.

"En la gran ciudad no te cortas con una vieja valla de púas", replico, pero me arrepiento inmediatamente cuando me mira con el ceño fruncido.

"Como tus padres. Siempre tenían una respuesta para todo. ¿Tú también formas parte de esta comunidad?", responde, formando comillas en el aire con los dos dedos índices al pronunciar la palabra comunidad. Siento el calor subir a mis mejillas. ¿Qué clase de médico es este? ¿Y por qué mete a mis padres en esto?

Ally dijo que era un buen médico. ¿Eso incluye no saber tratar con nuevos pacientes? Conozco este tipo de comportamiento en Nueva York. Un buen médico no tiene que ser necesariamente un filántropo, lo he visto mucho. La combinación me parece extraña, pero el Dr. Mills es probablemente otro ejemplo de este tipo.

"No soy como mis padres. Y no estoy en esta comunidad. Y no sé por qué eso importa", digo desafiante, retirando la mano de su agarre y frunciendo el ceño.

"Vale, en ese caso...". Hace una pausa. "Entonces déjame ver", añade, tendiendome la mano, lo que probablemente pretende ser algo así como una oferta de reconciliación aplazada.

Dudo al principio, pero luego le ofrezco la mano, con lo que él limpia el pequeño corte, mira la herida y murmura en voz baja unas cuantas veces. Luego coge unas pinzas y una placa de Petri del armario que tiene al lado.

"Supongo que fue bueno que vinieran después de todo", vuelve a decir e incluso sonrío. "Hay algunos restos de metal en la herida. Me ocuparé de ello rápidamente. Así no deberías tener más problemas".

Asiento en silencio y le dejo hacer su trabajo. Unos instantes después, el silencio se ve interrumpido por un fuerte gorgoteo acompañado de una punzada en el estómago, por lo que, en un acto reflejo, me llevo la mano al estómago.

"¿Qué ha sido eso?", me pregunta asombrado. "¿Te pasa a menudo?".

"Sólo cuando como productos lácteos", le respondo. "Pero seguro que aquí no vas al médico por algo así", añado, mirándole directamente.

Se detiene un momento. Luego sus labios esbozan una sonrisa. "Bien contestado", dice con un guiño. "Es evidente que te juzgué mal", añade, probablemente como un cumplido.

Finalmente, el médico desinfecta la herida y le pone una pequeña tirita. Luego vuelve a meter la mano en el cajón que tiene al lado y me tiende un sobrecito.

"Toma un comprimido de esto cada día y observa cómo evolucionan los ruidos abdominales y el escozor", me explica.

"¿Para qué sirve?", pregunto escéptica, resistiéndome interiormente a la idea de tomar comprimidos todos los días a mi edad.

"La intolerancia a la lactosa suele estar causada por la falta de la enzima lactasa. Los comprimidos son puramente herbales y están diseñados para garantizar que el organismo produzca esta enzima. No tiene efectos secundarios", me explica el Dr. Mills.

"Lo probaré. Gracias", contesto, cogiendo el paquete con dudas y guardándolo en el bolso.

"Si no mejora, vuelve. Pero entonces, por favor, pide cita".

"Está bien. Nos despedimos, esta vez dándonos la mano, y me pregunto por qué fue tan gracioso al principio y tan amable al final. ¿Será porque conoce a mis padres?"

Salgo de la consulta, me dirijo a casa y, de alguna manera, espero con impaciencia el corto paseo que me queda por delante. Tardaré un rato en recorrer los tres kilómetros que me separan de la pensión, pero quizá eso me despeje la cabeza y me haga dejar de pensar en el préstamo y en todo el trabajo inacabado de la pensión.

Mientras retrocedo unos pasos, una limusina negra pasa zumbando a una velocidad excesiva. El coche es idéntico al que se alejó antes del helicóptero y en el que se subió mi ex jefe, el señor Thompson.

Voy detrás del coche y observo desde una distancia prudencial cómo se detiene delante de la consulta del médico. La puerta se abre y, efectivamente, sale el señor Thompson. Entrecierro los

ojos para distinguir más detalles a lo lejos. Parece que se agarra la mano. Otro hombre sale y señala la puerta principal de la consulta. Supongo que es el gobernador del que hablaba Ally.

¿Qué hacen aquí? ¿Tiene razón Ally y está pasando algo aquí? El Sr. Thompson era conocido en la empresa como un amante de las mujeres hermosas, no de la naturaleza. ¿Qué clase de negocios está haciendo aquí, en esta pequeña ciudad soñolienta? ¿Qué crees que dirá Ally cuando se lo cuente?

El Sr. Thompson asiente y entra en la consulta de la que he salido hace un momento. Me alegro mucho de que esta vez no nos hayamos tropezado, como en el ascensor. ¿Qué se supone que tenía que decir?

Entonces el gobernador se vuelve en mi dirección. Parece que me está mirando directamente, e incluso a distancia puedo ver cómo su cara se contorsiona en una sonrisa.

Siento una sensación de inquietud en mi interior, me doy la vuelta y decido continuar mi camino. Al cabo de unos pasos, no puedo resistir el impulso de volver a mirar a mi alrededor. Distingo la puerta del coche que se cierra desde dentro y me pregunto si está a punto de acercarse a mí. No sé por qué me vienen esos pensamientos a la cabeza y acelero el paso.

Cuando vuelvo a girarme, me doy cuenta con alivio de que el coche no se ha movido. Respiro hondo y acelero el paso. Debería ver menos películas de suspense en Netflix y dejar de sospechar que hay una conspiración en todas partes.

Suena mi smartphone en el bolso. Me detengo y saco el aparato. El alivio desaparece tan rápido como llegó, porque reconozco el número que aparece en la pantalla. Es el empleado del banco.

"Hola", digo en un tono apagado y noto claramente el nudo en la garganta.

"Hola. Buenas tardes", me saluda y se aclara la garganta. "Me temo que no tengo buenas noticias para usted. El aplazamiento no va a funcionar. He hablado con mi jefe. Me ha dicho que no podemos hacerlo en tu caso", me explica con voz formal, seguida de un largo silencio.

"¿Qué quiere decir?", tartamudeo.

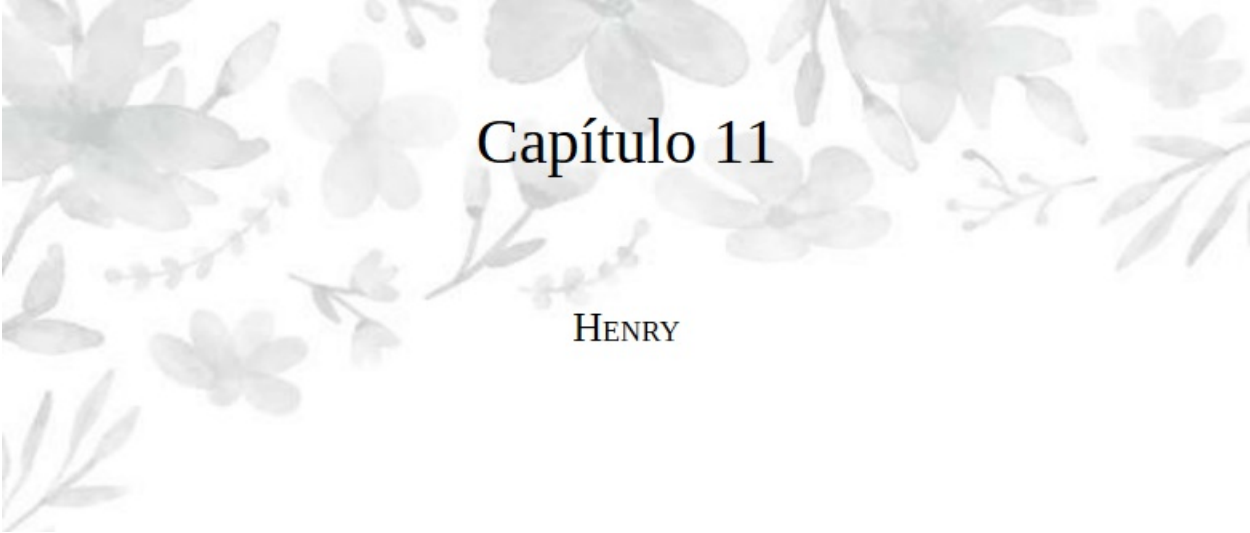
"El plazo vence al final de la semana. Si no, tendremos que...", se interrumpe y parece que le cuesta mucho darme la noticia. "Entonces el banco se convertirá en el propietario de la pensión y organizará la subasta".

Trago saliva y me tiembla la barbilla. "De acuerdo", respondo. No puedo sacar nada más sin que la gente oiga mi desesperación. Pero nada era bueno. Nada de nada. ¿Cómo se supone que voy a gestionar esto?

"Lo siento mucho", me dice contrito y cuelga.

Por alguna razón, le creo. A lo mejor fue él quien tuvo que darme la noticia. Por mi cabeza pasan mil preguntas: ¿Por qué no es posible? ¿Quién ha tenido algo que ver? Pero, ¿me darían siquiera una respuesta? Básicamente, me doy cuenta de que estoy indefensa a merced del banco y no tengo ni idea de cómo voy a arreglármelas.

Con pasos rápidos y una gran dosis de desesperación en el estómago, me apresuro a volver a la pensión. ¿Le pido consejo a Ally? ¿O pedirle ayuda con los plazos? ¿Qué más da? ¿No me había propuesto no depender de los demás?



Capítulo 11

HENRY

"Parece que sólo tienes una forma leve de hemofilia", me explica el médico, de aspecto algo gruñón, después de mirar mi herida.

Antes me ha preguntado si tenía cita y he de reconocer que me ha sorprendido que no tuviera secretaria ni nada parecido. Sin embargo, me hizo pasar inmediatamente a su sala de curas cuando le expliqué cuál era el cuadro clínico.

"La herida ya se está cerrando por sí sola", me explicó, después de examinarla con lupa durante un rato. "Sólo necesita un poco de tiempo. Creo que bastará con un esparadrapo especialmente absorbente. No obstante, debería enseñárselo a su médico cuando llegue a casa".

"No estoy en tratamiento", le respondo. Sorprendido, se da la vuelta y me mira por encima del borde de las gafas mientras parece rebuscar el esparadrapo en cuestión. "Siempre me he salido con la mía. Si dices que se cura, entonces es verdad", añade.

"Deberías hablar con un médico. Hay grandes opciones de tratamiento, sobre todo para la forma leve de hemo...", empieza, después de pegarme el esparadrapo en la herida y limpiarme la mano.

"Gracias. Estaré bien", le interrumpo, me levanto y me dirijo hacia la puerta. Al fin y al cabo, soy quien mejor conoce mi enfermedad y siempre la he sobrellevado bien. Además, no voy a dejar que un vulgar médico de pueblo me diga qué métodos de tratamiento existen. Si quiero investigar, preguntaré a un experto reconocido en Nueva York.

"Lo que tú digas", le oigo decir detrás de mí. Resisto el impulso de responder, salgo por la puerta y la cierro tras de mí. Cuando salgo de la consulta por la puerta principal, veo la limusina negra aparcada a un lado de la carretera, donde Michael me ha estado esperando según lo acordado.

Acaba de bajar la ventanilla, saca el brazo despreocupadamente y me mira con una sonrisa que me deja ver sus dientes blancos. "¿Todo bien?", me pregunta.

"Claro que sí. Ni lo menciones", le respondo.

"Ligero cambio de planes. Me temo que tengo que ponerme en marcha...", me explica con una sonrisa falsa. "Tu helicóptero está ahí detrás. Sólo tienes que seguir la carretera y luego podrás...". Me señala la carretera con la mano extendida.

"¿Qué quieres decir con eso? ¿Debería dar un paseo?", le pregunto malhumorado, interrumpiéndolo. Estoy seguro de que es una de sus réplicas por la acción en el barracón.

"Lo siento mucho, pero un gobernador tiene obligaciones con su pueblo que debe cumplir de vez en cuando", empieza y respira hondo. "Estoy seguro de que lo sabes como director de empresa. Quizá no en la misma medida, pero...".

"No hables así", le interrumpo y estoy a punto de darme la vuelta para marcharme.

"Espera un momento. Tiene sentido que te lo sugiera", me dice en tono despreocupado.

"¿Y cuál es?". Me detengo, me doy la vuelta, cruzo los brazos delante del pecho y vuelvo a preguntarme si realmente debería hacer más negocios con él.

"La chica de la pensión acaba de estar aquí. La vi cuando entraste en la consulta. Le espera el mismo viaje que a ti. ¿Quién sabe? A lo mejor la alcanzas y entablas conversación con ella...", dice con su sonrisa de suficiencia, encogiéndose de hombros.

"Tiene más problemas de dinero de lo que crees", me dice Michael mientras medito sus palabras.

"Puedes agradecermelo más tarde. Sólo tienes que entablar con ella una conversación agradable. Y quién sabe, puede que se acabe antes de lo que crees".

¡Qué gilipollas! ¿De verdad cree que me ha hecho un favor? ¿Se ha olvidado de lo que me ha costado todo este asunto? Por no hablar del hecho de que tengo que pasar el día en un pueblo como este.

"Seguiremos en contacto", dice Michael mientras la ventanilla del coche vuelve a subir lentamente y el coche se aleja en dirección contraria.

Sacudiendo la cabeza, miro tras él, saco mi smartphone y utilizo la aplicación de mapas para comprobar si realmente me ha dicho la verdad, lo que se confirma poco después. Por delante tengo un paseo de unos tres kilómetros, que emprendo con descontento.

Paso por delante de un bar cuya fachada me recuerda a un pub del siglo pasado. Frente a la entrada se han colocado algunas mesas para que algunos clientes puedan sentarse justo al lado de la calle. Me imagino que este edificio tenía exactamente el mismo aspecto hace 100 años, cuando los vaqueros subían hasta aquí y ataban sus caballos al mástil en el que ahora ondea la bandera del Estado, lo que hace que toda la escena parezca aún más rural.

Acelero el paso, dejo atrás unas cuantas casas y me pregunto por qué la casa de huéspedes se construyó tan lejos del resto del pueblo. ¿Quién demonios iría allí? Intento que mi mal humor no

empeore y respiro hondo. El olor a hierba cortada me inunda la nariz. Al menos aquí no apesta a estiércol de cerdo.

Sin embargo, me pregunto una vez más qué hace que la gente de aquí quiera vivir en el campo. Realmente no consigo sacar nada en claro y pienso que en realidad...

El timbre de mi smartphone me saca de mis pensamientos. Lo saco del bolsillo interior de mi chaqueta y vuelvo a echar un vistazo rápido al pequeño esparadrapo de mi nudillo. De momento, no sale sangre, lo cual es muy buena señal. Probablemente el médico tenga razón y la herida se haya cerrado sola.

Mientras miro la pantalla, noto que mi estado de ánimo decae aún más. Larissa me está llamando. Realmente tiene una especie de antena interior para reconocer cuándo es el peor momento para una llamada.

"Otra vez tú. ¿Te has quedado sin dinero? ¿No fui lo suficientemente claro la última vez?", le digo a mi smartphone y continúo mi camino después de coger la llamada.

"Qué alegría oír tu voz", me saluda, ignorando una vez más lo que he dicho. "¿Sabes una cosa? Te he buscado en Google y eres todo un pez gordo en Nueva York".

"Me alegro de que sepas manejar un ordenador", respondo indignado.

"Qué gracioso eres otra vez. Me gusta eso de ti", responde y me pregunto si es realmente tan ingenua o se inventa las cosas sobre la marcha.

"¿Sabes qué? Resulta que estoy en la ciudad y muy cerca de la sede de tu empresa. He estado pensando en darme una vuelta. ¿Qué te parece?".

Me doy cuenta de que no es casualidad que Larissa esté en Nueva York, por primera vez, me alegro de estar caminando por una carretera rural sin apenas tráfico en este pueblo de Virginia Occidental.

"Dime, ¿me estás acosando? ¿O es que estás sin blanca? ¿Tu padre no tiene dinero?". Sé que suena bastante duro, pero Larissa lleva molestándome con sus llamadas hace una eternidad. Al principio fui educado, pero creo que tengo que golpearla verbalmente en la cara para que realmente entienda que tiene que dejarme en paz.

"Podría estar contigo en una hora", me dice impasible. "Podría ser como aquella vez en el vestuario. Solos tú y yo". Tengo que admitir que al pensar en follármela en mi escritorio, la polla de mis pantalones se me pone dura de repente. Pero sé exactamente lo que viene después. Me pedirá más dinero y nunca podré dejar de firmar cheques. No, eso es imposible. Hay muchas mujeres por ahí y estoy seguro de que tendré otra en mi mesa en cuanto las cosas se arreglen aquí.

"Si tú lo dices", respondo sin compromiso, preguntándome qué hará cuando se entere de que no estoy en la oficina.

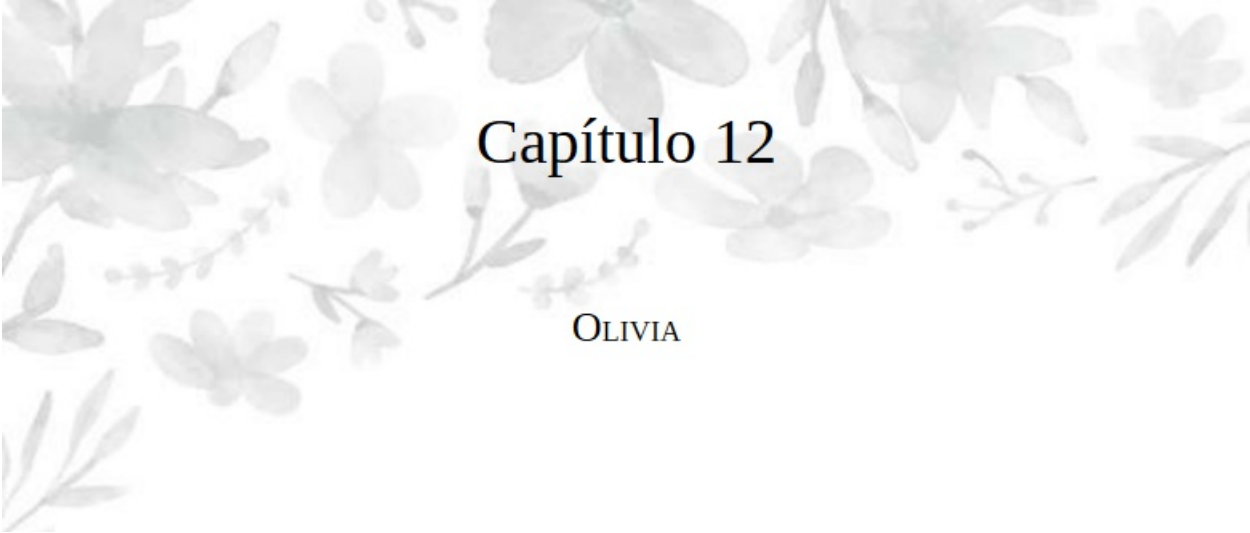
"Estoy ocupado, Larissa", la tranquilizo secamente y cuelgo cuando veo mi helicóptero aparcado en la hierba a lo lejos.

Entonces veo una figura vestida completamente de azul de pie en el prado. Tiene el pelo largo y moreno. Debe de ser la mujer de antes.

Da una patada con el pie a la valla caída, se dirige a la casa de huéspedes, sube los escalones del porche y desaparece detrás de la puerta principal. Permanezco inmóvil unos segundos. Nadie más parece pasear por la propiedad. ¿Es ella la joven propietaria de la que hablaba Michael?

Los latidos de mi corazón se aceleran y mi instinto lúdico se despierta de inmediato. El escote era prometedor y quién sabe qué más se esconde bajo el mono.

Se me dibuja una sonrisa en la cara y decido ir directamente a por ella. Puede que este pequeño cambio de planes me guste más de lo que pensaba en un principio.



Capítulo 12

OLIVIA

La sensación de pesadez en el estómago, que en este caso no tiene nada que ver con la intolerancia a la lactosa, disminuye lentamente y sé muy bien que patear la valla no cambiará la situación en absoluto.

Pero aun así, de alguna manera es bueno dejar salir la mezcla de rabia y desesperación contenida en algún sitio, aunque sea yo quien tenga que volver a limpiarlo todo. Pero hoy no. Ya he tenido bastante, sobre todo porque no sé si merece la pena mover un dedo, además no se si la persona que compre la pensión en la subasta querrá la valla.

Intento sacudirme los oscuros pensamientos y me pregunto qué dirá Ally de la nueva situación en cuanto volvamos a vernos. Bajo la cremallera del mono azul y lo deslizo sobre mis muslos y pantorrillas. Siento que el aire vuelve a entrar en mi cuerpo por primera vez en mucho tiempo y hago una nota mental para comprar ropa de trabajo nueva y transpirable, por si acaso puedo arreglármelas de algún modo.

La vibración de mi smartphone anuncia la llegada de un mensaje. Vestida sólo con mi ropa interior, recojo el mono azul tirado en el suelo y entro en la pequeña habitación que hay detrás.

Rebusco en el bolsillo interior del mono y, después de buscar un poco, por fin tengo mi smartphone en las manos. Ya puedo ver en la pantalla de bloqueo que ha llegado un mensaje. Aparecen dos líneas en la vista previa y enseguida veo que es de la plataforma de reservas en la que registré ayer la pensión.

Desbloqueo el dispositivo y ojeo el mensaje. Alguien ha reservado dos habitaciones para un fin de semana dentro de cuatro meses. Me alegro un poco, porque demuestra que todo esto puede funcionar. Pero al mismo tiempo me doy cuenta de que para entonces podría ser demasiado tarde.

Cierro el mensaje y veo que hay otro correo sin leer en mi bandeja de entrada. Es de mi padre, al que nunca le gusta hablar por teléfono pero que me envía mensajes de vez en cuando, la mayoría de ellos con divertidos vídeos de gatos. Quizá sea su forma malhumorada de decirme que me quiere. No lo sé, porque no habla de ello.

Lo abro y veo que, aparte del saludo, sólo contiene unas pocas líneas.

Ven y únete a nosotros. La comunidad te acogerá con los brazos abiertos y te liberará de tus posesiones mundanas. Mamá y papá

Cierro malhumorada mi cuenta de correo y me pregunto si no será mi madre la remitente de estas líneas. Ella sabe que mi padre me envía correos electrónicos y no para de usar su smartphone, que o bien no le importa o simplemente ignora.

Esto me molesta, sobre todo porque parece que tienen razón, como ha demostrado la llamada del banco.

Dejo a un lado el smartphone, recojo la ropa que he dejado aquí esta mañana antes de ponerme el mono azul y decido meterme primero en la ducha. Quizá eso me distraiga un momento.

Un carraspeo me hace mirar de reojo hacia el mostrador. Me sobresalto y veo que allí está nada menos que mi ex jefe Henry Thompson, con los ojos clavados únicamente en mí mientras permanezco de pie frente a él unos metros detrás del mostrador, vestida únicamente con mi ropa interior.

"Un momento", le digo, dando un fuerte empujón a la puerta, que choca estrepitosamente contra la cerradura. Respiro hondo y el corazón me late como loco. ¿Qué hace él aquí? ¿Cuánto tiempo lleva ahí? Mis pensamientos se aceleran mientras me pongo la ropa a toda prisa y dejo la ducha para más tarde.

Abro la puerta, pongo la sonrisa más amable posible e intento acercarme a él con confianza. Justo delante de él, veo la razón por la que no le he oído entrar. Está el timbre roto que se cayó cuando Ally entró esta mañana y que dejó allí.

"Disculpe, por favor. No esperaba invitados, yo...", tartamudeo, dándome cuenta de lo débil que suena mi voz.

"No hay problema", dice y sonrío. Le devuelvo la mirada y, de alguna manera, recuerdo la situación del ascensor. Porque esta vez también me quedo pegada a sus brillantes ojos verdes más tiempo del que debería.

"Nos conocemos, ¿verdad? En el piso 30, hace unos quince días, ¿no? ¿Me dirás hoy cómo te llamas?", me pregunta con una sonrisa ganadora, que hace que mi corazón lata aún más deprisa.

"Olivia", respondo secamente.

"Hola, Olivia. Soy Henry", responde y me alegro de que no saque a relucir el momento incómodo ni haga ninguna otra insinuación.

"Esta es tu maravillosa casa de huéspedes, ¿verdad?", pregunta mirando a su alrededor. "Está muy bien hecha", añade agradecido.

"Sí, es mía. Pero desde hace poco", respondo, y siento que la desconfianza que llevo dentro se apodera de mí. ¿Qué querrá?

"Quería disculparme por lo de la valla. Creo que se lo debo a mi impetuoso aterrizaje. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte a colocarla?", me pregunta, y admito que me sorprende un poco.

"Si es así, es culpa de tu piloto. Pero no le gusta hablar con extraños, me parece a mí", contraataco, un poco orgullosa de que la confianza haya vuelto a mi voz. "Y gracias. Estaré bien".

Henry asiente en silencio, mirando de reojo un momento como si estuviera pensando. "Se lo diré a mi piloto", dice, mirándome directamente. "Sin embargo, ha habido un pequeño cambio en mis planes y tengo que quedarme aquí un tiempo. Me gustaría reservar todas las habitaciones disponibles. Durante dos meses", me explica sin rodeos.

"Eso sólo es posible si pagas por adelantado", le respondo con prontitud, porque no se me ocurre una respuesta mejor a una oferta que suena tan poco realista. Me pregunto por qué no le he dicho que tengo todo reservado, cuando asiente con la cabeza.

"Me parece justo", responde con calma. "Pero con una condición", añade.

"Vale, ¿y cuál es?".

"¡Saldrás conmigo esta noche!". En ese momento, me coge la mano, que está apoyada en la encimera, y me la besa.

Siento que mis rodillas empiezan a temblar mientras él retira lentamente su mano de la mía y me mira impasible. Suena totalmente inmoral y, de alguna manera, como si estuviera pagando por una cita conmigo. ¿De qué va todo esto?

"Sé lo que te traes entre manos. Te conozco a ti y a tu reputación", le digo, aunque la sangre me corre por las venas.

"Sí, mi pasado", dice en tono escarmentado. "No estoy orgulloso de ello, tengo que admitirlo". Me sorprende que esté de acuerdo conmigo.

Entonces mete la mano en el bolsillo y, sin mediar palabra, deposita un fajo de billetes sobre la mesa, en cuya banderola de papel puedo leer 10.000 dólares.

"¿Qué... qué es eso?", tartamudeo.

"El depósito que me pediste", me responde con calma. Creo ver que las comisuras de sus labios se crispan brevemente, pero podría equivocarme. Su rostro parece inmóvil y sus ojos verdes brillan aún más misteriosamente que antes.

"Es... demasiado", respondo y empujo el fajo de billetes que hay sobre el mostrador unos centímetros hacia atrás, en su dirección. Una voz en mi cabeza habla inmediatamente y me pregunta por qué no puedo callarme en una situación así y coger el dinero. Pero eso no estaría bien. ...

¿O sí? Al fin y al cabo, tiene más que suficiente y el dinero cubriría con creces el primer plazo adeudado.

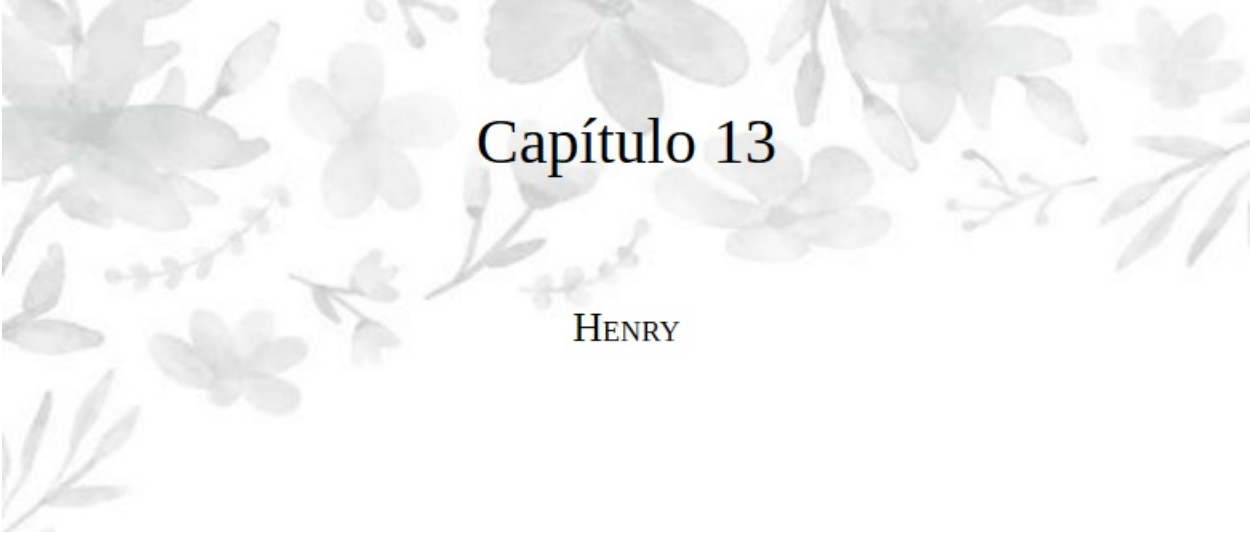
"¿Sabes qué?" Pone su cálida mano sobre mis dedos, que acaban de tocar los billetes. Me detengo un momento. El tacto no es en absoluto desagradable. Al contrario, se me pone la piel de gallina. Apenas puedo expresar con palabras las reacciones físicas que su proximidad parece desencadenar en mí. "Piénsalo con calma. De todos modos, tengo que recoger mi coche de alquiler y volveré dentro de una hora. Hasta entonces, puedes guardarte el dinero y decirme si salimos a cenar esta noche o no. ¿Trato hecho?".

Se hace un momento de silencio entre nosotros. ¿Puede oír el fuerte latido de mi corazón? Mil preguntas pasan por mi mente al mismo tiempo. Y sin embargo, la única reacción que soy capaz de reunir es un asentimiento silencioso.

"Está bien", dice, retira la mano, se da la vuelta y se dirige hacia la puerta. Cuando la abre, vuelve a girarse. "Elige lo que quieras. Tú decides". Luego me hace un gesto con la cabeza y cruza la puerta, cerrándola en silencio tras de sí. Me quedo unos instantes clavada en el sitio, mirando la puerta cerrada por si vuelve.

Luego me desplomo en el pequeño taburete que hay detrás de mí y en el mismo momento oigo el rugido del helicóptero, que al parecer se está preparando para despegar.

¿Qué demonios ha sido esa actuación? ¿Lo dice en serio? ¿Por qué está en la ciudad y viajaba con el gobernador? ¿Y qué pasa con este fajo de billetes que sigue sobre mi mostrador?



Capítulo 13

HENRY

Con una sonrisa de satisfacción en la cara y los auriculares puestos, miro por el lateral de la ventanilla el paisaje que vamos dejando bajo nosotros mientras volamos.

Mi piloto se sorprendió un poco cuando le dije que me llevara inmediatamente al centro de *alquiler de coches* más cercano. Sin un destino real, no parecía saber qué hacer. Un poco molesto por esta impotencia, le dije que despegara y que ya resolveríamos el resto en el aire.

Poco después, localicé en mi smartphone una empresa de alquiler de coches a pocos kilómetros y le di el destino, así que ya estamos de camino.

El encuentro con Olivia sigue dándome vueltas en la cabeza. Mientras subía lentamente las escaleras de la casa de huéspedes y abría la puerta en silencio, no me imaginaba lo que me esperaba. La habitación parecía desierta al principio, pero justo antes de que estuviera a punto de gritar hola en voz alta, oí un ruido detrás de la puerta, que aparentemente conducía a una especie de trastero.

Allí estaba ella. Estaba vestida sólo con unas bragas negras y un sujetador igualmente negro y miraba fijamente su smartphone. Enseguida tuve claro que era la mujer del ascensor de Nueva York. Ya no había ninguna duda. A veces es curioso ver las coincidencias que te depara la vida. Pero no quería preocuparme por eso en aquel momento.

Parecía concentrada y no se fijó en mí para nada. La vista del escote del mono azul que yacía en el suelo bajo sus pies no prometía demasiado. Tenía unas curvas maravillosas. Tenía unos pechos bien formados, un vientre plano y un trasero realmente delicioso. Mi polla se puso tiesa de inmediato, lo que no era de extrañar ante aquel espectáculo. Me habría encantado subirme al mostrador, arrancarle el resto de la ropa y follármela en el suelo en ese mismo instante.

Pero resistí la tentación, disfruté de su cuerpo todo lo que pude y me pregunté si se daría cuenta de lo hermosa que era.

Me aclaré la garganta, ya que no se me ocurría nada mejor que decir para hacerme notar. Ella levantó la vista, hizo un gesto de asombro y cerró la puerta a toda prisa. Parecía un ciervo asustado al que acaban de molestar en su comedero.

Decidí no hacer ningún comentario insinuante en cuanto se acercara a mí. Tampoco sacaría el tema de Nueva York. En cambio, tenía otra idea en mente. Era un poco atrevida y bastante espontánea, pero valía la pena intentarlo. Palpé brevemente el interior de mi chaqueta, en la que solía llevar conmigo un fajo de billetes, porque nunca se sabe qué oportunidad puede presentarse. Y ésta era una de ellas.

"Ya casi hemos llegado", retumba la voz del piloto a través de los auriculares. Miro a mi alrededor y veo a qué se refiere. Más adelante hay una pequeña ciudad con un pequeño polígono industrial en las afueras, que he visto en la aplicación de mapas de mi móvil. "Aterrizaré allí", añade, señalando un gran prado a unos minutos de vuelo.

"Muy bien. Luego vuelves a Nueva York. Me pondré en contacto contigo en cuanto vuelva a necesitarte", le digo a través del micrófono conectado a mis auriculares. Mi piloto asiente, pero puedo ver claramente la incompreensión en su rostro.

Me imagino la curiosidad que debe de sentir. Pero tendrá que aceptarlo. No tengo que rendir cuentas a nadie por mi comportamiento, y menos a mi piloto, que en el fondo no es más que mi chófer.

Vuelvo a pensar en la oferta que le hice a Olivia cuando salió vestida de la trastienda. Los shorts vaqueros ajustados y el top le quedaban muy bien, aunque tenía que admitir que no me habría importado verla delante de mí en ropa interior.

Quizá fuera un poco excesivo alquilar toda la pensión durante dos meses, pero si lo que había dicho el gobernador era cierto, tenía algunos problemas de dinero. Cuando nos conocimos en el ascensor de Nueva York, quedó claro que no era una de esas típicas conejitas a las que basta con meterle un billete de 100 dólares en el tanga para que haga cualquier cosa. Así que este tipo de trato me seguía pareciendo arriesgado, pero prometedor al fin y al cabo. Después de todo, ella dirige una casa de huéspedes. ¿Qué hay de malo en alquilar la casa por completo?

Su reacción me dio ganas de cogerla en brazos, besarla y volver a arrancarle la ropa. Sus mejillas sonrojadas acentuaron su atractivo sexual y tuve que controlarme de nuevo. El besamanos fue un poco exagerado, pero formaba parte del juego. Tenía que dejarle claro lo que quería y que, en cualquier caso, cenar juntos formaba parte del trato.

Cuando vio los 10.000 dólares delante de ella, pareció un poco ofendida. Habla en su favor el hecho de que no aceptara el dinero de inmediato. Conozco a muy pocas personas que no

enloquezcan en un momento así.

El helicóptero aterriza. Me quito los auriculares y le hago una señal al piloto para que siga volando.

Poco después, estoy sentado en el coche de alquiler e introduzco la dirección de la casa de huéspedes en mi sistema de navegación. Para mi asombro, el viaje de vuelta a la casa de huéspedes dura una hora y veinticuatro minutos, según los cálculos. Tengo curiosidad por ver qué decide Olivia. Por supuesto, le había dado una hora para pensárselo, pero eso estaba completamente descartado. Me gustaba la idea de darle libertad de elección y ver qué pasaba. Incluso si ella se negaba, yo no me apartaría así como así.

Echo un vistazo a la ruta y me doy cuenta de por qué está tardando tanto. Tengo que rodear algunas colinas y no parece haber ninguna autopista cerca en este páramo olvidado de la mano de Dios. Este es el tipo de vida rural que tanto desprecio y al que no quiero volver jamás.

Me dirijo en silencio en la dirección indicada. La carretera alterna campos aparentemente interminables con tramos densamente arbolados. Si alguien me dijera que estoy a sólo dos horas de vuelo de Nueva York, no me lo creería.

Una vez más, Olivia en ropa interior está en mi mente. Tengo que meterla en la cama, me di cuenta desde el momento en que la vi allí de pie en la habitación de atrás. No, en realidad quería hacer eso cuando nos conocimos en Nueva York. Ella me rechazó entonces. Esta vez no me lo pone tan fácil.

Una sonrisa lasciva se dibuja en mis labios. ¿Y quién sabe? A lo mejor el gobernador tiene razón y ella tiene problemas de dinero. Si acepta el trato, lo averiguaré con seguridad. Y si hay algo que puedo arreglar fácilmente, son los problemas de dinero. Tal vez pueda matar dos pájaros de un tiro de esta manera.

Suena mi teléfono, interrumpiendo mis pensamientos. Busco a tientas con la mano derecha el dispositivo que guardé en uno de los compartimentos de la consola central al subir. Sujeto el volante con la otra mano e intento seguir con la mirada la sinuosa carretera. Por desgracia, el coche de alquiler de gama media no tiene conducción autónoma, algo a lo que estoy acostumbrado por los Tesla de mi flota y de lo que no querría prescindir.

"¿Sí?", saludo a mi interlocutor después de que un rápido vistazo a la pantalla me indique que es Bill quien me llama.

"Colega, no te vas a creer lo que me acaba de pasar aquí", dice con voz jadeante en un susurro.

"¿Qué pasa?", pregunto con calma, preparándome ya para que Bill me cuente otro de sus cuentos de mujeres.

"Recepción me ha llamado antes y me ha dicho frenéticamente que hay una tal Larissa que quiere hablar con el jefe de la empresa y no se va a amilanar".

"Vale, ¿y ahora qué?". Intento que no se me note lo sorprendido que estoy de que esta descarada haya cumplido su anuncio, esté realmente en Nueva York y quiera hablar conmigo.

"Al principio me negué, pero cuando la recepcionista me dijo en un susurro que la rubia que mascaba chicle con su minifalda y su top sin hombros parecía una prostituta, me picó la curiosidad. Le dije que yo era el jefe aquí en tu ausencia y que me enviara a la mujer".

"¿Y qué quieres de mí?".

"En este momento está en el baño. Tuvimos una charla rápida y parecía un poco decepcionada de encontrarme a mí en vez de a ti. Pero...", Bill traga saliva. "Joder, Henry. Cuando le dije que sabía dónde estabas, se sentó de repente delante de mí con las piernas abiertas. ¿Qué clase de mujer es ésa? ¿Le pasa algo? Creo que dejaría que le pasara cualquier cosa".

"Bill, amigo mío", digo, sonriendo para mis adentros con diversión. "Haz lo que quieras con ella. Pero no le digas dónde estoy. Tendré que quedarme aquí un rato para...".

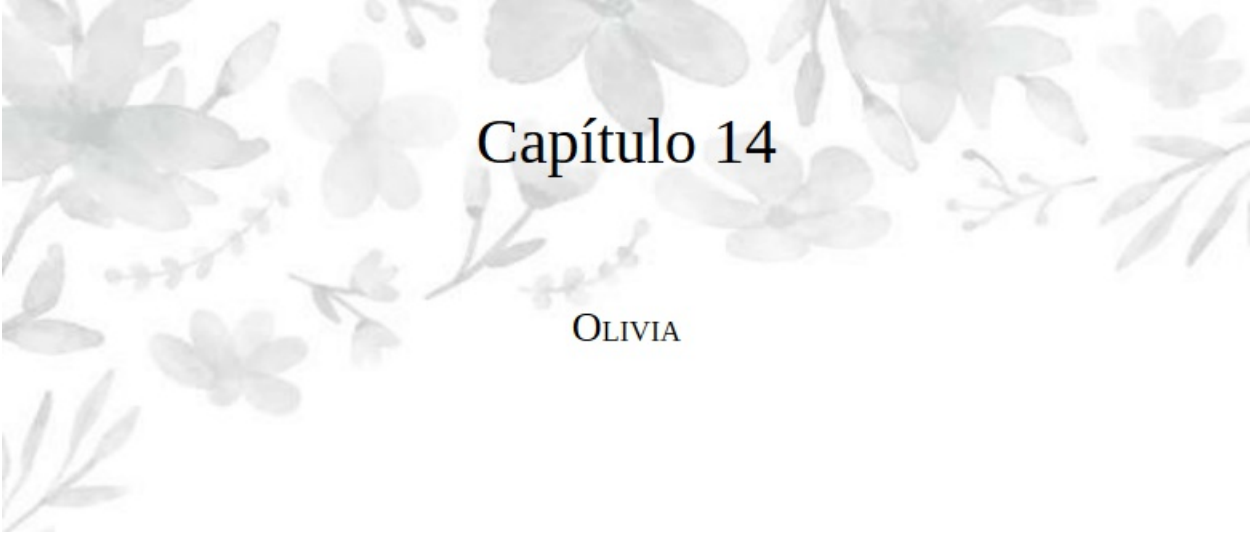
"De acuerdo. No le diré nada. Ya volverá. Tengo que terminar", me interrumpe Bill, da por terminada la conversación y, obviamente, ni siquiera me estaba escuchando al final. Pero no me importa. Por mí puede follarse a Larissa. Lo importante es que ella me deje en paz.

Paso por uno de los pueblecitos de vuelta a Harpers Ferry. El semáforo en rojo en medio del pueblo me obliga a parar. Veo a una anciana que se dispone a cruzar la carretera. Camina ligeramente inclinada hacia delante y se apoya en un bastón. Golpeo nerviosamente el volante. Al cabo de unos instantes, el semáforo vuelve a ponerse en verde. Cuando arranco, veo un coche que se acerca por el otro lado de la carretera. Reacciono a la velocidad del rayo y paso por delante de la anciana, que ya ha recorrido más de la mitad de la carretera. Luego giro a la izquierda para que mi coche quede delante de ella. Poco después, el otro coche se detiene delante de mí con un bocinazo. Oigo al conductor maldecir a través del parabrisas bajado, deseándome que me vaya al infierno, por supuesto, pero seguramente habría atropellado a la mujer mayor en el crepúsculo.

Me doy la vuelta para mirarla y veo que por fin ha llegado. Gira la cabeza y me mira a través del parabrisas. Asiente con la cabeza y me confirma que se ha dado cuenta de mi ayuda.

Me pregunto cómo lo hace normalmente y retrocedo en la carretera, que por lo demás está desierta, para que el conductor del otro coche se abalance sobre mí con el chirrido de sus neumáticos y me muestre el dedo corazón extendido.

Yo también sigo mi camino. Poco después, olvido el incidente y vuelvo a pensar en Olivia, que está delante de mí en ropa interior negra.



Capítulo 14

OLIVIA

El zumbido de las palas del rotor se hace más fuerte, luego el sonido se desliza hacia el cielo, se vuelve gradualmente más silencioso y finalmente desaparece por completo.

El latido de mi corazón, en cambio, no parece apagarse. Aún no puedo creer lo que me acaba de ofrecer. Sin embargo, me repongo y me levanto de la caja. El fajo de billetes me llama inmediatamente la atención. De algún modo, ejerce una especie de atracción mágica sobre mí. Sé que solucionaría mis problemas, al menos de momento, y que podría conservar la pensión.

Pero, ¿merece la pena? ¿Debería realmente involucrarme en una cena con mi ex jefe, que me ha demostrado claramente que quiere mucho más que una simple cena? Siento que, en apariencia, me desanima, pero secretamente me gusta de una manera que no consigo explicarme.

Perdida en mis pensamientos, juego con la campanilla que tengo en la mano y que, en cierto modo, tiene la culpa de que Henry me haya visto en ropa interior en la trastienda. Su oferta no deja de rondar por mi cabeza. Apenas puedo pensar en otra cosa. Aparte de sus brillantes ojos verdes y el torso musculoso que destacaba bajo su traje, que...

Sacudo la cabeza y me doy cuenta de que estoy pensando más en Henry que en su oferta. Me parece inapropiado, aunque en este momento no puedo controlar mis pensamientos.

El fuerte timbre del teléfono me hace estremecer. Miro el aparato, que no parece de esa época pero que está sonando con fuerza para anunciar una llamada. Una vez más, maldigo que no tenga pantalla. Me pregunto si será otra vez el empleado del banco. ¿O tal vez Henry se ha hecho con el número?

Por desgracia, el timbre no cesa. Para bien o para mal, me obligo a contestar y presentarme al desconocido. ¿Quizás se trate de un huésped potencial con una pregunta sobre el alojamiento? ¿Por qué siempre tengo que suponer lo peor?

"Cariño, me alegro de que hayas contestado", me saluda la voz de mi madre y exhalo aliviada.

"Me alegro de oírte, mamá", respondo, aunque me doy cuenta de que no llama por pura caridad. Mi madre sólo llama cuando quiere saber o quiere algo. Lo aprendí dolorosamente durante mi estancia en Nueva York, pero ya lo he aceptado. Y básicamente está claro lo que quiere. Aún no ha renunciado a la pensión, como demuestra claramente el correo electrónico que envió desde la cuenta de mi padre.

"Oh niña, ni siquiera sé por dónde empezar", jadea en el teléfono. "¿Leíste mi... nuestro mensaje?"

"Sí, mamá. Gracias, estaré bien". Por primera vez, siento que digo la verdad mientras pronuncio las palabras. Si aceptaba la oferta de Henry, así sería. Podría pagar la primera cuota y luego ver cómo se desarrollan las cosas y...

"Conviértete en parte de nosotros, cariño. Estarías mejor aquí. Estoy seguro de que tus abuelos tenían buenas intenciones, pero no lo lograrás. Fue un error. Pero el mundo te perdona. Forma parte de nuestra comunidad llena de luz y..."

"Déjalo, mamá", la interrumpo, molesta, y me pregunto, no por primera vez, si esa comunidad también consiste en tomar drogas que expanden la mente. No hay otra explicación para que sea tan insistente.

Por el rabillo del ojo, veo que se abre la puerta. Me quedo inmóvil un momento, pero entonces veo a Ally asomando la cabeza. Se da cuenta de que estoy hablando por teléfono y pronuncia con los labios un "¿Interrumpo?".

Sacudo la cabeza y la hago pasar. "Tengo que irme, mamá. Hasta pronto". Cuelgo y ni siquiera espero a que mi madre conteste. Claro que me habría gustado pedirle consejo, pero no parece que le interese de verdad lo que me pasa en la vida. Tal vez sea así y tenga que aceptarlo. En realidad, pensaba que ya lo había hecho. Pero después de conversaciones como ésta, me doy cuenta de que no es así.

Así que es aún más agradable ver a Ally aquí frente a mí. Estoy segura de que me escuchará. Y también quiero decirle que vi a Henry con el hombre de la limusina negra delante de la consulta del médico.

"¿Lo has visto? El helicóptero ya no está", dice señalando hacia fuera.

"Sí, pero el hombre que venía en él volverá". Hago una pausa. "Y quiere pasar la noche aquí conmigo", añado, sintiendo que me tiemblan las rodillas.

"Ya ha dejado su fianza". Golpeo con el dedo el fajo de billetes que sigue sobre el mostrador frente a mí.

Ally se acerca un paso, mira el fajo de billetes, reconoce obviamente el valor impreso en él y exhala audiblemente.

"Pero eso es...", balbucea y, por primera vez desde que he vuelto, parece tan perpleja que se queda sin palabras.

"...demasiado. Así es", añado y asiento con la cabeza. "Pero eso no es todo". Entonces le cuento a Ally con todo detalle lo que ha pasado aquí hace unos momentos. Le hablo de la cena que se suponía que formaba parte del trato, del beso en la mano y del tiempo que me dio para pensarlo. Pero me guardo para mí las reacciones físicas que ha provocado en mí y que me ha visto antes en ropa interior.

"Suenan como si estuviera tratando de atraparte", dice Ally pensativa, mirando por la ventana y frotándose la barbilla.

Siguen unos instantes de silencio. Ninguna de las dos dice nada. Me resisto a pedirle a Ally que me diga lo que piensa. Todo esto es una locura y siento lo importante que es para mí un consejo en esta situación.

"Pero, ¿por qué no?", exclama de pronto Ally y, para mi asombro, veo que sonrío.

"Podrías pagar tus deudas", explica y me agarra el dedo índice izquierdo con la mano derecha, dando a entender que va a darme una lista de varios puntos. Asiento con la cabeza. El punto está claramente a favor, no hay nada que discutir.

"Y podrías enterarte de lo que planea el gobernador", continúa, sosteniendo el segundo dedo de su mano. Percibo que no me gusta mucho esta idea. Me da la sensación de que Ally sólo me aconseja hacer esto para su propio beneficio.

"Cuando los demás miembros de la organización de Conservación de la Naturaleza sepan que nos has ayudado, estoy segura de que se alegrarán mucho". Puedo oír literalmente la emoción en su voz, aunque no puedo compartir su entusiasmo.

"Y", continúa Ally, levantando el tercer dedo. "Creo que te gusta".

"¿Perdona?". Hago una mueca de dolor y, para mi vergüenza, se me sonrojan las mejillas. No puedo controlarlo y me hace sentir totalmente incómoda. Sin embargo, Ally me sonrío animada y me pregunto si se lo habrá inventado y se siente reivindicada por mi reacción y mis mejillas sonrojadas.

"No es para tanto, Olivia. No hay nada de qué avergonzarse", me dice y me da unas palmaditas en la mano con una sonrisa cariñosa.

"No me avergüenzo", respondo desafiante, apartando la mano y reflexionando.

La conversación con mi madre resuena en mi interior y tengo la sensación de que Ally está intentando convertirse en madre. Claro que le he pedido consejo, pero ¿cómo va a saber lo que me conviene y lo que no?

Me aclaro la garganta y una sacudida me recorre por dentro. Sé que Ally tiene razón, aunque sus argumentos sean un poco duros.

Pero hay algunas buenas razones a favor y me digo que la tercera razón de Ally es la más débil de todas. Por otro lado, no hay ninguna buena razón en contra. Me doy cuenta de que Henry tiene una reputación que perder. Es muy conocido en Nueva York y no es un tipo corriente del campo que simplemente sería prepotente. Y si se pone demasiado prepotente, puedo poner fin a la cena en cualquier momento o echarlo de mi pensión. Este pensamiento me da coraje y siento que soy yo quien pone las reglas.

"¿Sabes qué? Creo que tienes razón. Aceptaré su oferta", digo con voz decidida, alargando la mano hacia el fajo de billetes y cogiéndolo. Sé que sólo lo hago por mí, por la pensión y por mis abuelos, que siempre han creído en mí. Voy a demostrar a los demás de lo que soy realmente capaz.

"Y, por supuesto, si averiguo algo, te lo haré saber enseguida", añado, y Ally aplaude entusiasmada, suelta un chillido y me da un fuerte abrazo. No tengo intención de espiar, pero, por supuesto, siento curiosidad por saber qué le ha traído a Harpers Ferry. ¿Me lo contará?

"¿Dónde está en este instante?", pregunta Ally con curiosidad, mirando a su alrededor.

"Probablemente vuelva en un coche de alquiler. No sé exactamente cuándo. Dijo que volvería en una hora". Miro el reloj y siento que el corazón me late con fuerza al pensar que volverá a estar delante de mí más tarde.

"Oh, entonces será mejor que me vaya. No quiero molestarte", responde y se da la vuelta.

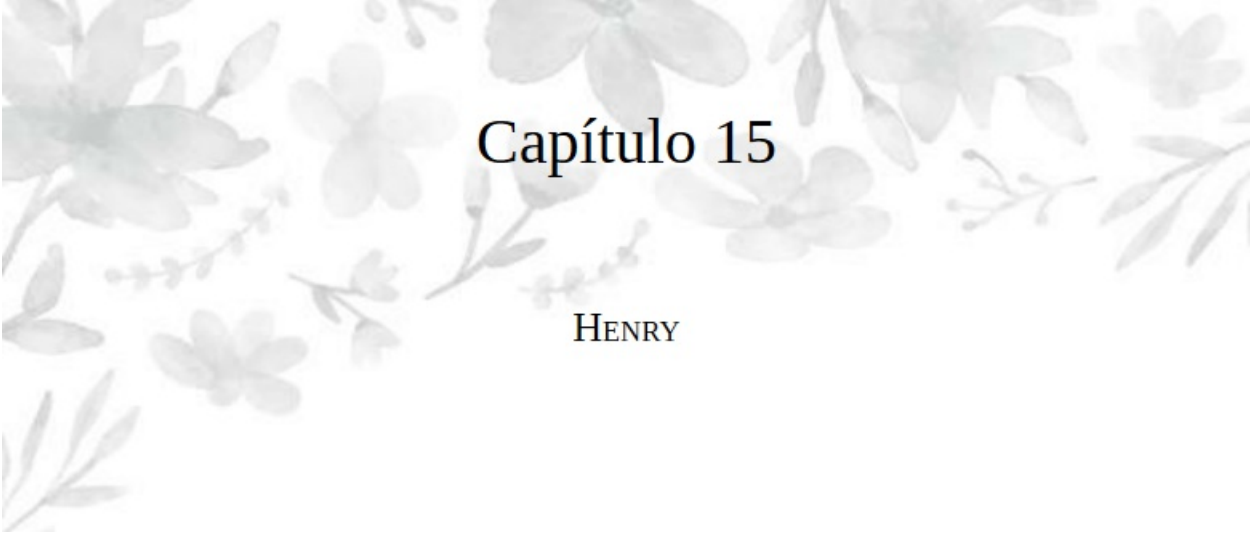
"Creo que va a tardar un rato. ¿Por qué has venido?".

"Sólo quería saber cómo te encuentras y preguntarte qué te ha dicho el médico sobre tus ruidos estomacales". Me remuerde la conciencia y vuelvo a darme cuenta de lo buena persona que es Ally en el fondo. Por supuesto, es un poco testaruda cuando se trata de la organización de Conservación de la Naturaleza, pero sin ella y sin su ayuda, yo estaría en la ruina.

"Es muy amable por tu parte", le digo y le cuento lo de mi visita al médico.

"Me alegro mucho". Ally se siente realmente aliviada y se da la vuelta para marcharse.

"Ally, una pregunta más: ¿dónde puedo cenar aquí? ¿Tienes algún consejo para mí?".



Capítulo 15

HENRY

Pequeñas gotas de lluvia golpean mi parabrisas. Activo el limpiaparabrisas y me doy cuenta con disgusto de que probablemente ha visto días mejores y embadurna las pocas gotas de forma bastante uniforme, empeorando aún más mi visión durante unos instantes en la penumbra antes de que el viento vuelva a despejar las rayas.

Eso es lo que pasa por apresurarse a elegir un coche de alquiler. Contrariado, decido no volver a activar el limpiaparabrisas hasta que haya suficientes gotas en el parabrisas.

Entrecierro los ojos e intento concentrarme en el curso de la carretera. Estoy atravesando una gran zona boscosa, que también he visto antes desde el helicóptero. El último lugar del incidente con la anciana en el semáforo ya está varios kilómetros detrás de mí. Si no viera claramente que mi navegador por satélite me indica constantemente que voy por buen camino, pensaría que estoy conduciendo por tierra de nadie.

Un olor a humedad se cuela por la ventanilla bajada y me recuerda inmediatamente a mi juventud y a la vida en el campo en Carolina del Norte. Arrugo la nariz y me pregunto si estos olores forman parte de la vida en el campo. Activo el aire acondicionado, ajusto la ventilación para que no entre aire del exterior y cierro la ventanilla.

Un vistazo al navegador me dice que estoy a pocos minutos de mi destino, aunque me cuesta creerlo al ver lo que me rodea.

Suena mi smartphone y vuelvo a sacarlo de la consola central con la mano derecha. Desbloqueo la pantalla y veo que Bill me ha enviado fotos por WhatsApp. Nada más verlo, me doy cuenta de que me está enviando fotos de desnudos.

La verdad es que pensaba que habíamos dejado atrás esta fase. Pero probablemente Bill siga en ella. Me pregunto cómo habrán ido las cosas con Larissa. Ojeo las fotos con desgana. Me detengo en la última foto. Muestra a la mujer desnuda, con cara. Me doy cuenta de que las fotos

que envía son de Larissa, que está tumbada sobre su mesa en el despacho de la esquina y abierta de piernas.

En ese momento, recibo un mensaje de texto de Bill:

“¡Le he echado un polvo!”.

Pongo los ojos en blanco, busco el emoji con el pulgar hacia arriba y envío mi respuesta. A veces es mejor limitarse a enviar un símbolo. ¿Qué más se puede decir a un mensaje así? Bill me cae bien, pero a veces parece pensar con la polla. ¿De verdad cree que quiero ver fotos de Larissa desnuda después de haberle dicho que no me importa? Que haga lo que quiera con ella. Si eso lleva a que me deje en paz, por mí está bien.

Estoy a punto de volver a guardar mi smartphone en el compartimento junto a mi asiento cuando vuelve a sonar. Suspiro con fastidio. ¿Qué tiene que decirme?

Dejo el dispositivo sobre mi muslo y sigo mirando hacia abajo mientras conduzco, acciono el limpiaparabrisas, que esta vez proporciona un poco más de visibilidad.

Para mi asombro, el mensaje no es de Bill, sino de Larissa. También me envía una foto en la que aparece con una polla en la boca y los ojos mirando directamente a la cámara.

Miro a un lado con disgusto. ¿Qué les pasa a estos dos? ¿Se han aliado contra mí y me ponen de los nervios con sus fotos sexuales? ¿Están los dos sentados en el despacho de Bill en silencio y escribiéndome al mismo tiempo? Y vuelve a sonar el timbre.

Instintivamente miro hacia abajo y veo que Larissa también ha enviado un mensaje de texto:

Esto es lo que quiero hacer con tu mejor pieza. Y mucho más. ¿Dónde estás? Besos

Increíble. Una oleada de rabia se apodera de mí y por un breve instante me planteo si debería devolverle el mensaje de voz, diciéndole en voz alta que puede chupar todas las pollas del mundo, pero que la mía la deje en paz. ¿Cómo de claro tengo que ser con esta loca para que me deje en paz?

Cojo mi smartphone y estoy a punto de pulsar grabar cuando veo que un animal entre los faros salta de repente de un lado a otro de la carretera justo delante de mi coche.

Con la presencia de ánimo necesaria, piso el freno lo más fuerte que puedo y me detengo con los neumáticos patinando sobre el suelo aún ligeramente mojado. Como la carretera está desierta, no tengo que preocuparme por si me chocan por detrás. Asustado, miro al animal, pero sólo puedo ver sus patas traseras antes de que desaparezca en la espesura al otro lado de la carretera. ¿Qué era? ¿Un ciervo? No lo sé. ¿Cómo voy a saber qué animales viven en este bosque olvidado de la mano de Dios? El smartphone ha acabado en algún lugar de mi reposapiés. Continúo mi camino y decido no escribir nada a Bill ni a Larissa.

Unos minutos más tarde, la lluvia deja de gotear sobre el parabrisas y la silueta de la familiar casa de huéspedes aparece en mi campo de visión. Siento que se me acelera el pulso, probablemente por la emoción de volver a ver a Olivia.

Conduzco lentamente el coche hasta la entrada y aparco justo delante del porche. Salgo, recupero mi smartphone del espacio para los pies, que ha quedado atrapado justo debajo de mi asiento, y subo los chirriantes escalones hasta el porche.

Abro lentamente la puerta y, por un instante, me pregunto si volverá a estar delante de mí en ropa interior. Eso sí que sería algo bueno. No puedo evitar una sonrisa. Pero me doy cuenta de que no deja de ser una ilusión. Al fin y al cabo, no es ese tipo de mujer y nada indica que tenga interés en mí. Pero eso es exactamente lo que hace que este juego sea tan atractivo.

Para mi asombro, ya está detrás del mostrador y me mira directamente a los ojos.

"Aquí estoy otra vez", la saludo, abriendo las manos e intentando mostrarle mi sonrisa más simpática. "¿Ya te has decidido?".

Olivia asiente. "Aceptaré tu oferta, pero solo...", empieza Olivia cuando el timbre de mi smartphone rompe el silencio entre nosotros.

"Lo siento". Maldigo para mis adentros. ¿Cuántas veces me va a poner de los nervios este aparatito? Ya es hora de que no lo lleve siempre conmigo. De alguna manera se ha convertido en un hábito sobre el que debería reflexionar cuando tengo la oportunidad.

"No hay problema", responde Olivia, aunque su expresión sugiere lo contrario porque la interrumpen en mitad de la frase que podría haber estado pensando todo el rato.

Un vistazo a la pantalla me demuestra que, al parecer, el gobernador también sabe cuándo es el momento en que menos me apetece hablar con él.

"En este momento no. Me pondré en contacto con usted más tarde", le saludo tras responder brevemente a la llamada.

"Necesitamos urgentemente...", oigo decir a Michael, pero le corto. No hay nada más urgente para mí que esto.

"Te llamo enseguida", respondo, cuelgo, me guardo el smartphone en el bolsillo y me propongo no dejar que nada vuelva a interrumpirme.

"Te tocaba a ti", digo en un susurro y camino directamente hacia ella, de modo que instantes después solo hay el mostrador entre nosotros. Una vez más, me doy cuenta de lo guapa que es. ¿Tiene idea de lo buena que está cuando no lleva un mono azul?

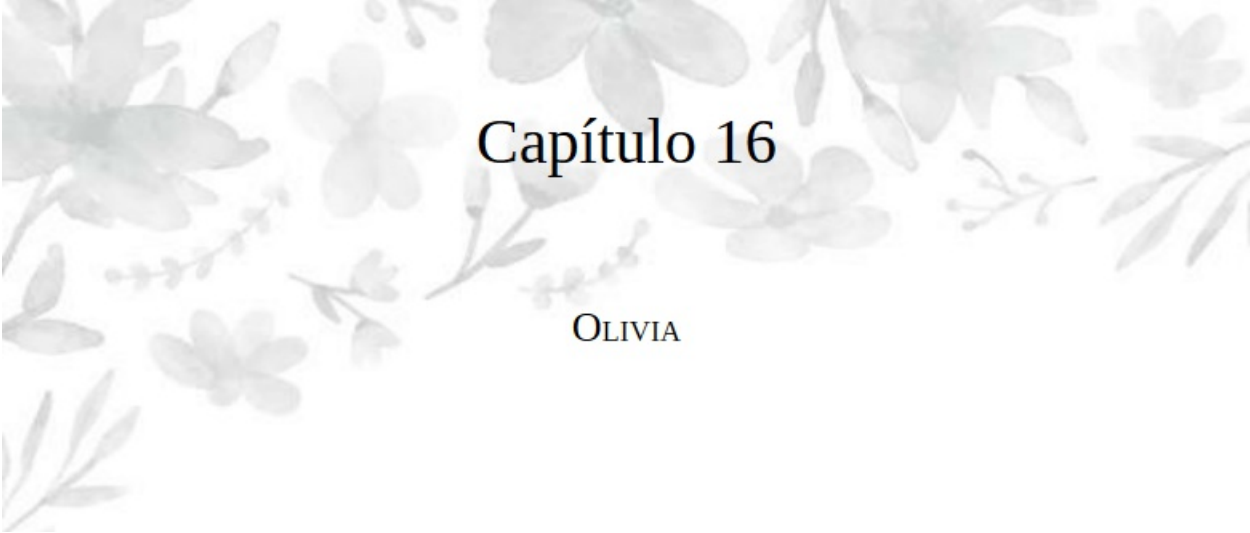
Tiene unos pechos tan turgentes que me encantaría tocarlos inmediatamente. Lo que ven mis ojos también me convence.

Sus mejillas parecen sonrojadas. ¿Está nerviosa? Eso hace que la situación me resulte aún más atractiva. Sin duda será divertido pasar la velada con ella, pero sospecho que detrás de esos ojos brillantes hay una luchadora que no se rendirá tan fácilmente.

Olivia me mira en silencio y parpadea. "Aceptaré tu oferta, pero sólo si realmente pagas todas las habitaciones y puedo quedarme con el dinero en cualquier caso", me dice con un brillo pugnaz en los ojos.

"Eso me hace muy feliz, Olivia", le respondo en voz baja, sin dejar de mirarla. Tengo que sonreír y darme cuenta de lo descabellada que debe de haber sonado la oferta. ¿Creía que estaba bromeando?

Entonces decido ir un paso más allá. Camino despacio alrededor del mostrador y me dirijo hacia ella. "¿Me acompañas a mi habitación?".



Capítulo 16

OLIVIA

Se me para el corazón durante un instante cuando Henry rodea el mostrador y se detiene delante de mí.

Durante los últimos veinte minutos antes de su llegada, no he dejado de mirar el reloj, preguntándome si realmente iba a volver o si lo de los diez mil dólares formaba parte de otro plan porque estaba confabulado con el gobernador, como me había recordado Ally. Antes me había explicado que el único restaurante del pueblo que estaba abierto esta noche era el bar de la entrada del pueblo.

Aunque hay algunos restaurantes más a los que se puede llegar fácilmente en coche, quería poder volver a casa por mi cuenta en caso de que las cosas no salieran como yo quería. Pero, ¿qué es lo que quiero en realidad?

Su presencia parece estar molestándome más de lo que me gustaría y tenía la intención de parecer lo más dura posible por si realmente volvía.

Cuando a través de las ventanillas se vieron los faros y se plantó frente a mí unos instantes después, que se alargaron lo que me pareció una eternidad, casi no emití sonido alguno, a pesar de lo bien que había planeado mi frase.

La extraña llamada telefónica no contribuyó en nada a tranquilizarme y me pregunté si al final sería tan frío y despectivo conmigo como lo había sido con la persona que le había llamado.

"Puedes elegir habitación. Son todas tuyas", le contesto, dando un pequeño paso atrás y señalando el estante de madera para llaves que hay junto al mostrador, en el que están cuidadosamente colgadas todas las llaves y sus llaveros.

"¿Alguna es especialmente bonita?", pregunta en voz baja, acercándose un poco más. El sonido de su voz, su olor y su proximidad me provocan un agradable cosquilleo en el estómago.

"Para", respondo, pero mi voz es demasiado baja, así que no suena en absoluto descarada. Sin embargo, me armo de valor y pongo las manos sobre su pecho para mantenerlo a la distancia exacta a la que estamos en este momento. Parece como si mis sentidos se volvieran locos. Porque, aunque en realidad la acción estaba pensada como autoprotección, noto cómo mi atención se desliza hacia las yemas de mis dedos y lo único que puedo pensar es en el pecho acerado y bien entrenado que esconde bajo su camisa.

"Como quieras", susurra Henry, mirándome con una sonrisa de satisfacción en los labios. "Entonces déjame elegir", añade y retira lentamente mis manos de su pecho. Sus manos se sienten tan cálidas y fuertes como cuando me besó la mano. Nos miramos a los ojos y siento que las rodillas me van a fallar y que voy a tener que sentarme.

Sin embargo, consigo recomponerme, mirar a un lado e imitar un ataque de tos que espero que suene mínimamente real porque no se me ocurre nada mejor para evitar su mirada.

Me viene a la mente lo que he oído hablar de él en Nueva York y, sobre todo, en su compañía. Es alguien que cambia de mujer como otros cambian de ropa. No debo dejarme arrastrar por su mirada y su encanto. Lo hago por mí y por la pensión, me digo mentalmente, mientras el corazón me late con fuerza en la garganta.

"¿Estás bien?", pregunta Henry. Asiento en silencio y me tapo la boca con la mano. "Hmm... veamos... voy a por esta". Lentamente se acerca a mi espalda y coge una de las llaves.

"Estoy deseando que llegue nuestra cena", dice de repente, volviendo los ojos hacia mí.

"Yo también", digo en voz baja. Entonces se hace el silencio entre nosotros y por un momento me pregunto si él también percibe la tensión que hay entre nosotros. Mi mirada se desliza desde sus ojos hasta su boca y parece que se acerca un poco más. No estoy segura de poder detenerlo una vez más. Y mucho menos si quiero hacerlo.

El estridente timbre del teléfono rompe el silencio y me sobresalto. Siento como si la magia del momento se hubiera roto y creo reconocer que Henry siente lo mismo.

Siento una confusa mezcla de alivio y decepción y espero que mi caos emocional se calme al menos un poco durante la cena.

"Necesito saber quien es. Podría ser un huésped", explico señalando el teléfono.

"Por supuesto", responde Henry y asiente. "Pero no olvides que tienes reserva para dos meses", añade y sonríe.

"Así es", respondo y tengo que admitir que este detalle aún está fresco en mi mente y no me doy cuenta realmente de por qué ha reservado y pagado todas las habitaciones. Decido preguntárselo

cuando llegue el momento. "Echaré un vistazo a mi habitación entonces". Mueve la llave con el dedo. "¿A las nueve aquí en el mostrador?".

Asiento con la cabeza, espero a que desaparezca por las escaleras y cojo el teléfono.

"¿Sí?", saludo a la persona que llama.

"Soy yo, Ally", contesta mi vecina en un susurro conspiratorio. "He visto llegar el coche". Se aclara brevemente la garganta. "¿Cómo va todo?".

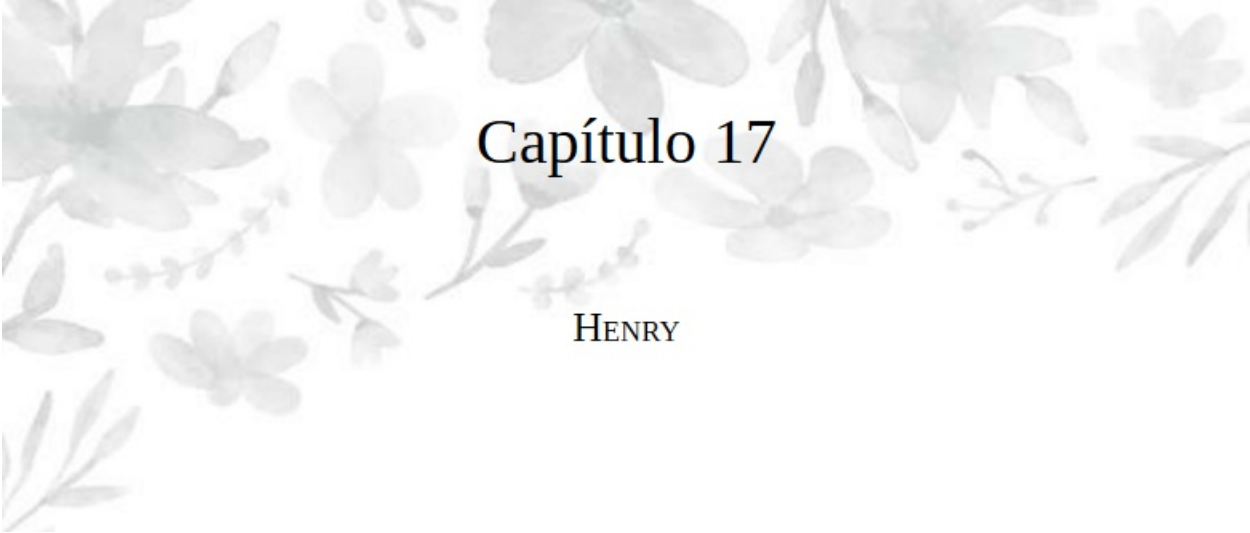
"No eres nada cotilla, ¿verdad?". Se me dibuja una sonrisa en la cara.

"Lo siento. ¿Interrumpo algo?", responde, avergonzada, y parece darse cuenta de que su llamada podría ser inoportuna.

"No pasa nada", le digo y, de alguna manera, me alegro de que Ally haya llamado porque no sé qué habría pasado si no. "Nos vamos a las nueve de la noche. Tengo que cambiarme de ropa antes".

"Pero no demasiado reveladora. No quiero que piense que eres fácil".

"No te preocupes. Encontraré algo adecuado", le respondo, preguntándome si no se habrá dado cuenta ya de que no sólo me interesa su dinero.



Capítulo 17

HENRY

R corro el pasillo de la planta superior y compruebo los números de las habitaciones, escritos en letras estrechas y doradas en las puertas. El papel pintado de flores y el suelo de madera del pasillo, así como los adornos de las puertas y el estuco de los techos, parecen cuidados, pero no son actuales. Sin embargo, tengo que admitir que en cierto modo necesita la pensión este pueblecito.

Sin embargo, mis pensamientos están más centrados en lo que acaba de ocurrir un piso más abajo, en recepción. Una sonrisa se dibuja en mi cara, mientras la mirada irritada de Olivia y sus mejillas sonrojadas siguen apareciendo en mi mente.

Tiene un cuerpo estupendo, como demostró de forma impresionante su inesperada visión en ropa interior. También parecía estar luchando consigo misma en su interior y vacilando constantemente entre el rechazo y el afecto. Disfruté mucho viéndola y me excitó más de lo que esperaba. Básicamente, era exactamente el mismo comportamiento que había mostrado en el ascensor de Nueva York. Parecía tan tímida como un ciervo y sospecho que en realidad es sólo un disfraz.

Para mi deleite, aceptó el trato e intuí que nuestra cena y el resto de la velada podían ser muy prometedores. Aunque intentó mantenerme a distancia, había algo entre nosotros de lo que debía haberse dado cuenta. Fue una lástima que esta llamada telefónica se interpusiera entre nosotros, pensé al principio. Por otro lado, ¿quizá era exactamente lo que había que hacer? Aparte de un beso fugaz, no habría pasado nada que diera lugar a un silencio incómodo y a justificaciones por su parte durante la cena. En cambio, había una tensión tácita y agradable entre nosotros y pretendo mantenerla durante la cena. Unas copas con la cena y las cosas seguirán su curso, estoy seguro. Ya puedo verla tumbada desnuda delante de mí mientras...

El timbre de mi smartphone interrumpe mis pensamientos en cuanto llego a la habitación, cuyas letras doradas muestran el número grabado en el dorado manojito de llaves que cogí aleatoriamente del expositor.

Contrariado, saco el smartphone del bolsillo del pantalón y me doy cuenta de que en realidad es Michael quien me llama. El hombre tiene mucho valor para acosarme así después de mi actuación y mis palabras contundentes. Me apresuro a entrar en mi habitación y respondo a la llamada molesta.

"¿No he sido lo bastante claro? ¿No te dije que te llamaría cuando me viniera bien?", digo indignado al teléfono. Se me está acabando la paciencia con este estúpido imbécil político.

"Sí, sí...", me responde. "¿Crees que te llamaría si no fuera importante? Tengo cosas mejores que hacer. No te olvides de quién aprueba luego la solicitud para tu vertedero, amigo mío", replica en un tono igual de antipático.

"¿Es una amenaza?", pregunto en voz baja, me detengo bruscamente, miro por la ventana y siento cómo la sangre me corre por las venas de rabia. El cabrón es realmente increíble. ¿De verdad cree que puede salirse con la suya aquí sólo porque él es el que...?

"Es un hecho", interrumpe mis pensamientos. "Y puedes estar agradecido por haberte dado esta oportunidad. Sólo te llamo para decirte que tengo otro prometedor prospecto que...", me explica Michael con voz nasal.

"No pensarás de verdad que voy a volver a comprarte la misma mierda después del numerito que has montado hoy con Carlos, ¿no?", grito al teléfono, me doy la vuelta y compruebo que la puerta del pasillo está bien cerrada.

"¿Quieres decir que miento?", me pregunta, ya no tan tranquilo.

"Quiero decir que puedes besarme el culo, Michael", respondo en tono áspero y decido marcarme un farol sin más preámbulos. "¿Sabes qué? De todas formas está todo arreglado. Esta vez eres tú el que llega tarde. Puedo quedarme con el bosque que hay detrás de la pensión. Ya he llegado a un acuerdo con la dueña de la pensión". Entonces hago una pausa para que mis palabras calen hondo y espero con el corazón palpitante a ver qué me contesta Michael y si realmente se cree esta historia.

Parece pensarlo unos instantes y sólo oigo su respiración entrecortada. "Aunque así fuera, Henry. Soy yo quien tiene que autorizarlo", responde finalmente. "Y me pregunto qué dirá la organización conservacionista local cuando les cuente tus planes".

Maldita sea. Tiene razón. Lo sé y me cabrea. Sin embargo, sus respuestas son en cierto modo contradictorias y sigo sin darme cuenta de lo que realmente quiere de mí.

"Vale, ¿qué quieres por tu silencio?", le respondo con mucha rabia reprimida en el estómago.

"Oh... últimamente estoy un poco aburrido. Si me enviaras a una mujer por ahí a la que pudiera azotar como es debido, seguro que me olvidaría de hacer la llamada", explica en tono despreocupado.

"¿Sigues ahí?", pregunta Michael al cabo de unos segundos, ya que no he contestado.

Pero hay una razón para ello. Se me ha ocurrido espontáneamente una idea de cómo puedo resolver el asunto con elegancia para que al final sea yo quien le presione todo lo que quiera. Todo lo que tengo que hacer es enviar a la mujer adecuada. Alguien que no sea demasiado mala en nada y a la que le guste hacer unas cuantas fotos durante el sexo. Y ya sé exactamente quién podría ser.

"No debería ser un problema", digo con calma después de pensar de nuevo en todo el asunto y decidir que es una buena idea. "Conozco a la persona perfecta para ti", añado, y tengo que reprimir una sonrisa. ¿Parezco un chulo profesional que hace esto todos los días?

"Pero esta será la última vez. Se acabaron los juegos. ¿Verdad?", continúo.

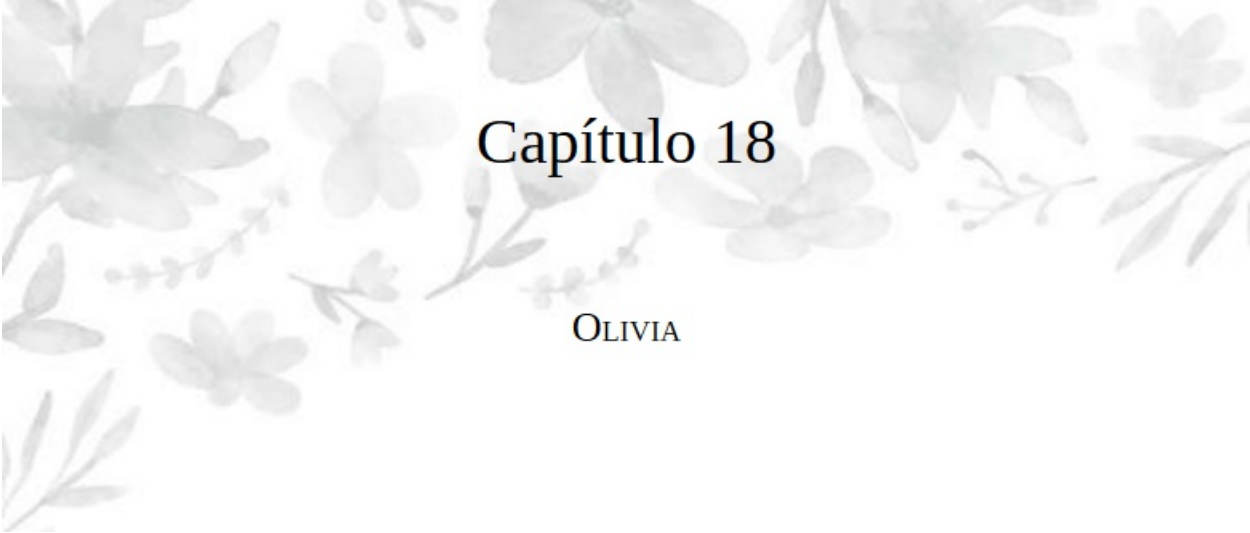
"¡Tienes mi palabra!", oigo decir a Michael y me pregunto si realmente puedo fiarme. Me arriesgo. Si todo va según lo previsto, las tornas cambiarán pronto de todos modos.

"Mañana te cuento", digo, cuelgo y apago el smartphone. El aparato ya me ha molestado bastante por hoy. Lo dejaré aquí en la habitación durante la cena con Olivia para asegurarme de que nada me estorba.

Me detengo un momento y de repente me doy cuenta de que hacía mucho tiempo que no estaba tan emocionado por una cena. Y nunca he salido sin un smartphone desde que existen estos dispositivos.

¿Por qué? La verdad es que no tengo una respuesta, pero sé que no es por el acantilado, la casa de huéspedes o la propiedad del bosque. Más bien parece que, por alguna extraña razón, esta mujer simplemente me interesa más que todas las anteriores.

Sacudo la cabeza involuntariamente e intento deshacerme de ese pensamiento. Qué tontería. Miro el reloj y veo que me quedan unos veinte minutos para la cita. Tiempo suficiente para una ducha helada, que con suerte me sacará estos pensamientos de la cabeza y me hará recordar para qué estoy aquí realmente.



Capítulo 18

OLIVIA

"Después de ti", sonrío Henry, abriéndome la puerta del bar al que acabamos de llegar tras caminar juntos.

"Gracias", le respondo, asintiendo con la cabeza, pasando junto a él y colándome por la puerta. Vuelvo a percibir el lejano olor del champú que seleccioné la semana pasada y distribuí en todas las habitaciones de huéspedes. De repente, en mi mente aparece una imagen sombría de Henry, con el torso desnudo, bajo una ducha que cae suavemente y se enjabona el pelo con el champú. Me estremezco y me avergüenzo un poco, aunque no puedo evitarlo porque la idea ha salido de lo más profundo de mi mente por sí sola.

"¿Estás bien?", pregunta Henry, que obviamente se ha dado cuenta de la mueca de dolor.

"Sí, todo va bien", respondo, pero siento que mis mejillas se ruborizan al instante, vuelvo rápidamente la cara a un lado y continúo mi camino hacia el interior.

Me detengo para orientarme y dar tiempo a que mis ojos se adapten a la escasa luz del bar. Aparte de algunos clientes sentados en la barra, ensimismados frente a sus copas medio llenas, y una pareja en una mesita junto a la ventana, está bastante vacío. En el tocadiscos que hay junto a la barra suena música pop clásica americana, que de algún modo no encaja aquí, pero al menos me alegro de que no haya un silencio inquietante y de que no todo el mundo pueda oír nuestra conversación.

"Buenas noches. ¿Sólo ustedes dos? Elegid una mesa. La camarera vendrá enseguida", nos dice el camarero con una voz que ahoga la música. Está a punto de servir una cerveza en un vaso para uno de los clientes de la barra. Cuando termina, se seca las manos en el paño que se ha echado al hombro.

"Gracias", le respondo, asintiendo con la cabeza.

"¿Te parece bien estar ahí delante de la ventana?", le pregunto a Henry y me giro para mirarle.

Siento como si acabara de pillarle mirándome directamente al culo, pero la dirección de sus pupilas cambia en un instante. Me mira a los ojos, parece completamente relajado y sonrío finamente. "No pasa nada", responde, me tiende de nuevo la mano y me hace un gesto para que siga.

Me dirijo a la mesa junto a la ventana y resisto el impulso de girarme de nuevo para comprobar hacia dónde miran sus ojos. Sin embargo, no puedo negar que me gusta cómo me mira. Me siento en la mesa para tener una vista despejada de la zona de la entrada y poder mirar por la ventana al mismo tiempo. La vista no es precisamente impresionante. Lo único que se ve a través de la ventana es una farola con uno de los carteles con el retrato del gobernador.

"¿Elegimos algo de beber primero?", pregunta Henry, cogiendo una carta algo gastada y sonriéndome de una forma que me hace sentir muy especial en su presencia.

"Me encantaría. Y pido disculpas por la falta de elección", respondo. "Creo que no sueles ir a bares como este, ¿verdad?".

Lo miro directamente y vuelvo a sonrojarme. ¿Por qué he dicho eso? Ni yo misma lo sé. Después de todo, fue él quien pidió esta comida. Fui yo la que insistió en este bar y siento que me avergüenzo de ello. ¿No me puede dar igual?

"No pasa nada, créeme", me asegura Henry. Pasa su mano por encima de la mía durante un instante y sus ojos verdes brillan misteriosamente en la penumbra.

"Vale", respondo en voz baja y me apresuro a estudiar el menú sin fijarme realmente en la selección de comida y bebida.

En lugar de eso, mi mente se remonta a cómo bajó las escaleras a las nueve en punto y me miró de la misma forma penetrante, intensa pero agradable que, de alguna manera, me hizo sentir calor y frío al mismo tiempo. No dejaba de recordarme a mí misma que probablemente se trataba de pura táctica y que él debía de haber salido con mujeres mucho más atractivas que no tuvieran una pensión condenada o un defecto de belleza. No obstante, me sentí agradablemente cortejada. Una sensación que no recordaba haber sentido de esta forma desde hacía mucho tiempo. No obstante, me recordé a mí misma que debía tener cuidado y me juré que me iría a casa inmediatamente si oía cualquier comentario despectivo o insinuación grosera. Sola.

Para mi sorpresa, el tiempo pasó volando durante el paseo hasta aquí. El temor a un silencio incómodo parecía completamente infundado. Henry estaba obviamente muy interesado en mi pensión, sólo una vez preguntó brevemente si esa era la razón por la que había dejado Nueva York y que podía entender muy bien por qué.

No sabía si creerle. Pero, ¿quizás el rico y exitoso hombre de negocios soñaba en secreto con una vida sencilla cerca de la naturaleza?

"Vengo de un pueblo mucho más pequeño que éste", me dijo justo antes de llegar al bar, pero enseguida se dio la vuelta y me preguntó por mis planes para la pensión. Me sorprendió mucho que un hombre como él se hubiera criado en provincias y decidí volver a preguntarle en ese momento.

"¿Qué le sirvo de beber?". La voz de la camarera me hace estremecer. Levanto la vista de mi menú, algo impotente, veo una cara amable y sonriente.

Sin mirar el menú, pido una cerveza light, que la camarera anota inmediatamente.

"Es una buena idea. Hace mucho que no tomo una cerveza", oigo la voz de Henry, que me mira primero a mí y luego a la camarera. "Como que encaja aquí. Lo mismo digo", añade después.

La camarera se aleja, dejo el menú a un lado y miro por la ventana un momento para despejarme de nuevo. Tengo la sensación de estar olvidando por qué he venido a comer y esa sensación se hace cada vez más presente cuanto más tiempo le miro a los ojos.

"¿Así que el señor Wright se equivoca? ¿Qué está haciendo mal?", me pregunta Henry. Le miro, irritada, pero él sonríe y señala hacia fuera con un gesto de la cabeza. "El cartel".

"¿No deberías saberlo mejor que yo?", respondo, sin dejar de mirar por la ventana para no tener que mirarle directamente, pero al mismo tiempo me sorprende gratamente que mi voz suene perfectamente normal.

"¿Qué quieres decir?".

"Quiero decir que te recogió en el helicóptero y te dejó en casa del médico, no muy lejos de aquí. Por lo que dicen, está planeando algo con el terreno del otro lado del río, que ya ha sido desbrozado", respondo. Claro que podría haberme hecho la ignorante, pero no me apetece jugar. Quiero ver cómo reacciona. Sin embargo, se me niega la oportunidad porque la camarera se acerca a nuestra mesa en ese mismo momento con la bandeja en la mano y nos entrega las dos botellas de cerveza.

"Estás bien informada, lo reconozco", dice Henry, asintiendo con aprobación. "Brindaremos por ello", me tiende la botella, chocamos los vasos y nos miramos fijamente. Luego bebemos un buen trago y me parece que él ha estado esperando el alcohol con tantas ganas como yo. ¿También está nervioso? No, eso es mentira.

"Estoy aquí por negocios. Así es", empieza Henry, deja la botella y me coge la mano. "Pero no tiene nada que ver con la propiedad de allí", me explica.

Agradezco mucho que quiera ser sincero conmigo y que no haya esquivado la pregunta, aunque la aparición de la camarera le habría dado muchas oportunidades. Por supuesto que me interesa saber qué trama y por qué reserva mi pensión con dos meses de antelación. Pero no quiero pasarme de la raya y decido preguntarle en otro momento. En este momento, me interesan mucho más sus orígenes y lo que ha insinuado.

"¿Así que eres del campo? Cuéntame un poco", le pregunto ladeando un poco la cabeza.

"Como quieras, pero es aburridísimo", responde. Entonces empieza a hablar de su infancia. Sobre la granja de Carolina del Norte, la granja de cerdos, sus padres y su traslado a la gran ciudad.

No sé cuánto tiempo pasamos allí sentados y me limito a escucharle. Sólo nos interrumpen brevemente para pedir la cena, que una vez más me abruma. Henry sugiere un *menú para dos*. Asiento sin mirar de qué se trata exactamente.

La velada resulta ser completamente distinta de lo que esperaba. Disfruto de su presencia, me doy cuenta. Nada de frases malsonantes ni otros comportamientos despectivos. Podría escucharle toda la eternidad y me gustaría creer que sólo me cuenta todo esto para complacerme.

Henry pide un tequila de postre para brindar por haber crecido en el campo. Ya voy por la tercera cerveza light. El nerviosismo ha desaparecido por completo, pero temo que el tequila pueda causar estragos aún mayores.

"No, dame un respiro", digo, pero no puedo reprimir la enorme sonrisa que se dibuja en mi cara.

"Sólo por una vez", murmura Henry. Vuelve a poner su mano sobre la mía.

"Sé qué clase de hombre eres. Todo el mundo en tu empresa lo sabe", digo sin pensármelo. Inmediatamente me tapo la boca con la mano, horrorizada, y maldigo en secreto la tercera cerveza light. Pero dejo la mano ahí de todos modos.

"¿Qué clase de hombre soy?", susurra, pareciendo inclinarse un poco más sobre la mesa hacia mí. La expresión de su cara me dice que está contento con el cambio de tema y que puedo seguir hablando.

La pregunta queda sin respuesta porque esta vez la camarera se acerca con el tequila, la obligada rodaja de limón y el sobre de sal. Respiro aliviada.

"Muy bien", digo, cogiendo el vasito con el limón encima y esperando no tener que responder a la pregunta.

"Por la vida en el campo". Brindamos el uno por el otro, lamemos la sal, bebemos el tequila y mordemos la rodaja de limón casi al unísono.

"Delicioso y asqueroso a la vez, ¿verdad?", carraspea Henry. Asiento con la cabeza, hago una mueca y sigo la cálida sensación de ardor que se extiende por mi cuerpo.

"Háblame un poco más de ti. ¿Cómo fue que tus abuelos te dejaron la pensión?", pregunta. Nuestras miradas se cruzan. O mi juicio está muy afectado por el alcohol, o está realmente interesado.

Sigue un largo monólogo, con escenas de la infancia que pasé aquí, mi tensa relación con mis padres y, por último, el informe sobre el fallecimiento y la ejecución del testamento. No dejo de preguntarme si realmente no le estoy aburriendo, porque no recuerdo ningún momento en el que alguien se haya interesado tanto por mi vida.

"No, está todo bien. Me gusta escucharte, de verdad", me asegura Henry con una sonrisa que sigue poniéndome la piel de gallina en el antebrazo.

"Pero de todas formas puede que se acabe pronto. Mis abuelos estaban endeudados. Y si no encuentro una solución a corto plazo, el sueño se acabará antes de lo que puedo decir tequila".

Nos miramos el uno al otro. Henry no dice nada, pero me agarra la mano en silencio y yo le dejo. Sin embargo, me pregunto si era realmente necesario desviar la agradable conversación hacia un tema tan difícil. ¿Le habré asustado demasiado? Al mismo tiempo, me pregunto por qué me preocupo por ello...

"Hmm... quizá podamos encontrar una solución", responde Henry pensativo y se detiene un momento. "¿Qué me dices de la gran zona boscosa que hay detrás de tu casa de huéspedes? ¿También es tuya?". Asiento en silencio.

"Podría comprarla, si eso solucionara tus problemas, sería...", pasa el dedo índice por el borde de su botella de cerveza. "...un muy buen negocio, ¿no?". Me mira directamente con las últimas palabras. Su mirada parece más intensa y penetrante que nunca.

"¿Cómo sabes lo del bosque? ¿Es por eso por lo que estás aquí?", respondo con suspicacia, percibiendo que de alguna manera parece que estamos sentados aquí juntos exactamente por esa razón. ¿Acaso todo lo demás no era más que un juego para él?

"Tranquila, Olivia". Henry levanta las manos con tono apaciguador. "Sólo fue una sugerencia espontánea porque me gustas y quería ofrecerte algo de ayuda", explica desarmado. "Vi el bosque en la aproximación. No era difícil pasarlo por alto y no hay otras casas allí. Así que es una suposición obvia", me explica, con el rostro tan radiante como siempre.

"Lo siento, yo...", respondo abatida y siento que mis mejillas vuelven a sonrojarse. ¿Por qué soy tan desconfiada? Nada de lo que he oído sobre él en el trabajo se ha demostrado esta noche. ¿Y

acaso Ally me ha endurecido demasiado con sus historias sobre la Unión para la Conservación de la Naturaleza y la Biodiversidad para que vea una conspiración por todas partes?

"Ya lo he olvidado. Piénsalo. Si dices que no, me parece bien", responde Henry en tono despreocupado.

"Gracias", respondo y doy un último sorbo a mi botella.

"Ha sido una velada encantadora. ¿Qué te parece si volvemos?", sugiere Henry unos instantes después. Casi me decepciona un poco que nuestra estancia aquí haya terminado tan abruptamente. Pero, ¿qué esperaba?

Acepto, Henry paga y deja una generosa propina. Luego me levanto y siento como si mi cuerpo se estuviera dando cuenta de la cantidad de alcohol que he consumido. Sin embargo, no quiero que se note y nos ponemos en marcha. La noche es cálida y caminamos uno al lado del otro en silencio durante unos instantes.

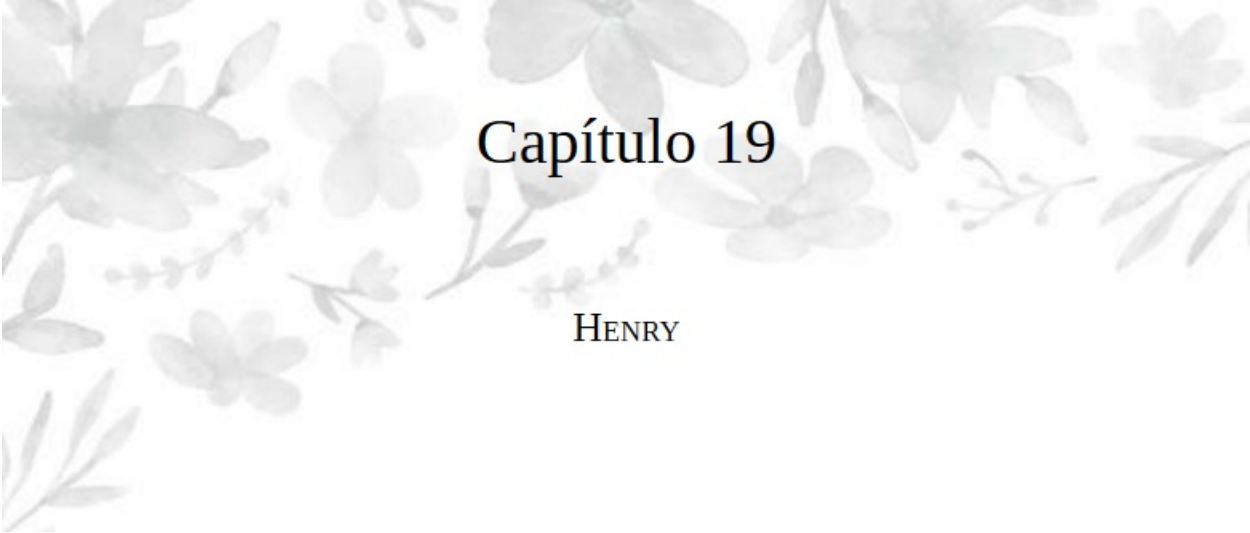
Pero el silencio no me quita el humor. Mis pensamientos se aceleran y me encuentro pensando en los muchos roces fugaces de esta noche.

Al cabo de unos minutos, veo un movimiento lejano en el bosque junto al camino. Me sobresalto, oigo un ruido sordo de mi zapato, miro hacia abajo y veo, al inclinarme hacia un lado, que uno de mis tacones ha cedido.

"Eso ha estado cerca", susurra Henry, que ha reaccionado con presencia de ánimo y me ha cogido con los brazos.

Vuelve el silencio, aunque me escuece un poco el pie, que simplemente ignoro. Una vez más, nos miramos directamente. De todos modos, las palabras no serían necesarias en este momento. Parece como si nos acercáramos el uno al otro como dos imanes, atraídos por una fuerza invisible.

Cierro los ojos y por fin siento que los labios de Henry tocan los míos. Suelto un suspiro ahogado y le rodeo la cabeza con la mano, sin querer pensar en nada más en ese momento.



Capítulo 19

HENRY

W UMMMS

La puerta de mi habitación, en la última planta de la pensión, se abre de golpe. La empujo con el pie después de abrir por fin la cerradura.

Había metido la llave en la cerradura a ciegas, no podía dejar de besar a Olivia en el cuello y el hombro, lo que ella agradece con un audible suspiro.

Después de aquel beso en medio de la nada, entre el bar y su pensión, nada volvió a ser lo mismo. El crepitar entre nosotros, nos había envuelto toda la velada y casi me hizo olvidar unas cuantas veces por qué había ido a cenar con aquella mujer. En el bar, le pregunté por la parcela de bosque, pero enseguida sentí el regusto insípido. La velada resultó diferente de lo esperado. Esta mujer de pómulos altos, resplandeciente con ese vestido sensual de color rojo, parecía desencadenar en mí más de lo que me hubiera gustado. Al principio pensé que estaba completamente mal follada, pero cuando me vi escuchándola con interés, apenas me reconocí.

De camino a la pensión pensé en cómo podría asegurarme de que la velada no acabara sin ser demasiado intrusivo. Percibí que ella también podía sentir el crepitar entre nosotros y parecía disfrutar de todos los pequeños detalles, pero seguía desgarrada por dentro y no podía entregarse realmente. ¿Era simplemente desconfiada? ¿O insegura? No lo sabía, pero me di cuenta de que no podía ser demasiado insistente porque arruinaría todo lo que había conseguido hasta entonces. Mirando hacia atrás, el tacón roto fue como una coincidencia benévola. Mientras yacía en mis brazos, pude ver en sus ojos brillantes que ya estaba preparada.

"Te llevaré en brazos", le susurro en el instante que la puerta de mi habitación está abierta. Olivia asiente y sus mejillas rojizas parecen brillar de nuevo. Si es por vergüenza o por excitación, estoy a punto de averiguarlo. Y pensar en ello hace que la polla de mis pantalones se ponga aún más dura.

Me pasa un brazo por el hombro para apoyarse. Me agarro a ella, le paso una mano por debajo de la rodilla y la otra por la espalda y la llevo en brazos. Nuestros labios vuelven a encontrarse en el camino y nuestras lenguas juegan a un juego que pide a gritos más a cada momento.

Regresamos a casa de la misma manera. Después del beso, nos sonreímos como dos adolescentes borrachos. La cogí de la mano y quisimos continuar nuestro camino, pero Olivia no se las apañaba tan bien sin el tacón. Sin más preámbulos, me ofrecí a llevarla en brazos. Al principio pareció sorprendida y pareció pensárselo un momento, pero luego aceptó, sobre todo porque el suelo estaba un poco empapado y la época del año y la temperatura no eran adecuadas para un largo paseo descalza. No dejaba de detenerme, mirarla y desear desnudarla aquí y tocarla por todas partes. Su sola visión me volvía loco.

La llevé hasta la casa de huéspedes, subí las escaleras y llegué a la habitación en la que acabábamos de entrar de la misma manera.

Luego la dejé suavemente en mi cama, me puse frente a ella y la miré. Sus ojos brillantes, su pelo castaño y las amplias curvas bajo su vestido rojo, que se ha subido un poco y deja al descubierto la piel de sus muslos, hacen que mi dura polla se apriete contra mis pantalones desde dentro.

"¿Va todo bien?", pregunta con una sonrisa algo insegura, que no hace sino aumentar mi deseo.

"Te deseo, Olivia. Te he deseado todo este tiempo", le susurro con voz firme. Olivia no responde, pero sus mejillas vuelven a encenderse.

"Entonces tómame", susurra en voz baja y se inclina un poco hacia un lado. Me pregunto si el alcohol la habrá relajado tanto, pero decido no preocuparme y aceptar la invitación.

Me tumbo en la cama con ella y nos besamos. Al principio con suavidad, luego cada vez más intensamente. Mis manos tocan su cuerpo por encima de la ropa y me entran ganas de explorar cada rincón. Pero sin la distracción de la tela.

"Tienes que quitarte la ropa", le digo y le doy un tirón del vestido. "Quítate la ropa. Todo", le explico en tono juguetón y severo y la miro. Olivia se irrita al principio, pero luego sonrío, asiente y empieza a desvestirse.

"¿Y tú?", pregunta mientras se baja el tirante del vestido para dejar al descubierto el conocido sujetador negro.

Sonrío, me pongo de pie y me desnudo por completo, pero no le quito los ojos de encima. Cuando se quita el sujetador y veo sus preciosos pechos, exhalo audiblemente.

Tengo que contenerme para no caer inmediatamente sobre ella y veo cómo se quita el tanga. Mientras tanto, parece mirarme todo el cuerpo. Cuando nuestras miradas se cruzan de nuevo,

sonríe un poco avergonzada y parece que la he pillado haciendo alguna travesura.

"Eres preciosa. Tan guapa", murmuro mientras camino hacia ella, inclinándome sobre ella y apoyándome con una mano a su lado. Nuestros labios se besan, pero este juego dura poco porque mi boca sigue a mis manos, que ya están jugando con los pechos de Olivia, lo que ella reconoce con ruidos de respiración más intensos.

Desciendo lentamente, cuando llego a su coño rasurado, noto enseguida lo mojado que está. Lo recorro lentamente con los dedos. Lo toco ligeramente los labios y la miro directamente. Olivia gime. Tiene la boca entreabierta. Luego separa un poco más las piernas, echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos.

Me gusta cómo se entrega al momento. Mi boca vuelve a seguir a mis manos. Beso lentamente su coño, separo un poco los labios con los dedos y rodeo suavemente su clítoris con la lengua.

Continúo el juego durante unos instantes y varío ligeramente mis movimientos. La respiración de Olivia se convierte cada vez más en un gemido y, a medida que pasa el tiempo, deja de tener inhibiciones.

"Oh, Henry... eso es... Oh, Dios", balbucea y me mira con las mejillas enrojecidas y un fuego en los ojos que nunca antes había tenido. Luego deja caer la cabeza sobre las almohadas.

No puedo esperar más. Ni un instante más. La lujuria se apodera de mí. Agarro sus piernas por los tobillos y las separo todo lo que puedo. Olivia vuelve a girar la cabeza hacia delante, me mira y parece a punto de preguntarme qué estoy haciendo.

Pero la pregunta no llega. En ese momento, mi dura polla se desliza tan dentro de ella que grita con fuerza mientras seguimos mirándonos, yo sujetándole los pies y estirándolos todo lo que puedo.

Entonces empiezo a moverme dentro de ella de un empujón cada vez. Olivia se muerde el labio inferior e intenta contener un fuerte grito. Cada vez estoy más excitado por lo que estoy provocando en ella y decido saborearlo todo.

Acelero el ritmo y suelto la pierna derecha, pero Olivia la mantiene en su sitio mientras juego con mi mano con su clítoris. Sus pechos se agitan de un lado a otro. No puedo evitarlo, suelto también la otra pierna, amaso y acaricio sus pechos.

"Ouch....Oh...", jadea Olivia cuando de repente le muerdo un pezón, pero rápidamente lo suelto y al mismo tiempo le meto la polla hasta el fondo. Me mira brevemente y puedo ver en su expresión que realmente disfruta de este juego entre breve dolor y excitación.

"Date la vuelta", le respondo, sacando la polla de su coño y sujetándola firmemente por la base.

Olivia asiente. Me mira brevemente, pero luego hace lo que le ordeno. Le introduzco la polla en el coño por detrás. Olivia gime y se agarra a los postes de la cama para no caerse.

Coloco las manos sobre su hermoso trasero y empujo con tanta fuerza y firmeza que el sudor me sale por los poros.

Desciendo lentamente la mano izquierda entre sus nalgas, para detenerme un instante después en su ano.

"¿Qué haces?", me pregunta jadeando mientras mantengo el ritmo. No tengo intención de penetrarla ahí, pero quiero averiguar para qué está preparada.

"Nada malo", susurro, acariciándole el ano y luego masajeando el perineo con un poco de presión.

"Oh, Dios, eso es... Mmmm", grita Olivia, que obviamente nunca había sentido nada igual. Sus caderas se mueven aún más salvajemente que antes, lo que también hace que mis gemidos sean más fuertes.

Continúo con el masaje perineal, muy despacio. Cuanto más despacio, más fuertes son los gemidos de Olivia.

Entonces la suelto, la agarro por las caderas con las dos manos y la atraigo hacia mí con toda la fuerza que puedo. Olivia estira la cabeza hacia arriba y jadea cuando volvemos a acelerar el ritmo.

Unos instantes después, sus piernas empiezan a temblar. El temblor se apodera rápidamente de todo su cuerpo, seguido de un grito fuerte, prolongado y profundo que hace que mi lujuria estalle en mi cabeza y en mi polla casi al mismo tiempo, provocando que me corra dentro de ella.

Jadeantes, caemos uno junto al otro sobre las sábanas arrugadas de mi cama y nos miramos. Ella está al menos tan sudada como yo y tiene algunos mechones de pelo pegados a la sien por el sudor.

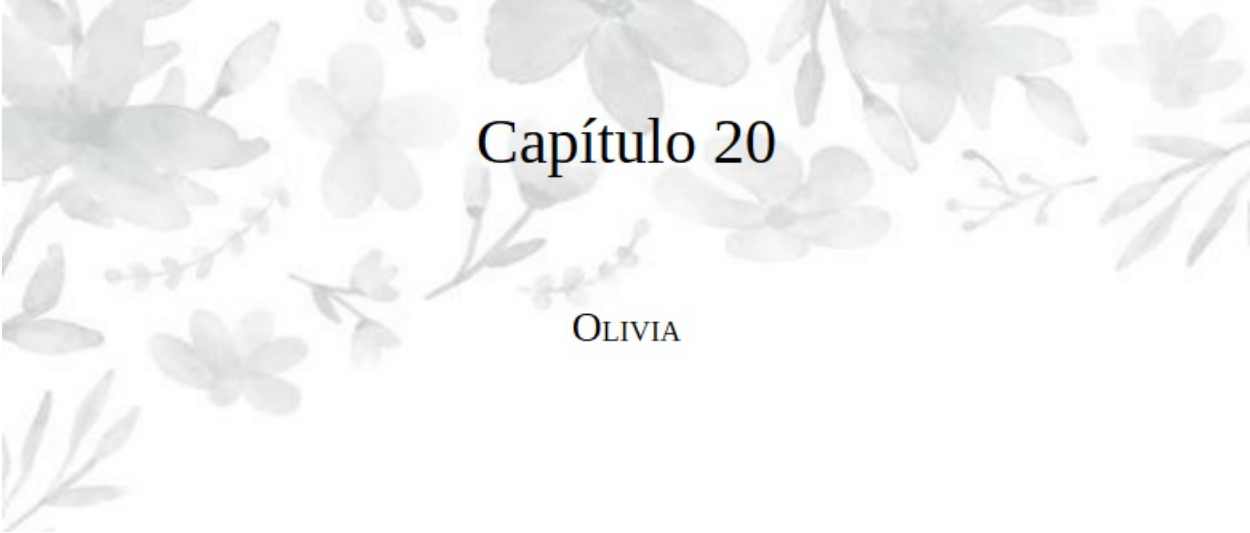
Ninguno de los dos dice nada. Le aparto unos pelos de la cara y le doy un beso, que ella me devuelve enseguida.

El gobernador y el plan para el vertedero revolotean brevemente por mi mente y me pregunto si realmente fue una buena idea desde ese punto de vista.

"¿En qué estás pensando?", pregunta Olivia.

"Estoy pensando si deberíamos volver a hacerlo en la ducha", le respondo y la beso. Al mismo tiempo, pienso febrilmente en si habría alguna forma de enseñarle suavemente. Pero no se me ocurre nada. Decido posponer la reflexión cuando me doy cuenta de que mi polla vuelve a agitarse.

"¿Vamos?", pregunto, señalando con la cabeza hacia el baño. Olivia se limita a sonreír, lo que para mí es respuesta suficiente.



Capítulo 20

OLIVIA

A la mañana siguiente.

Con una almohadilla refrescante en la mano, me sujeto el tobillo del pie que me torcí ayer, me siento en el sillón del porche, frente a la puerta principal y miro a lo lejos. El tobillo no me duele, pero esta mañana parecía un poco hinchado después de escabullirme sigilosamente de la habitación de Henry con la ropa bajo el brazo, pasamos la noche juntos, él no se dio cuenta y tengo que admitir que me he sentido aliviada cuando la puerta se ha cerrado silenciosamente.

"Yoo-hoo, Olivia", oigo que Ally me llama y saluda desde lejos. Desde fuera, debía de parecer que la estaba viendo sacar a sus caballos del establo y meterlos en el remolque. "Me temo que no tengo tiempo. Los caballos tienen cita con el veterinario que está en el pueblo vecino, en realidad no tiene tiempo y se limita a llamarme para que lleve a los animales. ¿Vendrás más tarde?", me pregunta después de que le devuelva el saludo en silencio.

Levanto el pulgar y asiento con la cabeza, pero no hago ningún ruido porque tengo miedo de despertar a Henry y no sé muy bien cómo recibirle hoy sin ponerme roja de inmediato. Al mismo tiempo, agradezco que tenga prisa. ¿Qué le habría dicho si me hubiera preguntado por la noche? Cuando pienso en anoche, me siento desgarrada por dentro. Siento como si mi corazón quisiera decirme que todo va bien y que está orgulloso de mí por haberme dejado llevar por fin. Mi mente, sin embargo, parece querer seguir recordándome lo de los 10.000 dólares, el banco y sus misteriosos tratos con el Gobernador.

Veo a Ally saludar de nuevo, subir al coche y alejarse lentamente. Sé que se lo contaré, se lo debo. Pero no sé cómo reaccionaré. ¿Y si le digo que no fue sólo el alcohol lo que me atrajo de él?

"Que pases unos buenos días", oigo de pronto la profunda voz de Henry a mi lado, completamente vestido y dedicándome una sonrisa.

"Has estado muy callada, pero aún tienes que practicar para escabullirte", continúa, acercándose, arrodillándose frente a mi silla y besándome de una forma que hace que me vuelvan a flaquear las rodillas.

Le devuelvo el beso y mi mente se remonta a nuestra larga ducha juntos y a lo mucho que disfruté enjabonando cada parte de su cuerpo sin pensar en nada más. Parece que fue hace tanto tiempo que me pregunto qué me pasó, porque nunca había hecho algo así. ¿Fue sólo él? ¿Era lo que siempre me habían advertido?

"¿Va todo bien con tu pie?", pregunta Henry antes de soltarme y descubrir el enfriador en mi tobillo con cara de preocupación.

"Sí, sólo un poco hinchado", le respondo y hago un gesto de despreocupación. "Hoy tendré que trabajar. ¿Qué tienes planeado?". Yo misma sé que es una excusa más que barata para mantenerlo a distancia. Pero, ¿qué alternativa tengo? Primero tengo que darme cuenta de lo que quiero y, de algún modo, tengo la sensación de que no podré hacerlo en su presencia.

"Estupendo. ¿Qué pasa? Te ayudaré", dice frotándose las manos con entusiasmo.

"Eh... yo...", tartamudeo, un poco avergonzada, porque no es la respuesta que esperaba.

"¿Y la valla? ¿La levantamos juntos? Después de todo, no soy del todo inocente", sugiere Henry, señalando el lugar en la hierba donde los elementos de la valla están tirados por todas partes.

"Vale", respondo dubitativa. "¿Pero de verdad quieres hacer eso? ¿Y encima con chaqueta?", pregunto insegura.

"Esperaba que tuvieras más de un mono azul", me explica, mirándome impasible.

"Sí, todavía quedan algunos". Recuerdo la caja en la habitación detrás del mostrador donde mi abuelo solía guardar su ropa de trabajo. Aún así, me sorprende que un hombre rico e influyente como él quiera reparar una valla conmigo. Le escruto y enarco las cejas. "¿Hablas en serio?".

"Cada palabra", me responde y hace una pausa. "Y por cierto, no me arrepiento de lo que hicimos ayer", continúa en voz baja y me mira con sus ojos verdes brillantes de tal manera que se me erizan los finos vellos de la nuca.

Trago saliva y por un momento no sé qué decir.

"¡Ven conmigo!". Henry me ofrece la mano. La cojo y me levanta de la silla para que estemos uno frente al otro. "Ya sé dónde te pones la ropa de trabajo", susurra y se ríe.

Yo también suelto una carcajada. Me invade una relajada sensación de alivio y apoyo la mano en su pecho de acero.

"Cámbiate", le digo con voz ronca y severa y el dedo índice extendido. "Tenemos mucho que hacer. Un tipo con un helicóptero lo ha arrasado todo", le explico.

"Si puedo echarle el guante", responde Henry y me besa. Entonces los dos nos detenemos y nos miramos. ¿Qué está pasando? ¿Por qué estoy siendo tan tonta? ¿Por qué me gusta tanto estar con este hombre, a pesar de que cada fibra de mi ser me dice que no lo haga?

Dos horas más tarde, hemos avanzado bastante. Miro furtivamente a mi alrededor para ver si Ally vuelve con sus caballos. ¿Qué dirá cuando nos vea a los dos trabajando aquí con nuestros monos azules? ¿Lo reconocerá o pensará...?

"Cuidado", me llama Henry y me agarra la muñeca de un tirón. Le miro irritada, pero luego me doy cuenta de que estaba a punto de coger un trozo de alambre de espino.

"Gracias", digo en voz baja y me trago el nudo que tengo en la garganta. Hay otro momento de intenso silencio en el que nos miramos y el tiempo, de alguna manera, se detiene.

Intento concentrarme de nuevo en mi trabajo, pero no dejo de lanzarle miradas furtivas y me pregunto si se dará cuenta de lo fuerte que me late el corazón en el pecho.

"Qué cojones", digo de repente, agarrándome el brazo derecho.

"¿Qué te pasa?", pregunta Henry, tras lo cual le enseño el gran desgarrón del mono en mi antebrazo.

"Déjame ver", responde ansioso, me coge del brazo y observa la zona con expresión preocupada.

"Parece que sólo es el mono. Echemos un vistazo de todos modos. ¿Tienen un botiquín de primeros auxilios?".

"Sí, en la habitación de detrás del mostrador", respondo y asiento con la cabeza.

Volvemos juntos al edificio. Una vez en la trastienda, me bajo la cremallera del mono azul. Henry me ayuda a quitármelo cuidadosamente de los brazos. Me lo bajo hasta la cintura.

"Parece sólo un rasguño. No hay sangre", explica Henry, que inspecciona inmediatamente mi brazo. Yo también puedo verlo y me siento aliviada. Me doy cuenta de que estoy delante de él medio desnuda.

"¿Te duele?", me pregunta, acariciándome suavemente el pequeño rasguño del antebrazo. Sacudo la cabeza y oigo literalmente la sangre correr por mis venas.

Entonces Henry no dice nada más. Se acerca despacio, me abraza y me besa. Le devuelvo el beso y siento sus cálidas manos en mi espalda y mis caderas. El hombre cuya mala reputación le precede me cuida y parece realmente preocupado.

Por un momento, se me pasa por la cabeza la idea de que quizá le he prejuzgado injustamente y que en realidad sólo es...

Entonces siento que me levanta y que sus fuertes brazos me colocan sobre el pequeño banco de trabajo que hay en un rincón de la habitación. De un tirón, aparta las herramientas que están a mi

alrededor, que caen al suelo con un fuerte estruendo.

Se me acelera el pulso y veo algo salvaje en su mirada. Le dejo hacer y le paso las manos por el pelo mientras me acaricia la parte superior del cuerpo con los labios y me desabrocha hábilmente el sujetador con una mano, que poco después cae al suelo.

"Me vuelves loco con tu mono azul", susurra y me lo quita por completo. Me doy cuenta de lo mojada que estoy, lo que se intensifica con las fuertes caricias de Henry en el interior de mis muslos y en mis pezones.

Le miro a los ojos verdes y siento que vuelvo a perderme en ellos. Nunca habría creído que este hombre me volvería tan loca y que ansiaría tanto la cercanía física con él.

Entonces se desnuda por completo, deja caer su ropa de trabajo al suelo y, al igual que ayer, contemplo su magnífico cuerpo con cada músculo en su sitio. Una vez más, me parece extraño que un hombre de su estatura y aspecto se interese por una mujer como yo. Su polla ya está completamente dura, lo que es señal de que le gusta de verdad por alguna razón. Exhalo audiblemente al verlo y nuestras miradas se vuelven a cruzar.

Entonces se acerca a mí y un instante después siento el calor y la calidez entre mis muslos y sé que acaba de penetrarme.

"Mmmmm", suelto, más alto de lo que pretendía, porque tengo la boca entreabierta y me entrego por completo al momento y empujo un poco más la pelvis hacia delante para que pueda penetrarme aún más profundamente.

Nunca me habría creído capaz de algo así, pienso por un momento mientras Henry sigue empujándome con fuerza contra la pared que hay detrás del banco de trabajo. Le rodeo con las manos y las piernas e intento aferrarme a él. Sin embargo, siento como si estuviera aún más a su merced y como si pudiera penetrarme aún más profundamente.

Vuelvo a gemir fuerte y Henry también emite un sonido profundo y me amasa los pechos con tanta fuerza que estoy a punto de gritar en voz alta. Pero él parece saber exactamente hasta dónde tiene que llegar y, justo antes de llegar al punto en que duele, afloja un poco.

Esta sensación de excitación y el paseo por la cuerda floja al borde del dolor desatan mi lujuria de forma casi explosiva. Gimo tan fuerte que yo misma me sorprendo.

Mis ruidos sólo parecen aumentar la excitación de Henry y me pregunto cuánto tiempo podré aguantar antes de llegar al orgasmo.

En ese momento, Henry se frena. Me mira fijamente mientras mete y saca con cuidado su dura polla una y otra vez.

Justo cuando me pregunto qué está haciendo, vuelve a aumentar el ritmo. Siento un cosquilleo en el estómago y me doy cuenta de que este cambio de rápido a lento y viceversa no hace sino aumentar aún más mi placer.

Henry repite este juego varias veces. ¿De dónde saca esta increíble resistencia? Parece como si cada músculo de mi cuerpo temblara ya de excitación y agotamiento y no recuerdo haber experimentado nunca algo tan intenso.

Gimo y vuelvo a arañar a Henry, cuyo torso acerado y su six-pack están completamente empapados de sudor. Su mirada y la lujuria que desprende no pierden intensidad. Nunca antes me había sentido tan deseada como en este momento.

El siguiente cambio de ritmo es tan rápido que no lo veo venir. Una oleada de lujuria me invade literalmente. Grito y ni siquiera reconozco mi propia voz. Henry también gime con fuerza y poco después siento cómo se corre dentro de mí, reduce la velocidad y se apoya en el banco de trabajo que tengo delante.

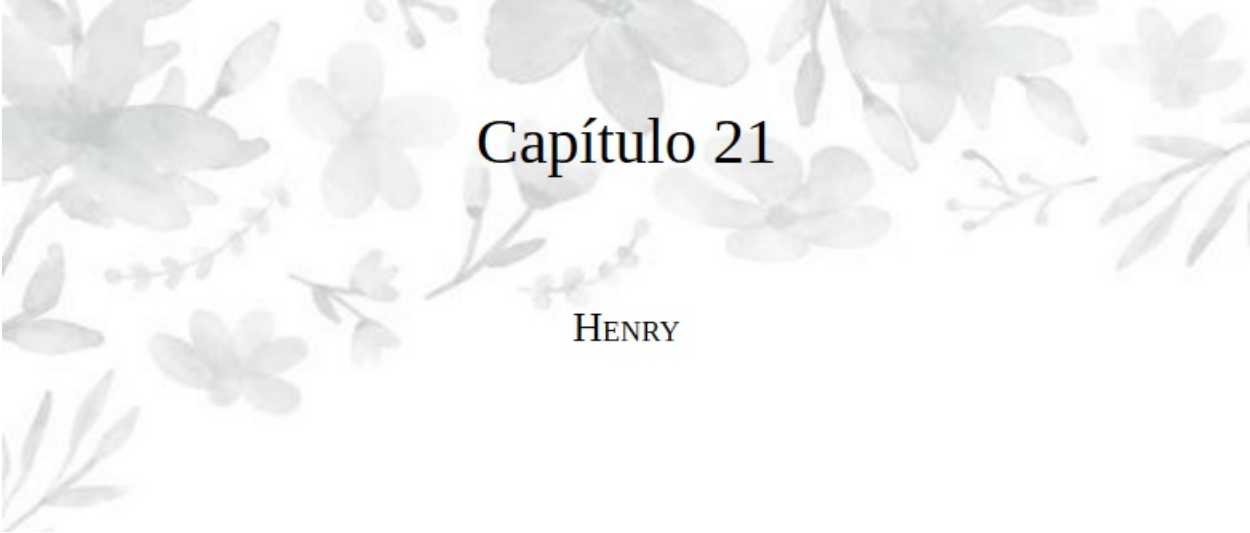
Hace un crujido amenazador, como si cediera bajo el peso de los dos.

Henry retrocede. "La próxima vez tendremos que elegir otro sitio", dice con una sonrisa misteriosa en la cara y me ayuda a bajar del banco de trabajo.

Mientras estamos recogiendo nuestra ropa del suelo y poniéndola de nuevo, suena su smartphone. Lo saca, mira la pantalla y frunce el ceño.

"El negocio. No pueden hacerlo sin mí. Voy arriba a hacer una llamada", dice con voz apagada, señala su smartphone y sale por la puerta.

"No hay problema, de todas formas iba a ver a mi vecina. Me pidió ayuda", me invento rápidamente, ya que puedo ver su coche desde lejos mientras gira de nuevo hacia la entrada. Aún así, es una pena que nos separemos tan rápido después del calentón.



Capítulo 21

HENRY

Con mi smartphone aún sonando en la mano, subo las escaleras y siento que mi excitación se desvanece poco a poco. Ha sido muy divertido follar con Olivia en el banco de trabajo. Me pregunto dónde lo haremos la próxima vez.

Recuerda, es sólo una mujer. Estás haciendo esto para llegar a la propiedad.

Sigo intentando recordar estas palabras, pero me doy cuenta de que me preocupa bastante lo que dirá si de repente se construye un vertedero gigante detrás de su pensión. ¿Debería comprarle otra casa en la otra punta de la ciudad para que pueda seguir recibiendo huéspedes allí? Por otro lado, no le debo nada.

Aparto la idea, entro en mi habitación, cierro la puerta y miro por la ventana. Allí distingo la delicada silueta de Olivia, que ha atravesado el prado sin su mono azul, pero con una blusa blanca, acaba de llegar a la entrada de la vecina, que acaba de bajarse del coche.

Me alejo de la ventana, miro mi smartphone e intento devolver la llamada a Larissa, que acaba de intentar llamarme. Su llamada me produce sentimientos encontrados. Por un lado, no quería que Olivia oyera su voz chillona, que seguramente se oiría en la pequeña habitación de atrás incluso sin el altavoz encendido. Por otro, tenía algo que discutir con ella de todos modos. Mi plan era atraerla hasta aquí para que se divirtiera con el Gobernador, como había hecho con Bill. Quizá consiguiera sonsacarle algún que otro secreto.

Era un plan difícil, pero estaba seguro de que Larissa haría el sacrificio si la recompensa era lo suficientemente buena.

Por alguna razón que no entiendo, Larissa no contesta al teléfono. La llamada suena durante lo que parece una eternidad sin que la interrumpa ni salte el buzón de voz. Lo intento varias veces, me rindo frustrado, cuelgo el smartphone y miro a lo lejos por la ventana. Olivia y su vecina parecen enfrascadas en una conversación, con la vecina gesticulando salvajemente, lo que desde

la distancia parece que intenta darle un buen consejo. De algún modo, estoy seguro de que la conversación gira en torno a mí e intuyo que los consejos de su vecina podrían disgustarme. La gente del pueblo no suele ser tan tolerante, lo recuerdo bastante bien del incidente con Larissa y mi hermanastro y es una de las razones por las que me marché lo antes posible en aquel entonces.

Entonces se me ocurre una idea: tal vez Bill sepa dónde puedo encontrar a Larissa. Se me acelera el pulso. Busco su nombre en la agenda de contactos y pulso *llamar*.

"Henry, amigo mío. Qué alegría saber de ti. ¿Qué te traes entre manos? ¿Te has tirado ya a una de las chicas del campo?", me dice la voz de Bill después de que sólo haya sonado dos veces.

"Estás pensando con la polla, ¿verdad?", respondo, no del todo en serio, y tengo que sonreír. Si supiera lo que acaba de pasar.

"Tú lo has dicho y mi éxito me da la razón. Tengo que decirte algo", continúa Bill. Nos gustaba presumir el uno ante el otro de nuestros éxitos y me alegro de que no quiera hacer más preguntas porque no pienso hablar de mi relación con Olivia. Él sólo querría saber detalles y si se enterara de que es una ex empleada, tendría que escuchar constantes sermones sobre por qué no puntuó.

¿O quizás sí? Este pensamiento me viene de repente a la cabeza y me inquieta. Puedo sentir cuánto me desagrada la idea, aunque no logro entender por qué.

"¿Henry? ¿Me has estado escuchando?", pregunta Bill de repente y me doy cuenta de que ha estado hablando todo el rato mientras yo miraba por la ventana sumido en mis pensamientos y con los ojos clavados en Olivia.

"Sigue", le devuelvo, seguro de que solo me he perdido divagaciones sin sentido sobre su último logro.

"Bueno... en fin, no es la más lista, me parece a mí. Pero como se suele decir, ¡la estupidez jode bien!". Bill continúa imperturbable, luego gruñe y se ríe a carcajadas. "Pero estoy seguro de que tú mismo lo sabes, ¿no?".

"¿Por qué iba a saberlo?", respondo, dándome cuenta de que no tengo ni idea de lo que está hablando en realidad.

"¿Lo ves? Sabía que no me estabas escuchando", responde Bill y puedo verle literalmente delante de mí, poniendo las manos en las caderas y empujando un poco la barriguita hacia delante. "¡Estoy hablando de Larissa! Ella mencionó que tenéis una historia juntos. ¿Te la tiraste en el instituto? Viejo cabrón...", añade Bill, que luego se interrumpe a mitad de frase y parece excitarse con sus propios pensamientos.

"Eso fue hace mucho tiempo", respondo impasible.

"¿Entonces no te importa que me la folle? ¿Ya no te gusta?", pregunta Bill, sinceramente me sorprende que se interese por algo así. ¿Con cuántas mujeres casadas se ha acostado?

"Por supuesto que no", respondo y me pregunto cuándo será el momento de preguntarle por ella. Parece muy entusiasmado, lo que podría dificultar las cosas.

"Realmente necesitas venir aquí, Henry. Creo que todavía le gustas y ya me ha preguntado si podemos hacer un trío juntos en el despacho de tu jefe". Bill hace una breve pausa y exhala audiblemente. La idea obviamente le atrae. "¿Qué te parece?".

"No, déjalo", respondo, arrugando la nariz ante la idea. Durante una de nuestras pausas para comer, habíamos hablado en broma de tríos. Pero debió de entender algo mal. Nunca tuve la intención de hacer un trío con él y una mujer. Sólo tenía en mente dos cuerpos femeninos, tumbados a mi lado en la cama. Un deseo que hacía tiempo que había cumplido y que sólo había repetido recientemente, la noche antes de mi partida, con las dos chicas de compañía.

"¿Está Larissa contigo?", pregunto, apenas capaz de reprimir mi curiosidad.

"Se está refrescando en uno de los aseos", responde Bill, haciendo una pausa para que sus palabras tengan más impacto. "¿Sabes a lo que me refiero? Quiero decir, ella es realmente tan..." Se puede oír su sonrisa incluso a través de su smartphone mientras parece estar hablando hasta enfurecerse.

"Está bien, Bill. Ya basta", le interrumpo. Mi voz cambia y suena absolutamente profesional.

"Bill, tienes que enviar a Larissa. Dile que va a tener su trío. Necesito que se folle a un socio por mí, que sondee un poco y quizá que haga una foto o dos", le explico mi plan. Se hace el silencio por un momento. "Puedes quedártela después", añado para asegurarme de que se da cuenta de que no quiero quitársela.

"Henry, no puedo hacer eso", responde finalmente Bill con voz fría y demasiado aguda. "La mujer me deja que le haga de todo. Todo eso del BDSM. Anoche le di unos azotes tan fuertes que no se podía sentar después, yo...".

"Basta ya de sermones, Bill", interrumpo.

Vuelve a hacerse el silencio y me parece oír de él algún ruido de fondo.

"De todos modos...", vacila. "Larissa estará aquí un tiempo. Es una pena que no puedas venir enseguida. Se lo diré", responde finalmente, cambiando el sonido de su voz.

"Ya lo has dicho antes, Bill. Aún no he terminado aquí, yo...", respondo, apenas capaz de contener la voz.

"¿Es él? ¿Ya viene? ¿Por qué ha tardado tanto?". Oigo de pronto una voz femenina preguntar de fondo y me doy cuenta de que Larissa probablemente acaba de volver a su despacho. Por eso de

repente sonaba tan diferente. No quería admitir en su presencia que le gustaba.

"Me temo que no puede venir. Está demasiado ocupado con un proyecto empresarial, pero se alegra de que nos llevemos tan bien", oigo la voz apagada de Bill, que obviamente se lleva la mano al micrófono. Ese idiota, ¿nunca ha oído hablar del silencio?

Su actitud despectiva hacia mí me está poniendo de los nervios. "Quítate esa ropa tan bonita y pon el culo en mi mesa, como te he dicho antes", continúa impertérrito, sin darse cuenta de mis palabras. Parece completamente encaprichado de Larissa. Y por un momento me pregunto si no será que dos personas que están hechas el uno para el otro se han encontrado aquí.

No, no puede ser. No ellos dos. Sobre todo porque Larissa siempre ha utilizado el sexo como arma y en su propio beneficio. ¿Qué objetivo persigue esta vez al exponerse tan libremente a Bill?

"¡Dale tu teléfono! Quiero hablar con ella", le insisto.

"Tienes razón, Henry. Hemos terminado y te agradezco que no nos molestes más. Le daré recuerdos a Larissa. Por desgracia, su smartphone se ha roto antes cuando intentaba localizarte, debo decírtelo", responde Bill y la conversación termina poco después.

La ira y la rabia surgen en mi interior. Imagino que Bill tiene algo que ver con la rotura de su smartphone. No sólo piensa con la polla, sino que parece que sólo piensa en su propio beneficio. ¿No se da cuenta de que sería por el bien de la empresa? Desde luego, no le perdonaré este comportamiento tan fácilmente.

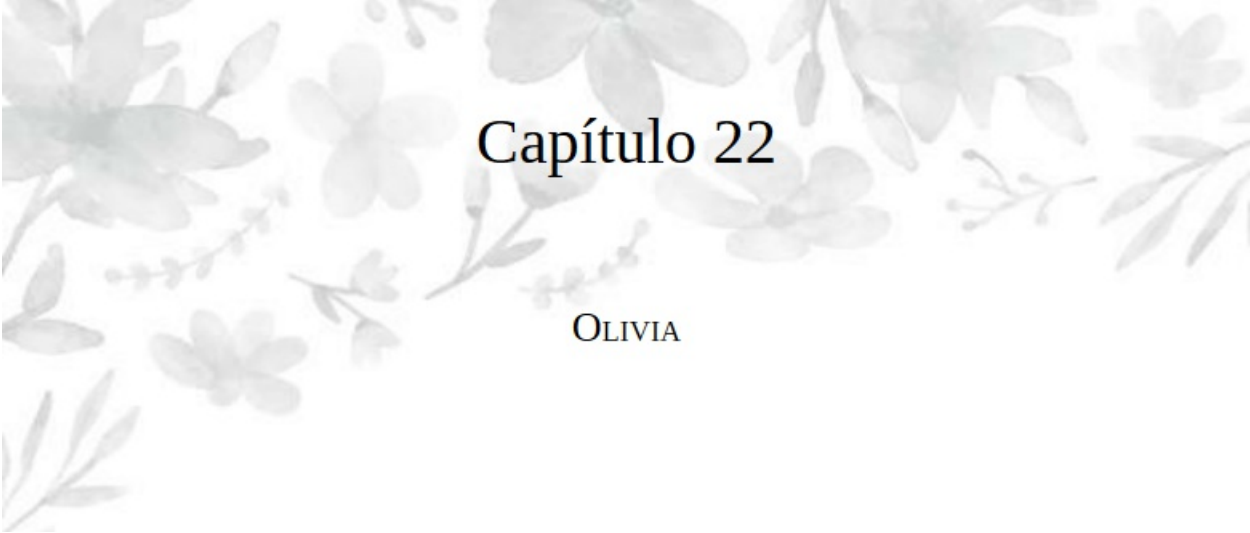
Por otra parte, ¿la idea de Larissa es quizá demasiado arriesgada? ¿Quién me dice que no se habría presentado aquí en la pensión para contarme su treta con el gobernador? Estoy seguro de que Olivia no lo entendería.

Quizá sea mejor que Bill tenga que tratar con ella. Se me dibuja una sonrisa en los labios al pensar que él le extenderá los cheques en el futuro, se me pasa un poco la rabia y descarto la idea de volver a llamarlo directamente para decirle lo que pienso.

Sin más preámbulos, organizo una escolta regular para el gobernador con la ayuda de Google, le escribo para decirle que pronto recibirá una visita y espero que esto zanje el asunto de una vez por todas. Pero en realidad sé que no es así. Es probable que nunca llegue a saciarse. Me pregunto qué más se le ocurrirá antes de que por fin consiga su permiso. Cuando pienso en ello, siento que se me quitan las ganas de seguir liándome con él.

Me guardo el smartphone en el bolsillo del pantalón, cuando vuelvo a mirar por la ventana, veo a Olivia de vuelta a la pensión. Está aún más sensual con su blusa blanca y enseguida veo sus maravillosos pechos, ocultos bajo la blusa, que suben y bajan con tanta belleza.

La polla se me pone dura de repente. Decido ir a verla y me pregunto si debería volver a sacar el tema del bosque. ¿Será este momento el adecuado?



Capítulo 22

OLIVIA

Mis pies rozan la hierba a media altura, que realmente he llegado a apreciar en el poco tiempo que llevo en Harpers Ferry. No hay nada parecido en Nueva York y creo que ya me he dado cuenta de que el bosque y la naturaleza son prácticamente lo único que he echado de menos allí.

Puedo sentir los tallos individuales de los árboles alrededor de mis pantorrillas y percibir su tacto apagado incluso a través de la tela de mis pantalones.

Entonces llego al lugar donde Henry y yo interrumpimos nuestro trabajo en la valla. Los sucesos de la habitación detrás del mostrador vuelven a mi cabeza y me ruborizo solo de pensar en ellos.

Vuelve a mi mente la breve pero intensa conversación con Ally y me pregunto si fue realmente correcto hacerle partícipe de lo que estaba ocurriendo entre Henry y yo. Por supuesto, fue lo correcto. No quería que Henry pensara que podría sentirme incómoda si nos separábamos tan bruscamente después del orgasmo.

Por supuesto, esa era la verdad, pero la idea de escapar prevaleció y me alegré de ver el coche de Ally, ella de todos modos habría querido conocer todos los detalles de la cena de anoche.

Ally pareció alegrarse de verme al principio, pero eso se transformó en visible decepción poco después, cuando le conté lo del tacón roto, el beso y la noche.

No parecía muy contenta por mí y no se cansaba de repetirme que Henry y el Gobernador estaban confabulados y que tuviera cuidado.

"Está interesado en la propiedad del bosque. Puede que quiera comprarla", le expliqué a Ally, tratando de encauzar la conversación en otra dirección. Sin embargo, me pareció una lástima que no compartiera mis sentimientos positivos. ¿No podía entender que yo sólo quería ver adónde iba esto?

"Olivia, ya está", gritó de repente y volvió a encenderse. "Véndeselo. Escucha una oferta y pídele una buena suma de dinero. Eso te quitará todas las preocupaciones".

Al principio no entendí su cambio de opinión sobre Henry. Luego me explicó que podía condicionar la venta a que averiguara más cosas sobre las maquinaciones del gobernador.

Eso me pareció muy aventurado. Yo no quería involucrarme. ¿Por qué no podía entenderlo?

"Si te diviertes un poco más, quizá puedas subir aún más el precio", me dijo guiñandome un ojo. Debí de ver mi cara de vergüenza, me puso la mano en el hombro y añadió. "No pasa nada, Olivia. Diviértete, pero no le entregues tu corazón, ¿vale?". Respondí afirmativamente, pero aun así emprendí el camino de vuelta un poco abatida. Mientras intentaba distraerme con la belleza de la frondosa pradera, me pregunté si tal vez no habría ocurrido ya.

Por el rabillo del ojo, noto un movimiento en la puerta principal de la casa de huéspedes. Levanto la vista y veo que Henry acaba de salir y se acerca a mí con su misteriosa sonrisa.

Noto claramente cómo me cambian los latidos del corazón. Sin embargo, la conversación con Ally ha dejado huella y vuelvo a preguntarme por qué se ha quedado en mi casa. ¿Estará tramando algo?

Sin más dilación, decido abordar directamente el tema de la propiedad. ¿Tal vez Ally tenga razón? Una venta resolvería mis problemas financieros y yo...

"Hola, Olivia", me saluda Henry, de pie frente a mí. Su sonrisa disipa mis dudas. Noto claramente lo cómoda que estoy a su lado.

"Hola, Henry, ¿te apetece dar un paseo por detrás de la casa?", pregunto, señalando un estrecho sendero que pasa por el lado derecho del edificio y se adentra en el bosque de la parte trasera. Me viene a la memoria un breve recuerdo de haber caminado por ese sendero innumerables veces en mi infancia. Me pregunto si el sendero aún conduce directamente a la pequeña pasarela junto al río.

"Claro", asiente Henry y sus ojos verdes brillan de verdad.

"Encantada. Entonces podré enseñarte lo que pronto podría ser tuyo", respondo y siento que el corazón amenaza con salirse del pecho de la emoción.

Henry se detiene un momento y frunce el ceño, como sorprendido por mi afirmación. "¿Quieres decir que me venderías la propiedad?", pregunta en voz baja y me pregunto si habrá cambiado de opinión y todo aquello no era más que una idea descabellada después de unos cuantos tequilas.

"Si no quieres, no pasa nada", le respondo. "Es que pensaba...", empiezo, preguntándome ya si lo habré estropeado todo entre nosotros.

"No te preocupes", me interrumpe Henry, me coge de la mano y me da un beso, que se acaba demasiado rápido. "Sigo interesado y me encantaría que me enseñaras el bosque", responde con una sonrisa mientras vuelvo a abrir los ojos. ¿Es posible que no haya motivos para dudar y que todo el mundo me esté contagiando sus fantasías? ¿No será que he tenido un poco de suerte?

Caminamos de la mano por el sendero señalado. Sigo mirando a mi alrededor e incluso reconozco los corazoncitos tallados en algunos de los árboles que dejé allí en mi juventud.

"Esto es muy bonito", dice Henry, que obviamente no se ha fijado en los corazoncitos, sino que está más concentrado en llevarse una impresión general.

Poco después, el sendero termina en una pequeña y vetusta pasarela sobre el río Potomac, que pasa a un ritmo lento y parece un gigante dormido que sólo se convierte en un río salvaje después de un fuerte aguacero, lo que sólo ocurre aquí unas pocas veces al año. Mi abuelo tenía aquí un pequeño barco, pero en este momento el embarcadero está desierto. Un impulso interior me hace seguir adelante. Subo al embarcadero y Henry me sigue.

"Tengo que darme un baño rápido en los pies", le digo.

"Adelante", responde y me mira mientras me quito los zapatos y los calcetines. Bajo por la pequeña escalera de madera, me detengo en el último peldaño, sumerjo los pies en el agua cristalina del río. Una sensación maravillosamente refrescante que me encantaba de niña.

"Es maravilloso. ¿Quieres probar?". Levanto la vista y me doy cuenta de que me está mirando con una gran sonrisa en la cara.

"¿Te estás riendo de mí?", le pregunto insegura y todas mis dudas parecen aflorar.

"Pero no, te admiro por disfrutar del momento y... cuidado, Olivia", responde Henry mientras abre de repente los ojos sobresaltado y estira la mano en mi dirección.

Entonces todo sucede muy deprisa. Es evidente que la escalera no se ha utilizado en mucho tiempo y se desprende de la pasarela conmigo encima, haciéndome caer de espaldas al río. El intento de rescate de Henry fracasa y se lanza al vacío. Mientras sigo cayendo, empujo la escalera de madera lejos de mí por un reflejo inconsciente, de modo que cae al agua justo a mi lado.

A estas alturas, el río me llega hasta las rodillas, lo cual es bueno, por un lado, porque golpee suavemente la superficie y no acabe con la espalda apoyada en una piedra saliente. Por otro lado, había suficiente agua para empapar completamente mis pantalones y mi blusa.

"Dios mío, cómo ha podido pasar...", exclamo mientras me incorporo y un momento después siento el suelo pedregoso bajo mis pies.

Unas gotas de agua me salpican la cara, entrecierro los ojos y, cuando vuelvo a abrirlos, veo que Henry ha saltado al río a mi lado, junto con sus zapatos. "¿Estás bien?", me pregunta, rodeándome con una mano y con cara de auténtica preocupación.

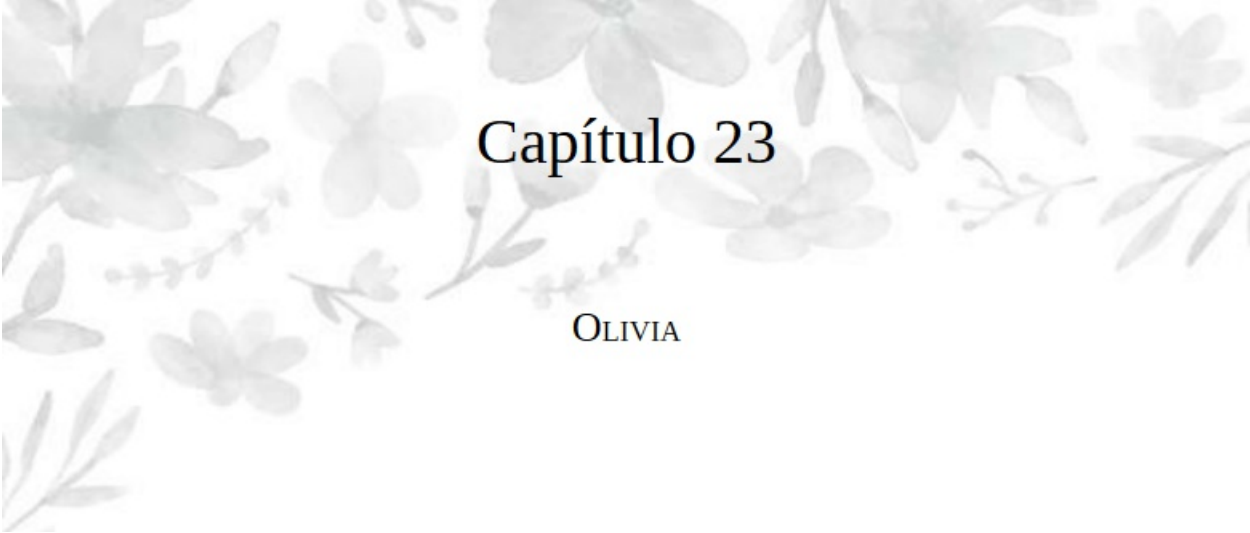
"Sí, estoy bien, sólo que...", me miró. "Completamente empapada".

"Llegaremos en un minuto. Sal de aquí primero", responde, trepando hábilmente fuera del cauce y ofreciéndome la mano para que yo también pueda llegar a la orilla seca.

A pesar de las temperaturas veraniegas, siento inmediatamente frío al sentir el viento en mi piel a través de mi ropa completamente empapada.

"Estás temblando", susurra Henry, cogiéndome en brazos y sin que parezca importarle que él también está empapado.

"Ahí detrás hay una cabañita", susurro, señalando unos metros más adentro en el bosque y esperando que la vieja cabaña de pesca de mi abuelo tenga preparadas unas cuantas mantas calentitas mientras me muerdo el labio inferior. El frío se esfuma de repente y mi corazón se calienta.



Capítulo 23

OLIVIA

El aire de la cabaña huele a rancio, pero tras unas cuantas respiraciones ya no lo noto. Me apresuro hacia el pequeño armario del rincón y me doy cuenta con alivio de que aún tiene unas cuantas mantas, como antes.

Me desnudo por completo, dejo a un lado la ropa empapada, me seco con una de las mantas y estoy a punto de envolverme en otra de las mantas. En ese momento, mi mirada se desliza por la ventana y veo a Henry de pie fuera de la cabaña. No parece importarle la ropa mojada. Me parece una lástima que no haya entrado y no puedo evitar pensar en cómo estaba sentada en el pequeño banco de trabajo de la trastienda delante de él.

Sin embargo, me parece que me miraba de reojo. Con una sonrisa de oreja a oreja, abro la puerta y salgo. Henry se vuelve hacia mí y estoy segura de que puedo ver su deseo en esos ojos verdes, lo que hace que me ruborice.

Lentamente y sin decir palabra, se acerca. Respiro hondo cuando se pone justo delante de mí, me mira directamente a los ojos y coloca las manos a ambos lados de mi cintura, por encima de la manta.

"Te deseo, Olivia. No me canso de ti", me susurra mientras me aparta un mechón de pelo de la oreja con la mano. Se me pone la piel de gallina por todo el cuerpo, que no tiene absolutamente nada que ver con el incidente del embarcadero. El escalofrío que me produce la ropa mojada, lo he olvidado, el corazón me late con mucha fuerza.

No puedo explicarme por qué este hombre me vuelve loca y desencadena en mí tales reacciones físicas con su mirada y una sola frase. ¿Pero es que tengo que hacerlo? ¿Siempre hay que poder explicarlo todo?

Le sostengo la mirada, pero siento que me tiemblan las rodillas de la emoción cuando se acerca aún más lentamente. Un momento después, nuestros labios se rozan y nuestras lenguas juegan

entre sí. Me resulta tan maravillosamente familiar y, al mismo tiempo, tan nuevo y excitante estar aquí, en el bosque, frente a la cabaña y ser tan deseada por este hombre misterioso.

Nuestros besos se vuelven más salvajes y exhalo audiblemente cuando me acerca aún más a él para que pueda sentir su polla dura a través de sus pantalones y mi manta.

Henry deshace suavemente el nudo improvisado que sujeta la manta alrededor de mi cuerpo y continúa besándome. La manta se desliza por mi cuerpo y cae suavemente al suelo.

"Eres preciosa", susurra en voz baja, me quita la manta de encima y me hace señas para que me tumbe sobre ella. Hago lo que me dice mientras él se arrodilla a mi lado y se quita la camiseta, dejando al descubierto su tonificado six-pack y sus pectorales de acero.

Coloco con cuidado mi mano sobre él y la recorro por su cuerpo de ensueño en dirección a sus pantalones. Los abrimos juntos y, un momento después, él se los quita con destreza junto con los calzoncillos retro, de forma que los dos quedamos completamente desnudos.

Nuestras miradas se cruzan y estoy a punto de decir algo cuando siento su cálida mano en mi pubis. Sus dedos recorren mi clítoris, gimo y me doy cuenta de lo increíblemente excitada que estoy. Echo la cabeza hacia atrás, mirando al cielo y a los árboles que me rodean, mientras Henry sigue acariciándome el coño, los pechos y el resto del cuerpo con sus manos y su boca.

Mi mano alcanza su dura polla y tengo que admitir que me excita sentir que ya está tan dura y que no hay otro motivo para ello aquí fuera, en la naturaleza, que yo.

Jugueteo lentamente alrededor de su glande, luego cambio mi agarre, lo agarro con fuerza y sigo pasando mi mano arriba y abajo.

"¡Oh, joder! Olivia... eso es...". La frase de Henry se queda sin terminar, en lugar de eso gime fuerte y luego me muerde ligeramente el pezón, lo que yo también agradezco con un fuerte gemido.

Los dos nos miramos con la boca entreabierta. Entonces me agarra, me da la vuelta sin decir una palabra y un momento después siento cómo me mete la polla hasta el fondo del coño por detrás. Me apoyo en la hierba seca y miro hacia el embarcadero. Nunca se me habría ocurrido hacerlo al aire libre, a plena luz del día. Pero es increíblemente excitante.

Me agarra los pechos por detrás y me los aprieta lo justo para que me sienta cómoda. Luego me pasa una mano por el pelo, por la espalda, entre las nalgas y se detiene delante de mi ano, empujando de repente con fuerza para que yo tenga que bracear con todas mis fuerzas.

De repente, afloja el ritmo. Miro hacia atrás por encima del hombro y veo cómo se lleva el dedo a los labios y señala el río con la mirada. Mis ojos siguen su mirada y también lo veo. Un

pequeño barco pesquero navega por la otra orilla del río. Incluso a distancia, se distingue al hombre, que obviamente busca algo con un cigarrillo en la boca.

"¿Crees que nos ve...?", pregunto horrorizada, pero me interrumpo a mitad de la frase cuando siento que Henry empieza a moverse lentamente dentro de mí otra vez. Gimo. Demasiado fuerte, pero no puedo hacer nada. Henry me tapa la boca con una mano y parece darse cuenta de que la situación me excita aún más.

Me dejo caer, mirando furtivamente hacia el pesquero una y otra vez mientras mis sonidos apagados son captados por la mano de Henry.

Entonces todo parece suceder al mismo tiempo. El placer en mi cuerpo explota, la parte superior de mis brazos empieza a temblar tanto que me vuelco en la parte delantera. Henry aminora un poco la marcha, pero esto no hace sino enloquecerme aún más, ya que me penetra profundamente debido al cambio de ángulo.

Unos instantes después, suelto un gemido que parece demasiado fuerte incluso con la mano de Henry delante de mi boca. Un calor y un hormigueo recorre cada parte de mi cuerpo cuando Henry empuja una última vez, suelta su mano de mi boca y alcanza el clímax también en lo más profundo de mí.

"Silencio", me dice Henry, me tapa la boca con la mano y vuelve a mirar hacia el río.

Miro a mi alrededor y veo que el hombre de la barca está mirando con los prismáticos y escudriñando la orilla. No parece reconocernos detrás de la hierba a media altura. Al cabo de unos instantes, durante los cuales el corazón me retumba contra la caja torácica desde dentro, parece darse por vencido, guarda los prismáticos y prosigue impertérrito su camino.

"Ha estado cerca", jadeo. Exhalo aliviada y siento que Henry me rodea con el brazo y mira al cielo.

"¿En qué estás pensando?", le pregunto, acercándome un poco más a él.

"Que la vida de pueblo aquí tiene sus ventajas", me mira y sonrío. "Para lo que puede servir un trozo de bosque". Veo un brillo en sus ojos y me pregunto si está siendo ambiguo. Pero no hago más preguntas. En lugar de eso, cierro los ojos y disfruto tumbada aquí con él.

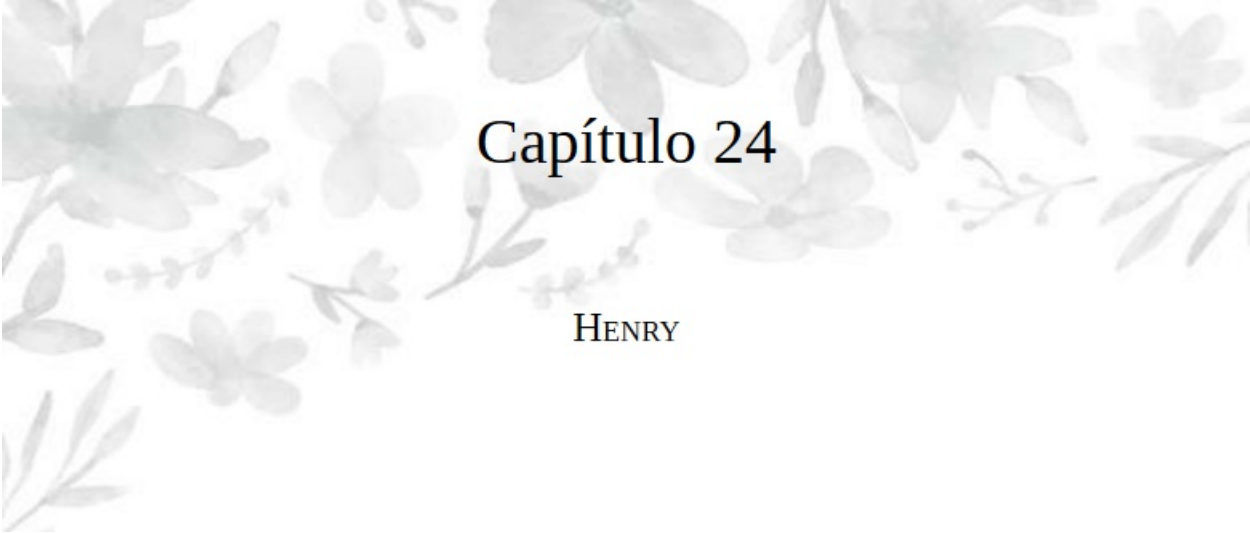
No sé cuánto tiempo pasa allí tumbada, escuchando a los pájaros y el tranquilo sonido del río.

"Lo he pensado. Si tu oferta sigue en pie, te compraré el bosque. Dime tu precio. Lo aceptaré", oigo decir de pronto a Henry.

Mis pensamientos se aceleran. Suena casi demasiado bueno para ser verdad. Pero la voccecita de mi cabeza vuelve a advertirme que tenga cuidado.

"Eso suena muy bien. Pero dime, ¿qué quieres hacer con el bosque?".

Henry se vuelve hacia mí. Parece pensativo y medita un momento sus próximas palabras.
"Prepárate para algo", dice entonces con una sonrisa, se acerca un poco más y me besa.



Capítulo 24

HENRY

*T*res días después.
Una locura.

Esa es la única palabra para describir los últimos días desde que nos acostamos junto al río. En el momento en que Olivia me pregunta de repente qué pienso hacer con el bosque, me doy cuenta de que no puedo permitir que este idílico lugar detrás de su casa de huéspedes se convierta en un gigantesco vertedero.

Si alguien me hubiera dicho unos días antes que pensaría así, probablemente me habría reído a carcajadas.

Hoy, sin embargo, pienso que ese vertedero estaría mejor situado cerca de las granjas porcinas de Carolina del Norte. Que apeste a heces de cerdo o a basura no tiene mucha importancia.

Empaquito el resto de las cosas en la habitación que ocupé inicialmente en la casa de huéspedes. No me he alojado aquí las dos últimas noches. En cambio, Olivia y yo hemos compartido la misma cama en su gran dormitorio de la planta superior. Cuando pienso en lo que hicimos juntos allí, mi polla ya está presionando contra el interior de mis pantalones de nuevo, exigiendo otra ronda.

Sólo han pasado unos días y, sin embargo, a veces pienso que no puedo imaginarlo de otra manera. Pero no es sólo el sexo. Incluso vivir juntos y hacer cosas juntos, como reparar la valla que pronto estará terminada, me da un placer que no he sentido en años.

Pero todavía hay algunas cosas que ella no sabe. Y si por mí fuera, me gustaría que siguiera siendo así. Así que no sólo entré en la habitación para empaclar mis cosas.

Otra de las razones es el gobernador Michael Wright, que ha intentado llamarme varias veces en los últimos días. Como paso la mayor parte del tiempo con Olivia, no ha sido el momento adecuado para una conversación. No habría sido posible mantener una conversación libre cerca

de ella y, de algún modo, no me apetecía escuchar las incoherentes divagaciones del pomposo fanfarrón. Me gusta la idea de dejarle moverse un poco.

Sin embargo, ya ha llamado cuatro veces hoy y he decidido que no puedo aplazar más las cosas. Así que saco el smartphone del bolsillo y marco su número. Por un breve instante, la idea original con Larissa cruza mi mente. Aunque al principio me molestó que Bill la ocultara, me siento más aliviado. Larissa seguro que habría hecho las fotos, pero seguro que habría aparecido por aquí y seguro que Olivia se habría dado cuenta de todos los juegos. No se ha sabido nada de ella ni de Bill en los últimos dos días.

Me encojo de hombros mientras me acerco el smartphone a la oreja y lo escucho sonar. Que sean felices juntos. Mientras me dejen en paz, no me importa.

"Henry. Por fin. ¿Qué ha pasado estos últimos días?". Me saluda por fin la voz agitada del gobernador.

"¿No te gustó la mujer, Michael? ¿Hay algún problema?", pregunto impasible, cierro la cremallera y me dirijo hacia la ventana.

"¿Qué?", tartamudea Michael incomprensiblemente y se detiene un momento. "Oh, no, todo iba bien", añade por fin, como si no se acordara. "Necesito saber en qué punto estás con la compra de la propiedad".

"No pasa nada. La compraré", digo con una sonrisa en la cara y vislumbro a Olivia a través de la ventana, entregándole a uno de los caballos una zanahoria por encima de la valla, que acepta agradecido y devora de un bocado.

"Excelente. Entonces prepararé la licencia y podrás pagarme la cantidad final de...", empieza Michael, sonando de repente casi eufórico.

"Puedes ahorrarte eso. No voy a construir un vertedero en ella", respondo con frialdad y siento que mis ojos recorren de arriba abajo la espalda del delicado cuerpo de Olivia.

"¿Qué quieres decir?", inquiera horrorizado el gobernador. "¿Pero no dijiste que ibas a comprar la propiedad?".

"Sí que lo dije. Pero el vertedero está en suspenso de momento. Pero compraré el terreno". Cada palabra de eso es cierta, porque Olivia se ha pasado los dos últimos días hablándome de sus deudas y de cómo podría evitar este desastre vendiéndolo. Una parte de mí la admira por estar dispuesta incluso a desprenderse de su querido bosque por su sueño de una pensión. Así que voy a comprar el bosque. Vamos a ver, a lo mejor se nos ocurre algo juntos para utilizar el terreno.

Olivia se aparta del caballo, levanta la vista y me ve en la ventana. Me saluda con la mano y puedo ver la alegría en su rostro. Le devuelvo el saludo y veo cómo sube lentamente los

escalones del porche y entra en casa.

"Michael", retumba indignado a través del auricular. Se detiene un momento. "Realmente eres un pésimo gilipollas. Dejándome así colgado". Sus palabras y su tono de voz parecen haber cambiado por completo. Parece que apenas puede calmarse y suelta una perorata tras otra.

¿Qué le pasa? Hasta ese momento, siempre ha sido la calma personificada, o al menos lo ha pretendido con éxito. Seguro que le molesta que se le hayan escapado de las manos los últimos millones en sobornos para la licencia de explotación de un vertedero. Pero, ¿hay algo más? ¿Se ha gastado ya el dinero?

Entonces llaman a la puerta. Poco después, Olivia asoma la cabeza por la puerta.

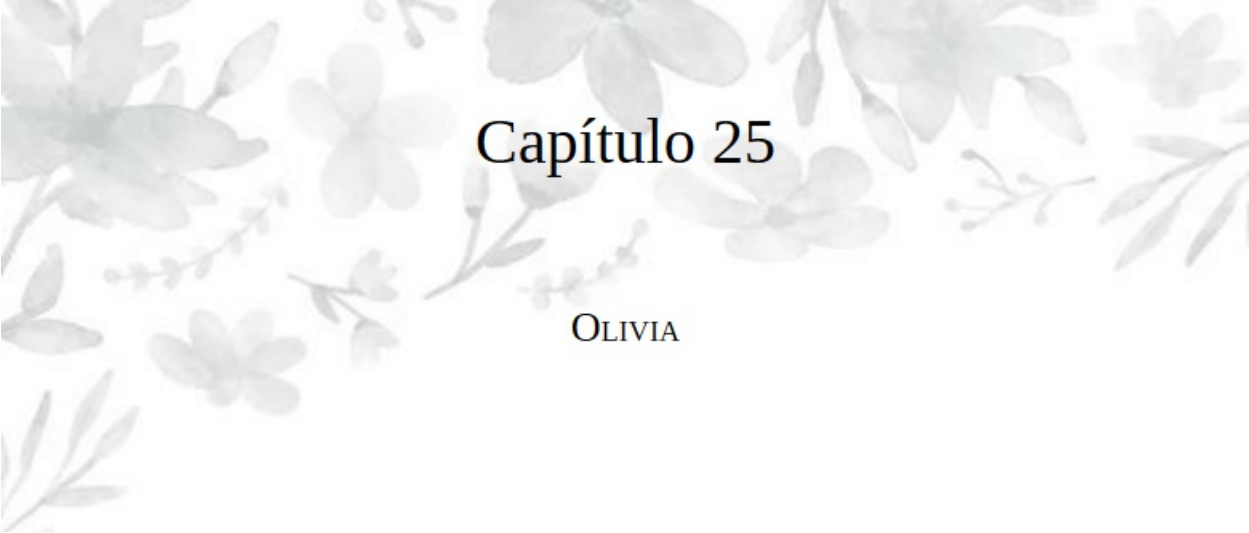
"Siento molestarte", susurra en voz baja. "Necesito algunas cosas de *Home Depot*. ¿Te parece bien que vayamos juntos más tarde?".

"Claro, solo dame un momento", le respondo, a lo que ella asiente con la cabeza dándome las gracias, echa la cabeza hacia atrás y cierra la puerta tras de sí. Me resulta tan familiar la forma en que me pide ayuda. Claro, no tiene carné de conducir y no puede evitarlo. Pero podría habérselo pedido a su vecina, que lleva dos días mirándome sospechosamente desde lejos. Pero se decidió por mí. Cada vez tengo más la sensación de que la casa de huéspedes también es un poco mía.

"¿Quién era?", sisea el gobernador. "¿Sigues viviendo en la pensión? ¿Con esa chica? ¿Te ha follado hasta dejarte sin cerebro o qué?".

"Hemos terminado aquí. Ya sabes lo que pasa", respondo y tengo que controlarme para no gritar palabrotas. Luego cuelgo y apago el smartphone.

Mi empresa puede funcionar sin mí. Bill se está tirando a Larissa y yo no le debo nada al gobernador. Por primera vez en mucho tiempo, siento que estoy haciendo lo correcto.



Capítulo 25

OLIVIA

A la mañana siguiente.

Una locura. Pero, de algún modo, también es hermosa.

Esa es la mejor forma de describir los últimos días con Henry. Mientras sigo tumbada en la cama con la fina manta sobre mí, miro por la ventana abierta y puedo ver el horizonte rojo y brillante sobre el bosque a mis espaldas, anunciando el amanecer. Ya pían los primeros pájaros y me pregunto si alguno de ellos pudo vernos ayer practicando sexo al aire libre.

Se me dibuja una sonrisa en los labios al pensarlo. Fue divertido. Este hombre, cuya respiración constante puedo sentir justo detrás de mí, en la nuca, parece evocar en mí cosas que nunca habría creído posibles hasta hace poco.

Entonces, vuelvo a pensar en el bosque. Tras pensarlo un rato, finalmente llego a la conclusión de que es la mejor solución, sobre todo porque me ha asegurado que no hará nada con él sin acordarlo antes conmigo.

Una mano recorre mi trasero desde atrás, bajo la manta.

"Sigue igual", susurra Henry suavemente después de que me estremezca. "Eres tan guapa". Me empuja un mechón de pelo detrás de la oreja con la mano y se desliza un poco más cerca de mí para que pueda sentir su dura polla justo entre las nalgas.

"Mmmm", exclamo al sentir de nuevo una sensación increíble que ningún otro hombre había provocado en mí. Sus manos parecen estar en todas partes y, sin embargo, se mueven con calma y suavidad acariciando mi cuerpo.

Henry retira lentamente el edredón, de modo que estamos tumbados uno junto al otro completamente desnudos. Porque anoche, antes de acostarnos, volvimos a caer literalmente el uno sobre el otro después de la ducha. Por un breve instante, se me pasa por la cabeza si tanto sexo me está nublando la mente y la visión de lo esencial. Pero el pensamiento desaparece

rápidamente cuando las manos de Henry recorren lentamente mis piernas y luego acarician cada centímetro de la parte superior de mi cuerpo.

Su cálido aliento detrás de mí, su polla entre mis nalgas y sus cálidas manos hacen que parezca un depredador rodeando lentamente a su presa antes de agarrarla brusca y repentinamente. No sé por qué, pero me gusta la idea y noto lo mojada que estoy ya mientras...

Un destello de luz me atraviesa y el piar de los pájaros se desvanece en el fondo cuando siento la mano de Henry entre mis muslos. Suelto un gemido ahogado. Levanto inmediatamente el pie derecho y le dejo hacer lo que quiera. Sus dedos me acarician los labios. Es tan lento y cuidadoso que siento un cosquilleo en el bajo vientre que me vuelve loca.

Llevo una mano a mi espalda, agarro su dura polla y aprieto todo lo que puedo mientras muevo lentamente la mano hacia delante y hacia atrás.

Henry gime. Sus gemidos fuertes y profundos me excitan aún más. Su aliento se acerca y su lengua juguetea con el lóbulo de mi oreja y suelto un sonido largo y lujurioso.

"Tómame", jadeo mientras mis sentidos se ponen como una montaña rusa porque sus manos están en todas partes a la vez.

"Podría hacer esto todo el día", susurra desde detrás de mí. Me agarra el culo y cambia un poco el ángulo. Dejo que lo haga y me doy cuenta de lo mucho que me gusta estar así a su merced.

Me giro hacia él y nos besamos salvaje y apasionadamente. Al mismo tiempo, empuja su pelvis hacia delante y me penetra profundamente con su polla dura y gruesa.

"Mmmm", vuelvo a soltar mientras su lengua juega con la mía. El sonido resuena en nuestras bocas y Henry empieza a moverse hábilmente hacia delante y hacia atrás tumbado de lado. Su mano derecha amasa mis pechos y juega con mis pezones una y otra vez mientras me penetra cada vez con más fuerza.

Mis gemidos se escapan de mi garganta sin freno y acompañan casi todas las embestidas de Henry.

De repente, Henry me suelta. Me saca la polla y siento que se separa de mí.

"¿Qué pasa, yo...?", jadeo y me giro para mirarle.

"Quiero mirarte mientras te follo", me devuelve, me agarra la pierna, la separa a un lado, se tumba entre ellas e inmediatamente vuelve a penetrarme.

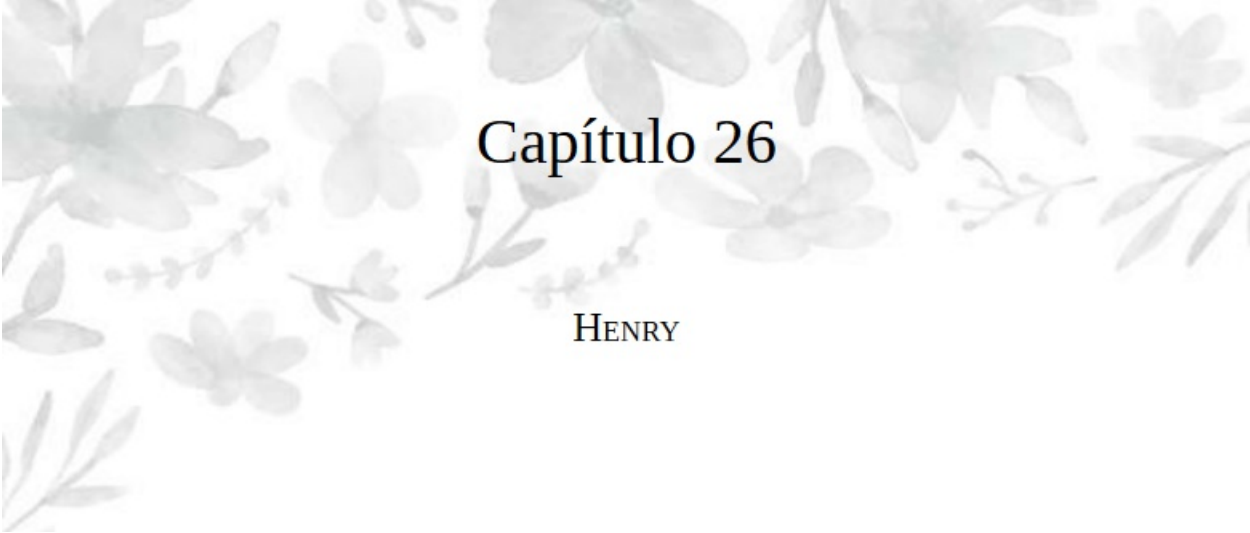
Esta vez, su polla parece llenarlo todo dentro de mí y enseguida me doy cuenta de que la postura de antes no era más que un bonito truco. Su mirada lujuriosa se dirige de repente hacia mí y tengo la sensación de que sus ávidos ojos verdes también quieren penetrarme.

Tengo la boca entreabierto y mi respiración es cada vez más jadeante. Me gusta que quiera mirarme directamente mientras mi excitación me inunda. Me pregunto cómo he podido tener una suerte tan increíble.

En ese momento, mi lujuria explota dentro de mí, estiro la cabeza hacia atrás en las almohadas, gritando, mientras cada músculo de mi cuerpo empieza a temblar y finalmente Henry se corre dentro de mí con un gemido fuerte y prolongado.

"¿Qué me estás haciendo?", le pregunto a Henry y le beso cuando mis sentidos vuelven a estar en su sitio.

"Esto puede durar una eternidad", me responde sonriendo.



Capítulo 26

HENRY

Con una taza de café recién hecho en la mano, me siento en la silla que hay junto a la mesita que elegimos juntos ayer en *Home Depot*.

Olivia prefería volver a ducharse después del sexo. Pensé brevemente en ir con ella, pero cuando vi el smartphone apagado en mi mesilla de noche, de algún modo sentí el impulso de encenderlo. Parecía como si una voz interior intentara aconsejarme que lo hiciera sin ser molestado. Algunos lo llaman *intuición*, otros *corazonada*, otros *hilaridad*. Sea cual sea el término que se le dé, este tipo de sensación suele acompañarme en mis negocios y mi saldo bancario demuestra claramente que merece la pena escuchar esta voz.

A pesar de todo, no enciendo el smartphone mientras tomo mi taza de café. Dejo vagar mi mirada y respiro hondo. El aire limpio, que huele sutilmente a las hierbas que Olivia ha colocado en las pequeñas macetas de barro que cuelgan de la varanda, penetra en mi nariz.

Después de mi infancia y juventud en Carolina del Norte, nunca habría creído posible volver a sentirme tan a gusto en el campo.

Levanto la vista y tengo que entrecerrar los ojos para evitar que el sol me ciegue la vista. Me pongo la mano libre delante de la cara para protegerme. Unas motas de luz púrpura bailan ante mis ojos por un momento. A medida que mi visión mejora, me doy cuenta de que un gran frente de nubes oscuras se acerca por el otro lado. Pero mis pensamientos están en otra parte.

Me pregunto si alguna vez me habría involucrado con Olivia de esta manera si no hubiera planeado originalmente conquistarla para llegar a la propiedad. El panzudo gobernador Michael Wright aparece en mi mente y, a pesar de la arrogancia que muestra cada vez que hablamos, me pregunto si no debería estarle agradecido de alguna manera.

Después de todo, fue a él a quien se le ocurrió la idea del bosque junto a la casa de huéspedes. Sin él, Olivia probablemente no habría sido más que una mujer con un mono azul y un gran

escote, con la que habría tenido una breve aventura y luego me habría divertido con algunas chicas de compañía por la noche.

Fue la idea de conocerla mejor lo que lo cambió todo. Dejo vagar de nuevo mi mirada y noto el aroma del tomillo y la lavanda. Hoy, ni se me ocurriría construir un vertedero aquí. El sexo y estar con ella son demasiado maravillosos para eso.

¿Debería contarle algún día mis intenciones originales? Frunzo el ceño, aparto el pensamiento y giro el smartphone que tengo en la mano unas cuantas veces antes de decidirme a encenderlo e introducir el PIN poco después.

En realidad, no sé de qué me preocupo: la empresa se autogestiona y mi presencia no es absolutamente necesaria.

Echo un vistazo a la pantalla y, cuando un instante después veo que Bill ya ha intentado localizarme ocho veces esta mañana, me doy cuenta de que mis instintos no estaban equivocados.

¿Qué querrá? ¿Quiere volver a hablar de su último acto sexual?

La nuca se me tensa mientras doy el último sorbo a mi taza de café y pulso el contacto de Bill para devolverle la llamada.

"Henry, por fin. ¿Qué te pasa? ¿Has apagado el smartphone?", me saluda la voz tensa de Bill.

"¡Cuidado, Bill! Somos amigos, pero recuerda que trabajas para mí y no al revés", le respondo con un tono de advertencia, percibiendo claramente que me estoy hartando de la falsa urgencia de sus llamadas.

"No pasa nada. Sé que tienes razón, yo...", tartamudea Bill, cediendo con inusitada rapidez, lo que me parece muy bien. Porque no tengo intención de dejar que su cháchara sin sentido me arruine la mañana. Lo admito: Solía disfrutar escuchando sus historias y, de alguna manera, se convirtió en una especie de competición para ver quién podía conseguir cuántas mujeres y cuándo. Pero ese juego me parecía una tontería, como si yo lo hubiera superado de la noche a la mañana y él siguiera siendo el tipo lamentable que suplicaba aprobación.

"Está bien. Ve al grano, ¿qué pasa? ¿Por qué has llamado?". Le interrumpo y me propongo llevar el tono severo hasta el final.

"Larissa... es que...", balbucea y se interrumpe.

"Ya entiendo, parece que no conoces otro tema", resoplo y tomo aire. "¿De qué se trata? ¿Te has casado?". Apenas puedo disimular el matiz sarcástico.

"No... es que... creo que...", se interrumpe de nuevo y me pregunto qué le pasa. "Creo que sólo me estaba utilizando", añade finalmente, y luego se interrumpe bruscamente. Poco después, se

oye un fuerte resoplido.

¿Es posible? ¿Es realmente posible que Bill, sediento de sexo, esté sentado en su despacho, llorando y limpiándose la nariz goteante porque una mujer le ha dejado?

"¿Puedes ser más concreto?", pregunto bruscamente y trato de mantener la voz lo más carente de emoción posible, lo que me resulta bastante difícil porque tengo que reprimir una carcajada.

"Se ha ido", vuelve a hacer una pausa. "Esta mañana he ido al baño. Antes de eso, me la follé analmente. Eso fue muy caliente, Henry. La mujer lo hace todo", rememora y empieza a delirar mientras intenta contarme los detalles de su sexo anal.

"Para", le interrumpo. "¿Y eso qué tiene que ver?". Alejo un poco el smartphone de mi oreja con la esperanza de que sus detalles no se cuelen también en mi mente.

"Cuando volví, ella se había ido. Mi despacho estaba vacío. Al principio pensé que podría haber ido al aseo de señoras. Pero al cabo de 20 minutos seguía sin aparecer. Entonces fui a echar un vistazo. Nada". Se interrumpe de nuevo y se traga el nudo que tiene en la garganta.

"¿Y qué? Ella es así. ¿No te lo había dicho?", pregunto, golpeando con los dedos la mesa de al lado y oyendo lo que parecen ser las primeras gotas de lluvia que golpean el tejado del porche. Levanto brevemente la vista. Las nubes se acercan y parece que sólo pasarán unos minutos antes de que el frente gris oscuro se trague el sol de la mañana.

"Oh, no finjas", me suelta de repente. "¡Tú estás detrás de esto!".

"¿Cómo dices? ¿También se cagó en tu cerebro, Bill? ¿No puedes pensar con claridad?", replico en un tono de voz alto y me doy la vuelta bruscamente. Me alivia ver que sigo solo y que todas las puertas y ventanas están cerradas. Olivia sigue en el cuarto de baño, cuyas ventanas dan al bosque, así que no puede oír mi conversación.

"Cuando volví a la oficina, me di cuenta. No había cerrado el ordenador y el programa de seguimiento GPS estaba abierto. Alguien estaba en mi ordenador y rastreaba tu ubicación".

"Joder", jadeo. La afirmación es como un puñetazo en las tripas y parece como si todo a mi alrededor se cubriera de repente de una especie de neblina gris. Ya no noto el monótono y pesado repiqueteo de las gotas de lluvia sobre el tejado.

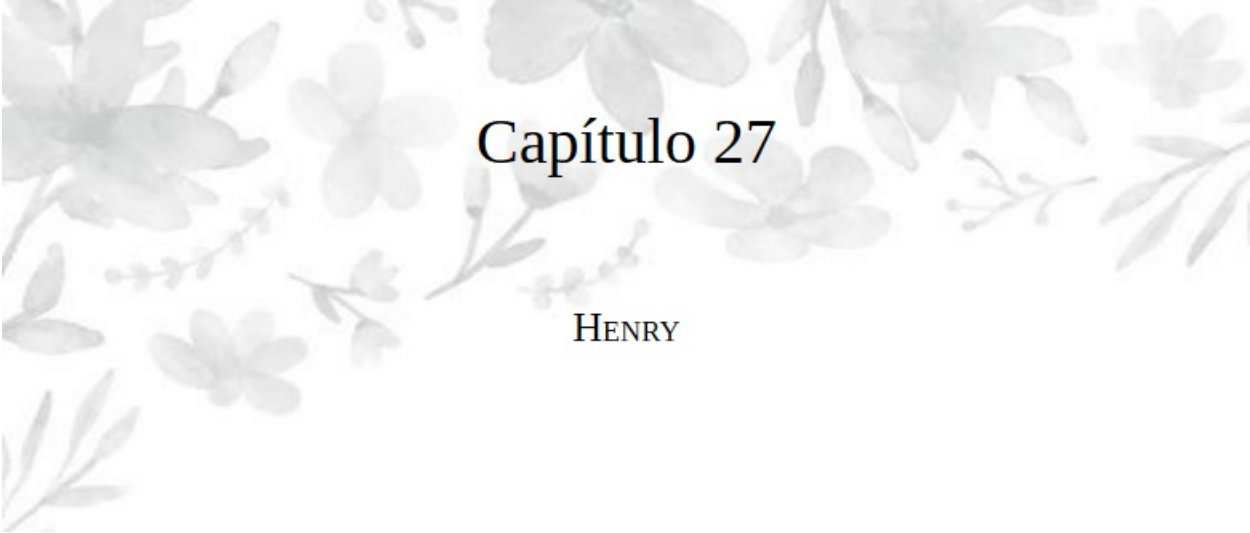
El sistema de localización por GPS funcionaba de forma fiable incluso cuando el smartphone estaba apagado, porque todos los smartphones estaban equipados con una especie de dispositivo de localización. Hace años, instalé este sistema para mí y para todos mis empleados. Se trataba de una medida de precaución, ya que en aquella época se habían producido varios secuestros en Manhattan por los que se pedían rescates astronómicos. En realidad, el sistema nunca fue

necesario y para mí es un misterio cómo Larissa pudo encontrar el programa en el ordenador de Bill.

"¿Cuándo fue eso?", pregunto en tono apresurado.

"No tengo ni idea. Bastante temprano por la mañana. Antes de las siete o así", me dice con voz culpable. Me quito el smartphone de la oreja y me doy cuenta de que son poco más de las doce. Por un lado, es increíble lo rápido que ha pasado esta mañana y, de repente, me doy cuenta de lo que eso significa. Podría llegar en cualquier momento.

"¿Eso es todo lo que sabes?", pregunto. Después de que Bill responda afirmativamente, doy por terminada la conversación, me levanto sin pensar en la taza de café y me dirijo a Olivia lo más rápido posible.



Capítulo 27

HENRY

*U*nos minutos más tarde.
"Hasta luego. ¿Y de verdad te parece bien?", pregunta Olivia bajando los escalones del porche.

"Absolutamente. Tómame tu tiempo. Yo me ocuparé del timbre", respondo, mostrando el pequeño timbre y el destornillador. "Y después de eso...", hago una pausa. "No, no se resistirá", añado y me esfuerzo por sonreír.

"Tengo curiosidad". Olivia saluda de nuevo con la mano desde una corta distancia, me dedica una suave sonrisa y luego se da la vuelta y se dirige hacia su amiga Ally.

Exhalo un suspiro de alivio y la observo unos instantes mientras se aleja. Su trasero tiene tan buen aspecto con esos vaqueros ajustados que mi polla vuelve a apretar el interior del pantalón.

Me habría encantado hacerlo con ella aquí mismo, sobre el suelo desnudo. Pero no quiero tentar a la suerte. Si pudiera arreglar las cosas con Larissa discretamente mientras tanto, aún habría tiempo suficiente para probar todas las posturas y juegos sexuales.

De nuevo me viene a la mente la situación de antes, cuando me apresuré a ir al baño y me pregunté por el camino qué excusa podría utilizar para atraer a Olivia fuera de casa. Bajo ningún concepto quería arriesgarme a que Larissa y Olivia se encontraran.

Pero, para mi sorpresa, Olivia se me adelantó y me dijo un poco contrita y con un toque de remordimiento que su amiga y vecina Ally necesitaba verla y que podría tardar un rato. "Ni yo misma sé lo que pasa. Sólo me ha dicho que es importante", me explicó Olivia encogiéndose de hombros, ajustándose la blusa blanca, mirándose de nuevo en el espejo para comprobar su atuendo y luego mirándome directamente a mí.

"Es una buena idea. Quería darte una sorpresa más tarde y tengo que irme otra vez", me recompuse rápidamente y sonreí.

"¿Sorprenderme? Oh, ¿con qué?", me preguntó Olivia, acercándose, poniendo sus manos en mi pecho y sonriendo.

"Entonces ya no es una sorpresa", respondí y retrocedí un poco, sintiendo que mi deseo por ella volvía a ser abrumador.

Un coche rojo brillante circula por la carretera desierta y me saca de mis pensamientos. Levanto la vista y veo que Olivia ya no está a mi alcance.

Así que saco mi smartphone del bolsillo del pantalón y marco el número de Larissa. En lugar de un tono de llamada, solo oigo el mensaje del buzón de voz, como la última vez, cuelgo, molesto, sin dejar ningún mensaje. Repito el proceso varias veces y puedo ver a lo lejos cómo Olivia se ha puesto en contacto con Ally. Las dos se abrazan y siento que Ally me mira durante más tiempo del necesario antes de poner una mano en la espalda de Olivia y las dos desaparecen dentro de la casa.

Entonces recuerdo la conversación con Bill en la que mencionó que el smartphone de Larissa estaba estropeado. En ese momento, pensé que no era más que un pretexto o una excusa estúpida. Pero, después de todo, puede que fuera verdad. Molesto, vuelvo a guardar el smartphone en el bolsillo del pantalón y decido volver a intentarlo dentro de unos minutos.

Unos instantes después, estoy de pie sobre la anticuada escalera de tijera que encontré en la pequeña habitación trasera junto al banco de trabajo y coloqué en el marco de la puerta principal. Sostengo el timbre en una mano y los tornillos y el destornillador en la otra. El suave tintineo del timbre me recuerda que Olivia me ha contado que su amiga Ally lo arrancó accidentalmente de sus agarres justo antes de que yo llegara. En el fondo, tengo que estarle agradecido por eso, porque nunca habría podido ver a Olivia así cuando llegué.

Incluso en este momento, el timbre me sirve para vigilar la carretera y el camino de entrada en caso de que Larissa esté tan loca como para aparecer por aquí. Eso no es imposible. Ella vino a verme a Nueva York y, al parecer, atrajo a Bill con sexo hasta que pudo iniciar el seguimiento GPS de mi smartphone en el ordenador sin ser molestada.

Tal vez fuera sólo una coincidencia, o tal vez hubiera algo de cierto en el rumor de que Bill utilizaba el programa para vigilar a las empleadas y poder encontrarse con ellas fuera del edificio poco después de su pausa para comer. Siempre me he preguntado por sus instintos cuando se trata de eso. Pero tal vez sea sólo la tecnología que hay detrás.

El timbre antiguo se me resbala de las manos y cae al suelo entre la escalera con estrépito y sonando. Molesto, lanzo tras él el destornillador, que desaparece en la esquina más alejada de la habitación con un fuerte estrépito.

Bajo la escalera para recoger la campana y la vuelvo a colocar sobre el mostrador. En este momento no tengo valor para reparaciones tan pequeñas. Será mejor que me ocupe de la sorpresa que le prometí a Olivia. Una sonrisa se dibuja en mi rostro cuando se me ocurre la idea de que podría preparar unos cuantos juegos de bondage.

El timbre de mi smartphone me estremece brevemente. Lo saco rápidamente del bolsillo del pantalón y miro la pantalla, que muestra un número que no reconozco.

"¿Hola? ¿Quién es?", saludo a mi interlocutor sin decir mi nombre.

"¿Henry? ¿Eres tú?", oigo una voz demasiado familiar. "Me alegro de oírte".

"Larissa". Ojalá pudiera decir lo mismo", respondo con tono molesto. Mi mirada se pierde entre la escalera y la distancia. Pero, para mi alivio, no veo a nadie.

"¿Dónde has acabado? Es incluso más pequeño que nuestra ciudad natal. Pasé tan rápido en el coche de alquiler por delante de tu ubicación que al principio ni me fijé", me explica con voz nasal y carraspeando. "El color rojo vivo del coche va bien con mis mejillas y además..."

Larissa sigue parloteando, pero yo dejo de escuchar. Mis pensamientos se aceleran y el coche que ha pasado antes vuelve a aparecer en mi mente. La maldita zorra ni siquiera niega que conoce mi ubicación y que ha estado manipulando el ordenador de Bill.

"Así que has venido aquí", suelto. No es una pregunta, es una afirmación, e interrumpo su incesante charla sobre sus piercings en los pezones y el sexo que tuvimos en el vestuario.

"Quiero verte. Estoy loca por ti", susurra, me pregunto si juega a fingir su excitación con todos los hombres y si algunos se lo tragan de verdad. Entonces me viene a la mente Bill y me doy cuenta de que sin duda tiene éxito con esta estratagema.

"¿Sabes qué? Yo también quiero verte. Pero tiene que ser un secreto", le respondo sin más. Es mentira, por supuesto, pero sospecho que puedo evitar que venga.

"Secreto me parece bien", contesta, soltando una risita de niña demasiado estridente.

"Hay un bar en el pueblo. Ve allí. Estaré allí en un minuto", le explico. "Encontrarás el bar fácilmente, sólo hay uno aquí", empiezo a explicarle y luego le describo el exterior.

"Estupendo. Estoy casi enfrente", susurra.

"Hasta pronto", respondo sin ton ni son y doy por terminada la conversación. Dejo la escalera a un lado, cojo las llaves del coche de alquiler, subo y me pongo en marcha.

Me pregunto qué pensará Olivia cuando me vea partir. Pero entonces recuerdo la sorpresa inventada y me doy cuenta de lo buena que ha sido la idea. Seguramente pensará que estoy haciendo un recado.

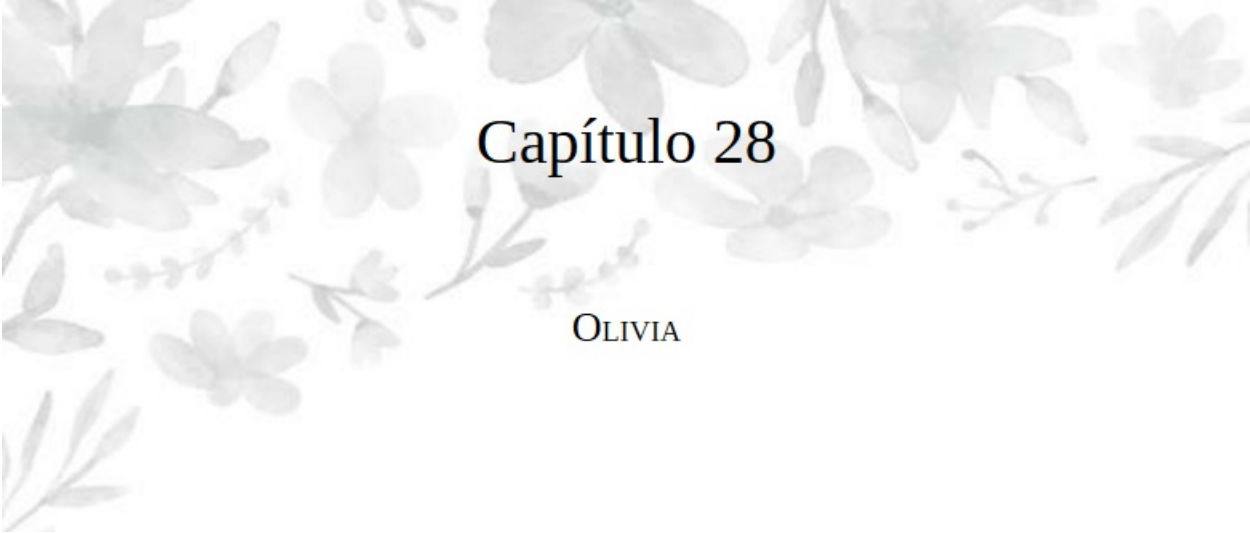
Al girar en la carretera y conducir hacia el bar, una limusina negra viene hacia mí. Frunzo el ceño y aminoró la marcha. En el breve instante en que nos cruzamos, me parece ver de reojo la silueta del gobernador en el asiento trasero.

No, probablemente ha sido mi imaginación. ¿Por qué iba a arriesgarse? Sabía que tenía que pasar desapercibido si realmente quería que se construyera aquí el vertedero, que no sólo llenaría de dinero mis bolsillos, sino también los suyos.

Aparto el pensamiento cuando el bar aparece en mi campo de visión a cierta distancia. La mujer del pelo rubio hidrógeno que le llega hasta el culo, ya está mirando en mi dirección. ¿Debería ponerla al mando después de todo? Si de verdad quiere algo de mí, me haría un favor y haría unas fotos reveladoras.

Satisfecho con mi idea, aparco el coche de alquiler justo delante de ella y me bajo mientras camina hacia mí.

"Henry. Por fin", chilla con fuerza y me echa los brazos al cuello, besándome.



Capítulo 28

OLIVIA

"¿Qué es tan urgente?", saludo a Ally, que me coge en brazos con un profundo suspiro.

"Oh, Olivia, no sé cómo decirlo, yo...", tartamudea Ally y hace una pausa. En su frente aparecen profundas arrugas y mira más allá de mí, al vacío.

"¿Qué pasa, Ally?", vuelvo a preguntar y siento que me impaciento por dentro. ¿Por qué está todo el mundo tan reservado hoy? Pienso en Henry, que acaba de irrumpir en el cuarto de baño y parece aliviado cuando le digo que Ally me ha llamado unos minutos antes y me ha pedido que venga. ¿Qué clase de sorpresa podría estar planeando y qué tiene Ally en mente?

"Venga. Vamos dentro". Sus ojos se entrecierran por un momento, profundizando las arrugas de su frente. Luego me rodea con el brazo, me lleva dentro y cierra la puerta tras de sí.

"Olivia, no me da buena espina que te involucres así con ese hombre", dice Ally. Pone las manos en las caderas y se parece un poco a mi madre cuando volvía del colegio con malas notas.

"¿No es un buen presentimiento? ¿Puedes ser más concreta? ¿Te ha hecho algo?", pregunto cruzando los brazos delante del pecho.

"No. No es eso. Es...", vacila y mira por la ventana permanentemente inclinada desde donde se ve mi pensión. "Es esto", añade finalmente, señalando con el dedo a lo lejos.

Con los ojos entrecerrados, veo a Henry de pie en el umbral de la puerta, aparentemente sosteniendo su smartphone junto a la oreja. No para de cogerlo, darle golpecitos y volver a acercárselo a la oreja.

"¿No crees que te oculta algo?". Ally se vuelve hacia mí y me pone suavemente la mano en el hombro. "No quiero estropear nada... Pero, ¿le has preguntado alguna vez por qué está aquí?". Puedo ver preocupación e incertidumbre en sus ojos y estoy segura de que Ally sólo tiene buenas intenciones. Sin embargo, hay una larga pausa entre nosotras porque no quiero admitir ante mí misma, y mucho menos ante ella, que llevo demasiado tiempo posponiendo esta pregunta.

¿Realmente necesito saberlo? Los dos últimos días han sido maravillosos y tengo la impresión de que Henry piensa lo mismo. ¿Acaso importa lo que le trajo aquí si sólo tiene ojos para mí?

Por un breve instante, se me pasa por la cabeza la idea de que Ally estará celosa. Nunca la he visto con un hombre. ¿Podría ser por eso? ¿Me envidia mi felicidad porque ella no la tiene?

"Sigo pensando en ello", le contesto mientras Ally me mira con las cejas levantadas. Evito su mirada y me pregunto si habrá algo de cierto en mi teoría. Henry es realmente un regalo para la vista y estoy segura de que también es del gusto de Ally.

"Olivia, por favor, no esperes más. He pedido a algunas personas de Conservación de la Naturaleza que hagan averiguaciones. Y antes de que averigüemos algo con ellos, deberías..."

"¿Qué?", le pregunto a Ally, interrumpiéndola. El corazón me late con fuerza en la garganta.

"Es solo una investigación de antecedentes, no te preocupes", me explica en tono apaciguador y se acerca a mí. "No quiero que se aproveche de ti", añade en tono de disculpa.

"Sólo le interesa la Conservación de la Naturaleza. No tiene nada que ver conmigo", le respondo más alto de lo que pretendía y siento que mis mejillas se ruborizan de rabia.

"Lo siento, Olivia, ha sido un error. Debería haberte preguntado, me doy cuenta", responde Ally con la cabeza gacha. "A veces soy...". Hace una pausa, "un poco impetuosa".

Permanece de pie frente a mí con la cabeza gacha y el silencio vuelve a extenderse entre nosotros.

"No quiero discutir", respondo en voz baja.

"Yo tampoco", replica ella, levantando lentamente la cabeza y mirándome. "¿Estás muy enfadada conmigo?". Tras un breve momento de silencio, niego con la cabeza y Ally exhala aliviada.

Ally aún parece nerviosa y empieza a hablar alegremente de sus caballos y de lo mucho que le gustaría enseñarme a montar para que algún día podamos cabalgar juntas por el bosque que hay detrás de mi casa de huéspedes. Sólo escucho con un oído y mis pensamientos se desvían hacia Henry y la sorpresa que me ha anunciado.

Sigo asintiendo con la cabeza cuando Ally hace una pequeña pausa. Parece satisfecha y decido no decirle que le he dado a Henry el visto bueno para vender el bosque. Eso sólo la preocuparía.

"Tengo que irme", digo por fin, interrumpiéndola, abro la puerta y veo a Henry dando la vuelta delante de la pensión en el coche de alquiler y dirigiéndose a Harpers Ferry.

Acelera y parece ensimismado, con la mirada fija en la carretera, de modo que no se fija en mí.

"¿Sabes adónde va?", me pregunta Ally. Puedo oír lo mucho que se esfuerza por evitar que su voz adopte un tono de "te lo dije".

"Seguro que es por la sorpresa. Me lo ha contado antes", respondo con una sonrisa falsa, pero en el fondo noto que su abrupta marcha me preocupa de algún modo.

"Ya me dirás si tu investigación descubre algo, ¿vale?". Me vuelvo hacia Ally. No dice ni una palabra y sus ojos están llenos de simpatía, algo que no necesito en este momento. No ha pasado nada y que hayamos pasado dos días juntos no significa...

Me detengo un momento. ¿Qué significa? Nunca hablamos de ello, simplemente ocurrió y me pregunto por qué me doy cuenta en este momento.

"Quizá me haya dejado un mensaje", respondo. Nos despedimos y esta vez tomo el camino más corto a través de los campos, aunque eso me obligue a atravesar el alambre de espino de la valla justo antes de mi casa de huéspedes.

Al menos ha dejado de llover, pienso mientras camino rápidamente por la hierba húmeda.

Entonces oigo un coche que sube por el camino de grava que lleva a la granja de Ally, detrás de mí. Una berlina negra se detiene delante de la puerta. Poco después se baja un hombre fornido, cuyo rostro he visto con bastante frecuencia en los numerosos carteles que hay por la ciudad.

¿El gobernador? ¿Qué quiere de Ally? No parece haberse dado cuenta ni haberme pasado por alto aquí en el campo y poco después él y su chófer han desaparecido dentro de la casa de Ally.

¿Qué significa eso? Con el corazón palpitante, me detengo en medio del prado y siento que mis pensamientos se agolpan.

La excitación y la curiosidad se apoderan de mí, con el paso ligeramente agachado y en silencio, me acerco sigilosamente a la ventana inclinada que hay junto a la puerta de Ally, con la esperanza de escuchar algo de la conversación.

"... y por eso he estado pensando largo y tendido en cómo puedo arreglar este desaguisado por el bien de nuestro hermoso estado y por el bien de esta hermosa ciudad", oigo la voz de un hombre, que obviamente pertenece al gobernador, mientras apenas puedo respirar de la emoción.

"¿Qué significa eso?" La voz de Ally llega a mi oído. Suena áspera e inflexible, lo que me hace sentir aliviada. ¿Cómo podía haber supuesto que tenía algo que ver con el gobernador cuando está involucrada en Conservación de la Naturaleza?

"Significa que un inversor de Nueva York ha intentado sobornarme con mucho dinero para que le venda la reserva natural del otro lado del río. Pretende construir allí un vertedero y probablemente esté buscando un emplazamiento alternativo".

El breve y sobresaltado grito ahogado de Ally llega a mis oídos, pero el gobernador continúa impertérrito.

"Me ha presionado. Pensaba que podría encargarme de esto yo solo, pero usted y su Conservación de la Naturaleza están haciendo un gran trabajo. Quiero que sepa que cometí un error al involucrarme con este hombre. Debería haber sabido cuánto dañaría esto mi reputación". Vuelve el silencio. Al menos ya no se oyen voces a través de la ventana inclinada. Las voces de mi cabeza son más fuertes por ello. Mi respiración se acelera mientras sigo tratando frenéticamente de convencerme de que no es cierto.

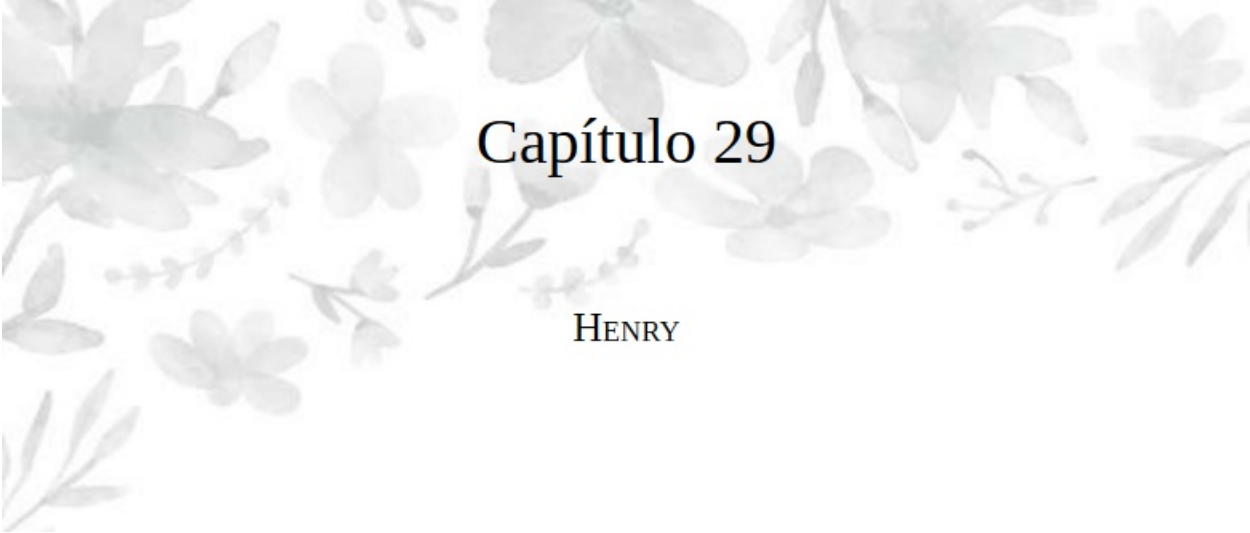
"Oh, Dios... Es que... Si mi amiga se entera...", balbucea Ally, sonando realmente horrorizada. "Se está quedando con ella allí".

El timbre de mi smartphone rompe el silencio. En ese momento, Ally, el gobernador y su chófer me miran fijamente.

Me doy la vuelta y siento el calor y las lágrimas brotando de mis ojos mientras me doy la vuelta y me alejo a toda prisa. Maldita sea, esto es vergonzoso.

"Olivia, espera", oigo decir a Ally desde lejos, que parece haber salido por la puerta. Pero la ignoro. Mientras camino, miro la pantalla de mi smartphone, que me indica que el banco local está intentando localizarme.

Decido no coger la llamada y de repente me doy cuenta de lo mucho que ha cambiado todo. De repente me siento muy sucia por haberle tomado el dinero a Henry. ¿De verdad puedo quedármelo? ¿Y si no puedo? Entonces nunca podré devolver el préstamo de mis abuelos y mi pensión llegará a su fin. Me trago el nudo que tengo en la garganta y lucho contra las lágrimas que me quitan la visión del porche que ya está justo delante.



Capítulo 29

HENRY

El barrigudo y calvo camarero está ocupado secando unos vasos cuando entramos. Su mirada aburrida sigue la brisa que pasa junto a nosotros a través de la puerta abierta y observa a sus nuevos clientes. Cuando ve a Larissa, los ojos se le salen literalmente de las órbitas y casi se le cae el vaso.

"Ahí", le digo a Larissa en voz baja y señalo una de las mesas esquineras no muy bien iluminadas del fondo del comedor. Asiente con la cabeza, un poco cabizbaja, y me sigue. Espero que se haya dado cuenta de que no me gusta que me salude así y me dé un beso con lengua. Es posible que el empujón que casi la tira al suelo haya surtido efecto.

Por un breve instante, pienso en dar media vuelta. ¿Pero entonces qué? ¿Me seguiría a la casa de huéspedes? No, no sería una buena idea, sobre todo porque podría serme útil en el asunto con el gobernador.

De camino a la mesa, veo de reojo cómo el camarero nos sigue con la mirada, o más bien a Larissa, hasta la mesa. Tiene la boca entreabierta, lo que me divierte en cierto modo. Echo un vistazo a los comensales dispersos en la barra, que miran en otra dirección con la cabeza gacha y de espaldas a nosotros. El camarero se siente sorprendido, se da la vuelta apresuradamente y desaparece en dirección a la cocina.

Cuando llegamos a la mesa, señalo en silencio el sitio de Larissa y luego me siento en la silla de al lado.

"¿Por qué has venido?", suelto de repente, mientras Larissa sigue ocupada ajustándose el ceñido top para que el encaje de su sujetador rosa asome por el escote.

"¿Así es como saludas a la mujer con la que querías casarte?", responde, forzando una sonrisa y poniendo una mano en mi muslo por debajo de la mesa.

"Eso pertenece al pasado y fueron estúpidos cotilleos", respondo, agarrándola de la mano y apartándola de mi muslo.

"Estás con Bill, ¿no?", pregunto mirándola. Se estremece un poco al oír su nombre, así que añado un poco más provocativamente: "He oído que te gusta el sexo anal. ¿Hiciste una gran faena en su mesa?".

"¿Has... uhh.... ¿Has elegido ya algo de beber?", oigo la voz de la camarera que está a nuestro lado. No sé cuánto tiempo lleva aquí de pie, pero la expresión de su cara me dice que ha oído parte de mi frase e intenta frenéticamente fingir que no.

"No. Déjanos un momento a solas", le respondo bruscamente.

Entonces nos pone delante dos vasitos de tequila y un cubilete de dados. "Hoy es el día de los dados de tequila", explica, pareciendo ver la confusión en mi expresión. "Saca un 1 dos veces y la bebida es gratis para ti".

"Paso de esta tontería", le digo a la camarera, molesto, y empujo el cubilete de los dados hacia atrás. Sin embargo, vació los dos vasos de un tirón, ignorando la sal y el limón que está a punto de ponerles al lado.

"Póngalo en la cuenta y váyase, por favor". Ella asiente en silencio y se da la vuelta para marcharse. Larissa no parece haberse dado cuenta de nada. Se sienta impasible a mi lado y me mira el pecho, como si me estuviera atravesando con la mirada.

"Sólo lo hice por nosotros. No quiso decirme dónde estabas...", dice en voz baja. "Sólo quería verte. Me dijo que me lo diría si podía follarme el culo. Haría cualquier cosa por ti", añade jadeando y mirándome directamente a los ojos.

Vuelvo a repasar en mi mente la llamada telefónica con Bill. ¿Podría ser de verdad? ¿Le dijo dónde estaba sólo para que le practicara sexo anal? Si eso es cierto, entonces es un sucio bastardo.

Sin embargo... Larissa ha sido conocida antes por inventarse historias para adaptarlas a su propia agenda. No es fácil saber quién miente aquí.

Vuelvo a mirar a Larissa, que se inclina un poco hacia delante, de modo que sus pechos casi descansan sobre la mesa. Mis ojos siguen automáticamente su escote, pero enseguida vuelven a abandonarlo.

"¿Te gusta lo que ves?", dice con lujuria y se lame ligeramente los labios.

"Déjalo, Larissa. Hemos terminado hace tiempo". Las palabras salen de mi boca automáticamente, sin que tenga que pensar en ellas. Por otro lado, me pregunto cuándo he

perdido una oportunidad como ésta. Larissa está literalmente suplicando sexo y me sorprende un poco mi estricta negativa.

"Acabas de decir que harías cualquier cosa por mí". Hago una pausa, Larissa asiente y se acerca un poco más a mí. "Realmente hay algo".

"¿Qué es?", susurra en voz baja y me mira soñadoramente.

"Un... amigo mío", empiezo, la palabra amigo apenas cruza mis labios cuando pienso en el gobernador. "Le gustan los juegos sexuales. Quiero que lo conozcas y hagas lo mismo que hiciste con Bill".

"Yo... ¿qué?", balbucea Larissa, mirándome con pesar a los ojos, que parecen brillar húmedos.

"Aguanté todo lo que Bill quería sólo para encontrarte. ¿Y me mandas con tu amigo?", resopla, ofendida.

"Por el amor de Dios, Larissa. Deja de actuar. ¿Qué quieres aquí? ¿Por qué no lo dices de una vez?", le grito con voz demasiado alta y la miro. Esta cháchara pseudo inflada nunca ha sido cierta. Ella no es así.

"Quiero casarme contigo. Como entonces. ¿Te acuerdas?", pregunta secándose los ojos y luego me tiende las manos sobre la mesa, que enseguida le quito.

"¿Y después qué? ¿Vamos a ser criadores de cerdos en Carolina del Norte?", respondo burlonamente.

"Sería estupendo. Mi padre dejaría de tener deudas si nos ayudaras y podríamos...", empieza Larissa, que no parece darse cuenta del sarcasmo que hay en mi voz. ¿Era un descuido o sólo el resultado de saltarse demasiadas lecciones, faltar a clase y tomar demasiado LSD cuando era adolescente?

"Dinero... Siempre se trata de mi puto dinero", despotrico, levantándome bruscamente y mirándola con condescendencia desde esta posición.

"¿Sabes qué?", replico y rebusco un fajo de billetes en el bolsillo derecho del pantalón.

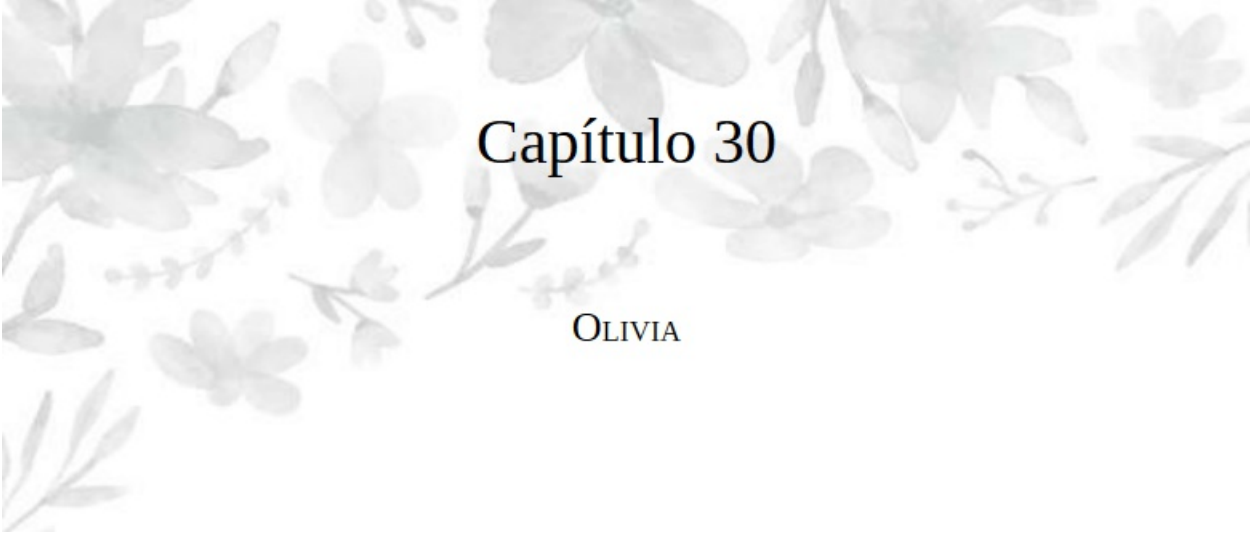
"Aquí tienes tu dinero". Le arrojo unos cuantos billetes de 20 dólares al azar, que se dispersan en todas direcciones debido a la resistencia del aire y caen a chorros sobre la mesa y el suelo. No sé cuánto es, pero probablemente entre 100 y 500 dólares.

"Cógelo, llena tu coche con él y vete a casa. No quiero volver a verte".

"Pero Henry... realmente necesitamos el dinero, de lo contrario mi padre...", Larissa súplica.

"Es tu vida. No la mía", le respondo con voz apagada, me doy la vuelta y me apresuro a pasar junto a la sorprendida camarera hacia la salida. Al pasar, cojo uno de los vasos de tequila de la bandeja, me lo trago y coloco un billete de 100 dólares en la bandeja.

A la mierda la idea de las fotos del gobernador. Que le den a Larissa. Con una carga concentrada de ira y rabia en el estómago, subo al coche y conduzco hacia la casa de huéspedes. Por el retrovisor, veo a Larissa salir a toda prisa del bar y mirar detrás de mí. Vuelvo a mirar hacia delante y estoy casi seguro de que no me seguirá.



Capítulo 30

OLIVIA

No, no puede ser. No puede ser...

Estas palabras pasan por mi cabeza mientras abro la puerta con manos temblorosas y trato frenéticamente de recomponerme. ¿Tenía razón Ally desde el principio y me he dejado engañar por un frío hombre de negocios?

Si lo que dice el gobernador es cierto, entonces Henry no es más que un hombre de negocios y... Hago una pausa. Me viene a la memoria lo del bosque. Sólo lo ha mencionado de pasada y siempre ha encontrado el momento justo.

Voy detrás del mostrador y me llama la atención el mono azul, que se ve claramente en su gancho a través de la puerta abierta de la trastienda. Así empezó todo y parecía más bien una coincidencia y...

Tengo que tragar saliva de nuevo e intento frenéticamente organizar mis pensamientos porque, sencillamente, no puedo soportar haber sido tan ingenua. Todo parecía tan real. Realmente pensé que le gustaba. E incluso más que eso.

¿Pero no debería haberlo sabido? Él ya era conocido como un donjuán en Nueva York. Tal vez ése sea su truco: quiere que la mujer se sienta segura hasta que haya cumplido su función y entonces se deshace de ella.

Respiro hondo unas cuantas veces y siento que el temblor de mis antebrazos disminuye lentamente. La tensión disminuye y, cuando mi madre aparece un momento en mi cabeza con el dedo índice levantado, decido enfrentarme a él en cuanto regrese. No voy a dejar que me tome por tonta solo porque yo...

El timbre de mi smartphone interrumpe mis pensamientos. Frunzo el ceño y lo miro, esperando que el banquero vuelva a llamar, pero para mi sorpresa, en la pantalla aparece la foto de Ally.

"Perdona por escuchar a escondidas, yo...", la saludo. Intento sonar segura, pero no puedo ni terminar la frase porque la mandíbula vuelve a temblarme.

"Oh, tonterías, Olivia", responde Ally en tono amistoso. "El gobernador acaba de subir al coche y...", vacila brevemente. "Entonces me llamó un buen amigo de Conservación de la Naturaleza y...", vuelve a hacer una pausa.

"Todo ha terminado, ¿verdad?", respondo sin entusiasmo. "Sabemos lo que tiene planeado".

"No es eso... Es que... Henry está en este momento en el bar", sigue tartamudeando Ally.

"Eso está muy bien. Iba a enfrentarme a él de todos modos y preguntarle si me está tomando por tonta", suelto con voz displicente mientras me dirijo hacia la puerta principal y salgo al porche.

"Es que... no está solo...", añade Ally en voz baja y parece realmente apenada por las palabras.

"¿Qué significa eso?", pregunto impaciente.

"Está allí con una mujer. Se estaban besando fuera del bar y se están tocando y...", hace una pausa. "Parece que se conocen desde hace tiempo", continúa. "Parece que él tiene otra mujer. Olivia, lo siento mucho, yo...".

"¿Tú también lo ves?", pregunto cuando la limusina negra ha recorrido a paso de paseo la corta distancia que separa la entrada de Ally de la mía, luego gira en dirección a mi casa de huéspedes y se detiene lentamente frente a mi porche, en el lugar exacto donde antes había estado aparcado el coche de alquiler de Henry.

"Sí, ya lo veo. ¿Qué quiere el gobernador de ti? ¿Busca a Henry? Dije que se quedaba contigo". La voz de Ally me llega directamente al oído desde mi smartphone, pero suena lejana porque mi mente sigue tratando frenéticamente de visualizar a Henry sentado en el bar cogido de la mano con otra mujer.

Intento apartar la sensación de impotencia inminente, enderezo la espalda y bajo los escalones para saludar a mi invitado.

"Hola, señor Gobernador", le saludo poco después de que haya salido por la puerta trasera del coche y se esté alisando el traje. "Siento haber sido tan grosera hace un momento y...". El corazón me palpita en la garganta y me doy cuenta de la fuerza que me está costando mantener oculta toda la inseguridad que bulle en mi interior.

"No importa", me dice, haciéndome un gesto para que me vaya y sonriéndome con una sonrisa de labios finos. "No he venido por eso, yo...".

"Oh, seguro que buscas a Henry, no está aquí", le respondo y enseguida me arrepiento de haberle interrumpido cuando me mira con el ceño fruncido que ha dado paso a un destello de sonrisa.

"Si me dejas terminar", dice con severidad y se aclara la garganta. Me asombra la facilidad con la que pasa de una emoción a otra y me pregunto si eso forma parte de la política.

"Disculpe", le contesto dócilmente.

"Me temo que tengo malas noticias para usted", empieza con voz nasal, sin mirarme directamente, sino chasqueando los dedos a su chófer, que abre una carpeta negra de documentos y le entrega al gobernador un papel. Lo coge y me lo entrega. "Esto es un estudio del suelo", explica y da unos golpecitos en el documento, que yo cojo.

"El suelo detrás de su casa de huéspedes está contaminado. Tiene que cerrar su pensión y no puede recibir huéspedes", me explica sin ton ni son, como si estuviera leyendo un cuento. Mis ojos vuelan sobre el documento, en el que sólo hay filas de números y abreviaturas ilegibles. No entiendo nada de lo que está escrito aquí. Sin embargo, me fijo en el membrete oficial y, al mirar el reverso, veo un breve resumen escrito que se corresponde con la declaración del gobernador.

"Se trata de tu salud", me dice y me pone la mano en el hombro, que siento incómodamente frío y húmedo. Me estremezco, pero él hace caso omiso.

"Alégrate de no haber vivido aquí demasiado tiempo. Tus abuelos podrían estar enterrados en este suelo". Su mirada pretende ser compasiva, pero estoy segura de que es sólo uno de los muchos rasgos faciales que ha adquirido a lo largo de su carrera. Luego retira la mano.

"Pero... ¿dónde se supone que tengo que ir?", digo casi inaudiblemente y siento que una lágrima rueda por mi mejilla.

"Tienes 48 horas para desalojar el edificio. Estoy seguro de que encontrarás una solución", me dice y vuelve a subir a su coche.

Me cuesta creer que vaya a dejarme con este mensaje y el trozo de papel en las manos.

Por otro lado, ¿por qué sigue aquí? No parece el tipo de persona que se preocupa por los demás.

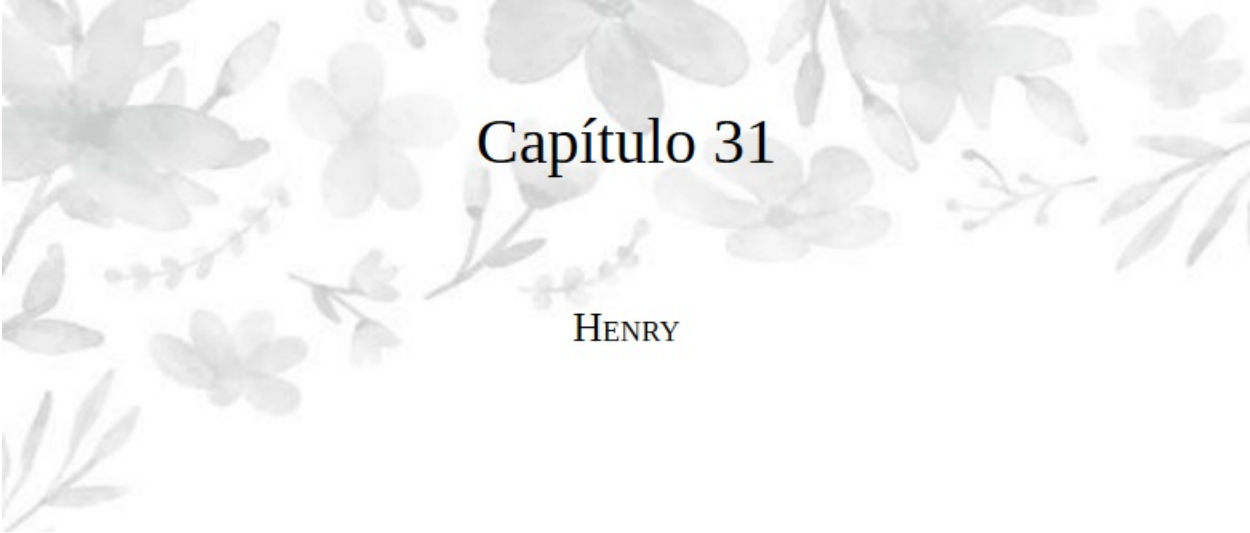
Su chófer cierra la puerta, rodea el coche, sube y se da la vuelta. Luego se detiene de nuevo y el gobernador baja la ventanilla.

"Enviaré a alguien a comprobarlo dentro de dos días. Después, toda la zona estará acordonada", responde, haciendo un gesto con la cabeza a su chófer, que ha entendido la señal y pone el coche en marcha.

Me tiemblan las rodillas y no sé qué pensar primero. Mi existencia ha llegado a su fin, el hombre que creía que sentía más por mí tiene a otra y sólo quería algo de mí por mi propiedad y...

Me trago las lágrimas y levanto la vista cuando oigo el ruido de otro coche.

Es Henry.



Capítulo 31

HENRY

Un vistazo por el retrovisor confirma mi presentimiento. Larissa no parece seguirme. Satisfecho, vuelvo la vista a la carretera, que toma una larga curva a la izquierda antes de que aparezcan en mi campo de visión la granja de Ally y luego la casa de huéspedes de Olivia.

Me llama la atención la limusina negra que circula por el camino de grava que conduce a la casa. Se me acelera el pulso y me pregunto qué clase de cuento le habrá metido este gilipollas a Olivia en la oreja. Aprieto el acelerador casi hasta el fondo y la rabia ciega que llevo dentro se apodera del coche. Por desgracia, el coche de alquiler no es tan potente como mis propios vehículos. "Conduce, cacharro", juro y golpeo el volante con fastidio. Unos segundos después, freno con los neumáticos chirriando justo a tiempo antes de llegar a la entrada.

La berlina negra también frena y se detiene a pocos metros de mi puerta. Poco después, suena un bocinazo fuerte y prolongado. Miro de reojo por el parabrisas y veo que el conductor se agita y hace gestos obscenos en mi dirección. Mi mirada se detiene un instante en él. Su característica nariz de boxeador me resulta muy familiar. No es sólo el chófer del gobernador, sino también su chivo expiatorio.

¿Cómo se atreve a meterse en mi camino? Estoy furioso. Aprieto el puño y aprieto la mandíbula. Con una buena dosis de rabia en el estómago, me desabrocho el cinturón de seguridad, abro la puerta, me apresuro a rodear el capó y paso por el lado del acompañante de la berlina negra, solo para ver que Michael está subiendo lentamente la ventanilla lateral. Deja un pequeño hueco abierto que me impide meter la mano, pero puedo distinguir su cara.

"Sal de ahí", le grito enfadado y tiro de la manilla de la puerta. Pero la puerta está cerrada por dentro, algo que, por supuesto, ya me imaginaba. Lo intento varias veces seguidas, pero no se mueve.

"Henry, se acabó. Has perdido. La política siempre gana", me responde Michael con voz tranquila, pero puedo ver un brillo de incertidumbre en sus ojos. Estoy seguro de que recuerda la acción en el barracón y probablemente se siente aliviado de que la puerta y la ventana nos separen.

"¿Quieres que le eche un vistazo?". Oigo la voz nasal del boxeador desde delante y miro por encima del techo de la limusina para ver que la puerta del conductor está entreabierta.

"No es necesario. Acabaremos aquí en un minuto", responde Michael, sacudiendo la cabeza y volviéndose hacia mí. "¿No es así, Henry?".

"¿Qué haces aquí?", le digo indignado y decido ignorar tanto sus palabras como las del boxeador, aunque me encantaría apretarle el cuello al menos a uno de ellos.

"Oh Henry, de todas formas no entiendes nada de eso", suspira Michael y desvía la mirada.

"Estoy feliz de romper el parabrisas. Pero no te sientas muy seguro".

Michael hace una pausa. Parece estar pensando, luego gira la cabeza hacia la ventanilla y me mira directamente a los ojos a través del estrecho hueco, mientras al mismo tiempo oigo un suave chasquido y me pregunto si, después de todo, tendrá los cojones de salir y enfrentarse a mí. "Pregúntale a ella", responde Michael y vuelve a inclinar la cabeza hacia la pensión.

Mi mirada sigue el movimiento y, de repente, veo que Olivia está clavada al final del camino de entrada y parece estar observando toda la escena. Incluso desde la distancia, se puede ver la confusión en su rostro. De repente me doy cuenta de que no puedo seguir fingiendo que sólo conozco al Gobernador de pasada y...

Un fuerte golpe me da en un costado del torso y por un momento no entiendo qué está pasando. Pierdo el equilibrio, retrocedo unos pasos y caigo bruscamente sobre la hierba.

Paro la caída con los brazos. Por un momento me duele el antebrazo izquierdo. Pero no le presto más atención y miro en dirección a la berlina negra. Entonces veo que Michael vuelve a cerrar la puerta y me doy cuenta de que la referencia a Olivia no era más que una táctica de distracción para quitarme de en medio con la puerta.

"Sucio cabrón", le grito e intento ponerme en pie. Pero mi antebrazo izquierdo se ha enganchado en algún sitio y me duele cuando intento levantarme.

Echo un vistazo rápido para ver qué ha podido pasar y me doy cuenta de que he aterrizado en el alambre de espino. Todavía son los restos de la vieja alambrada que Olivia y yo sustituimos hace poco y dejamos aquí cerca de la salida para que nadie se cortara con ella.

Con otro tirón de la parte superior, me libero de ella. Siento otro dolor agudo, que afortunadamente cede enseguida.

Mientras me pongo en pie, veo que Michael ha bajado completamente la ventanilla lateral y también la delantera. Michael me mira con esa amplia sonrisa de suficiencia que tanto odio de él. "Sientes algo por esa mujer, Henry. Los sentimientos te hacen débil. Y yo que creía que lo sabías", se vuelve hacia su chófer y le hace señas.

Pero el coche no se mueve y presiento mi oportunidad. Me levanto y camino despacio hacia el coche, con mucho cuidado de no pisar el ángulo de apertura de la puerta de Henry. Instintivamente me agarro el antebrazo izquierdo, que está un poco flácido y me produce un extraño hormigueo.

"Por el amor de Dios, conduce", grita finalmente Michael, horrorizado, e intenta cerrar de nuevo la ventanilla, que sube a un ritmo lento y constante mientras avanzo hacia él.

"¿A dónde voy, el coche está en medio?", dice frenéticamente el boxeador.

"Piensa en algo. Ya viene", responde el gobernador, agitando los brazos y mirándome una y otra vez. Vuelvo a ver el miedo en sus ojos.

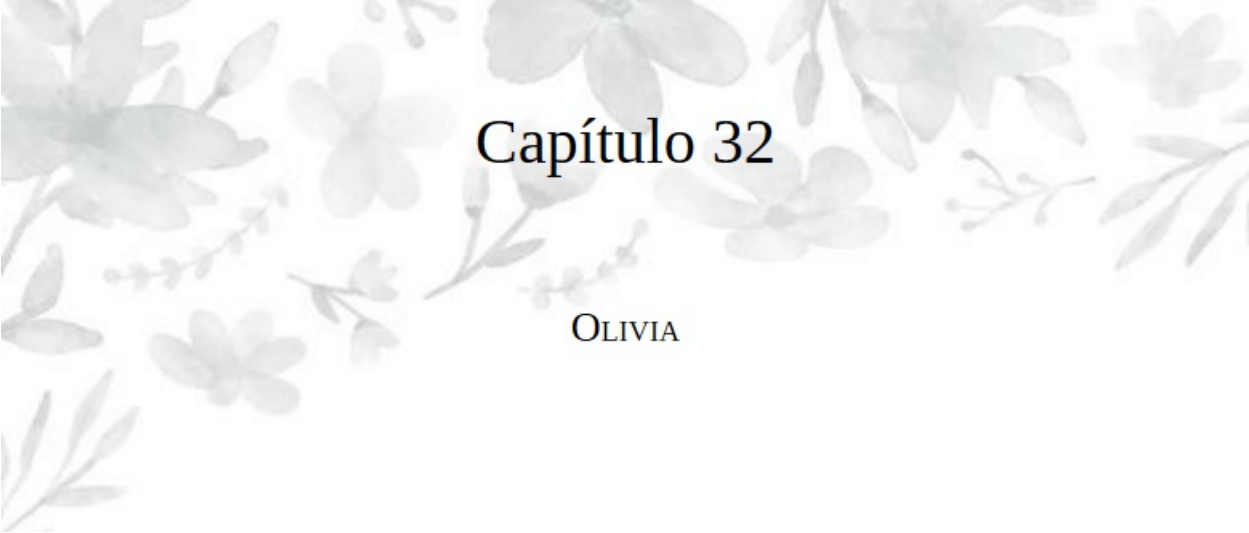
Me dispongo a romper el parabrisas con mi brazo izquierdo dañado cuando oigo el rugido del motor. El boxeador acelera a fondo, pero parece estar usando el freno de mano al mismo tiempo. ¿De verdad quiere empujar mi coche con toda su fuerza?

Un momento después, los neumáticos traseros patinan. Probablemente el boxeador ha soltado el freno de mano, las ruedas delanteras se desvían hacia la derecha y el coche, cuya aceleración parece mucho mejor que la de mi coche de alquiler, aparentemente derriba los nuevos elementos de la valla con facilidad, pasa por encima de una parte del prado y poco después se detiene delante de mi coche en el camino rural asfaltado.

Jadeando, miro tras ellos y veo que el gobernador me saca el dedo corazón por la ventanilla antes de que el coche desaparezca entre el bosque.

"Bastardo", grito tras él y siento que la ira se apodera aún más de mí. La ira se dirige a él y también a mí. ¿Cómo he podido ser tan estúpido y distraerme mirando a Olivia?

Me giró a mirarla y me doy cuenta de que ha abandonado su posición. Viene hacia mí con los brazos cruzados delante del pecho y pasos lentos.



Capítulo 32

OLIVIA

"¿Qué quería Michael de ti?", pregunta Henry con tanta presión en la voz que casi me estremezco cuando viene hacia mí con pasos rápidos.

El corazón me late con fuerza en la garganta y me pregunto si no habría sido mejor huir y buscar refugio en la vieja cabaña de pescadores del río Potomac y poner en orden mis pensamientos. Pero sé que, de todos modos, sólo me habría enfadado conmigo misma y con mi falta de valor. Por una vez, no quiero meterme en mi madriguera de ratón. Tal vez sea porque de todas formas lo he perdido todo y tengo que enterrar mi sueño. En este momento está de pie frente a mí y me mira con el ceño fruncido.

"Llamas al gobernador por su nombre de pila. Eso es interesante", respondo, intentando que no se note mi desesperación. Me guardo el trozo de papel del gobernador en el bolsillo de atrás y parece ejercer presión sobre mí incluso desde allí. Sé que no puedo negar los hechos que allí están escritos.

"¿Qué importa eso? ¿Qué hacía él aquí?", vuelve a soltar Henry en un tono que nunca antes había oído de él. Sus rasgos son duros e inflexibles. No hay rastro del hombre atractivo con el que compartí mi cama.

"¿Qué quería la mujer del bar contigo?", respondo, decidiendo ignorar la pregunta de Henry.

"Cotilleos de pueblo. Cómo lo odio", dice Henry, llevándose las manos a la cabeza con fingido horror. Luego me mira directamente a los ojos con una expresión sombría que me produce escalofríos. "¿Quién estaba cotilleando? ¿El camarero? ¿O uno de los invitados?".

"Mi vecina", respondo con voz temblorosa y giro la cabeza en dirección a la granja de Ally. Me doy cuenta de que acaba de salir por la puerta principal, saludando con la mano y caminando por su entrada. "Al menos puedo confiar en ella", respondo en tono combativo y vuelvo los ojos hacia Henry.

"Pff...", resopla Henry despectivamente. "¿Qué sabrá ella?".

No sé qué decir y me limito a mirarle en silencio. Por un momento, me pregunto si todo lo que he llegado a saber de él en los últimos días era solo una fachada. ¿Cómo puedo saber qué es real y qué no?

"La conozco de antes. No hay nada entre nosotros", me dice Henry con monosílabos y me tiende la mano, que yo retiro involuntariamente. No me apetece decirle que me he enterado del beso entre él y esa mujer y que la camarera, que también pertenece a la organización de Conservación de la Naturaleza, oyó claramente que ambos hablaban de sexo anal.

La tristeza y la rabia surgen en mi interior al darme cuenta de que nunca me dirá la verdad. Se me humedecen los ojos y me siento tan traicionada y engañada que se me atraganta literalmente la garganta.

"¿Qué quería el gobernador de ti?", pregunta Henry con firmeza, dando un paso hacia mí.

"Déjala en paz, cabrón... hipócrita", oigo de pronto la voz de Ally detrás de él y me doy cuenta de que solo se ha acercado a mí para quedarse a mi lado.

Henry se da la vuelta y divisa a Ally, que le da esquinazo, se pone a mi lado, me coge la mano y me la aprieta con fuerza. Siento un enorme alivio al no tener que enfrentarme ya sola a ese hombre de mirada feroz. Aunque hasta hace poco pensaba que incluso podría ser el UNO al que ha estado buscando toda su vida.

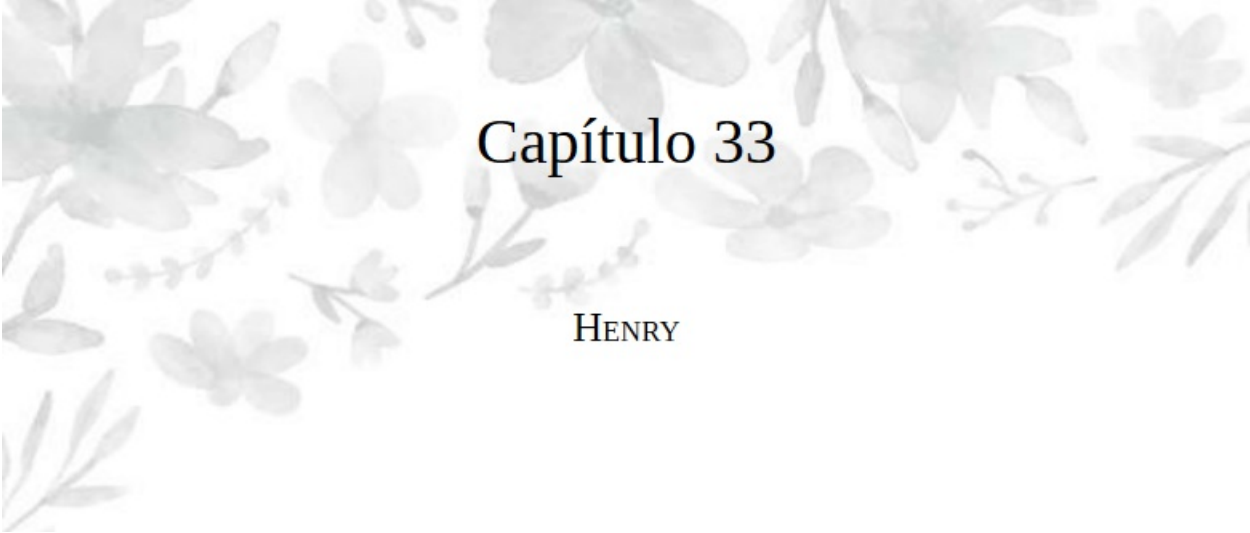
Me avergüenza pensarlo y al mismo tiempo sé que tengo problemas mucho mayores. De repente, la carta que llevo en el bolsillo trasero me parece pesada como el plomo y amenaza con arrastrarme hacia atrás.

"¿Qué pulga se te ha metido en la oreja?", pregunta Henry, molesto y también cruza los brazos delante del pecho. Parece inflexible y por un momento volvemos a mirarnos en silencio.

Se acerca un coche y los tres volvemos la mirada para ver un coche rojo brillante que se acerca a la pensión y se detiene justo detrás del coche de Henry.

Henry no dice nada, pero parece tambalearse ligeramente hacia atrás y se toca la frente.

"Yay yay yay", suena una voz chillona y poco después una mujer rubia como el hidrógeno sale del coche y camina hacia nosotros.



Capítulo 33

HENRY

Las punzadas y el hormigueo en el antebrazo no remiten, sino que se hacen cada vez más fuertes, por mucho que intente ignorarlos.

Me doy cuenta de que la caída sobre el alambre de espino probablemente me ha dejado una herida que hay que curar. Sin embargo, no me parecía el momento adecuado para dejar a Olivia aquí sin decir nada e ir al médico.

Esperaba que me dijera qué hacía Michael aquí, pero en lugar de eso sólo quería hablar de mi encuentro con Larissa en el bar. Se lo contó su maldita vecina cotilla, que ha venido aquí a darle apoyo moral además de todo lo demás. No sé cómo demonios se enteró. Pero la vida del pueblo probablemente funciona igual en todas partes. No soportaba este tipo de cotilleos en Carolina del Norte y me doy cuenta de que es una de las razones por las que me gusta tanto la vida en Nueva York. Algunas personas lo tachan de indiferencia hacia sus semejantes, pero yo disfruto del anonimato que conlleva. Y tengo que admitirme a mí mismo que fui demasiado imprudente al elegir el lugar del encuentro con Larissa.

Esperaba que fuera suficiente para tranquilizar a Olivia y asegurarle que no había nada entre nosotros. Pero su rostro estaba lleno de dudas y me di cuenta de que lo que debía de haber escuchado de Michael le había dejado profundas cicatrices.

Por supuesto, la aparición de Larissa no mejoró la situación. En cuanto oí el coche y me di la vuelta, sentí como si todo se desdibujara ante mis ojos.

Pero mi visión se aclara y veo a Larissa, mascando chicle, con sus pantalones calientes, tacones altos y su top de zorra con el sujetador rosa aún asomando por delante, acercándose a nosotros y moviendo deliberadamente las caderas de forma lasciva. Parece estar disfrutando de su actuación y puede ver que los tres pares de ojos se centran en ella.

"Hola, cariño. Aquí estás. Pensé que te había perdido". Me pone la mano en el hombro mientras se pone a mi lado y revienta una burbuja de chicle con un sonoro estallido.

Me vuelvo hacia Olivia y Ally e intento apartar el brazo de Larissa. Pero vuelvo a ver borroso y, por un momento, me alegro de que el brazo esté donde está, porque así no me caigo hacia atrás.

"¿Dos chicas a la vez? Como siempre. ¿Puedo unirme?", pregunta Larissa, aprovechando el momento en que Olivia y Ally probablemente aún no saben qué decir debido a la actitud y el aspecto de Larissa. Después de terminar su frase, me da un beso en la mejilla para enfatizar sus palabras, luego gira la cabeza hacia Olivia y Ally y las saluda con un estridente "Hey ho".

"Así que no es nada con la mujer del bar, ¿verdad?", me sisea Olivia, lanzándome una mirada feroz.

"En realidad no es nada...". Siento que mis sentidos me abandonan lentamente y todo se difumina en una lentitud pasmosa. Quiero terminar la frase desesperadamente, pero siento que se me pega la lengua al paladar y empiezo a balancearme, estirando los brazos y agarrándome a Larissa como por acto reflejo.

"Oh, nos conocemos desde hace mucho tiempo", explica Larissa, señalando mi brazo, que descansa sobre el suyo. "Y como puedes ver, no podemos quitarnos las manos de encima", explica con su vozarrón, reventando otra burbuja de chicle.

"Olivia, nada de eso... Yo...". Empiezo despacio y avanzo de un tirón, luego siento que se me doblan las rodillas y me inclino lentamente hacia delante.

Todo sucede como a cámara lenta y por un momento me pregunto si Olivia está a punto de inclinarse hacia mí preocupada. Levanto la vista y, cuando se me aclara la visión borrosa, me doy cuenta de que Olivia ya se ha dado la vuelta y está subiendo las escaleras del porche con su vecina Ally.

"No pasa nada, desahógate. Estoy aquí para lo que necesites", oigo que le dice su vecina, dándole unas palmaditas tranquilizadoras en la espalda.

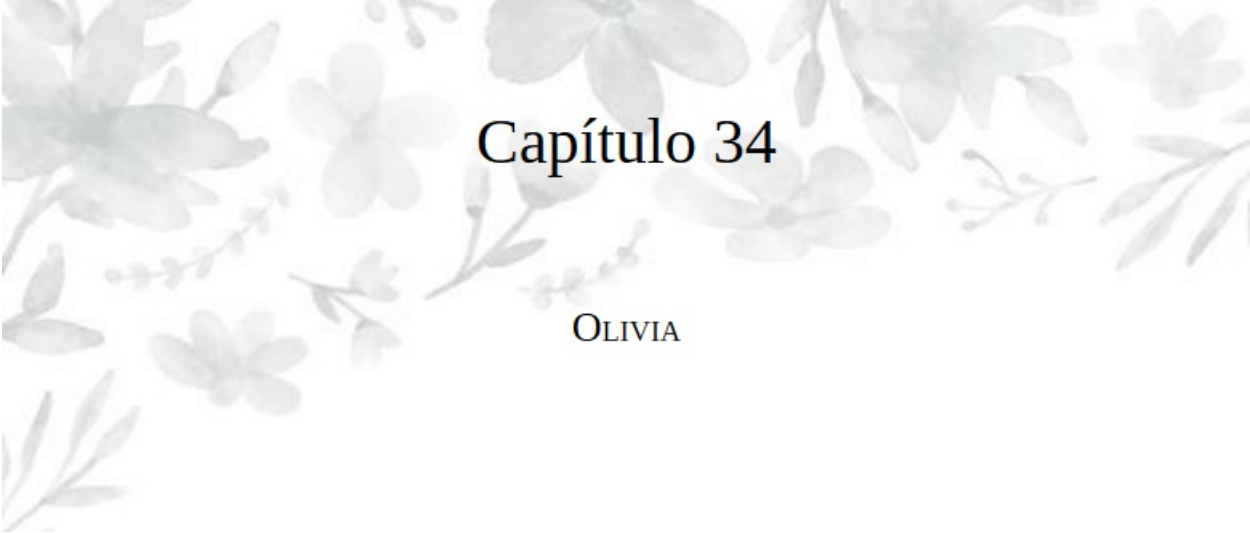
Miro hacia abajo y vuelvo a sentir el hormigueo en el antebrazo izquierdo. ¡Joder! Esto de la maldita hemofilia. Siempre me he preguntado si esta minusvalía se interpondría en un momento inoportuno. Nunca pensé que pudiera ocurrir en relación con una mujer.

"Y yo estoy aquí para ti, mi amor", oigo decir a Larissa mientras se arrodilla en el suelo a mi lado. "¿Mi presencia te ha dejado tan inconsciente que estás a punto de caerte?", pregunta, besándome de nuevo en la mejilla.

"Ahórrate esa estúpida charla", respondo con desgana. "Llévame al médico".

"Haré lo que sea por ti", susurra.

"Entonces ayúdame a levantarme", frunzo el ceño y espero volver aquí lo antes posible tras mi breve visita al médico para poder solucionar las cosas.



Capítulo 34

OLIVIA

"Dios mío, Olivia, quién iba a decir que esto iba a acabar así...", oigo decir a Ally cuando entra en la recepción poco después de mí. Siento sus manos a ambos lados de mis hombros por detrás.

Estoy segura de que lo hace con buena intención, pero la impotencia, la rabia y la tristeza están convirtiendo mi interior en una olla a presión que amenaza con explotar al menor contacto. Así que doy un rápido paso hacia delante, me alejo de su contacto e inmediatamente me invade un remordimiento de conciencia por haber tratado así a mi único apoyo.

Mi mirada se posa en el pequeño timbre del mostrador, que Henry no ha debido de terminar de instalar antes.

En realidad, el timbre es totalmente insignificante y se supone que sólo sirve para anunciar a los nuevos huéspedes, pero ha sido su mal funcionamiento lo que me ha metido en esta extraña situación con Henry. Me encantaría culpar al objeto de todo, pero eso sería demasiado fácil. Me paralizó, miro hacia abajo e imagino que puedo ver cómo me tiemblan los dedos. Todo mi cuerpo lucha por mantener la compostura.

Entonces oigo el sonido de un pestillo. Me doy la vuelta y veo que Ally ha hecho uso de la pequeña cerradura de la puerta, colocada más o menos a la altura de la cara a ambos lados del hueco de la puerta. Nada más llegar, me pregunté por qué mis abuelos tenían una cerradura así. Podías cerrar la puerta con ella, pero no impedías que entrara un ladrón. En este momento, por primera vez, me alegré de ello y me pregunté si mis abuelos también tendrían semejante bronca con alguien a quien se resistían a dejar entrar en su querida casa de huéspedes. Con una buena dosis de melancolía, me pregunto qué pensarían de mí si pudieran ver lo mucho que se me está escapando todo y lo increíblemente estúpida que he sido.

Nuestras miradas se cruzan durante un breve instante. Ally me guiña un ojo y veo que no me culpa del rechazo. Aparta la cortina y mira hacia la entrada. Me vuelvo hacia el mostrador e intento controlar la presión que siento en la cabeza. Siento que mi cerebro está completamente abrumado por todas las malas noticias y no puedo pensar con claridad.

"Ven aquí, tienes que ver esto", me dice Ally de repente en voz alta. Me doy la vuelta de nuevo y la veo haciéndome señas frenéticas con el brazo izquierdo y mirando a través del marco de cristal de la puerta principal, entre las cortinas.

Me trago un nudo en la garganta y vacilo. ¿De verdad quiero saber lo que quiere enseñarme? Me pica la curiosidad y me acerco a Ally arrastrando los pies.

"Mira esto". Señala a través de la ventana.

Mis ojos siguen automáticamente su dedo extendido y se encuentran con Larissa y Henry, que se han detenido de camino a sus vehículos. Parece que los dos están íntimamente abrazados.

"Menuda zorra. ¿Qué se cree que hace apareciendo por aquí así vestida?", sisea Ally con rabia y pone los puños cerrados en las caderas.

"Y Henry no es mejor, debería estar...", continúa, luego me mira y hace una pausa en mitad de la frase.

"Lo siento Olivia, no debería...", empieza y vuelve a hacer una pausa.

"No pasa nada", le respondo, sorprendida de lo débil que suena mi voz. Un vacío interior se extiende por mí mientras sigo observando la escena. Henry se sienta en el asiento del copiloto de su coche. Larissa rodea el capó, sube y poco después el coche da media vuelta, haciendo que los dos desaparezcan de nuestro campo de visión. El coche rojo brillante permanece solitario en la carretera. Me pregunto si las dos habrán dejado el coche deliberadamente para burlarse de mí, pero rápidamente descarto la idea. Probablemente no les importo.

Permanezco inmóvil durante minutos, mirando al vacío a través de la ventana de la puerta principal.

¿"Cacao"? No es sano, pero calienta el alma". Me estremezco al oír esas palabras, desvío la mirada y veo a Ally de pie frente a mí con dos tazas humeantes, sonriendo amablemente y dándome una de las tazas. ¿Cuánto tiempo llevo aquí? ¿Y cuándo ha entrado Ally en la cocina?

"Gracias, Ally", digo, cojo la taza y el agradable olor dulce me llega a la nariz. Cierro los ojos y siento un agradable cosquilleo en las manos por el calor de la taza.

"Es un placer tenerte aquí", digo en voz baja, sintiendo cada palabra exactamente como la digo. Ally se limita a asentir, permanece en silencio y me mira penetrantemente. En medio del silencio, ambas saboreamos nuestro cacao. El líquido caliente me baja por el esófago hasta el

estómago. Poco después, un calor acogedor se extiende por mi estómago y me pregunto si lo estoy imaginando o si realmente me estoy tranquilizando un poco.

El timbre de mi smartphone me estremece. Me muevo tan bruscamente que parte del cacao se derrama por el borde de la taza, corre por ella y gotea en el suelo.

"Mierda". Camino hacia la encimera con la taza goteando, esparciendo el cacao uniformemente por el suelo.

"Tranquila, Olivia", oigo la suave voz de Ally. Pero sus palabras tranquilizadoras parecen rebotar en mí y no dan en el blanco.

El timbre constante y el nerviosismo que me invade de inmediato me hacen darme cuenta de que, aunque el calor del cacao me ha ayudado a corto plazo, el efecto calmante probablemente no sea más que un cuento de viejas de la época de mi abuela.

Saco mi smartphone y, cuando miro la pantalla, se me vuelve a encoger el corazón. De alguna manera esperaba que Henry me llamara, aunque no sabría qué decirle. Pero sólo es el empleado del banco. Después de su intento fallido de antes, vuelve a probar suerte.

"¿Es él?", pregunta Ally con las cejas levantadas.

"No, es...", empiezo y hago una pausa. "¿Te importaría dejarme a solas un momento?", pregunto. Me siento miserable ante la idea de enviarla lejos después de que se ha apresurado a ayudarme, pero alguna voz dentro de mí está literalmente exigiendo tener esta conversación sin ser molestada.

"No hay problema", responde Ally secamente y deja la taza sobre el mostrador de recepción. Luego me da un rápido abrazo, que me hace sentir aún peor, me da un beso en la mejilla y se da la vuelta para marcharse.

"Si pasa algo, sabes que estoy aquí para lo que necesites", me dice después de abrir la puerta. Se me hace un nudo en la garganta. Sólo puedo asentir con la cabeza mientras sigo sosteniendo en la mano el teléfono inteligente, que me pesa como un trozo de plomo.

La puerta se cierra tras ella y mi mirada toca brevemente el timbre de la encimera que tengo delante, lo que me hace estremecerme de nuevo. Respiro hondo y respondo a la llamada.

"Por último. Si hace esperar a sus clientes tanto tiempo al teléfono, no veo muchas esperanzas para usted", me dice el empleado del banco después del saludo informal y no oculta lo molesto que está.

"Hemos oído que la casa de huéspedes se ve obligada a cerrar", me dice, tras aclarar brevemente la garganta. La visita del gobernador se produjo hace menos de una hora. Recuerdo vívidamente

la extraña discusión entre él y Henry, al que la puerta del coche tiró brevemente al suelo. ¿Cómo se enteró el banco tan rápido? Bueno, en realidad no podría importarme menos.

"¿Y qué pasa con esto?", vuelvo a preguntar mientras una lágrima caliente rueda por el ala de mi nariz y es atrapada por mi labio superior un instante después. La lamo con la lengua y siento como si casi pudiera saborear el agri dulce sabor del fracaso.

"Tenemos que pedir el préstamo inmediatamente por la defensa de la inseguridad. En el próximo vencimiento", me explica.

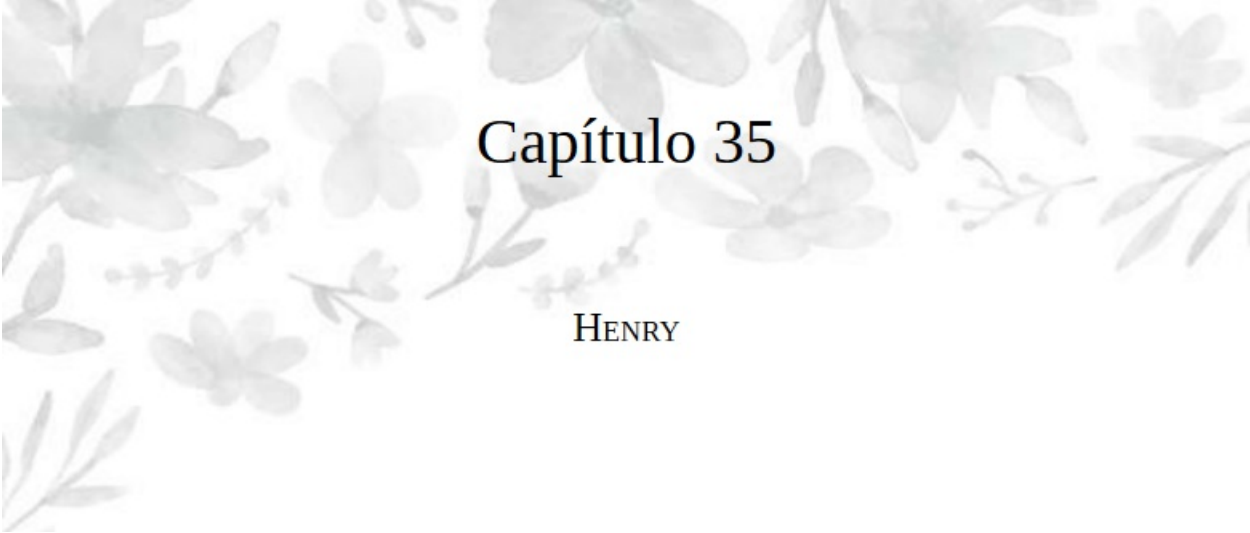
"¿Qué significa eso?". Mi corazón late con fuerza y puedo sentir literalmente que esta críptica declaración en jerga jurídica no augura nada bueno.

"Tienes que devolverlo todo. El importe total. De una sola vez".

Las palabras me golpean como un rayo. Me tambaleo hacia atrás y me golpeo la espalda contra el mostrador. Como en trance, me deslizo por él hasta golpear el suelo con el trasero y las piernas flexionadas.

"¿Sigues ahí?", oigo preguntar al empleado del banco.

"Volveré a llamar", responde y cuelga. Entonces el dique de contención de mi interior, que en realidad ha resistido bastante bien hasta este momento, parece romperse. Apoyo la cabeza en las rodillas, tiro el smartphone al suelo a mi lado y dejo que las lágrimas me corran por la cara.



Capítulo 35

HENRY

"A parte del trozo de metal, no es tan grave", me dice el médico, inspeccionando cuidadosamente el antebrazo después de arremangarme la camisa.

Miro hacia abajo y compruebo que, en realidad, solo sobresale un trocito de metal por donde me sube el hormigueo por el antebrazo.

"¿No es para tanto? Eso podría ser... ¡Ay!", exclamo en voz alta cuando el médico me saca de repente el trozo de alambre con una pequeña herramienta de un tirón y sin anestesia.

Estoy a punto de empezar a despotricar a voz en grito y preguntarle en qué universidad de pueblo se licenció cuando me saca un trozo de metal no más largo que la punta de un alfiler con la pequeña herramienta parecida a un alicate.

"Lo siento", responde con una sonrisa en la cara. "Años de experiencia. La mejor forma de quitar objetos es por sorpresa y de un tirón". Se aclara la garganta y se desliza un poco hacia atrás en la pequeña silla giratoria que ha acercado hasta mí. "Si tienes ganas de estrangularme, es igual de normal", me explica, guiñandome un ojo.

"Pero eso no tiene ningún sentido. Entonces, ¿por qué me he mareado antes y no podía mantenerme en pie?", pregunto frotándome la zona herida. El médico se acerca de nuevo y trata la pequeña herida con desinfectante y un esparadrapo mientras piensa.

"Hmmm... ¿Te estás tomando las pastillas para la sangre que te di?", pregunta finalmente, dando unos golpecitos suaves en el esparadrapo y haciéndome saber que el tratamiento ha terminado.

"Sí, ¿por qué?". El médico no contesta, se sienta delante del ordenador, teclea, lee algo y se vuelve hacia mí.

"¿Has bebido alcohol?".

"No, no que yo...". Hago una pausa. "Sí, justo antes. ¿Por qué?", me corrijo, pensando en el tonto juego de dados del bar local.

"Hay un estudio sobre estas pastillas en el que algunos sujetos de prueba se quejaron de problemas circulatorios después de beber alcohol y sufrir pequeños cortes infligidos deliberadamente como parte del estudio", explica pensativo.

"Menos palabrerías técnicas, por favor", respondo impaciente, dando golpecitos nerviosos con el pie de un lado a otro. Me pregunto si me equivoco en mi opinión sobre él. ¿Un médico de pueblo que sabe de esos estudios?

"Yo participé en el estudio", responde asintiendo. "No creíamos que se debiera a las pastillas, pero parece que hay un efecto secundario oculto", explica pensativo y toma nota de algo.

"Vale", respondo. "¿Pero ya está todo bien?", señalo mi brazo.

"Sí, deberías tomártelo con calma durante un tiempo, pero supongo que no eres el tipo de hombre que aprecia los consejos médicos de ese tipo", responde y se levanta. "Si me disculpa, tengo que irme...", empieza y abre la puerta.

"Menos mal. ¿Va todo bien, querido? ¿Qué te ha dicho?". Larissa, que obviamente ha estado esperando al otro lado de la puerta, le interrumpe y me da un beso en la mejilla.

"Veo que ya no me necesitan aquí", dice con una sonrisa, asiente y desaparece de la sala de curas.

"Déjame en paz, joder". Con voz áspera, empujo a Larissa lejos de mí, que da unos pasos hacia atrás y parece un poco ofendida.

Claro que le agradezco que me haya traído hasta aquí. No podría haber llegado solo a este estado, pero el hecho de que me siga llamando cariño me está volviendo loco. ¿Es que esta mujer no quiere entender nada?

"Sólo pensaba que era porque te quería...". Larissa empieza en voz baja.

"Basta ya. Voy a decírtelo de una vez por todas...". La interrumpo. Mi voz suena áspera y va acompañada del dedo índice extendido de mi mano derecha.

El timbre de mi smartphone me interrumpe. Miro la pantalla y, al ver quién me llama, siento una ira hirviente en la boca del estómago.

"¿Cómo te atreves a llamar otra vez?", siseo en mi smartphone sin saludar a Bill. Larissa quiere decir algo, pero con un movimiento brusco de mi mano le hago ver que debe guardar silencio en este momento.

"¿Qué te parece, Henry? No estoy de humor para bromas. Porque aquí está...", oigo decir a Bill. Pero antes de que pueda cambiar de tema, interrumpo.

"Le dijiste a Larissa mi posición. Admítelo", grito en mi smartphone.

"¿Qué? Henry, no hablas en serio, ¿verdad? Yo nunca...", balbucea. "Quiero decir, por qué iba a... Nunca te traicionaría", termina la frase.

"No fue él". La respuesta viene de Larissa, que se pone delante de mí y retrocede un poco más. Levanto la vista. "Fui yo", responde y traga saliva. "Es inocente". Una lágrima recorre su mejilla. Me quedo mirándola unos segundos, intentando comprender lo que acaba de decirme.

"¿Es Larissa? ¿Está contigo?", pregunta Bill con voz esperanzada, interrumpiendo mi hilo de pensamientos.

"Sácatela de la cabeza, Bill. Es una pequeña zorra que sólo te ha utilizado para poner sus manos sobre mí y mi dinero", le digo, mirando a Larissa directamente a los ojos. "Siempre ha estado solo pendiente de sí misma. Siempre ha sido así".

Hay un breve momento de incómodo silencio. Larissa se queda en silencio frente a mí y parece petrificada.

"Realmente no tengo nada que ver", dice Bill mansamente a través del teléfono.

"De acuerdo. Te tomo la palabra", respondo dubitativo.

"Hay una cosa más, Henry", continúa Bill tras otra pausa, su voz suena un poco temblorosa.

"¿Llevas unos días con una revista sensacionalista en la mano?"

"No, ¿por qué?", pregunto con tono molesto. "Sabes muy bien que no me interesa ese tipo de mierda".

"Bueno, en ese caso, sí debería interesarte", responde Bill titubeante. "Cuenta las heroicas hazañas del gobernador de Virginia Occidental, que consiguió echar de la pequeña ciudad de Harpers Ferry a una malvada empresa que planeaba construir allí un vertedero", me dice Bill.

"¡Joder, ese malvado hijo de puta!"

"¡Menciona nuestra empresa por su nombre, Henry!". Bill suena completamente histérico. "La gente está dimitiendo en masa. Ya se ha ido la mitad de la plantilla. Si esto sigue así, podríamos cerrar mañana. La gente no quiere trabajar para una empresa que ensucia un pueblo pequeño".

"¿Y por qué lo dices en este momento?", pregunto en tono de reprimenda, con el corazón latiendo a toda marcha.

"No me has dejado decir ni una palabra", se disculpa Bill. Por desgracia, tiene razón y me detengo un momento. "Manda el helicóptero aquí. Enseguida voy", le explico, abriendo camino y haciendo señas a Larissa para que me siga.

"De acuerdo. ¿Adónde quieres que vaya? ¿Al mismo sitio que la última vez?", pregunta Bill.

"No", respondo bruscamente mientras me viene a la mente el prado frente a la casa de huéspedes de Olivia. "Mándalo a mi oficina de alquiler de coches. Seguro que entonces lo sabrá", le ordeno.

Pienso en Olivia por un momento, pero enseguida mis pensamientos vuelven a centrarse en mi empresa de Nueva York, que es la base de mi fortuna.

He sido demasiado descuidado conmigo mismo y eso es lo que tengo en este momento. Tengo que volver a sacar el carro del barro. El *placer* con las mujeres tendrá que pasar a un segundo plano de momento.

"De acuerdo. Hasta luego", dice Bill cuando Larissa y yo llegamos a mi coche.

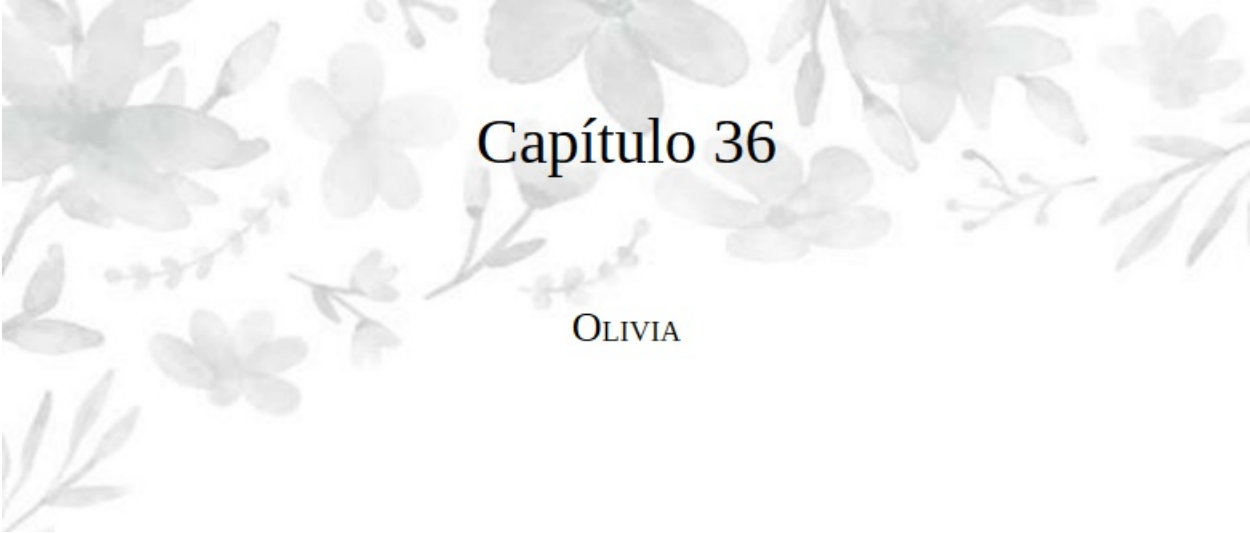
"Aquí tienes 300 dólares". Le tiendo tres billetes a Larissa. "Llama a un taxi para que te lleve a tu coche y llévate el resto para la gasolina y el viaje de vuelta a casa".

Su coche rojo está de camino, pero no siento el menor deseo de pasar ni un segundo más de lo necesario con ella.

"Sólo lo hice por nosotros", susurra en voz baja, pero yo ya he dejado de escuchar y subo al coche por el lado del conductor. Mientras arranco el coche, recuerdo las palabras del doctor y veo a Larissa cada vez más pequeña en mi espejo retrovisor.

Esta vez no me seguirá, estoy seguro.

Mientras paso por delante del coche rojo y de la casa de huéspedes, estoy bastante seguro de que no volveré nunca más por aquí y me juro a mí mismo que no dejaré que ninguna mujer vuelva a acercarse tanto a mí como para descuidar mis asuntos de forma tan criminal.



Capítulo 36

OLIVIA

Tres días después.

"¿Así que es verdad?", me saluda Ally con expresión comprensiva y me abraza. Se me hace un nudo en la garganta mientras permanezco de pie frente a su puerta, aún aferrada a las dos bolsas de viaje que contienen mis pertenencias más importantes.

"Lo siento, ¿qué clase de amiga soy?", dice Ally. Me quita las bolsas y las mete dentro, junto a la puerta. Un trozo de papel cae al suelo y lo meto apresuradamente en el bolsillo exterior de una de las bolsas de viaje.

"¿Eso es...?", pregunta Ally, arrodillándose para recoger el documento.

"Es la orden de desahucio", balbuceo con voz ronca, sintiendo que se me humedecen los ojos y me vuelve a temblar la mandíbula inferior.

"Así que va en serio...", dice Ally con tono enérgico, guardándose de nuevo el papel en el bolsillo lateral y mirando más allá de mí, a lo lejos, hacia mi pensión. "Ese maldito gobernador". Ally cierra una mano en un puño y yo la admiro por su actitud combativa, mientras que a mí me ha abandonado todo coraje.

"Su chófer me entregó el documento y puso un sello en las puertas de entrada", explico, moqueando y pensando en la entrega que ha tenido lugar hace unos minutos.

Había esperado hasta el final que se tratara sólo de un error, aunque ya había recogido mis cosas y estaba sentada temblando nerviosamente en la silla detrás de mi mostrador, masticando el extremo de un lápiz hasta que se astilló y tuve que apartar las fibras de madera de mi lengua con los dientes.

Cuando la familiar limusina negra se detuvo en la entrada de mi casa, se me encogió el corazón. El conductor, de rostro adusto y nariz como si hubiera participado en numerosas peleas, se apeó.

"Tiene que irse ya", me dijo con un acento duro en la voz que no admitía discusión, y me entregó el documento. Luego me empujó a un lado y puso un sello en la puerta.

Me quedé un momento apoyada en la baranda y le miré con incredulidad mientras seguía trabajando en silencio, como si yo no estuviera allí.

"¿Hay algo más?", preguntó finalmente, mirándome con urgencia. "El papel lo explica todo", añadió señalando el documento que tenía en la mano. Sentí brevemente el impulso de rebelarme contra él, pero no sabía cómo ni dónde encontrar la fuerza para hacerlo.

Nunca sería capaz de enfrentarme a ese tipo yo sola. Además, ya era demasiado tarde. Aunque hubiera montado una escena, no habría cambiado nada con respecto al documento que tenía en la mano. Suspiré, cogí las bolsas, guardé el documento en uno de los bolsillos laterales y me dirigí a Ally con el corazón encogido. De camino, resistí el impulso de volverme. Entonces oí el ruido de un motor y, un instante después, la limusina negra pasó zumbando a mi lado. Seguro que era uno de los muchos trabajos del tipo. No parecía importarle lo que me pasara.

"De momento puedes dormir en el sofá", me dice Ally, sacándome de mis pensamientos.

"¿Quieres acostarte enseguida? Pareces cansada", me pregunta y me acaricia el brazo con cariño.

"No, está bien", respondo y me dejo caer de espaldas en el sofá, sobre los muchos cojines que me acolchan suavemente. Pero, básicamente, nada va bien.

Apenas he pegado ojo las dos últimas noches. Mi cabeza amenaza con estallar y está preocupada alternativamente por Henry, el préstamo atrasado y el desahucio. Me dije a mí misma que probablemente sería difícil para cualquiera calmarse mientras siguiera arrastrando semejante carga emocional.

Ally no se cansa de ofrecerme su ayuda, pero yo quería estar sola. Sólo sé que no soy buena compañía en estos momentos y no quiero ser para ella más carga de la que ya soy.

Para empeorar las cosas, la noche después de la desaparición de Henry, me dio un desagradable dolor de estómago que duró hasta el amanecer. Es demasiado en este momento.

Sospeché que el cacao se estaba vengando de mí e intentaba dejarme claro una vez más que debía mantenerme alejada de los productos lácteos. Sin embargo, nunca había experimentado dolores de estómago de esta intensidad, razón por la cual fui al médico a la mañana siguiente por precaución.

"Su marido también estuvo aquí ayer", me saludó el médico antes de que tuviera la oportunidad de explicarle mi problema. Lo miré en silencio y sentí un nudo en la garganta.

"El hombre de la ciudad que vive con usted y ustedes dos...", luego hizo una pausa, como si estuviera pensando en algo.

"Oh. Tiene una nueva mujer que estaba con él. Lo siento, ha sido una falta de tacto", se disculpó y cambió de tema. "¿Qué puedo hacer por ti?".

"¿Olivia?". La voz fuerte de Ally y su mano en mi hombro me hacen estremecer. El recuerdo del médico vuelve a desvanecerse. Giro la cabeza y miro a Ally a la cara.

"Acabo de recibir un mensaje. Tengo que irme un momento, un amigo de Conservación de la Naturaleza me ha dicho que tiene...". Hay un brillo en sus ojos, pero dejo de escuchar en cuanto dice la palabra organización de Conservación de la Naturaleza. Observo distraída el movimiento de sus labios y me doy cuenta con dolor de que Ally tiene vida propia. ¿De verdad puedo juzgarla por seguir sintiendo alegría incluso cuando yo me siento desgraciada?

"De acuerdo, estaré bien", respondo. "Hasta luego".

"Si eso es verdad, lo cambia todo", murmura mientras su mirada se detiene en mí un momento. Asiento en silencio, aunque no entiendo lo que quiere decirme. Luego me da un beso y poco después desaparece por la puerta con su bolso.

El sonido amortiguado de la puerta se desvanece y vuelvo a estar rodeada de un silencio solitario. Suspiro, me quito los zapatos, apoyo los pies en el sofá y no tardo en darme cuenta de que me pesan los párpados.

Poco después, el timbre de mi smartphone me sobresalta bruscamente. Miro a mi alrededor desorientada, pero entonces veo mis dos bolsas de viaje junto a la puerta y recuerdo dónde estoy. Me froto los ojos y me pregunto cuánto tiempo he estado dormida. Camino tambaleante hacia el timbre de mi smartphone. ¿Es el médico? Después de la revisión rápida, me ha sacado sangre y quiere volver a verme con los resultados del laboratorio.

El smartphone me muestra un número desconocido. Dudo un instante. Pero entonces recuerdo que no he guardado el número de la consulta y decido coger la llamada.

"¡Niña!", oigo la voz de mi madre, con lo que entrecierro los ojos convulsivamente y me los froto con la mano libre. ¿De verdad me voy a librar de algo?

"Ya nos hemos enterado. Pero es mejor así, cariño", continúa mi madre con voz ronroneante, sin esperar ninguna reacción por mi parte.

"¿Qué quieres decir, mamá?", respondo lánguidamente e inmediatamente vuelvo a sentir esa sensación de mi infancia. Esa presión en el pecho cuando ella vuelve a intentar culparme de algo.

"Lo de la pensión. El desahucio. ¿Lo has olvidado?", traga saliva. "No me extraña, con todo el azúcar que consumes. La droga de la civilización occidental que te hace...", empieza, cayendo en una de sus peroratas sobre nutrición.

"Ven a nosotros, querida. Libérate de todo lo mundano. Abre tu corazón y...". Oigo que llaman a la línea, me quito el teléfono de la oreja y veo que otro número igualmente desconocido está intentando llamarme.

"Mamá, hay alguien al teléfono. Adiós", la interrumpo, cuelgo y espero que no vuelva a llamar en unos días, como siempre hace en estos casos.

"Buenas tardes, señorita", me saluda la voz del médico tras responder a la otra llamada. Respiro aliviada y me siento momentáneamente aliviada por haberme ahorrado otra conversación desagradable.

"Ya están los resultados de su análisis de sangre", empieza diciendo el médico y luego vuelve a quedarse en silencio.

"Ya me lo imaginaba", respondo. "¿Y?".

"Bueno...", dice dubitativo. "¿Quieres venir? Así podemos hablarlo en persona".

"No, no quiero pasarme", siseo, sintiendo que mi rabia contenida se desata en un golpe contra el médico, que por supuesto es el menos responsable de mi desdicha.

"Dígame qué me pasa. Con mi suerte, tengo un tumor dentro de mí. Un cuerpo extraño que hay que extirpar y yo...", suelto, pero el médico me interrumpe.

"Bueno, no te equivocas con lo del cuerpo extraño. Pero en realidad es algo bueno. Aparte de la ya conocida intolerancia a la lactosa, el análisis de sangre ha demostrado que se ha quedado embarazada recientemente". El médico hace una pausa.

Las palabras son como un golpe en el pecho para mí y me desplomo hacia atrás en el sofá.

"Quería decírtelo en persona, pero...", empieza después de que yo no diga nada.

"¿Hola? ¿Sigues aquí?", pregunta finalmente.

"No puede ser", respondo con voz tranquila y temblorosa. "Entonces se me debe haber retrasado la regla". No quiero creer sus palabras.

"La ciencia ya está un poco más avanzada aquí. Es una coincidencia que me hicieran un hemograma completo. Esto puede determinar claramente el embarazo sólo 5 días después de la fecundación. Quizá los dolores de estómago estén relacionados con esto. Es raro en una fase tan temprana, pero en este contexto no deberíamos iniciar ningún otro tratamiento para la lactosa, sino esperar a ver qué pasa", me explica en tono serio.

"De acuerdo, gracias", le contesto con el labio inferior tembloroso y doy por terminada la conversación. Miro fijamente la pared en blanco que tengo delante y tengo la sensación de que una nebrura se extiende en mi interior, apoderándose de todos mis rincones. Al mismo tiempo, me doy cuenta de quién es el padre del niño que llevo dentro. Sólo hay un hombre con el que he

mantenido relaciones sexuales durante mucho tiempo y que probablemente sólo quería utilizarme para sus propios fines...

Unos instantes después, grito mi desesperación lo más fuerte que puedo. Pero, aparte de las paredes que me rodean, nadie puede oírme. Siento que las lágrimas salen disparadas de mis ojos y entierro la cara entre las manos.

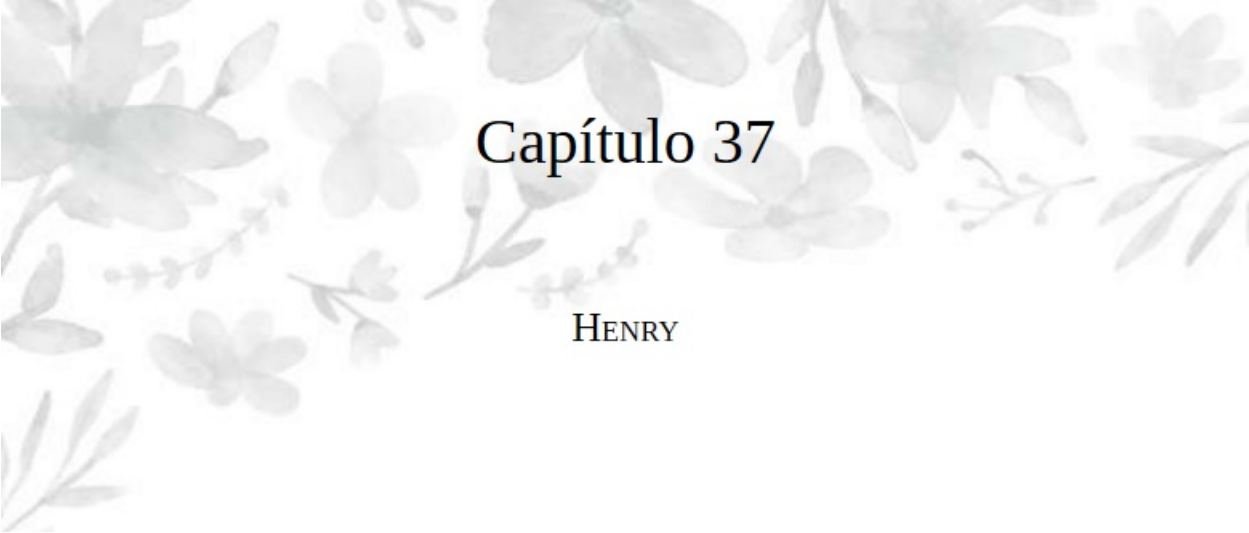
Al cabo de unos minutos, me seco las lágrimas y siento que el vacío se extiende. Miro a mi alrededor y me quedo clavada en mis dos maletas de viaje.

No puedo quedarme aquí, pienso. Será mejor que salga cuanto antes de esta miserable ciudad y empiece en un sitio nuevo. El piso compartido de Nueva York parpadea brevemente en mi mente, pero descarto la idea. Entonces viviría en la misma ciudad que Henry. Ni hablar.

Me invade una oleada de odio, sobre todo hacia mí misma. ¿Cómo he podido ser tan estúpida de involucrarme con él? Mi mirada se desvía hacia la mesita que hay junto al sofá. Ally ha dejado unos cuantos libros encima.

Con un movimiento brusco, empujo los libros al suelo, pero la rabia que llevo dentro no se calma ni un poco. En lugar de eso, uno de los libros cae sobre la mesita, haciendo que el pequeño y estrecho jarrón con un girasol en su interior se caiga. Finalmente, el jarrón se inclina hacia un lado y se rompe con un ruido sordo. La pequeña cantidad de agua que contiene se derrama por encima de la mesa y gotea sobre la alfombra clara del fondo.

"Mierda, joder", digo, medio enfadada, medio temblando. Ni siquiera puedo enfadarme de verdad. Entonces, ¿cómo puedo cuidar de un niño que crece dentro de mí?



Capítulo 37

HENRY

Nueva York, el mismo día.

"¿Qué pasa?". Levanto la vista de mi escritorio y veo a mi secretaria de pie. Me ha llamado desde su escritorio hace unos minutos y me ha pedido una reunión urgente e inmediata. Tuve que reprimir una sonrisa al oír la palabra *reunión*, pensando en cómo solían ser nuestros encuentros aquí en mi despacho y en cómo ella solía chupármela. La forma en que se anunciaba me pareció bastante extraña, pero no me dejó intimidar y por un breve instante me pregunté si no me habría echado de menos. Quizá quería recibirme con una mamada.

Sin embargo, en el momento que la tengo delante, no siento el menor deseo de dejar que me satisfaga. En lugar de eso, como suele ocurrir, la silueta de Olivia aparece en mi mente, a pesar de que he pasado los últimos días en innumerables reuniones e innumerables conversaciones con colegas enfadados y, por lo tanto, he estado debidamente distraído.

"Toma", dice mi secretaria con los labios apretados y coloca una carpeta de documentos sobre mi mesa. "Y debe saber que yo...", empieza, pero la corto.

"No es el momento", le hago señas y le tiendo la mano. "Quizá en otra ocasión". Me cuesta creer que esas palabras salgan de mi boca. Si alguien me hubiera dicho esto hace unas semanas, habría pensado que estaba loco.

"¿De verdad crees que estoy aquí *por eso*?", resopla despectivamente. Levanto la vista y creo ver que se le humedecen los ojos. "¡Me marchó! No me quedo aquí ni un día más. Cuando piense en lo que me has hecho, entonces...", se interrumpe, se pasa la mano por la cara y sale corriendo del despacho.

Desconcertado, la sigo con la mirada y abro la carpeta que me ha dejado. Sólo hay un documento: su dimisión por escrito. Estoy seguro de que tenía otra idea del traspaso y no volverá a venir aquí después de su actuación.

Saco el documento de la carpeta y lo coloco sobre el montón de dimisiones que Bill me ha puesto en la mano con un suspiro de alivio a mi vuelta.

He mirado las dimisiones y he mantenido numerosas reuniones para averiguar quiénes eran esas personas y qué cargo ocupaban. De repente me di cuenta de que la empresa que había construido por mi cuenta se había convertido en el hogar de un puñado de controladores y contables. Personas que sin duda hacían su trabajo a conciencia, pero que no eran cruciales para el negocio. Así que no me queda del todo claro por qué Bill montó tanto jaleo con todos los despidos. A mí sólo me costó unas cuantas llamadas y anoche ya me había asociado con una empresa que pronto se encargaría por completo de mi contabilidad. En ese sentido, las salidas son una bendición para mí.

Por supuesto, también ha habido algunas salidas dolorosas y mi secretaria fue sin duda una de ellas. Aparte de las mamadas, siempre me alegró tener a alguien que se ocupara de mis citas y mantuviera a raya todas las demás pequeñeces. Tardaría mucho tiempo en encontrar una sustituta adecuada.

Vuelven a llamar a la puerta y, con un lacónico "adelante", hago un gesto al invitado para que entre. Ya estoy echando de menos los avisos de visita de mi secretaria por teléfono. Cuando la puerta se abre lentamente, me pregunto si será ella la que ha decidido descargar su frustración y su ira directamente sobre mí.

En cambio, veo la cara de Bill cuando se cuela por el hueco y cierra la puerta tras de sí.

"¿Qué puedo hacer por ti, Bill?", pregunto sin intentar ocultar el tono molesto de mi voz. Ya me imagino lo que quiere. Lo mismo que los últimos días.

"¿De verdad no tienes ni idea de adónde puede haber ido?", me pregunta, jugando nerviosamente con los dedos de la mano.

"Por Dios, Bill. Olvídate de ella. De una vez por todas. Ya te he dado su nuevo número de teléfono. Si no te llama, será por algo", le digo y me levanto bruscamente.

"Discúlpame, tengo otra cita fuera de la oficina", miento sin pudor y le hago un gesto para que salga de mi despacho.

Se queda un momento en su sitio y nos miramos en silencio. En ese momento, me pregunto qué ha sido de nosotros dos. Es evidente que ambos hemos dejado entrar en nuestras vidas a una mujer que no podemos quitarnos de la cabeza. Lo que más me gustaría es que olvidara a Larissa. Pero yo mismo sé que no es tan fácil desconectar. Por eso le he dado su número de teléfono. Pero si ella ha decidido no devolverle la llamada, no puedo hacer nada por él.

"¡Mujeres!" dice finalmente Bill, rompiendo el silencio. "Probablemente deberíamos follárnosla. Como solíamos hacer". Como no le contesto y me limito a mirarle impasible, se aparta.

Me doy la vuelta y dejo que mi mirada se pierda por la ventana, desde donde tengo una magnífica vista de la zona del bajo Manhattan. Donde antes veía prestigio y riqueza, en este momento sólo veo torres sin alma rodeadas por el ajetreo de los peatones y los bocinazos de los conductores molestos en los atestados atascos. Intento convencerme de que mis sentidos me engañan, pero sé que no es así. Mi perspectiva ha cambiado.

Entonces me doy la vuelta para marcharme, bajo en ascensor hasta el aparcamiento y dirijo mi todoterreno negro hacia el puerto. El trayecto me crispa los nervios. Probablemente habría llegado antes a pie.

Media hora más tarde, estoy caminando por el muelle, para llegar poco después a mi nuevo yate. Pensaba que estar en el agua me tranquilizaría un poco. Pero en lugar de eso, todo lo que veo es ostentación sin sentido que no me llena de la alegría que esperaba obtener de la compra.

Miro los numerosos yates de gran tamaño anclados solitarios junto al mío, esperando a que sus propietarios les hagan una visita rápida el fin de semana después de todas las reuniones.

En silencio, subo a bordo y paso las yemas de los dedos por la sobrevalorada y fría superficie de mármol blanco, que hace apenas unas semanas no podía ser lo bastante cara para mí cuando la encargué. Me llama la atención la pequeña nevera que hay junto a la bañera de hidromasaje. La instalaron allí a petición mía. Abro la puerta y veo que está llena hasta arriba de botellas de vino espumoso. Cuando lo pedí, me empalmé porque me imaginaba duchas de champán con tres o cuatro jovencitas en mi bañera de hidromasaje y en alta mar.

Hoy, no siento nada cuando pienso en ello. Nada, salvo una opresión en el pecho.

Saco una de las botellas y la abro, con lo que el corcho aterriza en mi palma con un suave chasquido. Sin buscar un vaso, bebo un buen trago de la botella y siento cómo el líquido espumoso me recorre la garganta.

Al vaciar rápidamente la mitad de la botella, una fiesta en un jacuzzi ya no parece tan descabellada. Tal vez esto me distraiga y la opresión que siento en el pecho desaparezca si me divierto con varias mujeres.

Cojo la lona del jacuzzi. Intento visualizar algunas bellezas en mi mente, pero siempre vuelvo a Olivia tumbada frente a mí en el prado junto al río.

Entonces mi mirada se posa en el agua asquerosamente verdosa de la bañera de hidromasaje, que probablemente no ha sido tratada con cloro en varios días. El pensamiento de las fiestas en la

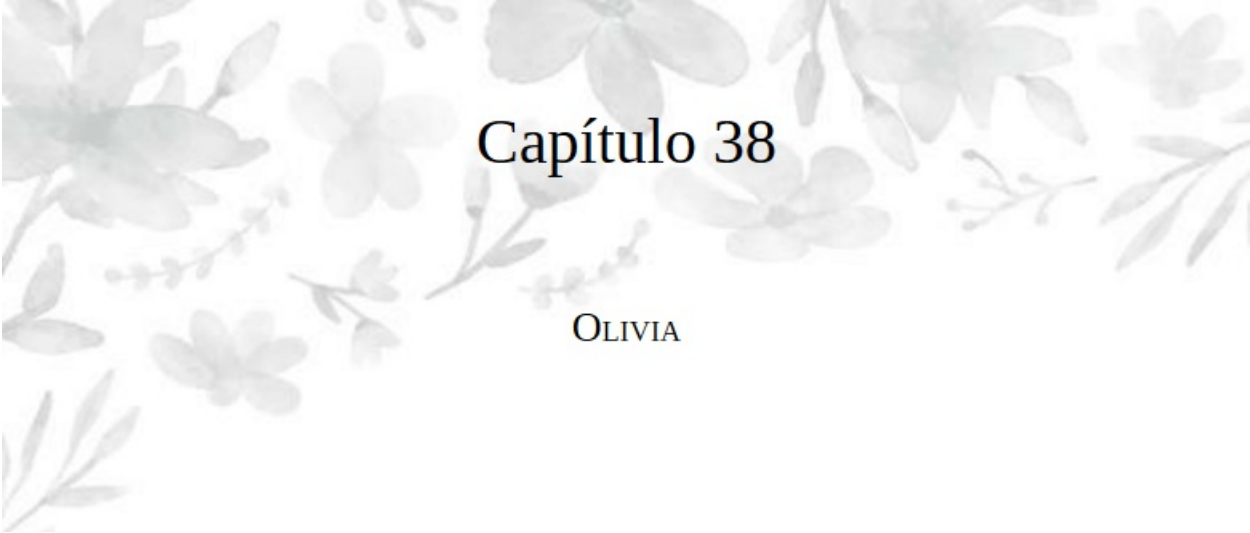
piscina se evapora al instante y me vienen a la mente los charcos marrones de apestoso caldo de cerdo de mi juventud.

Me vienen recuerdos a la cabeza. Primero aparece Olivia, luego su amiga, Michael, el Gobernador...

"Todo es culpa tuya", digo furioso, pensando en el Gobernador que me atrajo a este maldito lugar y al que tengo que agradecer toda la mierda de mi compañía. Tiro con rabia por la borda la botella de champán medio llena, que se hace añicos con un golpe sordo contra la pared exterior del barco vecino.

Abandono el yate a toda prisa. La idea de la fiesta en el jacuzzi se desvanece tan rápido como llegó y queda eclipsada por los sentimientos de venganza hacia el gobernador. Es hora de vengarse de él. Una sonrisa macabra se dibuja en mi rostro y me doy cuenta de que he dejado pasar demasiado tiempo.

Ya tengo una gran idea.



Capítulo 38

OLIVIA

De rodillas y con un paño de cocina en la mano, limpio el líquido turbio de la mesa. También intento detener la mancha húmeda de la alfombra, pero me parece que sólo estoy esparciendo aún más el agua de flores por la alfombra.

Exhalo con un suspiro, dejo caer el paño de cocina húmedo sobre la mesita y vuelvo a mirar mis dos bolsas de viaje. ¿Se ofenderá Ally si pido un taxi y me voy sin despedirme?

Después de la llamada con el médico, me planteo por un momento si quiero tener el bebé. Al momento siguiente, me avergoncé de pensarlo y me di cuenta de que, sin duda, quería tener el bebé. Incluso en la universidad soñaba con tener una familia.

Trago saliva al darme cuenta de que el concepto de familia en este caso será diferente del que imaginaba entonces y me pregunto si el niño tendrá algún día un padre....

El ruido de un coche que entra a gran velocidad por el camino de grava de la granja de Ally llega a mis oídos e interrumpe mis pensamientos. Mientras enderezo la espalda y levanto la cabeza para mirar por la ventana hacia el camino de entrada, siento que se me hunde el estómago. Entrecierro los ojos al ver que el coche ha levantado mucho polvo y se detiene de repente justo delante de la puerta. ¿No es eso...?

Los caballos del establo de al lado relinchan excitados. Estoy segura de que Ally se habría apresurado a salir por la puerta principal y le habría echado una mirada severa al conductor, diciéndole que ese estilo de conducción era malo para los animales y que debería ir más despacio la próxima vez.

Un momento después, el polvo se asienta lentamente y reconozco la silueta del coche con más claridad. Efectivamente: el coche pertenece a Ally. Ha subido por la entrada de su casa a la misma velocidad. Entonces empieza a sonar el claxon, seguido de relinchos aún más agitados procedentes del establo.

¿Por qué está tan agitada? ¿Qué puede haberla alterado tanto como para descuidar sus propios principios? Estoy segura de que no puedo soportar otra mala noticia. Me levanto lentamente y doy unos pasos hacia la ventana.

Ally vuelve a tocar el claxon, me ve y me hace señas con los brazos. Se me encoge el corazón y se me pasan por la cabeza todo tipo de pensamientos. Petrificada, la miro y veo cómo abre la puerta del coche, salta y viene corriendo hacia la puerta con un trozo de papel en la mano.

"Olivia, no te lo vas a creer...", jadea emocionada y mira a su alrededor un momento, buscando, después de haber arrancado literalmente la puerta y de que ésta haya golpeado la pared de detrás con un ruido sordo. Cuando me ve en la ventana, camina rápidamente hacia mí. Su agitación interior me contagia de inmediato y casi puedo oler su excitación. El corazón me late con fuerza.

"Esto lo cambia todo", me explica, agitando el papel que tiene en la mano y que no consigo descifrar. Luego espera, como si no entendiera por qué yo no estoy tan emocionada. Ally frunce el ceño y sólo parece mirarme más de cerca, fijándose en las ojeras. Debo de tener un aspecto horrible.

"Todo irá bien en un minuto", me dice, acariciándome suavemente el brazo y girando la hoja de papel hacia mí.

"La organización de protección de la naturaleza tiene acceso a la base de datos pública de todos los estudios del suelo de la región", empieza mientras yo miro a un lado y a otro entre su cara y la hoja de papel, sin comprender. "Hay un informe para el terreno de tu casa de huéspedes. Tiene doce meses y lo encargaron tus abuelos. Dice... espera un momento", Ally baja los ojos y mira la hoja de papel.

"La calidad del suelo es de primera clase". Ally exhala audiblemente y me mira eufórica. Pero yo no puedo compartir su alegría y sigo sin entender qué tiene de genial.

"Olivia, entiéndelo. El suelo de tu propiedad no está contaminado. Está bien", me explica, mirándome con las cejas levantadas.

Por primera vez desde la conversación con el médico, mis pensamientos ya no se centran en el niño que llevo en el vientre. Sin embargo, estoy demasiado confusa para darme cuenta de lo que eso significa. Ally parece ir un paso por delante.

"¡El gobernador! Está tramando algo", me dice, carraspea brevemente y continúa. "Le he dado la primera carta tuya a mi amigo de Conservación de la Naturaleza". Hay un tono de disculpa en su voz y estoy segura de que sabe que debería haberme preguntado primero a mí antes de enseñar la carta a nadie más. Al fin y al cabo, es asunto mío.

"Lo siento, no quería darte falsas esperanzas", añade mientras cruzo los brazos delante del pecho.

"No pasa nada. Gracias", le devuelvo tras un breve silencio y decido que no tiene sentido enfadarme con Ally, que es la única que tiene buenas intenciones aquí y, como suele ocurrir, conmigo.

"De todos modos, menciona el estudio del suelo del que te hablé", me dice, haciendo una pausa para dar aún más impacto a sus palabras. "¡Olivia! Eso es mentira. Todo lo que dice la primera carta del gobernador para ti es una gran mentira. ¿Lo entiendes?".

Asiento en silencio y siento que una pequeña chispa de esperanza parpadea en mi interior. Pero entonces vuelve a mi mente la conversación con el médico y me doy cuenta de que nada volverá a ser como antes. Aunque pudiera quedarme con la pensión, aquí en Harpers Ferry siempre sería la niña tonta a la que dejó preñada el travieso ricachón del pueblo. Una lágrima rueda por mi mejilla y trago saliva.

"Olivia...". Ally me coge en brazos. "Sé que están pasando muchas cosas en este momento. Pero todo va a salir bien", me susurra al oído, abrazándome al mismo tiempo. "Tenemos que enfrentarnos al gobernador. No tienes que hacerlo sola. Puedo ayudarte si quieres...".

"Estoy embarazada, Ally", la interrumpo con voz temblorosa, contenta al mismo tiempo de no estar mirándola a la cara en este momento, sino a la pared que hay detrás de ella. "De él...", trago saliva y una lágrima silenciosa vuelve a correr por mi mejilla.

Durante un breve instante, no ocurre nada. Nos rodea el silencio y a lo lejos oigo el relincho de un caballo desde el establo.

Ally suelta el abrazo, me agarra las manos y me mira fijamente. No veo ningún reproche, desprecio o crítica en su mirada. Me mira con cariño y determinación, con una sonrisa de labios finos, y me aprieta las manos con fuerza.

"Olivia. Estoy aquí por ti. No me canso de decírtelo. Soy tu amiga, tu vecina. Y si quieres, podemos hacer esto juntas. No estás sola".

Hay otra pausa y siento una chispa acogedora y cálida de esperanza brotando dentro de mí. Nada de esto es ideal, pero la perspectiva de tener a alguien a mi lado que me apoye me da un poco más de valor.

"Gracias", susurro, conmovida, y esta vez soy yo quien la toma en brazos y la abraza con fuerza.

"Pero qué pensará la gente del pueblo cuando se entere...", empiezo y hago una pausa. "Quizá debería criar a mi bebe en otro sitio y...". Entonces Ally me interrumpe, suelta el abrazo y vuelve a cogerme las manos.

"Oh, ¿qué me importa lo que piense la gente?", dice, haciéndome un gesto para que me vaya. Esta afirmación me sorprende. Tengo que admitir que había juzgado mal a Ally al respecto. "En

el campo, la gente ayuda cuando hace falta. Por supuesto, la gente habla de los demás y aquí también hay algunos tipos raros. Pero ya has visto a la mayoría. Pasan el rato en el bar. Los demás son bastante simpáticos", dice sonriéndome.

Una sonrisa pálida se dibuja en mi cara y, una vez más, Ally me sorprende. No pensaba que fuera tan profunda, me avergüenzo de admitir que a veces he pensado que era un poco torpe y la típica chica de pueblo. Probablemente sea más lista, inteligente y guapa que yo. Puedo estar agradecida de que me aguante.

"¡Sugerencia!", dice y estira la espalda. "Primero cogeremos al gobernador y recuperaremos tu pensión. Luego aún puedes decidir si quieres vivir en ella o no".

Guardo silencio un momento y miro a Ally a los ojos. La cálida sensación en mi pecho se hace más fuerte.

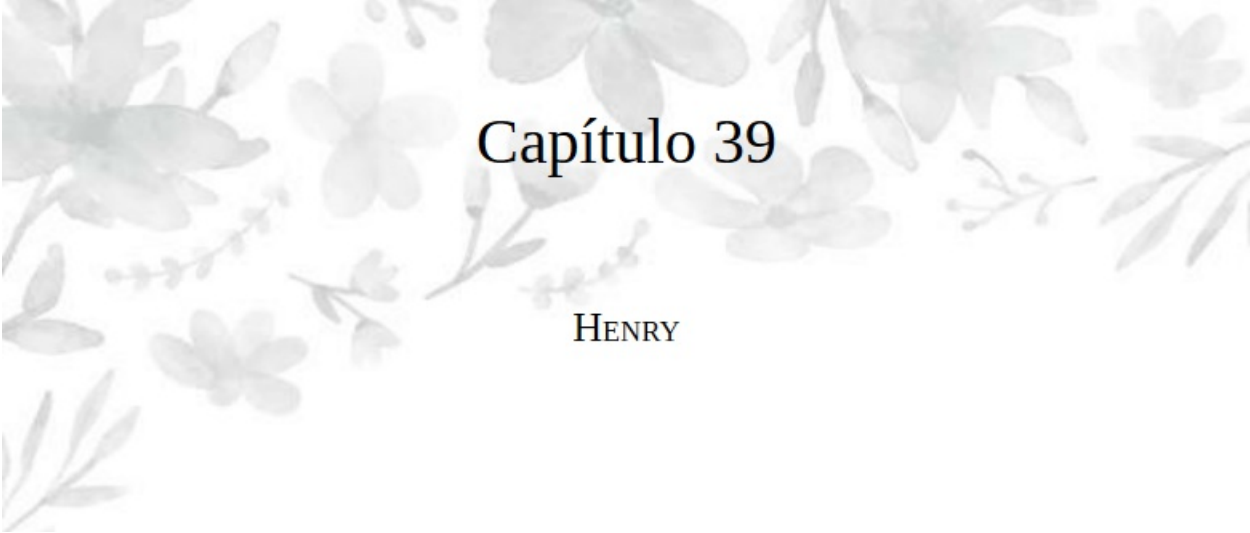
"¿Qué haría yo sin ti?", suspiro y le doy un beso en la mejilla.

"¿Eso significa que te apuntas?", dice Ally con una sonrisa de complicidad en la cara.

"Sí, me apunto. Vamos a enfrentarnos al gobernador y...". Hago una pausa y el breve momento de valentía se evapora al darme cuenta de que no tengo ni idea de dónde encontrar al hombre al mando de todo un estado de Estados Unidos. ¿Deberíamos llamar a su oficina y pedir una cita? Puede que funcione, pero tardará semanas, si es que la cita tiene lugar.

"No tengo ni idea de cómo vamos a hacerlo", añado.

"Pero yo sí", dice Ally y me guiña un ojo. "Mira esto".



Capítulo 39

HENRY

Cambiar de carril con frecuencia de camino a la oficina no me hace ir más rápido, lo sé a ciencia cierta, y hay cientos de pruebas de científicos del tráfico que lo confirman. Sin embargo, me siento bien volviendo así hacia el distrito de Manhattan. Al menos tengo la sensación de estar haciendo algo y no quedarme atrapado detrás de los taxis en el siguiente semáforo.

Me detengo de nuevo en el siguiente cruce, tamborileo nerviosamente sobre el volante y me pregunto por qué siempre hay un semáforo en rojo cuando menos lo necesitas.

Mis planes de venganza pasan por mi cabeza. Ya he descartado varias posibilidades que suenan complicadas en el corto trayecto hasta aquí. Al principio había pensado en algo parecido a lo que me hizo a mí. Proporcionar a la prensa un poco de material para que se le fuera la boca.

Pero enseguida me di cuenta de que ése no es mi estilo. Si tengo algo que aclarar, lo hago directamente y sin rodeos. Además, de todos modos aún tengo una cuenta pendiente por el golpe con la puerta del coche.

El semáforo se pone en verde y acelero mi todoterreno, pisando a fondo el pedal del acelerador y dejando atrás a los coches que tengo al lado y detrás.

Y de repente sé exactamente cuál es mi método favorito. Voy a atraerle hasta aquí. Con la cantidad adecuada de dinero, eso no debería ser un problema. Y tan pronto como estemos cara a cara, voy a darle un puñetazo y espero expulsar su amplia sonrisa blanqueada. Sí, una buena pelea. Ese es exactamente mi método preferido para hacer algo así...

El timbre de mi smartphone detiene mis pensamientos. Echo un breve vistazo a la pantalla que hay junto al volante y veo que aparece un número desconocido del prefijo de Harpers Ferry.

Por un instante, vuelvo a ver a Olivia delante de mí y me pregunto si me estará llamando desde el viejo teléfono que sus abuelos dejaron en la casa de huéspedes.

"¿Hola?", saludo a mi interlocutor, intentando sonar lo más informal posible.

"Hola", me saluda una voz masculina. Mientras se presenta, me doy cuenta de que me llama el médico del pueblo de Harpers Ferry. ¿Cómo ha conseguido mi número? Pero es verdad, en mi primera visita tuve que rellenar una hoja con mis datos personales.

"Sé que debe de estar muy ocupado, pero he pensado que un hombre con su enfermedad y sus recursos debería beneficiarse en la medida de lo posible de los últimos descubrimientos de la investigación. Sobre todo después del reciente incidente", empieza. Frunzo el ceño y vuelvo a preguntarme por qué un médico del campo se imagina que sabe más sobre mi enfermedad y su tratamiento que un médico jefe de una gran clínica neoyorquina que acaba de ganar un premio nacional.

"¿Es así?", pregunto con tono molesto.

"¿Significa eso que no le interesa?". Parece realmente sorprendido.

"Significa que me pregunto por qué un médico de Harpers Ferry pretende saber más que todos los demás médicos", respondo.

"Puedo entender tu escepticismo", comienza y se aclara brevemente la garganta. "Permítame explicarle brevemente de qué se trata".

"De acuerdo", refunfuño y dirijo el coche, que sigue cambiando alegremente de carril, por los atestados callejones en dirección a la consulta.

"En fin, hay un nuevo medicamento. Se han completado los ensayos clínicos. Se ha probado a largo plazo y te permite vivir sin preocupaciones. Básicamente, puedes simplemente olvidarte de tu hemofilia y tú..."

"Ve al grano", le interrumpo y me pregunto por qué le estoy escuchando.

"Ah, ahora lo entiendo", dice con una voz mucho más aguda que antes. Me lo imagino dándose una palmada en la frente con la palma de la mano, pero por supuesto no puedo verlo.

"Comprendo que tengas la cabeza en otra parte. Lo de la pensión debe de ser un duro golpe para ti y para tu mujer", vuelve a hacer una pausa, como si se le ocurriera algo más.

"Oh querido, estuviste aquí la última vez con la otra... señora. Por favor, olvida lo que he dicho".

"Quiero saber más", vuelvo a preguntar con energía, frunciendo el ceño y manteniendo el coche constantemente en el carril derecho porque la conversación requiere toda mi atención. "¿Qué pasa con la casa de huéspedes?".

"Lo siento, no debería haber dicho nada. Yo...", balbucea.

"Bueno, cuéntame. ¿Qué pasa con la pensión?", respondo más alto de lo que pretendía.

El médico guarda silencio un momento y finalmente suspira. "Muy bien. Seguro que se enterará sin mí. De todas formas, casi todo el mundo en el pueblo ya lo sabe".

"Vaya al grano", le amonesto y siento que se me acelera el pulso.

"El gobernador", empieza y tose. Estas dos palabras por sí solas hacen que me incorpore y preste atención y me alegro de estar de nuevo en un semáforo en rojo, de lo contrario seguramente habría frenado de golpe. "Hizo cerrar la pensión a la fuerza, probablemente haya un estudio del suelo que lo demuestre...".

"Ah, a eso te refieres", digo, tratando de estar lo más tranquilo posible, aunque una tormenta se desata en mi interior. "Sí, eso apesta. Estamos en ello", añadido con la misma calma, pero noto la rabia a punto de estallar. Pero no voy a hacerme el ignorante con un médico de pueblo cualquiera, donde ningún secreto está a salvo.

"Tiene razón. Ya hablaremos otro día", me despido, me dirijo al aparcamiento vacío que he visto hace un momento y detengo bruscamente el coche.

Respiro hondo e intento calmarme, pero mi odio hacia el gobernador sólo parece haber aumentado. Me froto las sienes en círculos, cierro los ojos brevemente y me lo imagino arrodillado ante mí, gimoteando, después de haberle dado una paliza. Olivia está contenta a mi lado y...

¡Olivia!

Una sacudida me recorre el pecho al darme cuenta de que esta información lo cambia todo. Hasta ese momento, pensaba que esto era entre el Gobernador y yo y que tal vez habría una oportunidad una vez que todo se solucionara, aunque eso parece relativamente inútil.

La idea de darle una bofetada me sigue pareciendo atractiva. Pero hay algo más en juego que una simple toma de poder. Claro que su campaña mediática fue molesta, pero en el fondo podría agradecerle que sólo hayan dimitido unos pocos empleados, cuyos puestos de trabajo puede asumir cualquier agencia en un santiamén.

Si Michael realmente había causado que el sustento de Olivia fuera arrancado de debajo de sus pies, entonces...

Sin pensarlo dos veces, decido llamar a Michael. Temblando de rabia, marco su número y espero que tenga las pelotas para coger la llamada.

"¡Henry! Es un placer", me saluda su voz, alargando innecesariamente cada sílaba.

"¿Qué has hecho, Michael?", le pregunto con los dientes apretados. "¿Por qué has cerrado la pensión?".

"Ah, eso es lo que te interesa". Pone tanto desprecio en su voz que me dan ganas de saltar a través del teléfono. "Parece que le has cogido cariño a esa chica. Es una lástima. Y yo pensaba que estábamos en la misma onda en lo que se refiere a las mujeres".

"Creo que yo mismo te haré una visita a tu despacho y luego veremos si gimoteas como en el barracón, sucio cabroncete", grito por el sistema de manos libres.

"No permitiré que se frustren mis planes, Henry", responde en tono tranquilo pero serio. Aunque no ha respondido a mis palabras, parece expresarse un poco más despacio y pensativo para no provocarme más.

"Construiré el vertedero. En caso de duda, sin ti. El sitio es ideal y ya he encontrado una empresa de paja que puede hacerlo", me dice. No me cabe duda de que las palabras no son ciertas.

"Y ahora discúlpeme. Voy de camino a Har...", se interrumpe y se oye un crujido en la línea.

"Quiero decir a una cita", grazna Michael con dificultad y finalmente cuelga.

Qué extraño. Me detengo un momento. ¿Por qué ha colgado tan rápido? ¿Me equivoco o ha querido decir que se dirigía a Harpers Ferry?

El corazón me late tan deprisa que amenaza con salirse del pecho. Miro la pantalla junto al volante y selecciono *Navegación*. La dirección ya está guardada allí. Nunca he conducido hasta allí en este coche, pero he guardado la dirección de antemano porque nunca me he quitado de la cabeza la idea de haber desaparecido allí tan rápido.

Se inicia la navegación, me dice la voz femenina del ordenador después de haber pulsado sobre el destino. *La duración estimada del viaje es de 4 horas y 13 minutos*, añade poco después.

Sería de risa que no pudiera superar ese tiempo en al menos una hora. Juego con el acelerador y el motor ruge con fuerza. Allá vamos.

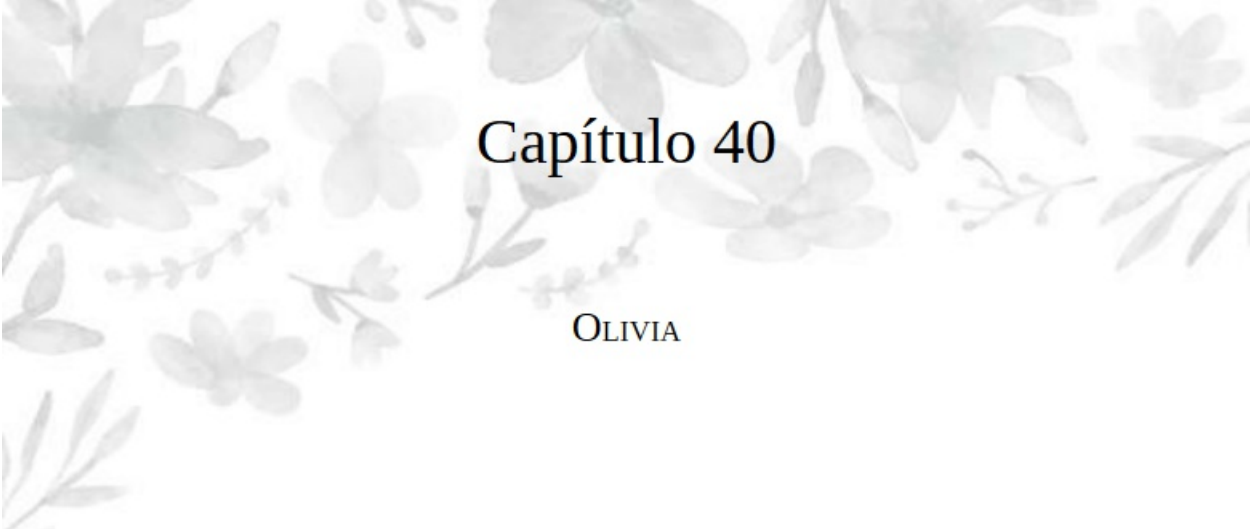
Me incorporo al tráfico fluido y de repente me invade una sensación de calma, unida a la certeza de que esta decisión es la correcta.

Porque sé que no es mi rabia ciega contra el gobernador lo que me hace tomar la ruta hacia Harpers Ferry. Me he dado cuenta de que no puedo dejar sola a Olivia en una situación tan difícil, ni quiero hacerlo.

Haré todo lo que pueda para recuperar la pensión para ella. Me deje o no. En cuanto lo haga, quizá vuelva a escucharme y esta vez no me guardaré nada.

En mi mente, vuelvo a verla tumbada en la hierba frente a la cabaña de pesca, sonriéndome, y siento en lo más profundo de mi ser que he dejado atrás en Harpers Ferry mucho más de lo que jamás creí posible.

Atención, está sobrepasando el límite de velocidad, me dice el sistema de navegación cuando ya he entrado en la autopista y acelero de inmediato. Desactivo estas instrucciones con un par de clics porque estoy seguro de que tendré que escuchar esta frase en bucle continuo durante las próximas horas.



Capítulo 40

OLIVIA

Unas tres horas después.

"¿Y de verdad estás segura de que va a venir?", pregunto, mirando por la ventana por lo que me parece la enésima vez y golpeando nerviosamente con los dedos el reposabrazos del sofá.

"Pero sí. Escribió que llegaría tarde. Mira", contesta Ally, deja las dos tazas de té humeantes en la mesita de café frente a mí, coge su smartphone y me enseña el historial de chats con un tal Carlos. El último mensaje que aparece es que se le ha averiado el coche y que, por lo tanto, llegará un poco tarde.

"Vale, suena plausible", respondo en tono pensativo, mirando de nuevo por la ventana e intentando dejar a un lado mi escepticismo. Cojo la taza que Ally me tiende y bebo un sorbo. El té de hierbas caliente se desliza suavemente por mi garganta y es justo lo que necesito en este momento.

"Comprendo tus dudas, cariño", responde Ally, como si percibiera que aún no estoy del todo convencida. Se sienta en el pequeño taburete acolchado que hay junto al sofá y apoya la mano en la rodilla.

"Todos los miembros de la asociación de Conservación de la Naturaleza también se mostraron escépticos al principio. Pero Carlos ha explicado largo y tendido que está harto del gobernador porque le dejó tirado tras un incidente en el barracón del otro lado", explica Ally, señalando en dirección al establo de caballos, detrás del cual se ve el barracón.

"De acuerdo. Eso suena muy bien", digo en voz baja, un poco más convencida.

"En cuanto nos dimos cuenta de que tu estudio del suelo era falso, llamamos enseguida a Carlos y quisimos enfrentarnos a él. Queríamos saber si estaba implicado. No podemos tolerar a alguien así en nuestra organización de Conservación de la Naturaleza", me explica Ally, aclarándose brevemente la garganta.

"Estaba totalmente conmovido y fue idea suya atraer al gobernador hasta aquí. Apenas pareció decidirse y recalcó varias veces lo feliz que estaba de luchar por fin en el lado correcto", continúa.

"La Conservación de la Naturaleza es algo muy bueno", respondo y al pronunciar estas palabras me doy cuenta de que es la primera vez que hablo positivamente de ella.

Ally me sonríe con los labios entrecerrados y parece realmente complacida por mis palabras. Me doy cuenta de que estaría completamente perdida sin la ayuda de Ally y la Asociación para la Conservación de la Naturaleza. Incluso me avergüenzo un poco de haber sido tan escéptica con este tipo de asociaciones. Tomo un sorbo y miro a Ally por encima del borde de la taza.

"¿Crees que podré hacerme miembro cuando esto acabe?", pregunto con cautela.

"Me encantaría". Ally se tapa la boca con las manos, mueve el culo en el taburete y grita como si le hubiera hecho un regalo especial.

"Venga, dame un abrazo... Ay". Ally se levanta bruscamente del taburete y estira los brazos, pero luego vuelve a dejarse caer en el taburete con expresión dolorida y se agarra el tobillo derecho.

"¿Qué te pasa?" Me levanto de un salto, me arrodillo en el suelo junto a Ally y la rodeo con el brazo.

"Qué tontería. Ayer me hice daño al montar a caballo", explica, encogiéndose de hombros y frotándose el tobillo. Miro hacia abajo y sólo veo el extremo de una venda gris asomando bajo el calcetín y respiro aliviada.

"¿Pero no me has dicho nada?"

"Ya tienes bastantes problemas", responde, acariciándose de nuevo el tobillo y mirándome.

"¿Has ido al médico?", le pregunto.

"No, solo por eso", me dice y me hace un gesto para que me vaya. Luego intenta levantarse de nuevo, pero se quita el peso del pie rápidamente y cojea hacia la cocina.

"Un médico debería echar un vistazo", añadido, poniéndome las manos en las caderas.

"Solo me he levantado un poco torpe, seguro que me pondré bien", me tranquiliza Ally, forzando una sonrisa que no consigo quitarle de la cara.

Creo que esta vez me toca a mí cuidar de Ally y no al revés. Estoy a punto de volver a decirle algo cuando mi sonido inicial se ve bruscamente interrumpido por el timbre del smartphone de Ally.

Ally lo mira y lee el mensaje que acaba de recibir. Luego me mira a mí.

"El mensaje es de Carlos. Quiere que vayamos a la cabaña del otro lado del río. Ha atraído al gobernador hasta allí y llegará en unos quince minutos. No llegará a tiempo porque su coche

sigue teniendo problemas. Nos reuniremos con él allí", me cuenta Ally el contenido del mensaje.

"¿A la cabaña? Pero, ¿por qué allí?", pregunto escéptica.

"Probablemente sea culpa mía", dice Ally, tragando saliva. "Le dije a Carlos que se asegurara de que el gobernador vaya a un sitio donde no pueda escapar tan fácilmente".

"Vale, pero primero vamos al médico... por lo de tu tobillo", le explico, poniéndome en pie y caminando hacia la puerta.

"Eso no es oportuno. Dice que el gobernador llegará en quince minutos. Seguro que no esperará eternamente si no hay nadie".

"¿Y tu tobillo?", le pregunto a Ally, señalando su pie.

"Tendrá que esperar un momento", dice entre dientes apretados. "No discutas", añade desafiante, como si intuyera que estoy a punto de contradecirla.

"De acuerdo", le digo. "Pero después de eso, directa al médico, ¿entendido?". Esta vez adopto un tono severo. Ally sonríe brevemente y asiente.

Atravesamos la puerta hasta su coche y subimos. Ally arranca, pone la palanca automática en Drive y acelera, con lo que el coche empieza a moverse lentamente, tartamudeando. Subimos por el camino de entrada con un bache. Por un momento, me pregunto si nuestro coche está a punto de averiarse y tenemos el mismo problema que Carlos. Entonces Ally se detiene y me mira con expresión de dolor.

"¿Qué te pasa, Ally?", pregunto sin comprender.

"Mi tobillo...", dice en voz baja. "No puedo conducir. Me duele al acelerar", dice y baja los ojos. Me trago el nudo que tengo en la garganta. Mis pensamientos se agolpan. ¿Cómo vamos a llegar a ninguna parte en este momento? ¿Pido un taxi? Pero aquí, en el campo, nunca llegará a tiempo. La rabia y la decepción se apoderan de mí al darme cuenta de que corro el riesgo de perder mi única oportunidad de recuperar mi pensión.

"Cambiaremos de sitio", digo con decisión, antes de darme cuenta de lo que significa.

Ally empieza a protestar, pero se detiene. Probablemente se da cuenta de que no tenemos otra opción.

"No es que no haya conducido nunca", le explico, recordando las horas que pasé en el coche de mis abuelos, yendo y viniendo por el camino de entrada. "Mis padres no me dejaron sacarme el carné de conducir y nunca me puse a ello", le explico después de rodear el coche y hacerle un gesto para que se acerque.

No sé por qué nunca me saqué el carné. Puede que una parte de mí crea en las palabras de mis padres, que no dejaban de intentar convencerme de que no era lo bastante buena. Hoy eso se ha

acabado, me doy cuenta en este momento.

El coche se pone en marcha. Subo lentamente por el camino de entrada y lo conduzco con cuidado hasta la carretera. Me detengo brevemente y ajusto el retrovisor a mi altura. Por un instante, imagino que veo en él un todoterreno negro. ¿Me equivoco o el coche está aparcado al borde de la carretera? Mi mirada se detiene un instante en el coche y me pregunto si podría ser el Gobernador. Pero, ¿por qué estaría ahí parado? ¿O nos está esperando?

Acelero con cuidado y noto cómo la dirección del coche ocupa toda mi atención. Sin embargo, pronto se instala una especie de hábito y me asombra lo rápido que sucede. Ally me mira incrédula y se agarra al asidero que hay encima de su asiento por precaución, como si se estuviera preparando para una colisión en cualquier momento.

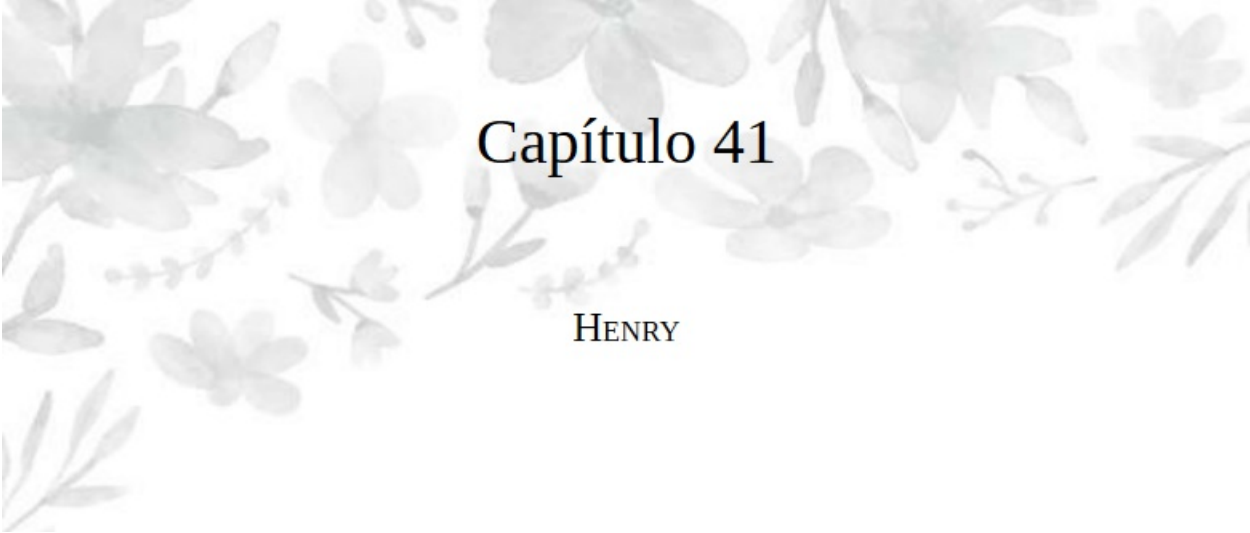
Seguimos nuestro camino en silencio y, a cada coche aparcado que esquivo, me siento más segura. Por fin me dice: "Por ahí", y en la siguiente bifurcación me señala el puente y la otra orilla del río.

Pongo los intermitentes y vuelvo a mirar por el retrovisor. El todoterreno negro ha desaparecido. El coche no parece seguirnos. Exhalo un suspiro de alivio y me alegro de que podamos llegar antes que el gobernador.

Cuando salimos de la carretera asfaltada poco después del puente y nos dirigimos a través del bosque hacia los contenedores de obra, aminoró la marcha.

Las posibilidades de la conversación que está a punto de tener lugar vuelan por mi mente. ¿Admitirá el gobernador su fraude? ¿Y si no lo hace? ¿Veré crecer a mi hijo nonato en la pensión de mis abuelos o tendré que vivir en un pequeño piso de dos habitaciones sin tener ni idea de cómo pagaré el próximo alquiler?

"Lo estás haciendo bien", dice Ally, poniéndome la mano en el hombro y sonriendo. "Nos las arreglaremos", añade. Me encantaría creer sus palabras.



Capítulo 41

HENRY

Satisfecho, miro el reloj de la pantalla y hago unos cálculos rápidos. El trayecto hasta aquí ha durado tres horas y veinticuatro minutos, bastante menos de lo que había calculado inicialmente mi navegador. Probablemente se deba al hecho de que los navegadores por satélite calculan con la velocidad media estándar de un coche americano medio.

Sin embargo, mi todoterreno negro tiene un motor muy por encima de la media, que nunca puedo aprovechar del todo en Nueva York, pero que se nota claramente fuera de la ciudad.

Poco antes de llegar a mi destino, me doy cuenta de que la música que escuchaba para distraerme durante el viaje ya no penetra en mi mente. En su lugar, aparecen en mi mente imágenes de Olivia y me pregunto qué dirá cuando de repente vuelva a estar frente a ella.

El recuerdo de nuestro último encuentro me produce de nuevo esa sensación de inquietud que me hace apartarme a un lado de la carretera justo antes de llegar a nuestro destino. Decido dejar el coche aquí y caminar el resto del camino. Me digo que no quiero asustarlos innecesariamente llegando en mi coche. También quiero tener la oportunidad de explicarle por qué estoy aquí y evitar que salga precipitadamente por la puerta trasera antes de que la vea. Me trago el nudo que tengo en la garganta y siento que se me acelera el pulso. ¿Acaso sé por qué estoy aquí?

Entonces veo a lo lejos un coche que sale bruscamente de la propiedad de la vecina de Olivia, se detiene brevemente y luego empieza a moverse lentamente. Inmediatamente me doy cuenta de que es un buen momento. La vecina Olivia no podrá interferir y quizá haya tiempo suficiente para arreglarlo todo.

Con el corazón palpitante, salgo del coche y camino rápidamente a lo largo de la carretera y, finalmente, por el camino de grava. Una sensación extrañamente acogedora me envuelve cuando la casa de huéspedes entra en mi campo de visión por primera vez en mucho tiempo. Subo rápidamente los escalones del porche e intento abrir la puerta, pero está cerrada.

La agito varias veces, pero no pasa nada. "Olivia", grito en voz alta, tirando por la borda mi cautela inicial y golpeando el cristal, lo que hace que la puerta tiemble ligeramente.

Me doy cuenta de la pequeña pegatina pegada en el borde de la puerta. Me detengo, la miro de cerca y me doy cuenta de que no es una pegatina, sino una especie de sello. Pone *CLAUSURA* en negrita y debajo hay un párrafo y un número de contacto. En la parte inferior de la pegatina dice que este cierre ha sido ordenado por el Gobernador del Estado de Virginia Occidental.

Increíble. Así que el médico tenía razón después de todo. Michael, ese imbécil, realmente siguió adelante y obligó a la pensión a cerrar. Apparently el edificio estaba sellado. Olivia realmente tuvo que mudarse y...

Me doy la vuelta y miro a lo lejos hacia la granja de su vecina. Estoy seguro de que ella sabrá dónde encontrar a Olivia, pero como su coche acaba de salir de la granja, no tiene sentido preguntar por el momento.

La ira se apodera de mí cuando me doy cuenta de que no sé qué hacer a continuación. Nunca habría pensado que Michael sería tan frío como para echar a una joven por la puerta, incluso arruinarla, por pura codicia. Con manos temblorosas, saco el smartphone del bolsillo del pantalón, marco el número de Michael y me decido a darle un puñetazo en la cara la próxima vez que lo vea. No me importa si sirve de algo. Simplemente se lo merece y quizá los chicos del barrio le pegaban demasiado poco cuando era niño.

Después de que el timbre haya sonado unas veinte veces, vuelvo a colgar, molesto y camino inquieto arriba y abajo por el camino de entrada.

Como no se me ocurre nada mejor que hacer, doy una vuelta por la casa de huéspedes. No sé qué voy a averiguar, pero me parece mejor idea que pedir consejo al médico del pueblo.

Miro por las ventanas, pero no veo nada que pueda ayudarme. Cuando llego a la parte de atrás y estoy a punto de asomarme por la puerta trasera, el timbre de mi smartphone me hace estremecer. No es el gobernador quien llama, sino Bill. Pulso rechazar llamada. Esta vez, nada me impedirá hacer lo correcto.

Cuando pongo el dispositivo en silencio y lo vuelvo a guardar en el bolsillo, oigo un coche que se acerca por la entrada al otro lado del edificio.

Doy lentamente la vuelta a la pensión. En mi mente, veo el coche de la vecina de Olivia aparcado delante del edificio, con Olivia y el ceño fruncido.

Pero al doblar la esquina, veo una limusina negra aparcada delante de la pensión. Me apresuro a esconderme tras la esquina del edificio y me asomo con cautela. Detrás del maletero abierto hay una figura que parece jugar en el interior.

Casi se me para el corazón. Miro a través del parabrisas hacia el interior del coche. No hay nadie, ni siquiera en el asiento trasero. Entonces la figura cierra el maletero con un fuerte golpe y veo la cara por primera vez.

Reconozco la cara. Inmediatamente recuerdo la última vez que vi al tipo. Es el empleado de Michael que debía hacerse pasar por miembro de la mafia mexicana en el barracón. El hombre llamado Carlos se pone en movimiento, sube los escalones del porche y saca un gran manojo de llaves.

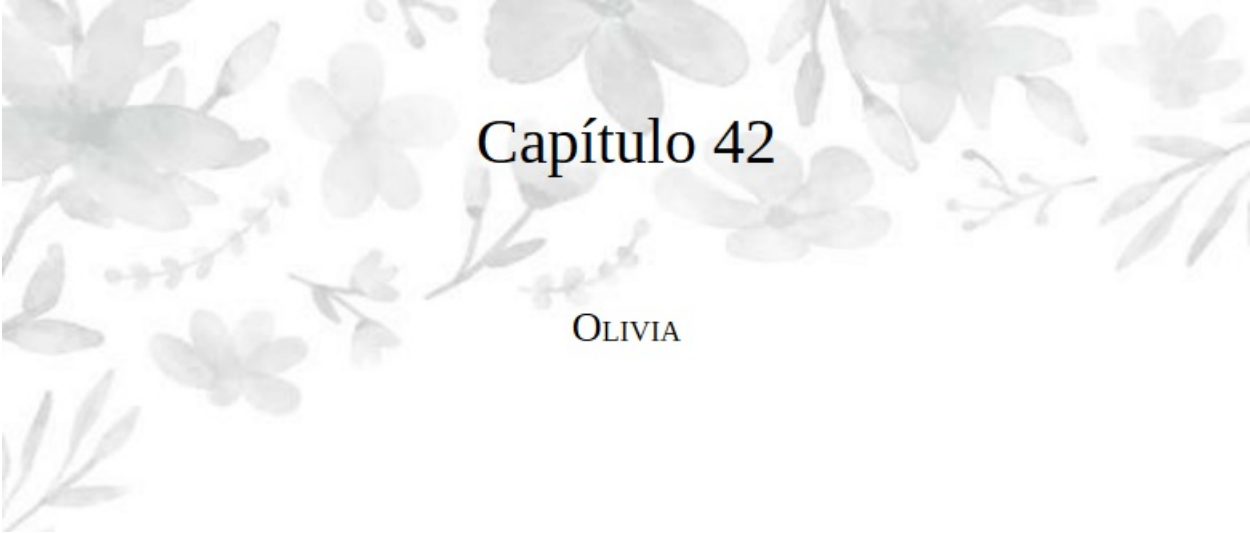
El hecho de que aparentemente tenga una llave de la casa de huéspedes no deja tantas preguntas sin respuesta como el bidón de gasolina que lleva en la mano libre.

Entonces, un tono de llamada rompe el inquietante silencio y tanto Carlos como yo nos sobresaltamos brevemente. Por un momento, temo que mi dispositivo esté sonando, pero Carlos suelta la llave, se lleva la mano al bolsillo del pantalón, mira la pantalla y murmura algo incomprensible para sí mismo.

"Hola, Ally. No te preocupes, todo va bien. Enseguida estoy contigo", explica a su interlocutora, que seguro que es la vecina de Olivia.

¿Qué demonios está pasando aquí? Cuando cuelga y está a punto de volverse hacia la puerta, decido que no puedo quedarme de brazos cruzados por más tiempo. Salgo de mi escondite y camino rápidamente hacia el porche.

"Hola", grito en voz alta. "¿Te acuerdas de mí?". Veo el asombro en su mirada cuando se vuelve hacia mí.



Capítulo 42

OLIVIA

"¡Cuidado!", exhala Ally por segunda vez, jadeante, y señala con el dedo en dirección a la pendiente cuando ya llevamos varios minutos aparentemente interminables dando tumbos sobre el suelo sin asfaltar del bosque.

"Gracias", digo en voz baja y dirijo el coche ligeramente a la derecha para evitar que nos salgamos del camino y nos deslicemos lateralmente y nos estrellamos contra el árbol más cercano.

Después de una curva cerrada a la derecha, que tomo a paso de peatón, la luz del día brilla de repente a través del parabrisas del coche. Parpadeo brevemente y aminoró la marcha.

"Hemos llegado", me explica Ally antes de que mis ojos se hayan acostumbrado a la luz.

"Aparca el coche aquí", me dice y señala un lugar junto al barracón. Me dirijo hacia él, freno y aparco. Exhalo un suspiro de alivio y, de alguna manera, no puedo creer que haya vuelto a conducir un coche después de todos estos años.

"Tendrás que contarme alguna vez por qué no tienes carné de conducir", dice Ally con una sonrisa y me da una palmada en el hombro.

"Es una larga historia", respondo, mirando brevemente hacia delante, luego por el retrovisor y finalmente por la ventanilla de al lado. "No parece que haya nadie aquí, ¿verdad?", pregunto insegura, mirando a Ally.

"Sí", dice ella, asintiendo. "Espera. Llamaré a Carlos para ver dónde está". Saca su smartphone del bolso y marca un número que obviamente tiene guardado en la cabeza.

Mientras tanto, miro a mi alrededor sin salir del coche. Me parece más seguro quedarme aquí sentada. Echo un vistazo al barracón, cuya puerta está cerrada, y luego me deslizo por la pendiente con todos los tocones de árboles. Probablemente esto también sea obra del gobernador, si acabo de entender bien a Ally. Un pequeño anticipo de lo que había planeado en un principio

con la reserva natural. Dejo vagar lentamente mi mirada y finalmente reconozco mi casa de huéspedes y la granja de Ally.

"Hola Carlos, hemos llegado. ¿Dónde estás?", oigo a Ally a mi lado.

"¿Cómo que ya casi estáis aquí?". Ally mira nerviosa el reloj que hay en el centro del coche.

"¿Qué vamos a hacer si el gobernador llega antes que tú? No sabe que estamos aquí, ¿verdad?".

Se hace el silencio un momento y oigo la voz apagada del teléfono, pero no distingo bien las palabras.

"¿Qué quieres decir con que deberíamos esperar a ver qué pasa?". Ally suena cada vez más ansiosa. Su nerviosismo me contagia poco a poco y noto que se me acelera el pulso.

"¿Carlos? Carlos, ¿sigues...?". Ally se quita el smartphone de la oreja y mira la pantalla. "Maldita sea", dice finalmente. Luego gira la cabeza en mi dirección y me mira con seriedad.

"¿Qué pasa, Ally?", pregunto impaciente. "¿Qué ha dicho?".

"Yo tampoco lo sé", dice Ally tras una breve vacilación. "Tengo un mal presentimiento. Estaba... raro", añade, pareciendo pensar.

"Entonces salgamos de aquí", sugiero y Ally asiente. Echo un rápido vistazo a mi alrededor, preguntándome si podré dar la vuelta con el coche por la estrecha pista forestal o si tendré que dar toda la vuelta marcha atrás.

Tras una breve deliberación, me decido por una cuidadosa maniobra de giro. Cuando estoy a punto de dar la vuelta, oigo el ruido de un coche que debe de estar cerca de nosotros.

"Jadeo y me pongo el antebrazo delante de la cara cuando una limusina negra con los faros muy encendidos dobla la esquina un instante después. Me sobresalto. ¿El coche ha puesto deliberadamente las luces largas?

"¿Es él?", le pregunto insegura a Ally cuando el coche se detiene justo delante de nosotras.

"No lo sé", oigo decir a Ally en un tono ahogado, mientras me sujeto el antebrazo por delante de la cara. Intuyo que yo misma sé la respuesta, porque la sensación en mi estómago me dice que aquí hay algo que va muy mal.

Entonces se apaga la luz. Permanezco un momento en la misma posición y siento que la sangre me corre por las venas. ¿Qué está pasando aquí? Justo cuando bajo un poco el brazo, oigo un fuerte y prolongado bocinazo que me hace estremecerme y Ally inhala conmovida.

Miro por el parabrisas y veo que del coche se ha bajado un hombre de rostro adusto con una característica nariz de boxeador. Nos mira bruscamente mientras su mano derecha mete la mano en el interior del coche y pulsa el claxon. Tras unos tenaces segundos, el claxon se apaga por fin.

El hombre de la nariz de boxeador nos dice que salgamos. Ally y yo nos miramos brevemente, nos damos la mano y la apretamos con fuerza. El claxon vuelve a sonar y esta vez él saluda aún con más energía.

Esto no va en absoluto como habíamos imaginado. Sé que a estas alturas no tenemos más remedio que obedecer, pero no voy a rendirme sin luchar y dejar que nos haga lo que quiera. Imágenes salvajes se agolpan en mi cabeza y mis manos empiezan a temblar involuntariamente, lo que intento ocultar desesperadamente.

El hombre camina en silencio hacia el barracón, desbloquea la puerta y la abre.

"Ahí dentro", dice en tono severo, se mueve un poco hacia un lado y señala a través de la puerta.

"No", digo con firmeza. El corazón me late con fuerza y cruzo los brazos delante del pecho. Cuando el hombre de la nariz de boxeador me mira directamente a los ojos, me arrepiento inmediatamente de mi muestra de valentía.

Camina lentamente hacia nosotros. "Olivia...", jadea Ally a mi lado, acercándose a mí cojeando y apoyándose en mi hombro. "Olivia, por favor, no, yo...".

"Carlos dice que tenéis que entrar ahí. Por vuestra protección", me explica, completamente impasible y se detiene a unos tres metros delante de nosotras.

En ese momento, pienso en innumerables posibilidades, pero a medida que mi mirada recorre su cuello de toro y sus grandes brazos, me doy cuenta de que incluso siendo dos, no tenemos ninguna posibilidad contra él, sobre todo porque Ally tiene un tobillo dañado que necesita atención urgente.

"¿Qué piensas hacer cuando entremos ahí?", pregunto, dándome cuenta de que esta vez mi voz suena de todo menos dura. El corazón amenaza con salirse del pecho al pensar en lo que está por venir, pero al menos quiero saberlo de antemano.

Para mi sorpresa, el hombre se ríe a carcajadas. "¿Planes? Quiero encerrarte ahí. Nada más. Es por tu protección".

Ally y yo nos miramos. Puedo ver en su expresión que está tan sorprendida y aliviada por estas palabras como yo. Asentimos en silencio y caminamos despacio hacia el barracón, asegurándonos de no dejar pasar al extraño tipo de la nariz de boxeador.

Cuando atravieso la puerta, oigo un fuerte chirrido detrás de mí. Me doy la vuelta y veo cómo el tipo agarra a Ally y la empuja bruscamente a través de la puerta hacia el interior del barracón. Ally, que de todos modos no puede andar bien, pierde el equilibrio y golpea el duro suelo con un grito ahogado.

"¿Ally?", pregunto, sobresaltada, y me arrodillo frente a ella. "Mi hombro", jadea, sujetándose el hombro dolorido con una mano libre. Entonces oigo que cierran y atrancan la puerta desde fuera. Me levanto a toda prisa y la aporreo salvajemente desde dentro.

"¿Qué haces, gilipollas? Dijiste que no nos harías daño". La ira y la rabia brotan de mí y me callo sólo porque me duelen los nudillos al martillear contra el metal desnudo de la puerta.

"Intentaste engañarme. Vi tu mirada. A mí no me engañas", oigo su voz aburrida desde el otro lado, antes de que se oiga el golpe sordo de la puerta de un coche. Luego oigo música a todo volumen procedente del interior del coche. ¿El tipo está sentado frente al barracón escuchando los últimos éxitos?

"¿Qué haces, Carlos?", oigo gritar a Ally detrás de mí. Me doy la vuelta, sobresaltada, y tardo un momento en darme cuenta de lo que está pasando. Entonces veo que su smartphone está tirado en el suelo. Ha marcado un número y ha activado el manos libres.

Entre el desvarío de Ally, oigo la voz del hombre al otro lado, que sigue hablando en un tono monótono, completamente impasible.

"...deje un mensaje después de la señal".

"¡Ally!", grito varias veces antes de que se detenga. Probablemente ni siquiera se ha dado cuenta de que Carlos no ha contestado a su smartphone. Por fin me mira asombrada.

"Ally, es sólo el buzón de voz", digo agonizante y vuelvo a arrodillarme en el suelo con ella. Me mira mudamente como si ya no entendiera el mundo y finalmente pulsa colgar.

"¿Te has hecho daño?", le pregunto a Ally, que niega con la cabeza pero sigue sujetándose el hombro mientras se incorpora lentamente y apoya la espalda contra la pared del barracón. Se queda mirando al vacío.

Siguen unos minutos de silencio. Ninguna de nosotras dice una palabra. Sólo el sonido amortiguado de la música llega a nuestros oídos desde el exterior, haciendo que la escena sea aún más surrealista de lo que ya es.

Finalmente, me pongo en pie. No puedo quedarme ahí sin hacer nada. Hago sonar las ventanas, pero de todos modos son demasiado pequeñas para que alguien pueda colarse por ellas. Por supuesto, están cerradas. Una mezcla de desesperación e impotencia se extiende por mí. Pero entonces descubro la claraboya inclinada por la que penetra la luz en el barracón.

Me apresuro a coger una silla de una de las mesas y la coloco justo debajo de la trampilla. Ally levanta la vista y me mira.

"¿Puedes arreglártelas si te ayudo?". Señalo con el dedo hacia arriba e intento forzarle a sonreír alentadoramente.

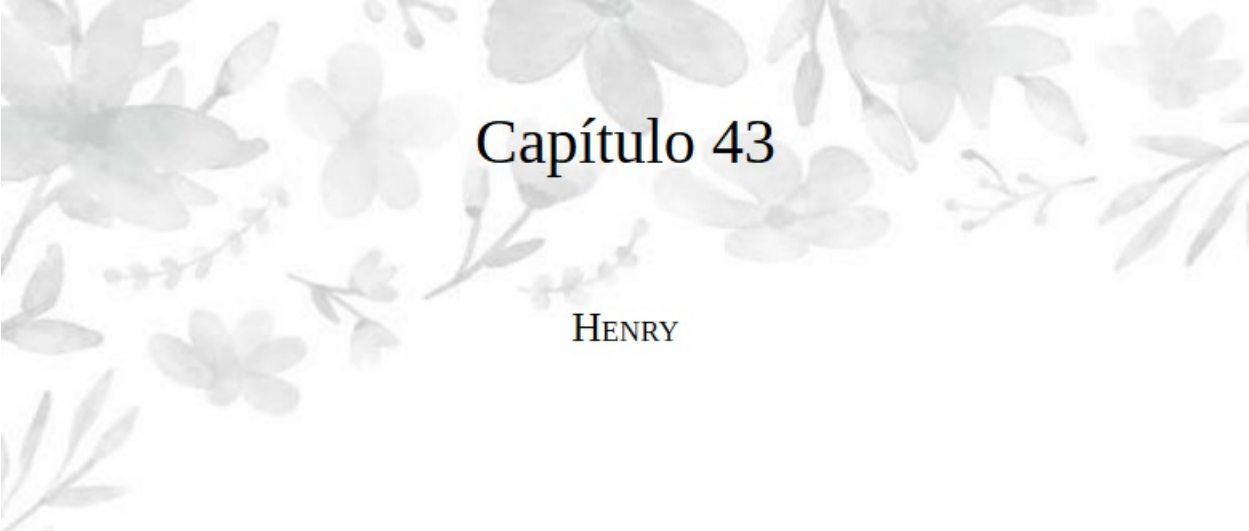
Ally guarda silencio un momento, asiente con seguridad y se dispone a levantarse. Respiro aliviada cuando Ally cojea lentamente hacia mí. Poco después, caemos abrazadas.

"Lo siento mucho, yo...", susurra Ally, esforzándose por no echarse a llorar.

"No pasa nada. Vamos a asegurarnos de que salimos de aquí", la interrumpo y le doy un beso en la frente. Ni siquiera sé de dónde saco esta confianza. Sin embargo, no es el momento de pensar en ello, sino simplemente de actuar. Ayudo a Ally a sentarse en la silla, tiro con esfuerzo de la pesada mesa que hay junto a ella y espero que con esta escalera improvisada y un poco de suerte podamos escapar por la claraboya.

Al cabo de unos minutos, la parte superior del cuerpo de Ally se ha colado por la claraboya. Empujo sus pies colgantes desde abajo y la subo lentamente.

Entonces lo consigue, justo cuando estoy a punto de agarrarme al borde superior de la trampilla, me doy cuenta de que la música del coche ha cesado.



Capítulo 43

HENRY

Carlos parece petrificado. Sin embargo, sus pupilas se mueven rápidamente de un lado a otro, como si los pensamientos de su cabeza se agolpaban unos sobre otros, mientras doy largas zancadas hacia él y el porche.

"Eh, ¿adónde vas?", grito después de que Carlos haya tomado una decisión. Porque deja caer el bote al suelo y baja de un salto los escalones del porche, se gira a un lado y se aleja a toda prisa de mí. Cuando llega a la esquina de la casa, se detiene un momento y mira en mi dirección.

Su mirada parece insegura y ansiosa, pero al segundo siguiente ha desaparecido detrás de la casa. Suelto una maldición reprimida y vuelvo a echar un vistazo para asegurarme de que realmente no hay nadie más. Luego salgo en su persecución.

Carlos parece un buen corredor. Cuando llego a la parte trasera de la casa, ya ha recorrido bastante distancia. Agradezco que el bosque no sea tan denso y acelero el paso. Al cabo de un rato, la carrera se convierte en una carrera de resistencia. Me pregunto qué estará tramando y me doy cuenta de que la distancia entre nosotros se acorta poco a poco.

"Detente", grito mientras me acerco poco a poco a él.

Sobresaltado, mira por encima del hombro, cambia bruscamente de dirección y gira a la derecha. Poco después, una pequeña cabaña entra en mi campo de visión y un instante después me doy cuenta de que es exactamente la misma cabaña de la que Olivia sacó las mantas.

Pasamos corriendo por delante de la cabaña y sólo estoy a unos cinco metros de ella. Entonces Carlos se detiene de repente, probablemente porque ve el río Potomac que se cierne frente a él. ¿No sabía que por aquí pasaba un río? ¿Qué sentido tiene esta ridícula huida a pie?

Se da la vuelta y parece sopesar sus opciones. Aprovecho su breve pausa. Sin aminorar la marcha, le alcanzo por completo. Carlos se da cuenta de la situación demasiado tarde. Aprieta los puños con las cejas levantadas, pero es demasiado lento.

Justo antes de chocar, giro el hombro derecho hacia delante, como aprendí a hacer una vez. El impacto le tira al suelo y aterriza con el trasero sobre la pasarela desde cuya escalera cayó Olivia al agua.

Sobresaltado y con la respiración agitada, me mira y no parece enterarse de lo que acaba de ocurrir. Intento calmar mi respiración y echo un vistazo rápido a mi alrededor para ver si no hay un barco o algo similar en algún lugar del agua que pueda acudir en su ayuda. Aparte de la caseta del otro lado del río y el bosque despejado que se extiende hasta la otra orilla, no se ve nada. Por un momento, me parece ver la silueta de un coche detrás del barracón, pero vuelvo la mirada hacia Carlos, que intenta levantarse de nuevo.

"¿Quieres que acabe contigo otra vez? ¿Igual que la última vez?", pregunto, dando un pisotón provocativo justo delante de él y sintiendo que mi respiración vuelve a normalizarse casi por completo.

Carlos no parece querer rendirse e intenta saltar hacia delante para agarrarme la pierna y desequilibrarme.

"Buen intento, colega". Lo atraigo lentamente hacia mí por un brazo y le hago una llave en la cabeza cuando está a la altura de mi cadera.

"Eh, ¿qué haces? No... no puedo respirar", dice Carlos, jadeando. Aflojo un poco el agarre y poco después le oigo respirar profundamente y toser.

Evidentemente, aún no ha tenido bastante e intenta sacar la cabeza, pero enseguida se lo impido con un apretón más fuerte.

"¿Ya has tenido bastante? ¿Qué hacías aquí? ¿Por qué el bote? Quiero saberlo todo. TODO", le siseo. Su cuerpo se retuerce impotente, pero sé a ciencia cierta que puede oírme muy bien.

"Me chantajeó", oigo la voz de Carlos tras una breve pausa, que suena más como un gemido.

"¿Quién te chantajeó?", pregunto aflojando un poco el agarre.

"El gobernador. Él... yo...", empieza Carlos, que sigue luchando por respirar. Le suelto por completo y le empujo para que vuelva a caer sobre el muelle.

"Nada de mentiras", digo con un dedo índice extendido y un tono de voz severo. "De lo contrario...". Formo un recodo con la mano para hacerle saber lo que le ocurrirá en la cabeza.

Se limita a asentir en silencio, se frota la laringe y me mira.

"El gobernador quería que prendiera fuego a la pensión", dice bajando la mirada. "Amenazó con hacer daño a mi familia", explica, con la mirada repentinamente agónica.

Sólo de pensar en el gobernador siento una rabia ciega. Intento controlarla y no digo nada. Carlos me contará más cosas por sí mismo.

"Yo no quería. Me dijo que debía hacerlo por la noche y también quemar la granja de al lado porque allí vive algún activista conservacionista", me cuenta, aclarándose la garganta. "Sabía que participo en la organización de Conservación de la Naturaleza. Allí todos son gente buena. No quería que les pasara nada y los atraje con engaños", añade.

"¿Dónde están en este momento?", le pregunto, pero parece que no me ha oído y está absorto en sus pensamientos.

"Pero al menos quería dejar que se quemaran las casas porque...". Se le quiebra la voz y se le humedecen los ojos. "... mis hijas, no puedo dejarle... no se detendrá ante nada, ni siquiera ante los informes falsificados", dice por fin y traga saliva.

"¿Qué significa eso?", pregunto, y me vienen a la memoria las palabras del médico y la pegatina en la puerta.

"El gobernador ha cerrado la pensión. Es todo falso. Tiene el culo helado porque...", luego hace una pausa y me mira.

"¿Por qué?", pregunto, caminando lentamente hacia él.

"No sé nada con seguridad, yo...". Se lleva la mano protectora a la cara. "Supuestamente especulaba en bolsa con las llamadas operaciones apalancadas. En lugar de obtener grandes beneficios, probablemente se jugó el dinero de los contribuyentes y...".

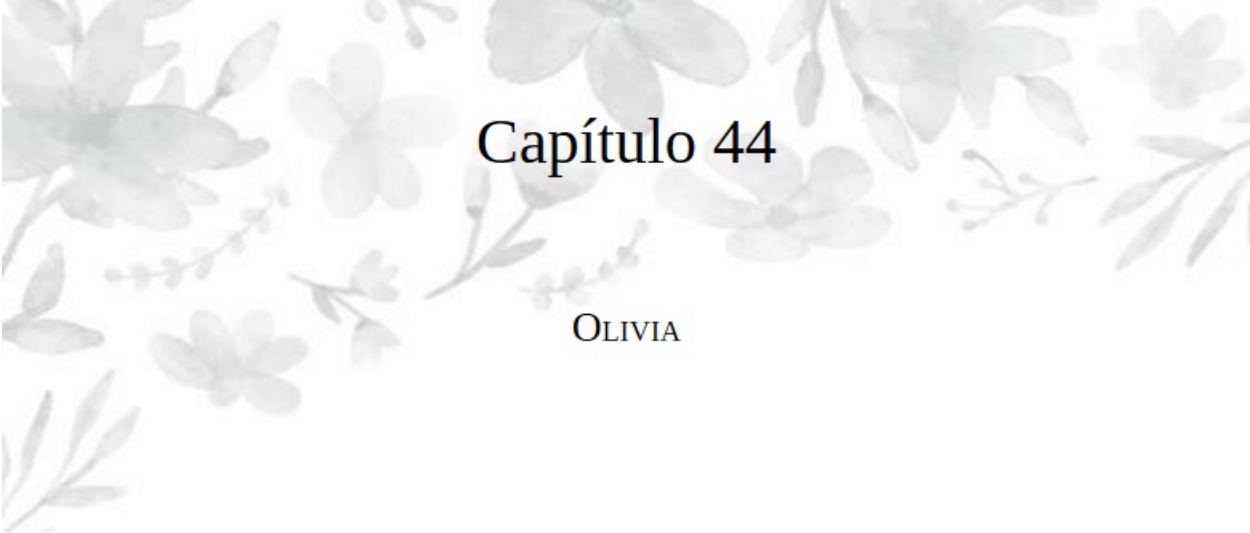
"Bueno, basta de eso. ¿Dónde están las dos mujeres?", vuelvo a preguntar, esta vez con bastante impaciencia en la voz. Me doy cuenta de que el gobernador es un canalla. Pero no me había dado cuenta de que pudiera ser tan malo. Sin embargo, en ese momento me daba igual. Sólo pensaba en Olivia. "¿Qué les has hecho?". Me acerco un paso más a él y me pongo a su altura.

"Ahí arriba", explica Carlos brevemente. Mi mirada sigue su dedo. Al principio no lo entiendo, pero luego me doy cuenta de que se refiere al barracón del otro lado.

"Si es verdad, te ayudaré a ti y a tu familia", le explico, dándome cuenta de que puedo entender por qué ha hecho lo que ha hecho. "Pero, si me estás mintiendo, entonces te juro...", empiezo, inclinándome hacia él.

"Juro que es la verdad, yo...", gimotea de repente.

"¡Socorro! Alguien puede ayudarnos?" De repente oigo el grito lejano de una voz femenina que parece venir del otro lado del río.



Capítulo 44

OLIVIA

*J*usto antes.

"¿Vas a conseguirlo?", me pregunta Ally, con el rostro contorsionado por el dolor. Niego con la cabeza y contengo la respiración mientras me apoyo en el borde de la escotilla y me subo con dificultad.

"Lo siento, no soy de mucha ayuda", dice con tono de disculpa y un poco demasiado alto mientras se sienta junto a la escotilla en el techo del barracón y se frota el hombro dañado con una mano.

"Shhhhhhhhh", le respondo y me tapo la boca con un dedo después de haber llegado también al techo con un último tirón.

Ally frunce el ceño, se encoge de hombros y levanta ambas manos interrogante.

"La música. Está apagada", susurro y hago una pausa. Al cabo de un momento, Ally asiente en silencio. "Salgamos de aquí", añado, señalando la pequeña escalera en la parte trasera del barracón que conduce directamente a la pendiente. "¿Nos las arreglaremos?", pregunto.

"Nos las arreglaremos de algún modo", susurra Ally en voz baja y empieza a arrastrarse hacia atrás sobre el barracón. Observo a Ally mientras baja con dificultad por la escalera. Aunque cada vez estoy más nerviosa porque parece que tarda una eternidad, la admiro por lo fuerte que es a pesar del dolor en el tobillo y el hombro. No sé si yo sería tan valiente en su lugar.

"Estoy abajo. Es tu turno", me dice en un susurro. Asiento con la cabeza y, justo cuando me dispongo a bajar por la escalera, oigo el portazo de un coche al cerrarse y poco después oigo pasos en el suelo de grava delante del barracón.

El corazón me palpita y bajo de un salto los escalones que me quedan. Con movimientos desenfrenados de los brazos, intento hacer comprender a Ally que tenemos que bajar la pendiente porque el boxeador se dirige directamente hacia el barracón.

Ally no parece entender mi pantomima y me mira sin comprender.

"¡Vaya mierda! ¿Dónde estáis?". El fuerte grito penetra a través de la pared del barracón directamente hacia nosotras en el exterior y nos hace estremecernos. "¿Queréis jugar? Bueno, puedes hacerlo. Me reuniré con vosotras en el tejado", grita. Poco después, se oye un crujido y supongo que va a utilizar la silla y la mesa para subirse al techo del barracón y darnos caza.

"Vamos", le digo a Ally, tirando de su parte superior y señalando la pendiente frente a nosotras.

"No sé si podré hacerlo", dice vacilante, con los ojos muy abiertos.

"Yo te ayudaré". Me paso su brazo sano por el hombro y juntas empezamos a descender la pendiente.

La pendiente es más pronunciada de lo que esperaba y la superficie está bastante empapada por las lluvias de los últimos días. Nos hundimos hasta los tobillos y Ally gime cada vez que tiene que sacar el pie con el tobillo dolorido.

"Te veo", oigo decir al boxeador. Me doy la vuelta. Está de pie en el techo del barracón con los brazos cruzados y una gran sonrisa en la cara. Parece que se lo está pasando bien.

"Es inútil, Olivia", jadea Ally, apoyando las manos en las caderas y dando un paso a un lado.

"Sigue sin mí. Soy demasiado lenta".

"De ninguna manera", digo enérgicamente, sabiendo muy bien que de ninguna manera voy a dejar a mi amiga aquí con este tipo de rostro adusto.

"Yo... ahhh", estoy a punto de acercarme a Ally cuando resbalo y caigo de culo al suelo. Debido a la inclinación, me deslizo unos metros hacia abajo.

Ally me pregunta consternada: "¿Estás bien?". Me doy la vuelta y asiento bruscamente con la cabeza tras recuperarme del breve momento de shock. Por el rabillo del ojo, veo que el boxeador ya está en la escalera y se dispone a perseguirme.

"Ally, siéntate y deslízate sobre el trasero", le digo en tono urgente, dándome cuenta en ese momento de que es la única forma de que tengamos alguna oportunidad.

"Pero...", balbucea Ally y me mira suplicante.

"Nada de peros", la interrumpo. "Mira, está funcionando", le digo, impulsándome con las manos y deslizándome unos metros más por la pendiente. El barro reblandecido está hecho para ello y se siente como un trineo.

"Vale", oigo decir a Ally, me giro de nuevo y la veo sentarse con cuidado, imitando mis movimientos con una expresión de dolor en la cara.

Para mi asombro, avanzamos a buen ritmo. Afortunadamente, el boxeador tiene algunos problemas para seguirnos, ya que no ha adoptado nuestro método de descenso.

Finalmente, la pendiente termina y llegamos a las orillas del *río Potomac*. Con el corazón palpitante, miro a izquierda y derecha. Pero aparte de un terreno profundo e intransitable y un denso bosque, no se ve nada.

"Mierda, ¿qué vamos a hacer?", digo, intentando reprimir mi creciente pánico.

"Podríamos...", dice Ally, interrumpiendo con un gemido mientras se levanta lentamente.

"Podríamos cruzar a nado el *Potomac*. Lo hacíamos mucho cuando éramos niñas, ¿recuerdas? El río casi no tiene corriente en este punto", me explica.

Me muerdo el labio inferior y vuelvo a mirar a izquierda y derecha. ¿No hay otra opción?

"Te alcanzaré en un minuto", oigo una voz por detrás y veo que el boxeador se encuentra a sólo unos diez metros detrás de nosotras. Empiezo a sudar y un calor sube por mi cabeza al darme cuenta de que no tenemos otra opción. Y de ninguna manera quiero descubrir lo que nos está haciendo.

"Vale", le digo a Ally, la cojo de la mano y juntas nos lanzamos al río de un gran salto.

Me sumerjo por completo durante un momento, pero resurjo enseguida. La cabeza de Allí aparece justo a mi lado un instante después y jadea en busca de aire.

Aliviada porque el agua no está tan fría como temía, me dirijo a la otra orilla. Sin embargo, mientras nado, la ropa mojada de mi cuerpo me resulta desconocida y pesada como el plomo.

"Ally, tienes razón, la corriente apenas se nota y creo que...", empiezo, mirando hacia la derecha, hacia donde esperaba ver a Ally. Pero ella no está allí.

"¿Ally?". Hago una pausa, sobresaltada, nado en mi sitio y me doy la vuelta. Entonces veo su cabeza apenas asomando fuera del agua para poder respirar por la boca y la nariz. Parece que patatea salvajemente bajo el agua. Dios mío.

"Ya voy, Ally", grito decidida y nado los pocos metros que me separan de ella lo más rápido que puedo.

"Sois graciosas", oigo reír al boxeador desde la orilla y señalarnos con el dedo. "Saltar al agua sin saber nadar. Se agarra el estómago y parece doblado de la risa. Por un momento, un odio rojo fuego sisea en mi cabeza y no puedo decir cuándo he odiado a un hombre tanto como odio a ese tipo.

Pero entonces vuelvo a centrar mi atención en Ally. La alcanzo de un último salto, la rodeo con el brazo por detrás y tiro de ella hacia arriba por encima de la superficie del agua. Mis piernas hacen un gran trabajo bajo el agua para mantenernos a flote.

"Gracias... mi tobillo... mi hombro... no funciona", jadea, luchando por respirar.

"No pasa nada. Está bien", le digo tranquilizándola, pero siento un ardor en las piernas y miro al hombre de la nariz de boxeador, que podría ser nuestra única ayuda en este momento.

"Por favor, ayúdanos", jadeo mientras el ardor en las piernas se intensifica. Me odio por pedírselo, pero no veo otra forma de que podamos volver juntas a la orilla.

"Oh, no", dice riendo. "Voy a volver al coche y seguiré escuchando mi música", dice, dándose la vuelta para marcharse. Me horroriza tanta imprudencia y no puedo creer que hable en serio.

Pero entonces se pone en marcha y no mira atrás. La rabia por esto libera algunas reservas de energía y decido que tenemos que llegar al otro lado de alguna manera.

"Ally, ¿puedes ayudar un poco?", pregunto, jadeando.

"Lo intentaré...", responde débilmente y noto que una de sus piernas se mueve bajo el agua.

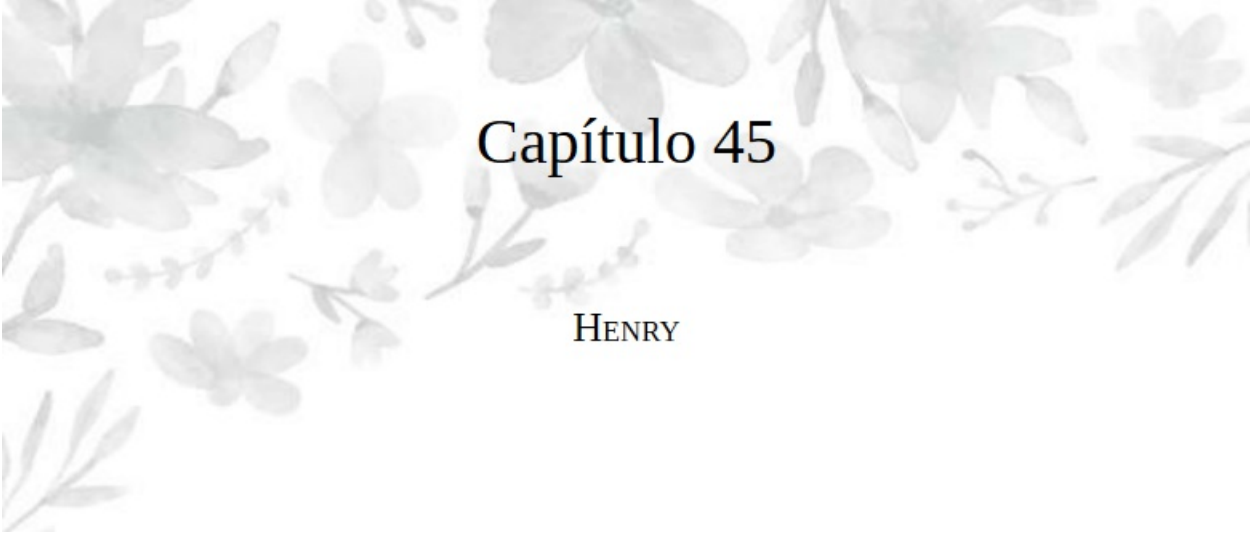
Cuando estamos un poco más allá de la mitad del río, el ardor en mis piernas se vuelve casi insoportable. También me doy cuenta de repente de que tenemos un problema similar al otro lado del río si queremos salir. A menos que...

Miro a mi alrededor y veo que el embarcadero de mi abuelo y la casita del pescador se ven al otro lado, un poco más lejos. Y en el embarcadero de enfrente... ¿No son dos hombres? Uno de ellos está tendido en el suelo... Entrecierro los ojos e imagino que el hombre que está allí es Henry.

Pero aparto ese pensamiento y asumo que mis menguantes fuerzas ya están jugando una mala pasada a mis sentidos.

"¡Socorro! ¿Puede alguien ayudarnos?", grito tan alto como puedo, esperando que alguno de ellos nos oiga. Para mi alivio, el hombre de pie se da la vuelta y parece estar buscando la llamada.

"Por aquí", vuelvo a gritar. Parece haberme visto, pero no se mueve. Vuelve el pánico y por un momento me pregunto si él, como el boxeador, no nos ayudará.



Capítulo 45

HENRY

"Por aquí", vuelve a llamar la voz.

Poco antes había visto una figura de aspecto masculino al otro lado del río, pero había subido por la pendiente hacia el barracón.

La voz es claramente femenina y no parece proceder del hombre del otro lado. Mi mirada se desvía un poco más a la derecha y un instante después aparecen en mi campo de visión dos figuras que flotan en medio del río y se mueven lentamente en nuestra dirección.

Permanezco inmóvil un momento e intento clasificar la situación de alguna manera. Parece como si una persona estuviera ayudando a la otra. Entrecierro los ojos para poder reconocerlas mejor.

Cuando la mujer vuelve la cabeza en nuestra dirección, me doy cuenta de golpe. La mujer en el agua es Olivia. Y la mujer que la arrastra detrás es su amiga Ally. Mi mente se acelera y me pregunto cómo demonios han acabado aquí, en medio del río, y por qué su amiga Ally es aparentemente incapaz de nadar.

Las dos se acercan un poco más y puedo reconocer mejor los rasgos faciales de Olivia. Parece respirar con dificultad y está claro que lucha por mantenerse a flote junto a su amiga. Por supuesto, no ha pedido ayuda porque sí. Rápidamente miro a mi alrededor, pero no sé exactamente lo que estoy buscando.

La cabaña del pescador estaba cerrada la última vez y, viendo a las dos, no parece haber tiempo suficiente para convencerme de lo contrario y registrar la cabaña en busca de algo útil.

Me doy cuenta de lo que tengo que hacer. Por un breve instante, rehuyo hacerlo, pero cuando mis ojos vuelven a ver a Olivia, luchando por mantener la cabeza fuera del agua y casi incapaz de moverse, me doy cuenta de que no tengo otra opción. La idea de lo que les ha pasado a los dos y de cómo han acabado aquí me carcome y se me hace casi insoportable.

"Quédate aquí", le digo y me vuelvo rápidamente hacia Carlos, que se limita a asentir sorprendido y luego se queda mirando el río en dirección a las dos mujeres, hipnotizado.

Con el corazón palpitante, arranco a correr y me lanzo al agua con los brazos extendidos. Me sumerjo y me vienen a la mente viejos recuerdos de mi infancia, como el estiércol de cerdoapestoso. Al salir a la superficie y respirar con dificultad, sólo entra aire puro en mis pulmones.

Al principio avanzo torpemente, pero luego recuerdo cómo funcionan los movimientos y tras unas cuantas brazadas avanzo un poco y los movimientos se vuelven un poco más seguros. Yo mismo me asombro de lo bien que funciona, mientras ante mi ojo interior revolotean unos cuantos flashes de recuerdos nadando de niño. Sin embargo, nunca me gustó porque olía a heces de cerdo por todas partes y no soportaba la idea de nadar en excrementos de animales. Probablemente era exagerado, como lo son a veces los recuerdos.

"La tengo", jadeo por fin cuando llego hasta Olivia y Ally. No sé si han sido segundos o minutos. El tiempo parece haberse detenido. Sin preguntar, he liberado a Olivia de la carga de su amiga, que acepta este tipo de entregas con un gruñido sordo.

Olivia me mira brevemente. A pesar del cansancio, sus ojos parecen brillar y comprendo que en este momento tenga muchas preguntas. Pero no dice nada, sólo asiente en silencio, se agarra del otro brazo de Ally y juntos nadamos hacia el embarcadero con Ally a remolque.

Una vez allí, me doy cuenta de que Carlos está esperando como le había ordenado. Incluso me tiende una mano para que salgamos del agua.

"Podemos ponernos de pie", me doy cuenta justo antes del embarcadero y hago una pausa. Olivia y Ally se levantan también y respiran aliviadas.

"Trae unas mantas", le digo a Carlos y señalo la pequeña cabaña de pescadores. "Hay algunas ahí detrás, en la cabaña".

Asiente brevemente, se da la vuelta y se pone en marcha. Salgo del río de un salto. El agua me gotea. Me doy la vuelta y veo que Carlos ha desaparecido en la cabaña, que afortunadamente no está cerrada.

Miro hacia la orilla y tiendo la mano para ayudar. Olivia hace un gesto con la cabeza a su vecina Ally para que la guíe. Me tiende la mano y yo tiro de ella, por lo que exhala con un grito ahogado, pero no me suelta.

Entonces me doy cuenta de que sólo puede usar bien uno de sus pies y, tras unos segundos que parecen interminables, en los que no dejo de pensar que va a volver a caer al agua, por fin consigo sacarla a tierra.

"Gracias", resopla, mirándome directamente a los ojos y asintiendo con la cabeza mientras se sujeta el hombro derecho con una mano, que debe de haber recibido algún golpe.

"Te toca a ti, Olivia", le digo y me doy la vuelta. Parece como si dudara un momento, pero luego me agarra la mano extendida y la subo a tierra sin problemas. Me suelta la mano inmediatamente, pero me hace un gesto con la cabeza antes de volverse hacia su amiga.

"Lo hemos conseguido. ¿Cómo está tu tobillo? ¿Y tu hombro?", la oigo preguntar ansiosa. El sonido de su voz despierta algo en mí. Sé que haré todo lo posible para que me escuche, aunque no sea el momento.

"Las toallas", oigo la fina voz de Carlo, me doy la vuelta y veo que ha vuelto con un montón de toallas rojas y frescas apiladas delante de la cara.

"¿Qué hace aquí?", oigo de pronto la voz de la vecina de Olivia, que se ha levantado furiosa y señala con el dedo a Carlos.

"Si te pillo, te juro que...", sisea enfadada.

"No te preocupes", le digo en tono tranquilo. "Me lo ha contado todo. Fue chantajeado y jodido por el gobernador, probablemente como el resto de nosotros", continúo, aclarándome brevemente la garganta. "Me aseguraré de que reciba su merecido", digo y dirijo a Carlos una mirada severa, que le hace bajar la mirada y casi siento un poco de lástima por él.

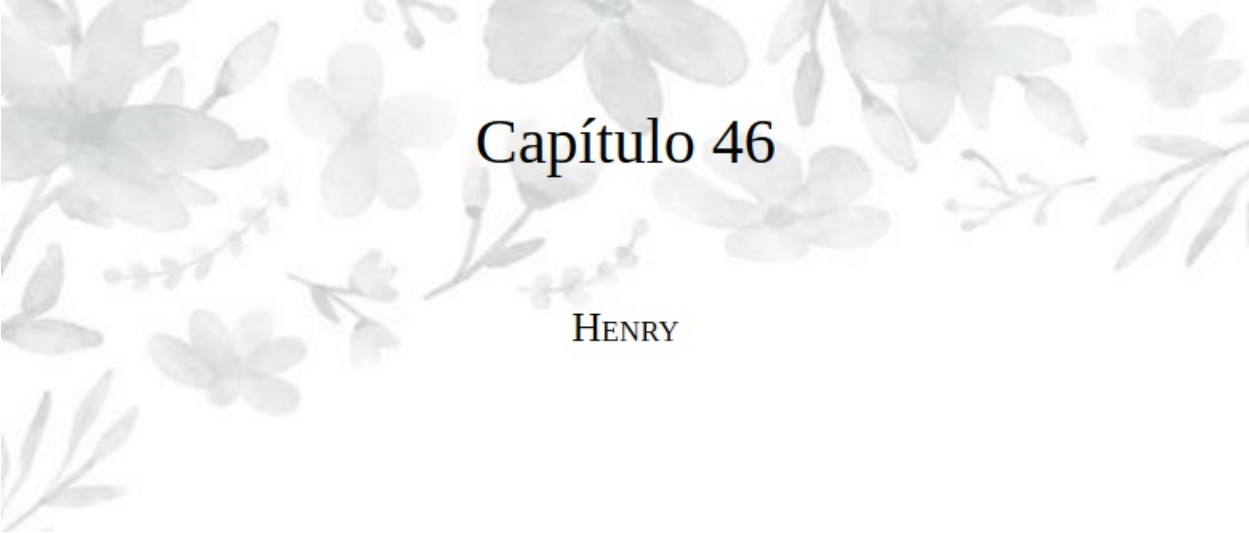
En silencio, les doy unas toallas a las dos y me envuelvo en una de ellas. Aunque la ropa mojada me resulta un poco extraña, el viento en calma y el sol, que ya ha salido de detrás de las nubes, hacen que ninguno de nosotros tiemble ni tenga frío.

"¿Te ayudo a volver a la pensión?", le dice Olivia a Ally, sin mirar deliberadamente en mi dirección.

"En un minuto", dice Ally, luego gira la cabeza en mi dirección. "¿Pero no crees que tenéis algún asunto pendiente?".

Por primera vez, siento algo parecido al afecto y la gratitud hacia la vecina de Olivia. Nunca habría pensado así de ella, pero quizá ayudó el hecho de que las salvara a las dos del río.

"Si quieres, puedo explicártelo todo. Sin secretos. Sin mentiras. Nada más que la verdad", digo con rostro serio y tiendo la mano a Olivia, que en ese momento gira la cabeza hacia mí y me mira directamente a los ojos.



Capítulo 46

HENRY

*U*nos instantes después.

"Es verdad, realmente pensaba construir un vertedero aquí", le explico después de que Olivia me coja la mano en silencio y nos sentemos juntos en la orilla, envueltos cada uno en nuestra toalla. He decidido desvelar el mayor de mis secretos y no quiero que nada se interponga entre nosotros. Me doy cuenta de lo mucho que esta mujer significa para mí. La amo y quiero pasar mi vida con ella. Sólo la verdad puede ayudar, aunque eso signifique que ella me desprecie aún más que antes. Pero se lo debo.

Oigo que Olivia toma aire bruscamente después de que se desvanezca mi frase, me mira brevemente y luego se da la vuelta rápidamente y mira a lo lejos por encima del río Potomac, que se mueve lentamente y del que hemos sacado a Ally a la orilla hace tan solo unos minutos.

"Espera, aún no he terminado, yo...", continúo, girándome para poder mirar directamente a Olivia. Me detengo cuando veo sus ojos húmedos y la lágrima rodando por su mejilla.

Por el rabillo del ojo, veo a Carlos y a Ally hablando. Me resulta extraño. No parecen discutir y no dejan de mirarnos. Decido que probablemente puedan arreglárselas sin mí por un momento y que tengo cosas mucho más importantes que hacer aquí.

"Cuando me di cuenta de lo que significa para ti y tu pensión, lo cancelé todo", explico y carraspeo brevemente. "No quería tener nada más que ver con eso. Por tu culpa". Digo la última parte de la frase en un susurro bajo y busco suavemente la mano de Olivia, que está apoyada en su muslo por encima de la toalla.

"Déjame, yo...", sisea Olivia en voz baja y parece haber visto el movimiento con el rabillo del ojo. Me mira brevemente. Veo lo disgustada que está. Por supuesto, entiendo que esté decepcionada. A ella debe parecerle...

"Olivia interrumpe mis pensamientos. Su labio inferior empieza a temblar incontrolablemente mientras me mira con ojos húmedos y brillantes y arruga suavemente la nariz. "¿Para eso querías comprar este bosque? ¿Para convertirlo en un vertedero?", añade.

"El gobernador me dio la idea, tengo que admitirlo", respondo y bajo los ojos un momento. "Pero la vida contigo era tan maravillosa...". Intento explicarle por qué ella es la razón por la que mi actitud ha cambiado, pero me corta de nuevo.

"¿Así que se te ocurrió llamar a tu ex novia y quedar con ella en el pub? ¿Qué más hicisteis juntos?", responde Olivia en un tono de enfado que ni siquiera puedo reprocharle. Incluso así de agitada, el brillo de sus ojos provoca un deseo en mí. Me encantaría cogerla en brazos junto con su toalla y besarla, pero de algún modo los problemas entre nosotros no parecen reducirse.

"¿Si no te importa que te diga algo?". Para mi sorpresa, Carlos se acerca a nosotros y se aclara brevemente la garganta. Es evidente que ha recuperado la voz y ha escuchado parte de nuestra conversación. Lo miro atónito y veo por el rabillo del ojo que Olivia hace lo mismo.

"Realmente dice la verdad", explica Carlos, mirando a Olivia y señalándome con el dedo índice.

"Canceló el trato. Por eso el gobernador se puso furioso, cerró la pensión, me chantajeó y me obligó a quemarlo todo". Entonces Carlos me mira en silencio y me quedo con la boca abierta por un momento. Ni en mis sueños más salvajes habría esperado este tipo de ayuda.

Durante un instante, ninguno de los tres habla. Olivia mira alternativamente a Carlos, a mí y luego a su vecina, que le hace un gesto silencioso de aliento.

Carlos vuelve a sentarse junto a Ally, que le dedica una leve sonrisa y me pregunto si ha sido ella quien le ha hecho acercarse a nosotros.

"¿Pero por qué te fuiste con esa mujer? ¿Y qué hacía ella aquí?", me pregunta por fin Olivia después de que vuelva a dirigirle la mirada. Esta vez me mira a los ojos y parece al menos un poco menos enfadada que antes.

"Nos conocemos de antes. Tuvimos algo por aquel entonces". Me detengo un momento y me trago el nudo en la garganta que se me forma automáticamente al pensar en mi hermanastro. Decido contárselo todo de todos modos y no omitir ni un solo detalle. Quiero que lo sepa todo sobre mí, se lo debo. También le cuento todo sobre su aparición en Nueva York y la aventura con Bill y cómo sólo lo utilizó para llegar hasta mí.

Las cejas de Olivia se levantan una y otra vez en señal de asombro. Me escucha en silencio y, cuando hago una breve pausa para aclararme la garganta, la oigo murmurar en voz baja: "Ese Bill, se lo tiene merecido".

"A fin de cuentas, sólo quería mi dinero. Pero en tu entrada, me alegré de que me llevara al médico", continúo y le cuento lo del corte y lo que me dijo el médico sobre la medicación para la hemofilia y los efectos secundarios asociados al alcohol.

Se hace un momento de silencio entre nosotros y me doy cuenta de lo escandalosa que debe sonar la historia.

"Todo suena muy raro", dice Olivia en voz baja y continúa. "Debe de ser verdad". Asiento con la cabeza y siento una sensación de alivio.

"¿Y después de lo del médico, Larissa y tú volvisteis a Nueva York a ver a Bill?", pregunta Olivia en tono aburrido.

De repente me doy cuenta de que ella trabajaba en su departamento en Nueva York y me pregunto por un momento hasta dónde ha llegado con Olivia. La idea de que la utilice como un juguete sexual me produce escalofríos. No soporto la idea de que alguien se limite a utilizar a esta mujer que me vuelve tan loco.

Sin embargo, quiero responder a su pregunta con sinceridad y hablarle de la campaña mediática del gobernador y de la oleada de despidos entre mi personal. Mientras se lo cuento, me doy cuenta de que fue un error desaparecer así. ¿No podría haberme pasado de nuevo por la pensión?

"Lo siento, no debería haberme ido así...", me disculpo con rostro serio y le tiendo la mano, pero me detengo en seco.

"¿Has hablado con Bill...? Quiero decir, ¿has...?", empiezo, pero no me sale la frase de los labios y me sorprende lo insegura que suena mi voz.

"Claro que no", responde Olivia, enarcando las cejas. "¿Crees que soy ese tipo de mujer?".

"No, solo quiero decir...". Hago una pausa y miro la cara de Olivia, preguntándome si no debería haber hecho esa pregunta. Parece enfadada de nuevo.

Respiro hondo, dejo la toalla a un lado, me enderezo, me arrodillo frente a Olivia con la ropa empapada y le tiendo la mano. Su mirada refleja asombro ante el cambio de mi postura y detrás de ella puedo ver a su vecina tapándose la boca con la mano.

"Olivia", empiezo con voz seria, mirándola directamente a los ojos y acariciando suavemente con el pulgar el exterior de su mano. "Te quiero. Quiero estar contigo para siempre. Por desgracia, me he dado cuenta demasiado tarde. Por favor, perdóname por ser un idiota egoísta".

Se hace el silencio. Olivia me sostiene la mirada, pero no hace ningún movimiento. El corazón me late con fuerza en la garganta y, por un lado, me alegro de haber dicho por fin lo que siento, pero, por otro, me pregunto si todavía me quiere. Su expresión es absolutamente indistinta en este momento.

Luego sus ojos vuelven a llenarse de lágrimas y su labio inferior empieza a temblar. Sigue cogiéndome la mano con fuerza y me pregunto por qué está tan disgustada.

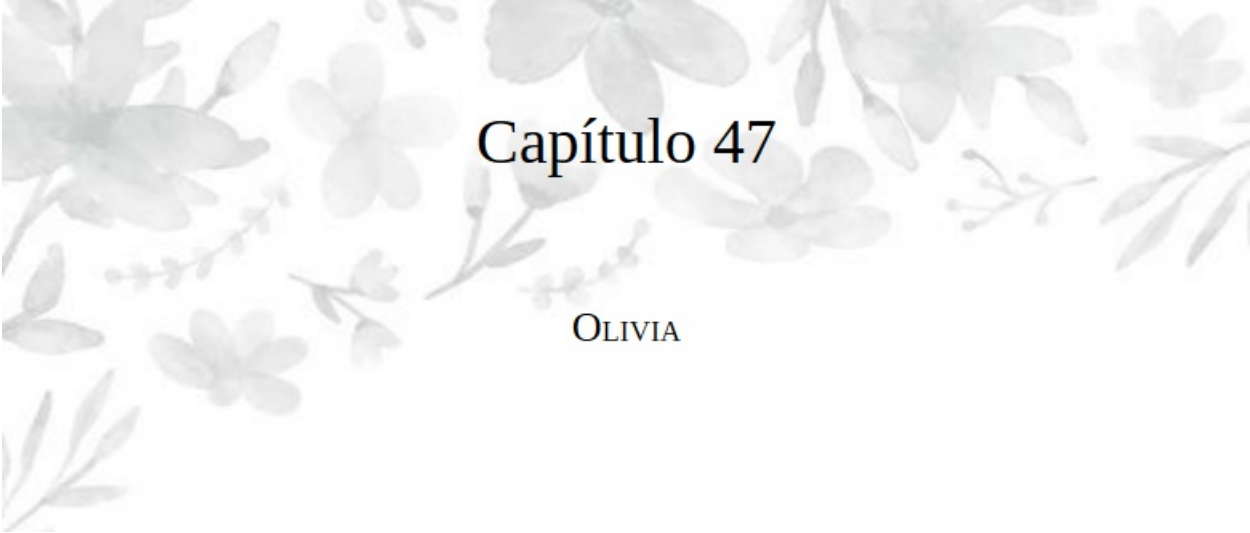
"Lo arreglaremos con tu pensión, estoy seguro, yo...", empiezo a decir en voz baja y aprieto su mano con más fuerza.

"No es eso", solloza, evitando mi mirada.

"Entonces, ¿qué es, Olivia?", le pregunto, colocando un dedo bajo su barbilla y empujando su cabeza hacia arriba para que volvamos a mirarnos a los ojos. Le limpio las lágrimas con el dedo índice, lo que Olivia permite en silencio.

"Estoy embarazada", dice por fin. "De ti", añade, evitando de nuevo mi mirada, soltándome la mano y mirando a su amiga.

Se hace de nuevo el silencio y por un momento no sé qué responder. Eso lo cambia todo, simplemente todo...



Capítulo 47

OLIVIA

Ya lo sabe. Probablemente se levantará, se marchará, lo negará y...

Trago saliva e intento reprimir las lágrimas mientras mi mente va en una montaña rusa. Aunque Henry nos ayudó a Ally y a mí a salir del río, solo quería seguir enfadada.

Pero no puedo. No es sólo su aspecto, sino que puedo sentir con cada fibra de mi ser que ha sido sincero conmigo. Me hace partícipe de sus pensamientos y de su pasado como ningún otro hombre lo ha hecho antes. Con cada nueva explicación, la resistencia interior que me había jurado mantener se desvanecía. Mi corazón anhelaba creerle y deseaba perdonarle.

Cuando se arrodilló frente a mí en la hierba, me cogió de la mano y me dijo que me quería, me quedé completamente muda y apenas podía respirar. Me habría encantado lanzarme sobre él y decirle que sentía lo mismo, pero mi mente me lo impidió.

Con una estridente señal de alarma, mi cabeza me dijo que él nunca se quedaría con una mujer embarazada. Un hombre de su calibre nunca querría una familia y menos con una mujer cuyo lunar en el lóbulo de la oreja podría confundirse con un pendiente y que, además, es intolerante a la lactosa.

"Yo le creo", me susurró en voz baja Ally, cuya mirada había buscado cuando le conté a Henry lo del niño en mi vientre. Mientras seguía sujetándose el hombro con una mano, ladeó la cabeza y me dedicó una breve sonrisa a pesar del dolor que debía de sentir.

Por un breve instante, una sensación de alivio me recorre y el velo gris se levanta un poco, al saber que a Ally también le parecieron convincentes sus explicaciones.

Aun así, no ha dicho ni una palabra desde mi confesión de hace unos segundos, cosa que realmente no puedo reprocharle.

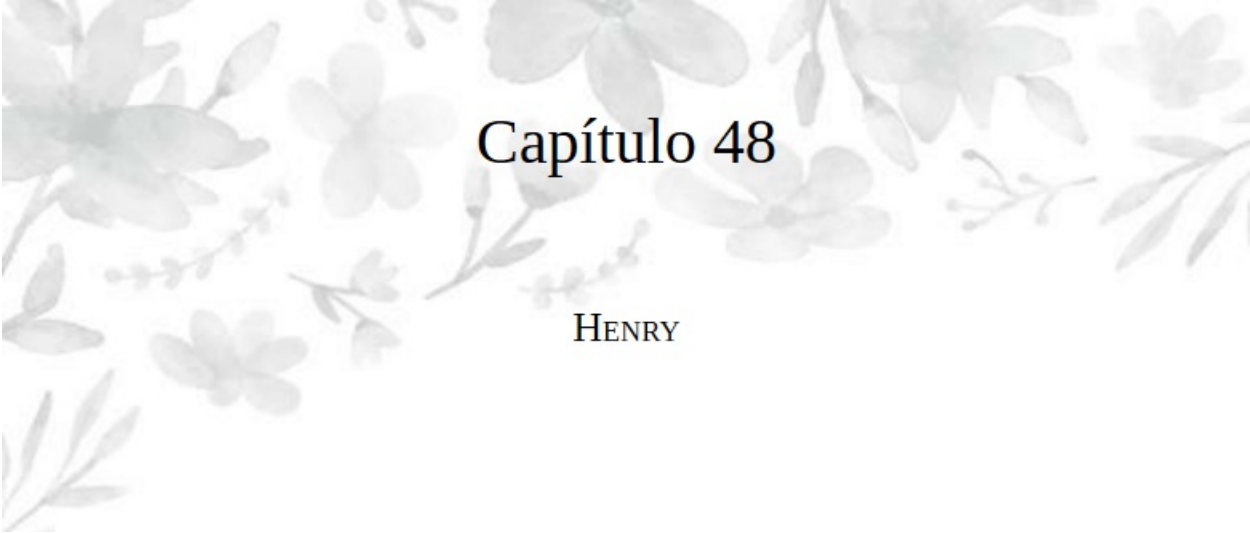
"Qué buena noticia", oigo de pronto su voz fuerte y clara. Me doy la vuelta bruscamente, como para comprobar si realmente ha sido Henry quien ha dicho esas palabras.

Cuando volvemos a mirarnos y veo la sonrisa en su cara, sé que no me lo he imaginado.

"No podría desear nada mejor", añade y vuelve a agarrarme de la mano, cosa que yo consiento encantada mientras el corazón me late con fuerza en la garganta.

"Pero hay una cosa más...", añade, como si se le acabara de ocurrir algo. Entonces se acerca lentamente a la cara. Sus brazos rodean mi cuerpo y, cuando casi siento la punta de su nariz en mi mejilla, cierro los ojos.

El apasionado beso me hace olvidar por completo que estoy sentada en la orilla del río envuelta en una toalla y con la ropa mojada. Deseo que este momento no termine nunca.



Capítulo 48

HENRY

Tengo que admitir que no me lo esperaba. ¿Está realmente embarazada? Eso lo cambia todo...

Por un momento, me dejó sin palabras. Claro, entraba dentro de lo posible, después de todo, habíamos follado muy a menudo.

En mi mente, puedo vernos a los dos haciendo el amor allí mismo. *Enamorados*. Sí, esa era la palabra correcta. Cuando pienso en ello, no fue sólo sexo desinhibido. Fue una unión física que nunca había experimentado de esta forma con otra mujer.

Entonces me doy cuenta de que fue hace sólo unos días y me pregunto cómo es posible que ya supiera lo del embarazo. Sin embargo, reprimo mi curiosidad porque me doy cuenta de que hacerle esta pregunta significa que no estoy a su lado.

Pero la apoyo. La quiero aún más y cuando pienso en nosotros dos teniendo un hijo juntos, casi podría estallar de orgullo. Ya me veo riendo con un niño pequeño mientras corro por el césped delante de la casa de huéspedes donde aterricé por primera vez en helicóptero aquí en Harpers Ferry.

Olivia parece buscar consejo en su amiga, que le susurra algo y le dedica una sonrisa alentadora. "Es una gran noticia", le digo en voz baja, después de pensar un momento en la mejor manera de demostrarle lo que siento por esta noticia.

El beso que sigue parece de otro mundo. Siento como si el mundo se detuviera por un momento y, cuando volvemos a soltarnos y abro los ojos, me resulta bastante extraño verla aquí, con la ropa mojada, delante de mí, mientras Carlos y su vecina nos observan.

Pero nada de eso me importa. Lo único que importa es la sonrisa de Olivia y la certeza de que todo va a salir bien. Unas lágrimas vuelven a rodar por la mejilla de Olivia, pero suelta una risita y se las seca, y estoy seguro de que esta vez son lágrimas de alegría.

"¿Estás seguro?", pregunta en voz baja, tan tímida que apenas puede creerse mi respuesta.

"Estoy seguro", susurro. "Es la mejor noticia que he oído en mucho tiempo...", hago una pausa y sacudo la cabeza. "No, es la mejor noticia en mucho tiempo".

Esta vez nos abrazamos y creo que incluso puedo sentir los latidos de su corazón a través de la ropa empapada que hay entre nosotros, lo que tiene un efecto increíblemente tranquilizador en mí.

"Ouch, ... déjalo, lo intentaré solo...". De repente oigo una voz detrás de nosotros, suelto a Olivia y me giro.

Allí veo a Carlos, que obviamente intentaba ayudar a levantarse a la amiga de Olivia, pero le está sujetando el tobillo y el hombro, con la cara contorsionada por el dolor.

"Dios, Ally", jadea Olivia y se tapa la boca con la mano. "Siento haberte dejado aquí sentada así".

"No pasa nada, amor", dice Ally, forzando una sonrisa. "Parece que la espera ha merecido la pena". Mira a Olivia y asiente con la cabeza.

"Será mejor que te llevemos al médico", tomo la palabra, me pongo de pie y ayudo a Olivia a levantarse también. "Y de camino podéis contarme por qué acabasteis las dos en el río", añado cuando veo que Ally está a punto de contradecirme.

"Henry tiene razón, Ally. Alguien tiene que investigar esto", asiente Olivia. Ally nos mira a los dos a su vez y guarda silencio un momento.

"Apenas os habéis reconciliado, ya estáis confabulando contra mí, ¿eh?", dice con una sonrisa de oreja a oreja.

"Puedo llevarte", le explico. "¿Vamos?". Me paso la mano ilesa de Ally por el hombro para que se apoye en mí. No se resiste, pero parece contenta por la ayuda. Olivia se coloca a mi otro lado. Esta vez es ella quien me agarra la mano y la aprieta con fuerza.

"En este momento yo también puedo conducir", me explica con una sonrisa. La miro sin comprender.

"Enseguida te lo explico". Olivia sonrío aún más. Le devuelvo la sonrisa y volvemos a la casa de huéspedes.

"Oh, espera, antes de que se me olvide...", digo tras unos pasos, hago una pausa y me giro hacia Carlos, que ha estado observando todo pero no sabe muy bien si le han perdonado o no.

"Llama a Michael y dile que todo ha salido bien", le ordeno, mirándole directamente.

"¿Erm? Cómo... qué... no lo entiendo muy bien, yo...", balbucea y mira impotente a un lado y a otro entre los tres.

"Seguro que tienes que avisar en cuanto todo esté ardiendo aquí, ¿verdad?", vuelvo a preguntar.

"Ah, sí... sí, claro", responde Carlos en tono frenético.

"¿Sabes dónde está?", pregunto.

"No", Carlos niega con la cabeza. "Pero quiere venir en cuanto se incendie todo y..."

"El muy cabrón quiere jugar a ser el salvador", interrumpo a Carlos y vuelvo a sentir cómo se enciende mi ira contra Michael.

"Llámale. Dile que puede venir", añado.

"¿Y luego qué?", me pregunta Olivia, que, como Carlos, aún no se ha dado cuenta de a dónde quiero llegar.

"Luego te largas, pones a salvo a tu familia y no vuelves a aparecer por aquí. ¿Entendido?", le digo y vuelvo a mirar a Carlos, que levanta las cejas sorprendido.

Mi voz no admite discusión y suena más dura de lo que pretendía. Sé que tiene algunos defectos, como yo. Pero en el fondo tiene un buen corazón, que ha demostrado varias veces en los últimos momentos aquí en la orilla del río. Sería una pena que el gobernador lo declarara chivo expiatorio.

Carlos no dice ni una palabra, pero traga saliva varias veces, saca el smartphone del bolsillo, marca un número y se lo lleva al oído. Parece esperar a que le contesten.

"¿Y qué hacemos con el gobernador?", preguntan Ally y Olivia casi simultáneamente.

"Yo me encargaré de él", explico con voz seria, sacando mi propio smartphone del bolsillo del pantalón, marcando el 911 y señalando la pantalla para que puedan ver el número. "Pero no sin ayuda esta vez. Tenemos pruebas suficientes. Eso debería bastar. La denuncia falsa, el intento de incendio, el chantaje", resumo. "Y probablemente eso no sea todo".

"Jefe, todo hecho", oigo a Carlos hablar por teléfono detrás de nosotros. Luego parece que la llamada ha terminado. Cuelga, nos mira y nos hace un rápido gesto con la cabeza. "Ya está hecho. Estará aquí en 15 minutos", explica Carlos.

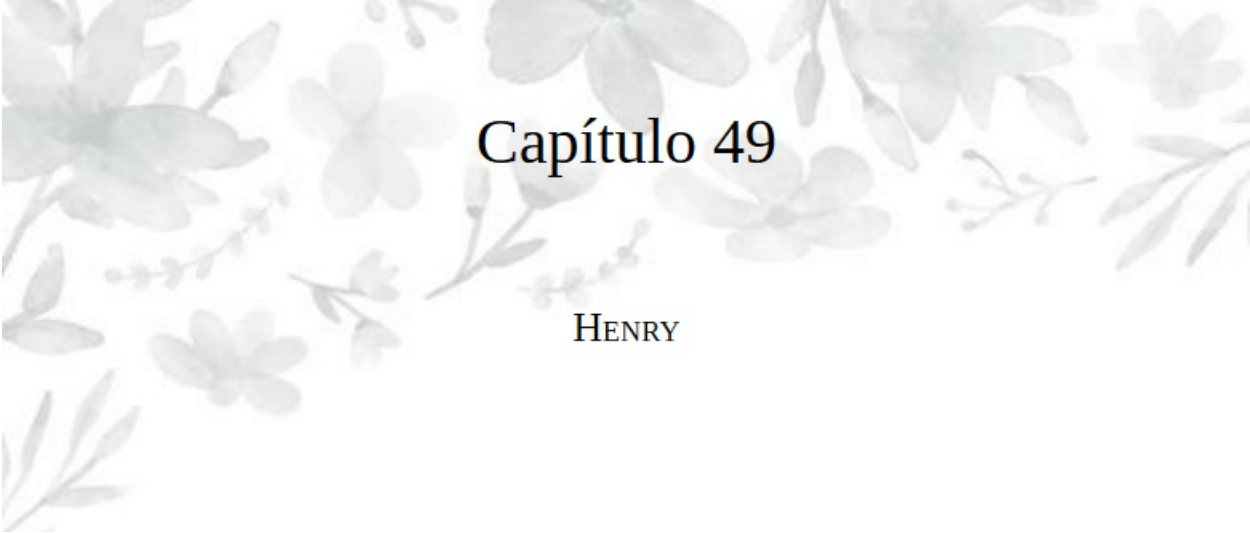
"Bien, vete de aquí", le digo, pero él permanece clavado en el sitio. "Venga, pues. ¿A qué esperas?", le pregunto aún más alto.

Esta vez parece que las palabras le llegan. Me hace un gesto de agradecimiento con la cabeza y se apresura a pasar junto a nosotros en dirección a la pensión. Unos instantes después, desaparece de nuestra vista.

"Eres un auténtico héroe", me dice Olivia en un susurro y me da un beso en la mejilla. Me vuelvo hacia ella y veo en sus ojos el brillo que creía haber perdido para siempre. Entonces nos besamos y, una vez más, todo a mi alrededor parece desdibujarse.

"No quiero interrumpir, pero...". Al fin Ally se aclara la garganta.

"Tienes razón. Acabemos con esto y luego te llevamos al médico", le respondo. Olivia me agarra del brazo y me invade una agradable sensación de seguridad de que saldremos juntas de esta.



Capítulo 49

HENRY

3 meses después.

"Hasta luego", llamo desde el porche a través de la puerta abierta a Olivia, que está de pie detrás del mostrador y levanta la vista, acaba de terminar su llamada telefónica.

Cuando sus ojos brillantes me miran, me doy la vuelta de nuevo y camino hacia ella con pasos rápidos.

"¿Se te ha olvidado algo?", me pregunta Olivia, sorprendida y con las cejas ligeramente levantadas, cuando doy la vuelta al mostrador de recepción.

"Sí, esto", susurro, rozando el mechón de pelo que cuelga detrás de la oreja de Olivia y besándola. Olivia abre suavemente la boca. Parece como si nuestras lenguas se desearan la una a la otra al menos tanto como el resto de nosotros. Olivia inclina la cabeza hacia un lado mientras yo le sujeto la nuca con una mano y coloco la otra sobre su vientre. Todavía no se nota nada, aunque Olivia se pone delante del espejo todas las mañanas y se hace una foto de perfil porque quiere hacer un reportaje fotográfico de su embarazo más adelante.

Entonces exhala audiblemente. Lo suficientemente fuerte como para erizarme el vello de la nuca y recordarme inmediatamente lo que hemos hecho esta mañana en la cama antes de levantarnos y en la ducha justo después.

"Tengo que irme", le digo en voz baja tras separarme de ella unos instantes después. Le acaricio el vientre con una mano y Olivia me dedica una gran sonrisa. Le paso la otra mano suavemente por la mejilla y mi mirada se posa en el pequeño lunar de su oreja.

"Oye, no mires así esa imperfección", dice Olivia con descaro, aparentando aún estar sonrojada y apartándose el mechón de pelo de detrás de la oreja.

"No tienes ningún defecto, eres perfecta", le susurro y vuelvo a besarla. "La madre perfecta de nuestro hijo".

"Encantador", responde Olivia con una sonrisa y las mejillas definitivamente enrojecidas. Todavía se siente incómoda cuando le hago cumplidos como ese, pero poco a poco estamos volviendo a algo parecido a la vida cotidiana.

"Sólo estoy siendo sincero", le digo con un guiño, me doy la vuelta y me propongo llegar de verdad hasta el coche esta vez.

De camino a la salida, respiro el aire fresco y siento como si llevara años viviendo aquí con Olivia en su casa de huéspedes.

La decisión de ceder la dirección de mi empresa y construir un futuro junto a Olivia no fue difícil. La conocí de forma relativamente espontánea poco después de nuestra reconciliación porque me di cuenta de que quería estar ahí para la mujer que amo y para mi hijo.

Al principio no pensé que viviríamos aquí, en la pequeña casa de huéspedes. Pero la organización de Conservación de la Naturaleza, junto con las autoridades locales y sobre la base de un correcto estudio del suelo, consiguió revertir el injustificado cierre forzoso. Quizá mi generosa donación a la Agencia de Medio Ambiente también ayudó un poco, pero quiero creer que todas las partes fueron igual de importantes.

Nunca dudé ni un segundo de que era la decisión correcta. Bill, a quien traspasé la dirección de mi empresa, estaba encantado con la oportunidad.

Sin embargo, le dije que a partir de ese momento tendría que posponer todos los juegos sexuales hasta después del trabajo. Para mi sorpresa, no le resultó difícil aceptar. Asintió con la cabeza y cuando intenté decirle de nuevo que para mí era muy importante, me explicó que de todas formas había perdido todo el deseo. Desde la aventura con Larissa, parecía haber cambiado, lo que facilitó aún más mi decisión. Quedaba por ver si realmente lo cumpliría. Pero he oído que está haciendo un buen trabajo.

Subo al coche y estoy a punto de arrancar el motor cuando, por el rabillo del ojo, veo a Olivia salir corriendo por la puerta y bajar los escalones del porche. Con un gesto de su brazo, intenta hacerme ver que tiene algo que decirme.

"¿Te has olvidado de algo?", le pregunto sin poder evitar una sonrisa. Si alguien nos estuviera viendo, probablemente pensaría que somos estúpidos, pero esta forma de despedirnos es normal para nosotros en este momento. Estamos locos, eso está claro.

Olivia me da un beso, pero enseguida vuelve a soltarme. Sí, esta vez de verdad", me dice. "Ni siquiera estaré allí cuando vuelvas. Tengo otra cita con el médico con poca antelación".

"¿Va todo bien?", le pregunto ansioso, mirándole el estómago a través de la ventanilla bajada.

"¿Le pasa algo al pequeño?". Inmediatamente siento que se me aceleran los latidos del corazón.

"No. Lo siento, podría haberlo dicho enseguida", responde Olivia, apartando mi preocupación con un gesto de la mano. "Es por lo de la lactosa. El médico quiere hablarme de las opciones debido al embarazo y al próximo periodo de lactancia", me explica Olivia.

Asiento con alivio. En mi mente aparece el médico del pueblo. Este hombre sencillo, de frente alta y muchos consejos, me contó en una de sus últimas visitas que hasta hacía unos años había hecho investigación en la Universidad de Princeton, que finalmente se había hartado de tanta mierda y que quería llevar una vida sencilla en el campo como simple médico. Me pidió que me lo guardara para mí y me dijo que, de alguna manera, se sentía unido a mí porque, desde su punto de vista, teníamos un pasado similar.

Esto me hizo darme cuenta de que nunca hay que prejuizar a la gente por el lugar donde vive. ¿Por qué pensaba que la gente del campo era automáticamente más estúpida que la de las ciudades? Cuando pienso en cómo ha cuidado de mí con mi hemofilia desde entonces, tengo que admitir que nunca me he sentido tan bien tratado. Ni con ninguno de los supuestos médicos de alto calibre de Nueva York.

"Y luego voy a visitar a mis padres", añade tras una breve pausa.

"¿En serio?", pregunto con las cejas levantadas.

"Sí, no quiero ocultarles por más tiempo que van a ser abuelos", responde Olivia y se aclara la garganta. "Ellos son felices con la vida que llevan. No tengo por qué aprobarlo, pero quizá podamos llegar a aceptarnos mutuamente sin juzgarnos".

Asiento en silencio y me pregunto cuándo habrá llegado a esta noble conclusión. Puede que sean las hormonas del embarazo, pero me da igual. Amo a esta mujer y si no pudiera perdonar a los demás, probablemente hoy no estaríamos juntos.

"¿Quieres que te lleve?", pregunto.

No es necesario. Tengo un par de huéspedes nuevos que vienen a saludarme y ya puedo conducir", responde Olivia con una sonrisa, señalando con la cabeza el pequeño coche aparcado en la entrada junto a mí. Después de contarme su aventurero viaje al barracón, no pareció tener reparos en presentarse al examen de conducir. Ha aprobado a la primera y hace cuatro semanas que tiene el carné.

La saludo con la mano, sonrío y arranco el coche. Avanzo lentamente por el camino de entrada y mi mirada recorre la valla de madera recién pintada, que ya no se parece en nada a su predecesora, con alambre de espino.

Giro a la izquierda y acelero. Me doy cuenta de que Ally acaba de salir del establo con uno de sus caballos detrás, al que probablemente quiere llevar al prado con los demás. Pulso el claxon,

saco el brazo por la ventanilla y la saludo con la mano.

Ally me devuelve el saludo. El movimiento del brazo parece fluido y aún me sorprende lo bien que se lo ha tomado. El médico dijo que había tenido mucha suerte. Solo se había torcido el tobillo y magullado el hombro. Con un poco de reposo y ayuda mía y de Olivia, volvió a ser la de antes al cabo de unas semanas.

No del todo. Desde entonces ha sido siempre amable conmigo y parece realmente feliz por Olivia y por mí. Tan despectiva como me había parecido al principio, en este momento es igual de amable.

Continúo mi camino y, tras dejar atrás Harpers Ferry, mi rostro se ensombrece un poco al pensar en mi cita. Estoy a punto de reunirme con el ex gobernador Michael y su abogado.

Michael tuvo que dimitir de su cargo de gobernador. No puedo imaginar que lo hiciera por voluntad propia o voluntariamente, pero quizá tenga a su lado a un asesor que en algún momento se dio cuenta de que ya era demasiado tarde para excusas y disculpas.

Hace tres meses, Michael llegó a la pensión unos minutos antes que la policía. Por supuesto, el muy cabrón lo negó todo y les dijo a los policías que nos estábamos inventando todo.

Presumiblemente se habría salido con la suya porque era un caso de declaración contra declaración y él era, después de todo, el gobernador del Estado. Pero, para mi asombro, Carlos también regresó a la pensión. Probablemente había telefoneado a un primo que le había confirmado que su familia estaba en buenas manos y a salvo en México. Por lo tanto, decidió testificar contra el gobernador.

Los policías no pudieron ignorar estas acusaciones y decidieron llevarse al gobernador con ellos, quien, por supuesto, gritó y desvarió y les deseó a todos que se fueran al infierno y juró que se arrepentirían el resto de sus vidas.

Tal vez fuera el destino. En cualquier caso, un ingenioso agente de policía descubrió durante sus comprobaciones rutinarias que el gobernador se había jugado a gran escala el dinero del Estado en la bolsa. Tiendo a pensar que al final siempre prevalece la justicia, no importa cómo.

En cualquier caso, las pruebas fueron suficientes para detenerlo durante más de veinticuatro horas, por lo que hoy sigue bajo custodia. En caso de condena, que cabe suponer sobre la base de las pruebas actuales, se enfrenta a una pena de prisión más larga que por falsificar el informe sobre el suelo. Eso sí que es justicia.

Cuando la prensa sensacionalista por fin se enteró de esto, fue, por supuesto, un gran golpe. El hombre que unas semanas antes había sido presentado como un hombre limpio, víctima de mis

maquinaciones, sintió el poder de los medios de comunicación y poco después se anunció la explicación escrita de su dimisión.

Sólo se mencionaba en una cláusula subordinada que yo y mi empresa habíamos sido injustamente difamados, pero eso ya no me importa. La prensa no vive de admitir errores. Además, todos cometemos errores y decidí dejarlo así. Mi empresa es más rentable que nunca y apenas tengo que dedicarle tiempo, los mejores empleados se han quedado y mi nuevo director general parece tomarse en serio su trabajo. ¿Habría sucedido todo esto sin este incidente? Sospecho que no y algunos días incluso agradezco a la prensa su ayuda.

Mi estado de ánimo mejora por un momento cuando recuerdo que su chófer, al que Olivia y Ally sólo llaman siempre Nariz de Boxeador, ha sido enviado recientemente a la misma prisión. Fue condenado por detención ilegal y omisión del deber de socorro en el río. Resulta que ha violado los términos de su libertad condicional y probablemente pasará al menos cinco años en prisión.

Michael aún no ha sido sentenciado oficialmente, su juicio no empieza hasta la semana que viene. Por lo visto, le están dando por el culo, porque fue él quien pidió esta reunión varias veces. Sólo después de que su abogado me explicara de qué se trataba, accedí finalmente.

Es evidente que Michael está dispuesto a hablar de lo que hay detrás de este siniestro préstamo que los abuelos de Olivia pidieron poco antes de morir. Quizá espera salir indemne si confiesa antes del juicio, o quizá aspira a algún tipo de trato. Pero no se lo voy a poner tan fácil. Y puede olvidarse completamente de un trato conmigo. Los días de tratos turbios han terminado.

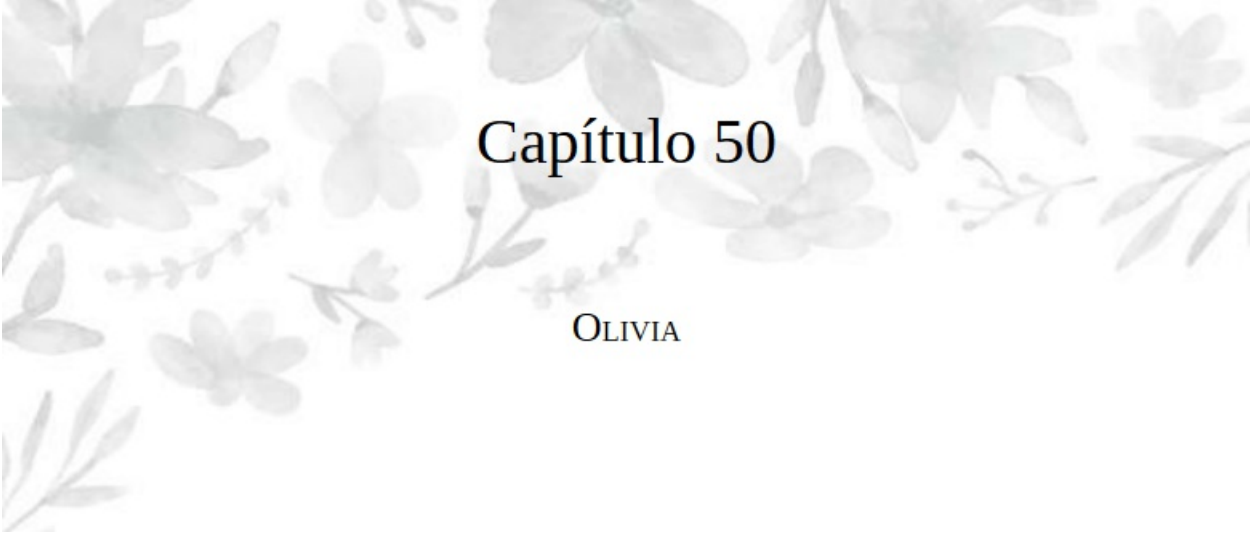
Básicamente, no me importan las cuotas del préstamo. Tengo suficiente dinero, así que pagar las cuotas ya no es un problema desde que me mudé.

La verdadera razón que me hizo acceder a la entrevista es mi profundo afecto por Olivia. Si realmente está detrás de esto y es responsable del préstamo y quizá incluso de la muerte de sus abuelos, quiero oírlo de su boca. Y juro que le romperé la nariz delante de su abogado y de los guardias.

Suena mi smartphone y me saca de mis pensamientos. Llevo la mano a la consola central y veo que ha llegado un mensaje de Larissa.

"No pasa nada. Todo el mundo está de acuerdo. Podemos hacerlo como tú quieras".

Satisfecho, vuelvo a colocar mi smartphone en su sitio mientras una sonrisa se dibuja en mis labios. ESTO es el destino.



Capítulo 50

OLIVIA

Un año después.

"Hasta luego. Que tengáis un buen día", me despido de la pareja de ancianos que se aloja en la pensión durante unos días. Me saludan amistosamente con la mano, seguro que en agradecimiento por mis consejos sobre su excursión de un día a la reserva natural al otro lado del río, adonde se dirigen en este momento.

El coche de alquiler desaparece de inmediato, revelando una vista del gran prado donde puedo ver a lo lejos a Ally, montada en un caballo con un invitado masculino a lomos.

Suena el teléfono y aparto la vista de ellos dos. Toco el botoncito de la oreja para responder a la llamada y en ese momento me acuerdo del antiguo teléfono con dial de mis abuelos. Aún está en su lugar original, pero ha sido sustituido por un moderno sistema telefónico.

La casa de huéspedes ha sido completamente restaurada. Henry y yo pudimos hacer gran parte juntos. Sin embargo, después de que algunas cosas se me hicieran cada vez más difíciles, insistió en que me lo tomara con calma para no poner en peligro mi vida y la de nuestro hijo en mi vientre. Fue realmente adorable cómo cuidó de nosotros. Sin embargo, encontrar a los profesionales adecuados fue todo un reto, ya que queríamos modernizar la casa pero conservar su carácter original. Para mi sorpresa, mis padres acudieron al rescate con algunos contactos en el pueblo.

"Hola, mamá", saludo a la persona que llama.

"Hola, cariño. Quería saber cómo suena tu nuevo sistema telefónico", oigo la cálida voz de mi madre al otro lado de la línea.

"Bien, tu contacto ha hecho un gran trabajo", respondo. A veces todavía me sorprende lo mucho que ha mejorado nuestra relación en los últimos nueve meses. No sé por qué: Quizá porque se dieron cuenta de que sólo sacarían algo de su nieto si nos llevábamos bien. Yo no me daba

cuenta, pero me alegraba, aunque a veces las conversaciones siguieran pareciendo inseguras por ambas partes. Pero sin duda mejoraría con el tiempo. Al menos habíamos empezado.

"Qué bien", me contesta. "Dime, ¿has leído hoy el periódico?", pregunta cambiando de tema.

"No, todavía no", respondo, y miro el ejemplar sin leer que está en el mostrador frente a mí. Exhalo audiblemente y me pregunto de qué aspecto de la historia mundial querrá hablarme esta vez.

"Ve a la página 4, puede que te interese", me dice. "Por desgracia, tengo que irme. Vendrás a visitarnos el fin de semana, ¿verdad?", me pregunta, y yo acepto mientras abro el periódico, paso a la página 4 y me doy cuenta de que mi madre tiene razón cuando leo el siguiente titular:

El ex gobernador Wright admite: ¡Cometí errores!

Mientras hojeo el artículo, que habla de cómo el encarcelamiento debe de estar cambiando al ex gobernador y de cómo tuvo varios encontronazos con su ex chófer mientras estuvo allí, mi mente se remonta al regreso de Henry tras su primera y última visita a Michael.

Aquella tarde, Henry me explicó que fue Michael el responsable del préstamo de mis abuelos, se investigó el asunto y presumiblemente se dio marcha atrás. Por supuesto, nunca sabré si el préstamo fue parte del fallecimiento de mis abuelos. Pero al menos puedo imaginar que esta carga mental no ayudó a su salud.

Pude ver cuánto lamentaba Henry contarme esto. Frunció el ceño y se frotó la muñeca. Entonces me di cuenta de que tenía un vendaje, que debía de habérselo puesto de camino al médico. Inmediatamente pensé que le había dado una paliza al ex gobernador para vengarse de él. Por un momento me gustó la idea, pero luego me invadió la tristeza al darme cuenta de que el padre de mi hijo era una persona que sabía arreglar las cosas por la fuerza.

"¿Tú...?", pregunté en voz baja, señalando su mano.

"Quise...", admitió y tragó saliva. "Pero no merece la pena", dijo encogiéndose de hombros. "La ira tenía que salir de todos modos. Por desgracia, el muro de la prisión es de hormigón armado", dijo con una leve sonrisa y bajó el brazo, con lo que lo cogí en brazos y nos besamos.

Mi mirada vuelve a vagar hacia el exterior a través de la puerta abierta. Una brisa me lleva el aire cálido de este hermoso día de finales de verano a la trastienda, donde el viejo banco de trabajo se ha convertido en un cambiador.

A lo lejos, veo que Henry ya está volviendo con el cochecito. Por un momento, apoyo los codos en la encimera, pongo la cabeza en las manos y le miro, ensimismada. Todavía no me creo que vivamos aquí juntos. Es tan bonito que a veces creo que estoy soñando.

Todos los días damos un largo paseo por el bosque, al final del cual se ha construido un pequeño y discreto helipuerto para que él pueda estar en Nueva York en menos de dos horas si surge la necesidad. De momento, esto sólo ha ocurrido una vez. Sin embargo, desde el nacimiento de nuestro hijo Lewis, el helicóptero no se utiliza.

A veces me pregunto si podemos permitirnoslo. Henry sonrío cansado y me dice que sólo con el dinero de la venta de su yate tendríamos para cinco vidas más.

"Soooo.... Aquí estamos. Puedes desmontar", la voz de Ally retumba en mi oído, seguida de un fuerte relincho del caballo que lleva. "Tranquilo, Blacky, tranquilo", continúa.

Salgo de detrás de mi mostrador y bajo los escalones del porche hasta el camino de entrada. Allí veo a Bill desmontando su caballo torpemente. Al caballo no parece gustarle, y por eso Ally se esfuerza por mantenerlo tranquilo.

Me sorprendió cuando apareció por aquí hace unos días. Nunca me entusiasmó que Henry le hubiera puesto al frente de su empresa, pero me di cuenta de que no era asunto mío.

Cuando de repente se plantó aquí y dijo que quería quedarse unos días, me pareció que se había llegado al límite. Prácticamente suplicaba y de repente rompió a llorar. Lloriqueó y me dijo que ya estaba harto y que el médico le había dicho que descansara si no quería acabar en una clínica de reposo.

Malhumorada, le entregué la llave de la habitación más pequeña de la última planta y le dije que sin duda volvería a marcharse pronto.

Tras bajarse del caballo, estrecha agradecido la mano de Ally, que le mira con una sonrisa. Luego se da la vuelta y no parece tan estresado. Más bien un poco agotado, pero feliz y en paz consigo mismo.

Por supuesto, podría equivocarme, porque sonrío cada vez que vuelve aquí de una de sus muchas clases de equitación con Ally. Parece que los dos pasan juntos más tiempo del necesario. Pero en realidad no me importa.

Creo que incluso ayer los vi salir juntos del guadarnés. Esta mañana fui a ver a Ally muy temprano para saber si mi huésped la incomodaba.

"No, todo va bien. De verdad", respondió Ally, pero enseguida se puso roja cuando le hablé del guadarnés. "En este momento sí que has llegado al campo. ¿No crees que tu vecina se merece un poco de intimidad?", preguntó con fingida indignación, guiñándome un ojo con una sonrisa.

"Ha sido un paseo", dice Bill, gimiendo al pasar junto a mí. Luego parece darse cuenta de lo ambiguo que suena. Hace una pausa, me mira y sus orejas se ponen al menos tan rojas como la cara de Ally esta mañana.

"Tienes potencial", le respondo y le doy una palmada en el hombro. "Algún día, el amor... er, montar... funcionará", añado y le guiño un ojo.

"Vale, me merezco la revancha", admite. "Entonces sí que era un gilipollas".

"No creas que te contradigo", le digo, pero al mismo tiempo noto lo bien que me sienta oír las palabras que salen de su boca. Quién sabe, a lo mejor ha cambiado de verdad.

"Entonces, ¿os lleváis bien?", oigo la voz de Henry, que ha llegado junto a nosotros con el cochecito. Bill asiente con la cabeza, pero luego me busca con la mirada, con lo que yo asiento en señal de confirmación.

"El pequeño está dormido", dice llevándose el dedo a los labios, luego se acerca a mí y me besa. Miro hacia el cochecito. Los brazos de Lewis están tumbados junto a su cabeza, mientras que el resto de su cuerpecito está envuelto en una fina manta. Ya veo que el pequeño se parecerá algún día a su padre. Me acerco despacio a su cabeza y le doy un beso en la frente, con lo que él chasquea suavemente los labios mientras duerme.

"No me despierte, señorita", dice Henry con fingida seriedad, acariciándome la mejilla y besándome.

"Correo de Carolina del Norte", susurra, agitando el sobre que obviamente ha traído desde el buzón.

"¿De Larissa?", pregunto, sintiendo que se me acelera el corazón. Henry niega con la cabeza y Bill parece completamente impasible ante la mención del nombre.

"Del estado de Carolina del Norte", explica Henry.

"El trato está hecho", dice finalmente tras hojear las líneas. La loca que le acosaba se ha convertido en una empresaria de éxito. Se ha hecho cargo de la granja de cerdos de su padre y ha solicitado dejar de criar para convertir la propiedad en una de las instalaciones de eliminación y reciclaje de residuos orgánicos más modernas de Estados Unidos, con el apoyo financiero de la empresa de Henry. A esta carta se adjunta el documento original del estado de Carolina del Norte en el que el gobernador de ese estado autoriza la reconversión.

"Toma, para ti", le dice a Bill y le entrega la carta. "¿Quieres visitarla en cuanto acaben tus vacaciones?", pregunta Henry, sonriendo.

El pequeño Lewis se ríe en sueños mientras Henry dice la frase, lo que me hace reír a carcajadas porque suena como si lo supiera.

"Tendrá que hacerlo otro", explica mientras sus orejas empiezan a ponerse rojas de nuevo.

"Prefiero quedarme un poco más", añade y su mirada nos pasa en dirección a Ally, que ya ha calmado a su caballo y se acerca lentamente a nosotros.

"Sí, la vida en el campo a veces pone las cosas patas arriba", dice Henry, riendo y dándole una palmada en el hombro a Bill. Luego me mira a los ojos y en ese momento siento que me tiemblan las rodillas, como la primera vez que estuvo delante de mí en mi pensión. Deseo tanto que esta sensación dure para siempre.

El pequeño Lewis vuelve a reírse en sueños. Henry y yo miramos dentro del cochecito, pero él solo parece estar soñando. Entonces nos miramos el uno al otro.

"Te quiero", me susurra Henry al oído después de cogerme las manos. Luego me besa y cierro los ojos. Estoy agradecida por ser tan increíblemente afortunada.

F I N